SI TODOS LO DICEN, SERÁ VERDAD

POR OBRA Y GRACIA

EL CRIMEN DE LA RESEÑA



ÁNGEL BARRIOS

SERIE MESETA NEGRA

POR OBRA Y GRACIA

POR OBRA Y GRACIA

EL CRIMEN DE LA RESEÑA

ANGEL BARRIOS

ASIN / ISBN:
Independently published
Corrección y maquetación:
Portada: Boligator Ed. a&R (MMXXIII)
Cubierta: Boligator Ed. a&R (MMXXIII)



Para Lince.

Las obras no se acaban, se abandonan.
Paul Valéry

Por sus obras los conoceréis.
Evangelio Mateo 7, 15 - 20

ÍNDICE

CAPÍTULO I. La reseña.

1

Hacía dos meses que no llovía. El camión del ayuntamiento en su recorrido nocturno se encargaba de refrescar el asfalto del centro de la ciudad. El agua fluía despacio junto a los bordillos. A su paso, junto al salón de juegos, arrastró colillas y fragmentos de tarjetas de bingo rotas en mil pedazos por perdedores, trozos de mala suerte con números sin tachar impresos en cartón de mala calidad. Boquillas de cigarros arrugadas por la ansiedad de dedos solitarios se detuvieron en el pequeño embalse que se formó al llegar el agua hasta el cuerpo que yacía de bruces entre la acera y la calzada.

No debía llevar mucho tiempo muerto. La anaranjada y rácana luz del alumbrado urbano a duras penas permitía distinguir el hilo de sangre fresca y brillante que brotaba ya sin fuerza de una fina herida en su nuca rapada y que se colaba bajo su camiseta. Los siguientes jugadores en salir del Bingo, esta vez ganadores, fueron quienes llamaron a la innecesaria ambulancia, tras girar el cuerpo, preguntarle si se encontraba bien y no obtener respuesta. El dueño de esa cara parecía no haber estado bien ni cuando estuvo con vida.

En la misma calle, en una ventana de un segundo piso del edificio frente a aquel templo del azar, el cristal de una ventana entreabierta se empañaba por una respiración agitada. La mancha de vaho descendió por el cristal de la hoja cerrada hasta desaparecer.

2

Las suelas de unos sobrios zapatos rechinaban en el suelo de linóleo recién encerado. Entre pisada y pisada, el roce de los pantalones de fibra a la altura de los muslos, ponía el ritmo de fondo. El buen paso al que avanzaba la Subdirectora Estela Roncero por los pasillos de la tercera planta dejaba un eco gomoso al que sus compañeros, debido a la rapidez con la que se producía, no estaban acostumbrados. Alguien parecía tener mucha prisa, eso no era buena señal en una cárcel.

Al andar a esa velocidad, sus manos se movían como las de un atleta en la prueba de relevos, en la derecha portaba un folio enrollado a modo de testigo. Si no hubiese estado mal visto correr por los pasillos de una prisión, Estela lo hubiese hecho sin dudar. No quería alarmar a nadie más de lo que ya lo estaba haciendo con su acelerado caminar.

Esquivó los saludos y miradas enmarcadas bajo cejas suspicaces, de sorpresa, resquemor y malos augurios con las que se cruzó hasta llegar a la puerta del despacho del Director. Respiró hondo y leyó las letras, a medio despegar sobre el opaco cristal granulado que ocupaba la parte central de la hoja de madera de sapelli: D. Luis Sanz. Director. Centro Penitenciario de Tresmozos I.

Desde que Estela Roncero comenzó a trabajar allí como funcionaria de prisiones, siempre sospechó de esa I. Cualquiera hubiese deducido que en algún lugar existía un Centro Penitenciario Tresmozos II, e incluso III. Era del todo improbable. Aún así, si lo que el Ministerio pretendió en su momento fue tomar esa construcción carcelaria como modelo para las nuevas prisiones del Estado y llegar hasta la L numeral romana, sin duda la administración se precipitó en las esperanzas puestas sobre ese lugar. Estaba claro que si después de treinta años aún no se había construido un Tresmozos II, es que los planes del Ministerio del Interior habían caído en saco roto lo que daba a entender que los diferentes gobiernos que se sucedieron desde entonces eran más listos de lo que el porcentaje de población a la que aún le quedaba algo de juicio pensaba.

Estela llamó con los nudillos haciendo temblar el cristal entre los cordones de masilla reseca que lo sujetaban, como cogido con alfileres, por los cuatro lados. Distinguió al director en forma de mancha oscura moviéndose desde la ventana. El bulto desapareció de su ángulo de visión, Sanz se había sentado en su escritorio. Le iba a venir muy bien la posición sedente para lo que iba a comunicarle. Estela Roncero miró el folio en forma de tubo de papel que llevaba en la mano y suspiró. Portaba una sentencia de muerte.

—¡Adelante! —Se escuchó desde el pasillo como si no hubiese

puerta. Estela bajó la maneta con decisión y empujó la liviana hoja hacia adentro provocando que se elevasen de la mesa del Director varios papeles que el hombre retuvo con efectivos golpes de las palmas de sus manos.

—¡Roncero! ¡Qué tengo todo esto colocado! ¡Qué demonios ocurre!

Antes de decir nada, la Subdirectora de Seguridad Roncero posó la mano libre en el respaldo de la silla de las visitas y esperó un segundo a que el Director Sanz le diese permiso para tomar asiento. Éste lo concedió con la mano abierta, se dejó caer en su viejo sillón de oficina y jugueteó con el bolígrafo. Parecía que la cosa iba a para rato. Estela tomó asiento y se deslizó hasta el respaldo, con la columna bien recta. Buscó la palanca para bajar la silla y la presionó a tope. Sus pies quedaron colgando a unos pocos centímetros del suelo.

—A ver Roncero… arranque. ¿Qué ha pasado? —animó el Director Sanz adoptando un tono más comprensivo.

Estela serpenteó por el asiento hasta el borde de la silla y apoyó sus pies en suelo firme, se reclinó hacia adelante colocando los codos sobre el borde de la mesa, desenrolló el folio y se lo mostró como si se tratase de un pergamino.

—Estamos acabados. Se terminó. Es el final —sentenció Estela.

—¡Pare el carro! Hable por usted.

Sanz se aproximó a la mesa, señaló el texto con el viejo Inoxcrom, intentando guiarse en la lectura del papel que las manos temblorosas de su subordinada le mostraban. Era una fotocopia en color. En el centro de la hoja, un texto impreso a una columna presidida por una imagen de la prisión de Tresmozos I tomada desde el aire. Bajo ella, había dibujadas cinco estrellas de las que solo una, la más próxima al margen izquierdo, estaba coloreada de amarillo.

—Ya estamos imprimiendo en color —reprochó Sanz.

La punta plateada del acero del bolígrafo recorrió las palabras «Valore su estancia en el Centro Penitenciario Tresmozos I». Bajo ellas, el largo texto en letra de tamaño demasiado pequeño para que el Director pudiese leerlo con facilidad. Sanz rozó sin querer la mano de Estela, que la apartó en un acto reflejo. El folio se convirtió de nuevo en tubo.

—Démelo o ponga algo en la mesa para sujetarlo. Mejor aún, gírelo al contrario para que coja su forma. Son indomables estos folios.

—Son buenos, todavía nos quedan de cuando cerraron el colegio del pueblo. —Estela giraba el folio en sentido contrario a su curvatura.

—¿No les darán de este papel a los internos? Ni se les ocurra. Qué usen de los reciclados que nos mandan de la Subdelegación del Gobierno. Para los cursillos esos que hacen, igual da. —El director se colocó las gafas de cerca y se dispuso a leer en voz alta— Vamos a ver… No lo mueva, mujer.

—Desde el principio, señor Director.

—«Valore su estancia en el Centro Penitenciario Tresmozos I» —Sanz murmuró el título en tono anodino y el contenido completo de la reseña:

> Una mala experiencia. Nefasta. Una mierda. Un lugar asqueroso que se cae a cachos. Desde que entras esposado por esa puerta de chalet barato de protección oficial ya tienes la sensación de que en esa cárcel no vas a estar a gusto. Los cristales están llenos de goterones, un suelo de terrazo del año «catapúm», me recordaba al del bar del padre del «chino». De las celdas, no quiero ni hablar, menudas literas de hierro oxidado, con un somier que se hundía casi hasta la cara del Chivero, porque yo dormía arriba, ¡no te jode! Te clavas los muelles de los colchones, es imposible dormir si no te metes algo. ¿Cómo vas a dejar así la droga? ¡Si no duermes! Mi consejo es que no se les ocurra venir a este centro.

El director miró a Estela por encima de las gafas, apuntó de nuevo con bolígrafo y siguió leyendo.

> ¿Y las pistas deportivas?, ¡vamos, no me jodas! Ni se ven las líneas. Todo el día a hostias: que si ha salido el balón, que si la mano ha sido fuera del área. No contribuyen a la pacífica convivencia de la peña. Para hacer pesas en el patio, usábamos garrafas llenas de arena y neumáticos con cemento, no les digo más. Pasen de venir, se lo digo en serio.
>
> Si recuerdo el comedor, me dan escalofríos, y cuando me viene alguna imagen de la cocina, echo la pela. Como lo estoy diciendo. No recomiendo venir, está claro que no.
>
> Para los «vis a vis», pase porque te da igual, vas a lo que vas y fuera, pero a las pibas les dan repelús las sábanas esas. Pican como demonios. No me gustan. Algunos colegas preferían machacársela. A mí porque me da lo mismo, metes y ya. ¡Unos techos, unas humedades! Ni una moldura de escayola como Dios manda. ¡Qué asquito! Ni se les ocurra aparecer por aquí.
>
> ¡Y el patio! ¡Están buenos los muros! Si no nos fugamos es porque no queremos morir. Te subes por ahí, te caes y te matas. Si quieres haces un agujero

con la mano, lo que pasa es que fuera hay unos alambres de espino «mu chungos», con más óxido que el desguace del Juanito «el ventanas». Eso sí, son buenos, oye, todo hay que decirlo. Y bien colocado. Menudos cortes se pegó el Josito una vez que intentó fugarse. Directo al médico. Se cogió los siete males. Casi palma.

La enfermería es lo mejor. La médica, estaba de buena que te cagas. Para mí que reutilizan las vendas y las «chutas», las rayas y números estaban gastados. Las agujas oscuras como cuando las quemas… ¡Cabrones! «Pa» habernos cogido alguna enfermedad «incuradera». No vengan, y si lo hacen no se pongan enfermos. Si queréis verle las tetas a la médica decid que os duele el tobillo, que tenéis un esguince, se llevan mucho por aquí.

Además, tienen una obsesión tremenda con trabajar, aprender oficios y otras movidas. Los psicólogos están en su mundo, pero son majetes, intentan enrollarse, «pacá», «pallá», que si terapia, encuestas y dibujos raros. La madre que los parió. Dicen que es por tu bien. Pero nada, están en su mundo, son unos «flipaos». Eso sí, te dan «pirulas», son legales. Hay un par de psiquiatras en terapia que están regular. Yo me lo haría con ellas. El Tenca le tiró los tejos a una gafitas y le acusaron de no sé qué los funcionarios. Eso es porque ellos no se comen nada. Esos «jambos» sí que son mala gente. Se creen los amos.

Tresmozos se cae a cachos. Si quisieran arreglarlo podría venir con mis primos y lo dejamos de puta madre, son yesistas, pero controlan de todo. A ellos les sale «mu» bien de precio el material. Pero que paguen por adelantado.

Yo, desde luego, no vuelvo a delinquir en esta provincia, se lo juro. Por no volver a ese «chiquero», se da dinero.

El Piteras.

CAPÍTULO 2: *Influencer* sin gloria.

3

Tras terminar de leer el director miró Estela, después unos segundos hacia el techo, al cerco amarillento de una gotera en una esquina del despacho de la que se desprendían capas de pintura de forma regular. Buscó de nuevo los ojos de Roncero, soltó el bolígrafo sobre la mesa y abrió los brazos.

—El Piteras… este salió hace nada. ¿No era el que tenía un esguince cada dos por tres? Bueno, él y sus colegas.

—Sí, por el libro de aquel profesor… Giner. Se los provocan ellos mismos para no tener que trabajar. Piensan que iban a obtener una indemnización del estado. Es un libro un tanto peculiar, enseña a la gente como provocarse un esguince y mantenerlo activo, digamos, durante un periodo indeterminado de tiempo para conseguir una baja laboral. Sólo funciona con la empresa privada.

—¿Y esto? —El Director señaló con un gesto de desprecio la hoja que acababa de leer—. ¿Es una carta? ¿Ha salido en el periódico?, ¿En la revista de la asociación del barrio de este zoquete? ¿En el boletín de la parroquia?

—En Internet. En las valoraciones de Google.

—¿Y? —El director permaneció con los brazos abiertos esperando una respuesta más comprensible para él.

Estela se levantó de la silla y señaló el monitor del ordenador del Director.

—¿Me permite?

—Todo suyo. —Sanz hizo rodar su silla hacia atrás para dejar espacio a la subdirectora Roncero. No quiso hacerla pasar el trago de cederle la silla y que no llegase al suelo. Ya les había ocurrido en varias ocasiones y ella debía dar un salto para sentarse, agarrarse al borde la mesa y empujar el sillón de oficina hacia adelante.

Estela buscó la valoración, giró el monitor en la dirección del director.

—¿Cree usted, Roncero, qué eso lo leerá mucha gente? ¿Tienen audiencia ese tipo de cosas?

—Teniendo en cuenta que lo publicó ayer… la captura de la pantalla y link ya estarán en incontables grupos de WhatsApp,

Telegram y…

—Nada, eso no es nada —interrumpió Luis Sanz volviéndose hacia la subdirectora—. Cosas de familias, trabajo, grupos de colegios, cenas de jubilación, gimnasios...

—Y circulando por las redes sociales menos serias, en fin, por todas.

—Las redes sociales… eso si puede ser un problema. Los políticos tienen perfiles en esos sitios. Podrían enterarse. Aunque eso se ve muy pequeño, no creo que nadie sé de cuenta.

Estela amplió el tamaño de la pantalla y miró al Director.

—Pero eso no lo hace nadie, mujer, la gente deja las pantallas como están, no anda toqueteando por ahí. Cuando les interesa algo se ponen las gafas de cerca y punto. Mire Roncero —dijo Sanz, se puso en pie e hizo un gesto a la Subdirectora para que esperase—, Sé lo que me va a decir, que si los teléfonos móviles, las *tablets* y no qué más.

—Se hará viral, Director, si es que no lo es ya —advirtió Estela sacando su teléfono móvil del bolsillo interior de la americana con el escudo del Ministerio del Interior.

—Y de todos modos, ¿qué problema hay? Era un preso. ¡Todos se quejan!, no les gusta estar aquí. Al salir nos ha puesto verdes, ¡punto! No piense usted que cuando quedan en libertad hablan bien de nosotros. Aquí sí, todo es peloteo, pero una vez fuera, en libertad, no me atrevo ni a decirle lo más bonito que deben llamarnos.

—Sí. Se quejan, pero a los jueces, a la policía, asistentes sociales, en su barrio… no en las valoraciones de Google. Esto es para los hoteles, restaurantes, casas rurales, libros, cine, o una camiseta que destiñe. Además, el tono y el lenguaje que emplea, los temas a los que alude…

—¿Qué esperaba? Recuerdo al Piteras, Felipe Montes. Un analfabeto, vago y desagradecido. Un mal bicho. Se tiró aquí cuatro años sin dar palo al agua y mire como nos lo paga —recriminó el Director levantando su dedo índice.

—Era un recluso conflictivo, sí.

—¿Cuánto hace que salió el Piteras?

—Ni dos días.

—¿Y dónde está ese pedazo de mierda? ¿No se puede hablar con él? Seguro que una psicóloga podría llamarle y animarle a que elimine eso… la reseña o como se diga.

—Eso no va a ser posible, Señor Sanz. Ha aparecido muerto esta madrugada. Felipe Montes, El Piteras, ha sido asesinado.

4

Alguien golpeó sobre la madera de la puerta, el cristal volvió a temblar.

—!¿Sí?! —contestó Sanz a esos nudillos.

La puerta se abrió, era su secretaria. Se situó ante él con los brazos en jarra.

—Otra vez tiene el teléfono mal colgado.

—¡Joder! Perdone, Angelines. —Colocó en su sitio el auricular.

—Le están llamando, y es urgente.

—No ve que estoy ocupado, que se esperen. ¿Quién es?

—La Secretaria General de Instituciones Penitenciarias. Tiene prisa y parece muy cabreada. Tenga. —La secretaria extendió la mano con un *posit* color rosa pegado en la yema de su dedo corazón—. Qué la llame a este número. ¡Ya!

—¿Qué pasa, ya no quedan libretas de los visitadores médicos para las notitas? Hay que aprovechar el material.

—Sí, quedan cuatro cajas —informó Angelines mientras salía y cerraba la puerta.

Estela ladeó la cabeza. El director se dejó caer en su sillón abanicándose con el pequeño pedazo de papel rosa. Roncero le mostró la pantalla del móvil: un recorrido por las redes sociales más conocidas. Todo estaba lleno de caritas sonrientes en diferente grado, corazones, *likes*, me gusta, conversaciones abiertas, memes, pequeños vídeos y opiniones de todo tipo y gusto sobre la reseña de El Piteras.

—Es pero de lo que pensaba. Felipe Montes se ha perdido sus quince minutos de gloria —murmuró Estela

—Eso es mucho ¿verdad? —El director esperó temeroso una confirmación—. ¿Cómo de gordo es?

—Se está hablando tanto como… Imagínese que resucita… Maradona, por ejemplo.

—¡Santo Cielo! Mucho, eso es mucho. Debo llamar a la Secretaria General de Instituciones. Siéntese, quiero que se quede. No me cabe duda de que habrá visto esta infundada reseña en algún medio hostil, seguro que fuera de contexto. —Sanz parecía preparar su discurso a la vez que marcaba el número que le pasó su secretaria.

Los sonidos de la señal telefónica dejaron paso al saludo de la Secretaria Belén Esterra:

—¿Dónde coño está usted? ¿Por qué no contesta? ¿Qué le pasa a su teléfono? Si funciona como la prisión que dirige estamos jodidas o jodidos o «jodides», como prefiera. ¿Qué término le gusta más? ¿Eh? ¡Conteste! ¡Vamos!

—Jodidos —susurró Sanz mirando a Estela.

—¿Cómo? No le he escuchado bien.

—¡Jodidos!

—Claro que sí, está usted bien jodido. Le llamo porque no voy a consentir que ese participio se conjugue en femenino y asociado a mi nombre. ¿Qué puñetas es lo que está pasando en su centro? ¿Tiene idea de lo que me ha enviado al móvil el novio de mi hijo?

—No lo sé. ¿Ha dicho su novio?

—Sí, su novio, es homosexual. ¿Qué pasa? ¿Tiene algún problema con eso? Me está resultando usted sospechoso, no quiso saber nada del «jodides» que le ofrecí como opción. ¿Tiene usted algo contra los *gays*?

—¡No! Desde luego que no.

—Pues el muchacho me ha enviado una reseña con una foto de su cárcel, de esas que se escriben en Internet cuando terminas las vacaciones. Por lo visto es uno de sus internos. Lo era, porque ahora está en libertad.

—No exactamente, Señora Secretaria.

—Está de permiso. ¿Qué grado disfruta?

—Ninguno, está muerto. Según informaciones fidedignas que han llegado a este despacho, le han asesinado. —Sanz miró de nuevo a su compañera Roncero concediéndole el mérito.

—¡Hay que joderse! ¿Quién le ha asesinado y por qué?

—Me acaban de trasmitir la infor…

—¿No tendrá nada que ver con la mierda que ha escrito? Es lo que nos faltaba. Esa reseña está por todos los sitios, las redes sociales están disfrutando de lo lindo. ¿Sabe lo que va a pensar la opinión pública? Se lo diré: que hemos sido nosotros.

—Eso no lo sabemos Secretaria General.

—Entonces no sabe una mierda —interrumpió la Secretaria—. ¿No era usted comisario?, pues llame, hombre. Llame a la policía y que le canten todo. ¡Joder! Menudo ridículo estamos haciendo. Mi teléfono va a explotar, no había tenido tantos mensajes desde que murió Maradona.

—¿Maradona? —Pronunció Sanz en voz baja—. Me informaré de inmediato, Señora. No se preocupe.

—¿Qué no me preocupe? ¿Sabe con quién acabo de hablar? Con la Ministra del Interior. Digamos que estaba… descontenta.

—Póngase las pilas, y arregle todo lo que esté mal. Va a estar usted bajo muchas lupas. Y menos mal que ese tipejo escribió la reseña fuera de la prisión, porque si lo hubiese hecho desde el centro, estando prohibidos los móviles, ahora mismo sería usted un director en paro.

—Nos pondremos con ello de inmediato. Arreglaremos todo. Dejaremos el centro niquelado, si lo desea puedo enviarle imágenes.

—No hace falta. La Ministra quiere que vaya a hacerles una visita para tomar unas fotos con sonrisa de campaña. Esperamos lo peor

cuando se haga eco la prensa seria, y seguro que lo hará. Abriremos todos los informativos en televisión, monólogos de radio y primeras páginas. Vamos a ser los marqueses del *prime time*. Y usted va a ser el rey. —Belén Esterra colgó sin más despedida.

El Director permaneció en silencio hasta digerir que su interlocutora ya no estaba.

—¡Ha colgado! —Mostró el auricular a Estela Roncero y se dejó caer en la silla—. Estoy acabado Roncero. La prisión está hundida, muerta. ¡Qué razón tenía usted cuando me lo dijo al entrar por esa puerta! ¿Quién me mandaría venir aquí? Tenía la jubilación con honores en mi mano, después de tantos años como comisario.

—Y la tuvo. Se la organizaron.

—Sí, claro que sí, pero esto lo empañará todo. Mi familia arrastrada por el fango. Jodido subsecretario ¡Cómo me lio para que aceptase este puesto! ¡El maldito barco! Vine a vivir aquí por la cercanía con el Lago de Sanabria, acepté el puesto para prolongar mi servicio al estado y ahora me veo en esta situación. Por un memo al que a todo el mundo le ha dado por hacer caso, un tipo que no sabe escribir, ¡un delincuente! ¿Cómo puede tener tanta influencia una estupidez como esta, Roncero? ¿En qué nos hemos convertido? ¿Es que nadie tiene criterio? Hasta donde yo sé, es obligatorio ir a la escuela hasta Secundaria… ¿Qué cojones, con perdón, les enseñan? ¿Sabe lo que le digo?, que los influenciados presentan el mismo grado de idiotez que algunos de esos «influenciadores» o como se diga.

—Influyente. Se les llama *influencer* —matizó Estela.

—Y le han matado. Han asesinado al Piteras. Yo siempre pienso como un policía y, ese crimen, créame, no me da buena espina. Maldito barco y maldita la hora en la que lo compré ¡Maldito Del Río!

—¿Quién es Del Río?

El Director Sanz se acercó hasta la ventana. Los internos paseaban por el patio. Varios de ellos levantaban unos viejos neumáticos rellenos de cemento a modo de pesas. Por los agujeros del tablero de la canasta de baloncesto se filtraban los rayos del sol. El alambre de espino que recorría la parte superior del muro ya no brillaba, hacía tiempo que se había oxidado. El Piteras tenía razón, si alguien se pinchase al saltar era muy probable que muriese de tétano antes de llegar a la carretera. Un grupo de presos cojeaba ostensiblemente en su paseo.

Estela Roncero observaba la escena un metro más atrás. Sanz la sentía a su lado. Era una buena trabajadora. Intentaría colocarla bien antes de que le cesasen. Lo merecía. Llevaba toda una vida en la prisión. Nadie había hecho más por Tresmozos que ella. Incluso llegó a pintar varias celdas un verano.

—Señor, no se preocupe. Saldremos de esta. Yo le ayudaré, me

aseguraré de que todos den el callo por la cuenta que les tiene.

—¿Sus compañeros? Olvídese.

—Yo me encargo de ellos. Usted céntrese en la Secretaria y los políticos. Vamos a darle la vuelta a esta situación y hacer de esta cárcel la envidia del país.

—¿Qué les pasa a esos? ¿No habrá sido en el taller? —preguntó señalando al grupo de la cojera.

—No. Son seguidores de ese escritor del que le hable, el de los esguinces. El Profesor Giner, imparte cursos de prevención y extinción de incendios.

—De acuerdo… Estela. Vamos a por ellos.

—Antes no me contestó. ¿Quién es Del Río?

—El listillo que me vendió el barco, un ex inspector de policía. El tío que nos va ayudar en este asunto. Me lo debe.

CAPÍTULO 3. Está claro.

5

En la sala de profesores de la Academia de Formación Añoveros, el profesor ayudante Lorenzo Santos doblaba los trípticos que se iban a utilizar en la inminente campaña de captación de alumnos para los cursos de verano sobre prevención y extinción de incendios. Los apilaba de tres en tres plegándolos por la mitad y después los separaba para agilizar así la tediosa tarea. Una televisión le acompañaba de fondo. Quería terminar cuanto antes, estaba comenzando el Telediario de la noche y aún le quedaban dos cajas. Reía cada vez que veía la página principal del folleto al hacer las dobleces: «Ponle chispa a tu futuro». Como siempre, el director Añoveros arriesgaba con la publicidad.

Una cara ocupó toda la pantalla del televisor, Loren se detuvo en la tarea. Le era familiar: un grueso punto tatuado en un pómulo, una cicatriz con las costuras bien marcadas en la mejilla contraria y una sonrisa que echaba de menos varios dientes. Aguzó la mirada, pero fue incapaz de leer los rótulos. Se levantó a toda prisa, cogió el mando a distancia de la mesa del otro extremo de la sala, subió el volumen y se sentó en el tablero más cercano, concentrado en la noticia.

A unos metros, en el aula polivalente de la Academia Añoveros, una clase estaba a punto de terminar.

—Y así, muchachos, es como alguien que esperaba pasar un rato agradable con película de la tarde, acaba muerto por inhalación de humo, su humilde vivienda de protección oficial reducida a cenizas y puede que, por las más que probables explosiones de gas, el edificio a escombros. Calculen de veinte a treinta fallecidos entre desempleados, personas dependientes y las que trabajasen de turno de mañana, por no hablar del malestar que provoca todo esto en las compañías aseguradoras, comprensible hasta cierto punto. Espero, estimado joven, que esto responda a su pregunta de si fumar medio dormido en un sofá de fibra sintética es una mala *praxis*, ya sea hierba o tabaco —concluyó su explicación el profesor Ramón Giner.

Una llamada y posterior apertura de la puerta del aula polivalente sin aguardar permiso para entrar interrumpió la clase. Lorenzo Santos avanzó en silencio hacia la mesa del profesor, Giner se acercó hasta él.

Santos le habló al oído. Los alumnos comprobaron cómo sus facciones se arrugaban, sus cejas se acercaban una a la otra y su mirada se tornaba oscura a la vez que se perdía entre la pila de extintores de prácticas. Cuando Loren terminó de hablar, se retiró un paso atrás. El profesor cerró los ojos, se llevó la mano a la frente y la arrastró aplastando su frondosa mata de pelo canoso hasta dejarla descansar unos segundos en su nuca. La clase había terminado.

Giner estaba desolado. Encorvado en una de las sillas altas de la sala de profesores, miraba al techo con el teléfono móvil en la mano cuando llego Lorenzo con vaso de tubo lleno de leche fría. Lo dejó sobre unos folios, en la mesa más cercana a Giner. Este levantó la cabeza y se fijó en los papeles.

—Son exámenes, Santos. —Levantó el vaso antes de que el cerco que estaban dejando las finas gotas de humedad afectasen a la tinta.

Lorenzo se acercó a leer el encabezado de las pruebas.

—Pero si son de Igualdad de Género —restó importancia al asunto. Pasó la palma de la mano por la superficie del primero del montón para secarlo.

—¿Quién ha podido hacerlo? ¿Por qué? Asesinar a Fili el Piteras… una persona encantadora. Es… tremendo. Horrible. No puedo entenderlo, Loren. La maldad que alberga el ser humano en su interior es infinita. —Resopló Giner una bocanada de aire cargado de desconsuelo y rabia—. ¿Qué es eso tan importante que tiene que enseñarme?

—Algo alucinante, ya verá. —Loren amplió la pantalla de su móvil, se lo entregó al profesor con cuidado, luciendo una sonrisita que el profesor desaprobó con toda su alma.

Giner se olvidó de Loren y se enfrascó en la lectura de la reseña sobre la cárcel. Fue manejando la pantalla hacia los lados, arriba y abajo. Releyendo algún fragmento, vigilando los gestos de su ayudante, que iba y venía por la sala aguantando la risa. Al terminar, entregó el teléfono a Loren, que a duras penas mantuvo la compostura.

—Era uno de mis mejores lectores —lamentó Giner—. Esto es muy grave. Hay mucha gente a la que no le habrán gustado esos comentarios. Al pobre Fili le van a traer problemas.

—Ya no.

Giner abrió la galería de fotos de su teléfono y comenzó a buscar. A los pocos segundos una sonrisa rescató sus labios, su mirada brilló de nuevo. Giró el móvil hacia Lorenzo.

—¿Recuerda esta foto? La hizo usted, Santos.

Sin duda se acordaba. En la imagen aparecía el profesor Giner sentado a una mesa, tras unos barrotes de hierro. Estaba firmando un ejemplar de «A cada uno se esguince» al propietario de una

desagradable sonrisa llena de huecos, coronada por una mejilla marcada con una cicatriz y otra que lucía un tatuaje poco planificado de un tosco punto desgranado y verdoso: Felipe Montes, conocido como Fili, de mote «El Piteras». Se conocieron en el Centro penitenciario Los Marrones III, en el que Giner impartió varios cursos hacía una década. El chico se convirtió en fiel lector del Profesor y en uno de los mayores difusores de su obra a nivel práctico.

—Buen chaval, sí señor —se la jugó Loren.

—¿Quién habrá podido asesinarle?

—En las noticias no han dicho nada.

—¿Cuándo se publicó esa reseña tan completa?

—Creo que un par de días.

Giner se frotó la barbilla.

—Hum… Es extraño ¿no? Un día después de hacer pública una crítica de esta magnitud contra el sistema penitenciario del país, aparece muerto. Peor, asesinado. —Levantó su dedo índice.

—Y su primo ahí, en clase. Tendremos que comunicárselo. No, creo que es mejor que lo haga un familiar.

—Será difícil, no creo que el primo del Fili disponga de muchos familiares dispuestos a dirigirle la palabra.

—Hoy está usted muy elocuente, Santos. Le daré la mala noticia al chico. Le dispensaremos de la clase lo que resta de semana. Encárguese de firmar los partes de asistencia por él. Esto le va a destrozar, Fili me dijo en la cárcel que estaban muy unidos, desde críos. Bueno la prueba está en que fue él quien nos lo recomendó a su primo para el curso. Espero que Rafi Montes disponga de la fuerza suficiente para superarlo.

6

—Lo sé, sí. Me lo ha dicho un colega del barrio. Una putada.

Esta fue la dolorosa reacción de Rafita Montes tras la comunicación de la noticia del asesinato de su primo y al esmerado y sentido pésame del Profesor Giner.

—¿Una putada? —Le miró Giner desafiante y defraudado.

—La mayor de todas. La más gorda —Rafi tiró el cigarro por la mitad, con rabia.

Ahora sí, Giner se dio cuenta de lo dolido que estaba.

—¿Conoce usted la reseña que escribió en Google sobre la prisión de Tresmozos I?

—¡Qué descojone! Toda la noche con esa historia. Aquí, en clase, lo tienen todos en el «guasap». —Señaló en derredor a sus compañeros, diseminados con sus bocadillos y bebidas por el aparcamiento de Formación Añoveros.

—¿Ah sí? ¿Tanta gente se ha enterado?

—¡Pero si es viral, *trending topic*, la hostia! Menudo era el Fili.

Giner ya estaba convencido de que admiraba al fallecido primo.

—¿No le parece raro que le hayan quitado de en medio tras publicar esa feroz, ácida y puede que acertada crítica al sistema penitenciario, tan llena de sarcasmo, ironía y con tanta difusión y alcance?

Rafi se quedó unos segundos en silencio, mirando al suelo.

—¿Me lo puede repetir? —solicitó a Giner.

—Su primo pone a parir al gobierno y a las pocas horas aparece asesinado. ¿No es mucha coincidencia?

—¡Joder! Se lo ha cargado el gobierno… —Rafi miró de reojo hacia los lados.

—Estoy preguntando. ¿Sabe usted algo, Montes? Alguna amenaza en la cárcel, o fuera?

—Ya le entiendo… —el chico bajó la voz y guiñó un ojo a Giner—. Está «preguntando». Nada, yo no sé nada de gobiernos.

—¿Habló ayer con Fili? ¿Le comentó si notó extraño, que le siguiese alguien?

—Solo quiero labrarme un futuro con este curso tan estupendo en el que me han dado la oportunidad de participar —proclamó el muchacho a los cuatro vientos.

Loren, a unos metros, ahogaba una carcajada con la mano.

—Si recuerda algo, no dude en decírmelo —insistió Giner. Masajeó el hombro de Montes en señal de ánimo y se dirigió a la entrada del centro.

—¡Profesor, espere! Ahora que lo dice… Hace unos meses, la

última vez que le visité en el talego. Estaba tenso, nervioso. No hacía más que meterse con el gobierno. Me habló de alguien de dentro que le hacía vida imposible.

—¿No le dijo quién? ¿Algún nombre o cargo en la prisión?

—No, nos liamos a hablar de tías. Oiga, aquí estamos seguros ¿verdad? Los gobiernos, si se ponen a eliminar…

—No se preocupe, en Formación Añoveros no corre peligro.

Una vez dentro, con Loren.

—¿Qué tal se lo ha tomado? —Se interesó Loren, más por incordiar que por verdadero sentimiento—. Roto, ¿verdad?

—El chico está mal. Eran como hermanos.

—Ya. Y sobre quién ha podido matarle, ¿alguna pista?

—Lo que sospechaba, Santos. La oscura maquinaria se ha activado —Giner se acercó a su oído—. Ha sido un crimen de Estado.

La relación entre El profesor Ramón Giner y su ayudante, Lorenzo Santos, siempre se caracterizó por la inestabilidad y los altibajos en la comprensión mutua. Los avatares de la vida, los hitos que habían superado y el amor a la misma mujer les unieron tanto como les separaron. Atados por algo similar al destino desde hacía varios años, todo el mundo podía saber si se llevaban bien o mal por el modo en el que el profesor se dirigía al muchacho de cuarenta y pico. Si se refería a él por el apellido es que los problemas del pasado, del presente o los previstos para el futuro quemaban por dentro. Cuando los dos se hablaban de tu, se llevaban bien, con el consiguiente riesgo de trazar planes juntos. Entonces, alguien en algún lugar ya podía ponerse a rezar lo que supiese.

—Está bien, Lo… ren. —Extendió el profesor su mano en señal de paz.

—¿Loren? —Se sorprendió el aludido dando un respingo—. ¿Qué ha ocurrido? Me temo que necesita mi ayuda. «Loren, muchacho, estrecha mi mano. Firmemos un armisticio». —Se burló, intentando simular la profunda voz de Giner.

—Puedes pensar lo que quieras. Hemos tenido nuestros altibajos y al final siempre he estado a tu lado cuando hizo falta.

—Sobre todo cuando le hizo falta a usted.

—Háblame de tu. ¡Por Dios, Loren!

—Reconozco que en ocasiones he pecado, he metido la pata. Pero esta vez usted dejó de hablarme cuando Paqui, que ahora es su mujer y no la mía, se largó a Mastuka Occidental. ¿Qué culpa tuve yo?

Giner bajó la cabeza. En el gastado cemento de la acera de Formación Añoveros, entre las grietas y los hierbajos que crecían en las juntas, se proyectó la película de su relación con Loren y su prima Paqui: los tres convivieron durante un tiempo, un triángulo amoroso que funcionó a la perfección hasta que a Loren le dominaron los celos.

No podía competir con el pene de veintitantos centímetros con el que la naturaleza había dotado a Giner. Santos se marchó del escaleno hogar, aunque no abandonó su trabajo en la Academia Añoveros como profesor ayudante. El destino volvió a unirles en unas delicadas prácticas de un curso en un hotel de La Manga del Mar Menor. Allí trabajaron codo con codo, el caos que sembraron en el Marea Luxury de cuatro estrellas superior y en una urbanización que redujeron a escombros, de esos que se pueden recoger en cubos, fue mérito de los dos. Paqui, amante de la brujería desde bien pequeña, ansiosa de conocimientos y experiencias nuevas, decidió marchar a África para encontrar las raíces de su gran amor: la hechicería. Prometió volver junto a Giner, dejando en el aire la incorporación de Loren a un nuevo triángulo de convivencia, más maduro. Giner siempre echó en cara a Loren el que no hubiese hecho más por retener a Paqui en el continente al que pertenecía. Loren, que no recibió ninguna garantía ni sobre la nueva anexión a la pareja y menos sobre el papel que jugaría en el tema del sexo, no se implicó demasiado en convencer a su prima para que hiciese algún tipo de curso sobre Hechiceras del Cuerno de África y olvidase el largo y peligroso desplazamiento. A él también le dolió esa partida: seguía encoñado con su prima desde que fueron secuestrados por aquella despiadada delincuente, La Viuda, por culpa de una valiosa guitarra cuya propiedad no estaba clara y acabó en manos de un inspector de policía [1] Giner rescató a los dos de una muerte segura y ahí comenzó la relación a tres ángulos.

Ahora, Ramón Giner pensaba, planeaba, especulaba sacando conclusiones sobre el asesinato de El Piteras. Desde que conoció a Santos, siempre contó con él para resolver los asuntos mayores y, este lo era.

—Es cierto, Loren. No tienes culpa de nada. —Levantó Giner la cabeza—. Es la impotencia de no haber podido retener a Paqui a mi lado la que me lleva a culpar a los demás.

—Pues como se sienta usted impotente con lo que tiene ahí abajo, imagine los demás.

—Los hombres con pene grande también tenemos sentimientos, sufrimos como cualquier otro. Yo no elegí tenerlo así. Es más, estoy pensando en operarme y reducir su tamaño.

—¡No me diga! Vaya…

—Sí, le digo.

A Loren le impresionó que Giner pensase en tomar esa decisión para equipararse a los hombres de verdad.

—Lo cierto es que yo también la echo de menos. —Loren metió las manos en los bolsillos, dio unas pataditas a la base del cenicero de aluminio que estaba junto a la puerta. Giner aguantó la reprimenda.

Lorenzo sacó la mano derecha, la limpió en la pernera del pantalón

vaquero y se la ofreció a Giner, que se incorporó y la estrechó con sentimiento y decisión.

—¿Está seguro de que el asesinato del Piteras ha sido cosa del gobierno? —preguntó Loren en voz baja.

—¿Quién si no? Imagine a Fili en una ruta por platós de televisión despotricando sobre esa cárcel. Solo debemos sumar dos más dos. Los perjudicados por la reseña son ellos, los mismos que se benefician con su muerte. Está claro.

—Hijos de puta…

—Quiero que lleguemos al fondo de este asunto. Fili, era uno de mis mejores lectores, no voy a consentir que su muerte quede sin castigo.

—Pero no puede… podemos —rectificó Loren provocando una sonrisa en el profesor— hacer nada contra la contundente maquinaria gubernamental. No tenemos la fuerza necesaria, ¡ni los medios!

—Estoy pensando, Loren, que tal vez ha llegado el momento de que hables con alguien que te debe un gran favor. —Asintió el profesor varias veces ante los ojos desorbitados de Loren.

—No pensará en...

—Sí.

—Después de tanto tiempo…

—Un favor es un favor, siempre se pagan. Puede cobrarse en ayuda en una mudanza, la obtención de una licencia de pesca por la vía rápida, entradas para el teatro, el puesto de costalero en una procesión…

—¿Cree que es buena idea? ¿Está seguro?

—Estoy seguro, era policía. Nos puede ayudar. Le debe una. Y a mí también. En menudo lío nos metimos por aquella guitarra.

—Recuerde que me devolvió las revistas porno. Un dineral… Además, ahora se dedica a la construcción, he visto un anuncio.

—No me digas que ahora es albañil.

—No, tiene una constructora.

—Les sacó una buena pasta a aquellos americanos del cine por la guitarra de Al Pacino. —Giner entrecerró los ojos.

—Montaría la constructora para hacerse rico del todo. Era muy hábil, eso hay que reconocerlo.

—Y de su mujer, ¿sabes algo?

—Ha ascendido, la he visto en la tele en un acto con el ministro de algo. Creo que están separados. Espero no cruzarme con ella en lo que me quede vida. ¿La recuerda? —Loren se estremeció.

—Era temible: Amanda Bernal. La mantendremos al margen. Háblame de tu, Loren.

—Prefiero de usted. De acuerdo, llamaré a Carlos Del Río.

CAPÍTULO 4. Presupuesto sin compromiso.

7

El parking del Centro Penitenciario de Tresmozos I rebosaba vehículos. La zona cercana a la puerta de entrada se acotó con vallas para facilitar el acceso del coche oficial de la Secretaria General de Instituciones Penitenciarias, Belén Esterra, y los todoterrenos de la Guardia Civil. Desentonaban varios coches aparcados de cualquier manera en el estrecho arcén de la carretera que se bifurcaba desde la nacional y llegaba a la prisión. La mayoría lucían logotipos de medios de comunicación. Otros eran de curiosos que hicieron de la reseña del Piteras su bandera de protesta: un grupo de jóvenes con una pancarta de Amnistía Internacional; varios señores maduros con raídas gorras de sindicatos; dos chicos con silbatos que portaban un pequeño cartel contra el maltrato animal en los mataderos; unas jóvenes inquietas en camisetas de tirantes que mostraban sus pechos con algo escrito e imposible de leer cada vez que llegaba un coche; y una pareja de ancianos ataviados con camisetas de *Green Peace* que se hacían escuchar a través de un viejo megáfono reivindicando que se aclarase de una vez por todas el ataque al *Rainbow Warrior*. La prensa se encargó de tomar imágenes y grabar entrevistas con la mayoría de ellos durante el tiempo que Belén Esterra permaneció en el interior de la cárcel.

La Secretaria, aunque no conocía el Centro, encabezaba el grupo durante el recorrido, un paso por delante del Director Sanz y los cuatro subdirectores, sin hacer demasiado caso a las explicaciones. La misma prisa que tuvo por entrar allí cuando la Ministra ordenó la visita, era la que tenía por salir de aquella cárcel. «Acabemos cuánto antes con esto», fue su declaración de intenciones tras los saludos protocolarios.

—¿Qué le parece la que se ha montado, Director? —Preguntó sin mirar a Sanz.

—Injustificado. No tienen ninguna razón.

—Eso ya lo sé. —Esterra se detuvo en seco haciendo frenar al grupo y encarándose con Sanz.

—Mal, muy mal.

La Secretaria asintió. Siguieron. Sanz, al no ser replicado, pensó

que había acertado con la respuesta. «Esto marcha bien», se animó. Lanzó una mirada de confianza a la Subdirectora Roncero.

Apenas reparó Belén Esterra en los desperfectos que encontraron a su paso desde el gran hall de recepción de visitantes. Sí se fijó en el cristal pegado con cinta adhesiva en el puesto de entrega de los DNI, desde donde el funcionario abrió las rejas automáticas, pero no dijo nada. Las puertas tradicionales que encontraron a su paso estaban abiertas, por lo que nadie que visitase por primera vez las instalaciones podría percatarse de que no cerraban bien y, si lo hacían, de que en ocasiones había que desmontar las manetas para poder abrirlas de nuevo girando el pasador con unos alicates.

Los funcionarios que tuvieron turno la noche anterior a la visita de la Secretaria dedicaron horas a limpiar las ventanas que se encontrarían en el recorrido planificado por Sanz y Roncero: pensaron que limpiando los cristales que estaban, no se notarían los que faltaban. Aunque no fue así, nadie comentó nada al respecto. Movieron muebles, sillas y estantes para ocultar los espacios donde faltaban rodapiés o la humedad de las paredes era más evidente. Intentaron maquillar zonas deslucidas con sobras de botes de pintura que había en el almacén: los brochazos que soltaron aquí y allá no mejoraron lo previo, parecía obra de algún preso descontento o la broma de algún gamberro durante una visita.

Sanz se henchía de orgullo cada vez que la comitiva llegaba a una de las puertas de barrotes con apertura automática. El sonido del retroceso de la cerradura trasmitía modernidad, seguridad y reclusión. Levantaba la barbilla y cedía el paso con la mano a la Secretaria, que más que impresionada se mostraba contrariada por tener que detenerse sin aparente motivo en ese *free tour* que la habían preparado.

Su guardaespaldas parecía ser el único consciente de que se encontrasen recorriendo una prisión. Iba por delante supervisando el peligroso terreno. Se acercaba a las ventanas y sacaba la mano por los huecos sin cristal, como queriendo cerciorarse de que era cierto lo que veía, despejaba a grupitos de personas sin uniforme de funcionario de prisiones, ni bata, que se encontraba en el camino. Tenía trabajo que hacer. De repente detuvo al grupo al ver como por un pasillo perpendicular al que recorrían, desfilaba un grupo de internos con tablones y herramientas de carpintería en sus manos, entre las que destacaba un brillante y gran serrucho que un preso sujetaba por el mango y el extremo delantero, para soltar de repente y provocar ese inconfundible e inquietante sonido de que algo fino, cortante y metálico anda cerca. Tras la hilera de presos, una funcionaria revisando mensajes en su teléfono móvil ponía fin a la procesión. El agente de seguridad de la Secretaria autorizó al grupo para que

avanzase. Sanz giró la cabeza tras la línea de formación para reprobar con una mirada a un Subdirector. Éste bajó la mirada consciente del error y la gravedad de que un preso se pasease por el centro con un arma blanca de considerables dimensiones. No pudo argumentar a su favor en ese momento que el serrucho era nuevo ni que le habían encargado la custodia de la herramienta por tratarse un interno muy cuidadoso. Ese preso había demostrado ser buena persona desde que entró a cumplir condena por atraco a mano armada y retención ilegal de varias personas. El disparar a uno de los rehenes en la rótula pudiendo haberlo hecho en el corazón, pues estaban a escasa distancia, significó mucho, tanto en el juicio, como en la consideración que se le tenía en el Centro de Tresmozos I y en su localidad natal. El serrucho estaba en buenas manos. Pero eso, el subdirector no pudo decirlo.

—Por aquí se accede a la enfermería —indicó Sanz.

—¡Qué bien! —se ilusionó Esterra.

La Secretaria se colocó de nuevo en cabeza. El techo era más bajo, el pasillo más estrecho y las paredes pintadas con acabado satinado para facilitar la limpieza, siempre que esta se realizase. Ojeó los carteles informativos que decoraban el corredor y las puertas de las consultas. Uno sobre prevención del SIDA con las esquinas despedazadas por las incontables chinchetas que lo debían haber perforado. En él destacaba el lema «póntelo, pónselo» sobre dibujos de graciosos preservativos animados con caras felices bajo sus depósitos hinchados y vacíos. Otro más tétrico sobre donación de órganos en el que se veía en una de sus mitades la trasera de un coche fúnebre y, en la otra, un cuerpo tapado con una sábana sobre una bandeja extraíble en un depósito de cadáveres. Rematando la imagen, en la parte baja del poster y junto a un número de teléfono fijo, un anciano sonriente en silla de ruedas con las manos juntas en señal de gracias no incitaba mucho a los convictos a desprenderse en vida de sus escasas posesiones. La secretaría dudó de que alguno de los hígados o páncreas de los internos fuesen trasplantables con mínimas garantías de vida para los receptores. La nota de humor la ponía un gran dibujo de Ibáñez, sus Mortadelo y Filemón vestidos con trajes a rayas blancas y negras con unas grandes bolas de hierro encadenadas a sus tobillos. Se le escapó un «¡ja!» sincero. Tal y como pensaba el Director Sanz, la visita iba como la seda.

Al otro extremo del largo pasillo, tras una puerta de malla metálica de rombos entrelazados, esperaban varios internos. La zona se había cerrado mientras durase la visita de la Secretaria.

—Pueden pasar si quieren —ofreció una doctora situada a la puerta de una de las salas de enfermería.

La Secretaría Esterra se detuvo y se asomó por compromiso. Todo

estaba muy colocado, los pequeños azulejos que aún se mantenían pegados en la parte baja de las paredes intentaban brillar sin mucho éxito. Las plaquetas de PVC del suelo habían perdido su dibujo y en la zona de mayor tránsito parecían las perneras de unos vaqueros gastados y descosidos. Esterra saludó alzando la barbilla y se giró de repente chocando contra Sanz. El grupo retrocedió en bloque, abrió paso y siguieron la ruta.

El comedor era bastante decente, los bancos corridos y mesas estaban atornillados al suelo. Unos ventanales a gran altura, protegidos por barrotes, iluminaban toda la estancia. En la entrada a cocina un ayudante del cocinero puso a la Secretaria de Instituciones en un compromiso: la ofreció un canapé que llevaba en una bandeja tipo violín, sobre una blonda calada, visiblemente más grande. Ella se acercó y dudó más segundos de los necesarios. Sanz acercó su mano para coger uno del borde del plato pero el guardaespaldas le detuvo en seco sujetando su muñeca. El agente secreto señaló uno del interior y miró a Sanz a través de sus gafas oscuras. El director enarcó una ceja y tomó el canapé indicado cual probador de reina temerosa de envenenamiento. Cuando Sanz hubo tragado el guardaespaldas dio permiso a la Secretaria para que procediese con el bocado. Ella dio las gracias y eligió uno de queso untado con medio tomate *cherry* encajado en una anchoa enroscada. Siguió caminando. El resto del grupo eligió su aperitivo con rapidez para degustarlo mientras aceleraban hasta la cabeza de la visita.

—Por motivos de seguridad no vamos a entrar en los módulos de los internos —adelantó el Subdirector de Tratamiento—. Como podrá suponer cumplen con todas las medidas de higiene, seguridad y están acorde a la legislación vigente, tanto nacional como internacional.

—Le creo. ¿Falta mucho?

—No —informó el Director Sanz—. Los tres talleres, la zona cultural y el patio —. Lo vemos en un periquete.

—Qué sea un taller. Visto uno vistos todos.

El elegido fue el de carpintería. Era el que trasmitía más vida y el único en el que parecía que se hacía algo de provecho. Un tablero con los perfiles de las herramientas dibujados presidía la gran sala. Algunas no encajaban en su perímetro. Esa misma mañana habían colgado todo lo que habían encontrado para dar lustre y empaque al taller. Un hueco destacaba en el centro: el del gran serrucho nuevo. La Secretaría General lo señaló y miró a su guardaespaldas, demostrando una gran perspicacia y poder de observación. La iluminación estaba encendida, aunque apenas se veía nada. La luz del sol se filtraba entre una gran cantidad de tablones apoyados sobre el muro que daba al exterior ocultando a tramos las altas ventanas. Entre sus haces se distinguía el denso y nervioso polvo flotando y agitándose en el

ambiente. La Secretaría se dirigió hacia un montón de material. El guardaespaldas se adelantó y la detuvo con un gesto. Inspeccionó la zona e introdujo la palma de la mano tras los tablones. Un griterío saludó desde el exterior.

—Es un agujero —adelantó el Director Sanz—. El taller está en obras, hemos puesto los tablones por seguridad —aseguró mirando a los subdirectores, que asintieron.

—¿Por seguridad, dice? Tiene usted un agujero que da a la calle en una jodida cárcel.

—Eso pesa mucho, nadie se va a poner a quitarlos, créame. Así evitamos que se caiga alguien. Es un segundo piso, se abrirían la crisma.

—No me preocupa que se caigan, lo que me inquieta es que anuden unas sábanas y se fuguen. Sigamos.

La zona cultural estaba dotada con una pequeña emisora de radio de unos cincuenta metros de alcance. «Suficiente», estimó la Secretaria. El guardaespaldas golpeaba su auricular debido a las interferencias en la zona. Sanz se preguntó con quién estaría en contacto a través de ese dispositivo. Echaron un vistazo al pequeño estudio, parecía el escondrijo donde almacenaba el cobre alguna banda de ladrones.

Una doble puerta con ojos de buey en sus hojas daba paso al recogido teatro donde los reclusos representaban las obras ensayadas y hacían públicas sus coreografías de baile. Ese lugar era el punto de encuentro principal entre los internos de ambos sexos.

—Podemos avisarla para el próximo estreno —ofreció cortésmente la Subdirectora de Régimen—. Los internos están preparando un fragmento de El Quijote, La Ínsula Barataria. Sería un gran placer tenerla entre los asistentes.

—Seguro que para ellos lo sería —rechazó así la invitación Belén Esterra.

Contaba el espacio cultural con un aula de informática. Los ordenadores debían tener gran valor, al menos sentimental, el monitor más moderno databa de 1998. Belén Esterra acarició uno de ellos con una sonrisa.

—Les basta con esto. —Se adelantó Sanz a un previsible comentario negativo—. Tienen restringidos los sitios peligrosos de internet—. La Secretaria se acercó a uno encendido, guiada por el escándalo que provocaba una de las gigantescas CPU de color crema. Hizo ademán de sentarse, la espuma negruzca que salía de la rajada tapicería de *eskay* la hizo desistir. El guardaespaldas retiró la silla hacia atrás y ella tecleó en el buscador: silenciador. Se abrieron más de veinte millones de resultados. Esterra levantó la vista buscando al Director Sanz, que se acercó y se puso sus gafas antes de mirar el monitor.

—Un silenciador no mata por sí mismo, el arma a la que se acopla es lo que no pueden buscar.

—Yo revisaría este sistema.

El patio estaba recién barrido, eso facilitaba la visión de las pistas deportivas cuyas líneas alternaban los tramos rectos y escuadrados con otros pintados a mano alzada. Diferentes materiales conformaban el pavimento. A simple vista todos parecían extremadamente abrasivos ante una caída durante la práctica de cualquier deporte, e incluso peligrosos para un tranquilo paseo.

—No me extraña que tuviesen ustedes esa cantidad desproporcionada de esguinces —concluyó la Secretaría.

—Bueno, ese asunto se debe a otros motivos. Se trata de un libro de un profesor, escritor también. Una de sus obras tuvo éxito entre un grupo de internos…

—Si es tan nocivo tal vez debería suprimir su lectura. ¿No le parece?

Avanzaron por el patio pisando con cuidado.

—Señora, este lugar no es seguro —indicó el guardaespaldas.

—Me voy a joder un pie con estos tacones, vayamos por los laterales.

—Eso no es posible, Señora Secretaria. Fíjese en el remate del muro, parece a punto de derrumbarse. —Cortó el paso el agente.

—No, no. Son piedras unidas sin argamasa —aseguró Sanz acercándose—. Alguna se ha desprendido cuando hay viento fuerte y tormenta, pero en esas condiciones nadie está en el patio. Ahora no hay peligro. —Levantó sus manos al cielo azul y limpio.

—¿Qué es aquel armatoste que tienen apoyado en el muro, en aquella esquina? —señaló la Secretaria con el dedo.

—Es… —Sanz miró a Estela Roncero y arrugó la cara, defraudado porque la Secretaria lo hubiese detectado—. Es una antigua colchoneta utilizada para el salto de pértiga.

—No me diga usted que practican salto de pértiga en una prisión con unos muros de unos… cinco metros. —Miró al guardaespaldas— ¿En cuánto está el record?

—No creo que lleguen —matizó el agente secreto.

—¡No! ¡Por Dios! Eso ya no lo hacemos —tranquilizó Sanz a la Secretaria—. Fue un regalo del Comité Olímpico. Uno de los saltadores en Barcelona 92 fue interno nuestro, un delito contra la salud pública. Gran deportista, con buenos contactos. La colchoneta está colocada para tapar… un espacio que hay en muro.

—¿Otro agujero?

—En realidad no es tal, hay unas zarzas al otro lado y crecen unos cardos imponentes. Nadie en su sano juicio se aventuraría a cruzar por ahí. Y miren que colchoneta…

—Tiene noventa centímetros de grosor —aseguró el Subdirector de Seguridad acotando con sus manos en el aire.

—Desde fuera de la prisión, con los cardos, ni se ve. No le digo más —sentenció Sanz.

Esterra se giró hacia el grupo.

—Por favor, llévenme hasta el coche —suplicó.

8

Los medios de comunicación esperaban a salida de la prisión como padres primerizos a las puertas de un colegio. Cámaras, móviles y micrófonos se agitaron al detectarse movimiento en la puerta. Un tipo con gafas oscuras y llamativo auricular en uno de sus oídos salió y miró hacia los lados con resquemor.

Los manifestantes no podían acercarse más allá de las vallas que controlaban con el justo celo varios números de la Guardia Civil. Eran ruidosos y llamativos, aunque no parecía haber en ellos tendencia alguna a la lucha cuerpo a cuerpo ni afición a la quema de neumáticos. Una vez agotadas las pilas del megáfono de la pareja de ancianos de *Green Peace*, el viento de la Meseta se llevó con complicidad y sin esfuerzo los discordantes y aturullados eslóganes en dirección contraria a los oídos destinados.

La sonrisa de Belén Esterra al salir al exterior la delataba como una política con pasado y futuro. Su único problema era el presente. Sabía la Secretaria que las cosas se olvidan pronto, muy pronto, que cualquier otra estupidez sustituiría a la reseña y asesinato de ese atrevido joven ex presidiario que engrosaría la estadística de reinsertados, si es que no se descubría algún delito cometido durante las pocas horas que estuvo en libertad. Ahora era un mártir, un ídolo que utilizaría cualquiera que estuviese descontento hasta por el precio del Bonobus. Su objetivo: «Salir de esta». Eso es lo que hubo en su cabeza desde que el coche oficial la recogió esa mañana para visitar Tresmozos I. La culpa era de cualquiera menos suya. Llevaba mucho tiempo tragando, su garganta no podía más. El Director Sanz podía estar tranquilo, no pensaba cesarle ni aceptar su dimisión. El problema estaba en su cárcel y sería él quién apechugase con el problema y la solución. El Gobierno, el Ministerio, la Ministra y el Partido se lo debían. Pensaba arreglar las cosas como le dijo siempre su padre que se arreglaban: con dinero.

Prolongó la sonrisa mientras escuchaba las preguntas solapadas de los periodistas sobre las deficiencias de seguridad, hacinamiento en las cárceles, derechos humanos, reinserción y política presupuestaria. Fue tras esta última cuando calmó a todos con las manos, se quitó las gafas de sol, idénticas a las de su guardaespaldas, y alzó la voz.

—Tanto este gobierno como la Secretaria que les habla tienen un compromiso hasta la médula con nuestro sistema penitenciario. Creemos en él. Funciona, analicen los resultados. Todos nuestros centros y sus funcionarios son personal altamente cualificado para ejercer sus funciones. Trabajan con ahínco, demostrando una vocación y dedicación fuera de toda duda. Las no conformidades existen y en

nuestro caso tengo que decirles que el porcentaje es mínimo. Este centro, al que injustamente y sin pruebas se ha acusado por un particular, recordemos que en libertad y mejor persona desde que estuvo entre estas paredes, será en un futuro muy cercano un referente para las prisiones del país. Les digo más, de la Unión Europea.

Al Director Sanz, que hasta llegar a la colchoneta tenía buenas impresiones del recorrido y estaba seguro de que habían salido airosos del paso, se le estaban abriendo los ojos más de lo normal. Al mismo tiempo se entrecerraban los de Estala Roncero.

La Secretaría continuó.

—Será lo que conoceremos como un Centro de Reinserción de Nueva Generación. Se preguntarán cómo vamos a conseguirlo. Este gobierno no huye de sus responsabilidades, cuando detecta un problema, actúa. En una decisión sin precedentes se asigna un partida presupuestaria especial de… —la cifra que iba a decir le pareció baja de repente—. Cinco millones de euros para hacer del Centro Penitenciario de Tresmozos I el más moderno, humano y eficaz de… —El alcance geográfico pensado en un primer momento se le antojó pequeño—. De Europa y del mundo. En unos días podrán comenzar las obras. Suerte y adiós. —Se despidió al oído a Sanz.

—¿Qué puede decirnos sobre el asesinato del preso que publicó la reseña de la cárcel, El Piteras? —Preguntó una periodista de la primera fila alargando su alcachofa hasta la boca de la Secretaria, que ya se había puesto de nuevo las gafas y comenzaba a bajar los escalones precedida de su hombre de seguridad, que apartaba micros y cámaras con delicadeza forzada.

—Gracias, muchas gracias. Muy amables. Gracias por asistir —fue diciendo hasta que se cerró la puerta trasera del Mercedes gris marengo con cristales tintados.

Los dispositivos de la prensa enfocaron de nuevo a las escaleras dónde, atónitos, permanecían Sanz y Roncero, separados por el hueco que había ocupado la directora. Los medios esperaban las declaraciones del Director de la prisión.

—¿Qué tiene que decir? —arrancó por fin una becaria ante la media sonrisa que atenazaba el rostro de Sanz.

—En breve comenzaremos las obras. Muchas gracias. —Sanz se giró, puso su mano en el hombro de Roncero, que parecía dispuesta a decir algo, encaminándola a la entrada del centro—. Ahora sí que debemos llamar a Del Río —susurró a su oído.

—¿Quién es Del Río?

CAPÍTULO 5. La fama cuesta.

9

Desde su amplio despacho, el Secretario de Estado de Interior, Arturo Morales retiró la vista de la televisión.

—¿Esa mujer ha perdido el juicio?

Acababa de ver en un magazine mañanero las declaraciones de la Secretaria Esterra a la puerta de la prisión de Tresmozos I.

—¿Desde cuándo reparte ella el dinero?

Su asesor personal, Carmelo Bastida, asentía mientras le hacía gestos para que bajase la voz. Intentaba escuchar la opinión de los miembros de la tertulia televisiva.

—¡Cinco millones de euros! Para una cárcel que vamos a cerrar dentro de dos años.

Carmelo Bastida se acercó a la mesa auxiliar, cogió el mando a distancia y señaló la pantalla al Secretario.

—¿No andará de nuevo con aquel novio porrero que tuvo? Está drogada, sin duda. Cinco millones… sin estar presupuestados.

—Escucha esto, Arturo. Ven, acércate —animó el asesor.

—Si no los tenemos... ¿Qué ocurre? —Hizo caso por fin. Se acercó a la televisión, ajustó el nudo de la corbata y deslizó su mano por la tela hacia abajo.

La actitud de desconfianza del Secretario para con los medios se fue tornando primero en esperanzadora expectación para más tarde convertirse en una prometedora realidad reflejada en sus ojos, abiertos como platos, y su sonrisa, contenida por la incredulidad, pero a punto de desatarse como en quien es feliz de la mañana a la noche todo el año. Los tertulianos todoterreno que componían la mesa, periodistas del corazón, de las tripas, políticos renegados y un alpinista, llevados de la mano de una famosa, por algo que ya nadie recordaba, presentadora, alabaron la medida y ensalzaron el gesto de la Secretaria General de Instituciones Penitenciarias. Incluso apareció un plano robado la chica del tiempo asintiendo convencida a la vez que colocaba sus pechos en el pequeño vestido con el que en unos minutos saldría en pantalla. El Secretario Morales se atusó la corbata varias veces mientras Bastida, atento a la pantalla, se frotaba la barbilla.

El asesor cambió de canal. En otra tertulia coincidían con el

programa anterior en lo necesario de la medida, en que esa era la forma de hacer las cosas, actuar sin tanta burocracia, con determinación: «Por fin alguien en este gobierno agarra la sartén por el mango»; «un problema, una solución»; «para eso les pagamos, para que hagan su trabajo hoy, no mañana»; «no puede ser que esa cárcel siga así ni un día más»; «me parece perfecto que la mejor prisión del mundo esté en suelo español». Estas fueron algunas de las alabanzas dedicadas a la decisión de inyectar cinco millones de euros para restaurar por completo el Centro Penitenciario de Tresmozos. Nadie suele estar en contra de una buena obra.

—Esa bruja de la Secretaria les ha ganado el corazón —soltó el Secretario de Estado ante la pasividad del asesor—. ¿Qué te parece? —insistió ante el silencio de Bastida.

—Falta algo, Arturo. Han hablado de Belén Esterra y del Ministerio, pero nada de nosotros. Si ese dinero existe y se les da, debemos participar. —Se levantó con decisión y miró por la ventana con las manos atrás.

—Podemos hacernos una foto entregando un cheque gigante de cartón luciendo una gran sonrisa —sugirió el Secretario.

El asesor se giró sorprendido.

—Es nuestra oportunidad, tu oportunidad para subir el escalón que te falta. Después de esto —ladeó la cabeza señalando a la televisión—, todo el mundo querrá salir en esa foto.

Carmelo seguía sacando brillo a su barbilla. Volvió a la butaca. En el programa comenzaron a emitir opiniones en directo de gente de la calle. En un recuadro de la pantalla aparecían los manifestantes de la prisión mientras repetían sin sonido las imágenes de la Secretaría con unas palabras que aparecían una y otra vez en un faldón bajo de la pantalla: «Medida urgente: cinco millones de euros para las obras de la cárcel de Tresmozos I». La mayoría de los transeúntes que fueron entrevistados en varias ciudades opinaron de forma favorable. Solo un par de ellos fueron partidarios de que los convictos se pudriesen en ese cuchitril. Otros, más susceptibles, solicitaron que con ese dinero se comprasen varias sillas eléctricas: «No sé lo que cuesta una silla de esas, pero seguro que esa pasta daría para muchas. Mi hermano es electricista y mi cuñado tapicero, las pueden hacer ellos. ¿Quién lleva el tema? ¿No tendrá el teléfono?», se atrevió a medrar un señor de oscura mirada a la joven e inexperta periodista. «No», contestó asustada la chica.

—¿Qué propones? Estás muy pensativo. Asesórame —solicitó Arturo Morales, juntó las palmas de las manos y esperó la receta.

—Hay que actuar, adelantarse. Tenemos que conseguir que tú hagas la entrega de ese dinero.

El asesor encendió su móvil y comenzó a ojear las redes sociales.

Ardían y, salvo excepciones de espíritu vengativo a favor de la pena capital, la opinión general se manifestaba muy contenta con las obras. El derecho de los presos a una cárcel bien pintada, con tarima hidrófuga, era tendencia.

—¿Quién coño es el desdentado? —Se sobresaltó el Secretario ajustándose la corbata y planchándola de nuevo con la mano al ver sobreimpresionada una inquietante fotografía en la gran pantalla plana.

Bastida le explicó desde el principio la situación creada por la reseña que Fili, «El piteras» colgó en internet sobre su estancia en la cárcel y su posterior asesinato.

—¡Hostia! ¿Y lo han matado por eso?

—No se sabe. Tendremos que ponernos al corriente sobre la investigación.

—¿No habremos sido nosotros? —susurró el Secretario, abriendo las manos en torno al despacho.

—No puedo responder a esa pregunta. Fíjate en él, ese hombre debía tener enemigos que ni se imaginaba, de los que jamás oyó hablar. Un tipo que sale en libertad y se pone a despotricar de la cárcel... ¿Quién te asegura que no ha hecho lo mismo con el panadero del barrio, el camarero del bar de la esquina o el camello que le vendía lo que fuese que tomase?

—Nadie, claro. Puede haber sido cualquiera, no hay más que verlo. Pero con quién se ha metido es con nosotros.

Bastida se puso en pie, se remangó la camisa y miró de nuevo a través del ventanal, hacia el desenfocado horizonte de Madrid. Las pupilas del Secretario de Estado le siguieron con atención.

—Cuando solo repartes odio entre tus semejantes —comenzó, ceremonioso el asesor—, lo más probable es que recojas dolor y vacío. O lo que es lo mismo, hostias a pares y que te acaben matando.

Arturo asintió conmovido ante esa verdad más grande que la mayor de las catedrales góticas, que eran las más grandes.

—Arturo, llama a contabilidad y a personal. Qué suban, vamos a trabajar. Será un placer ser el asesor personal del próximo Ministro del Interior. —Bastida guiñó un ojo al Secretario.

10

Las personas que descubrieron el cadáver de Fili El Piteras a la puerta del bingo ya conocían la reseña a través de varios de los grupos de mensajería a los que pertenecían. Habían disfrutado ya de ratos de risa e indignación acompañados de caras amarillas sonrientes, de las que brotaban exageradas lágrimas. En ese momento no supieron de la importancia del muerto sobre el que estaban dando aviso. Tampoco le reconocieron los policías locales ni las asistencias sanitarias que intentaron reanimarle en vano.

No fue hasta que llegó la Policía Nacional y un agente mostró una captura de pantalla de la reseña, cuando todos los presentes tuvieron constancia de la relevancia social del fallecido. El hombre del momento yacía en suelo, muerto, empapado por el agua sucia y convertido en dique de la basura menuda que se acumulaba en la calle.

A los pocos minutos lo supieron en comisaría. La noticia no tardó en llegar al comisario y, no mucho después, al Jefe de Policía. Todos los cargos querían asegurarse bien de que se trataba de un asesinato. La reseña era de sobra conocida, volaba por los dispositivos saturando cada chat, red social y letra de canción improvisada.

Las críticas al Gobierno, al Ministerio del Interior, la Ministra, a Instituciones Penitenciarias y al sistema en general, pasaron de picar en la piel a hacer herida. Con semejante arma en manos de la oposición la cosa terminaría en hemorragia. Los miembros del gobierno, preguntados por el suceso medio en serio medio en broma, respondieron casi a partes iguales en el mismo tono de las cuestiones planteadas. Todos dudaban. La lógica les decía que el Estado podría estar implicado. Se puesieron a la defensiva. Tenían claro que habría sangre, debían conseguir que no se aplicasen muchos puntos de sutura.

No es de extrañar que los primeros en pensar en la implicación del Gobierno en el crimen fuesen ellos mismos. El categórico «eliminado el perro, eliminada la rabia» ahora iba por ellos Las llamadas en tono misterioso, calculadoras y casi en clave, contribuyeron a consolidar la auto sospecha. Esa noche, la noticia del asesinato del hombre de la reseña de internet corrió como la pólvora. Unos ministros llamaron a otros y los teléfonos despertaron a vecinos de las más ilustres urbanizaciones de las afueras de Madrid. Cuando se lo comunicaron al Presidente del Gobierno, la gravedad y el doble sentido de las palabras utilizadas desvelaron sin remedio su placentero descanso.

—¿Debo preocuparme?

—Han encontrado el cuerpo hace unas horas —informó la Ministra

de Interior—. En una calle de Salamanca. Está en manos de la policía. No sabemos más.

—Y tú, ¿qué opinas?

—Si es por motivos… Somos los que más tenemos. Estamos en el punto de mira.

—Poneos a trabajar en una alternativa, por si acaso. Era un delincuente, con alguien tendría problemas. Quiero un culpable, si es votante de la oposición, mejor que mejor.

El Presidente colgó. Su mirada se perdió entre las entre las figuras de superhéroes estampadas en la tela del baldaquino que cubría la cama hasta que la luz de la pantalla del móvil se apagó.

CAPÍTULO 6. Pruebas.

11

Giner y Loren siguieron con mucho interés las declaraciones de Belén Esterra a la salida de la cárcel desde la pequeña televisión de la sala de profesores.

Hablaron de construcción. A Loren le gustaban las obras, fuesen donde fuesen. Siempre tuvo aspiraciones de funcionario y alma de jubilado. De joven pasó muchas horas viendo, y a veces mirando, tanto obra pública en las calles, como obra privada cuando a algún amigo le reformaban la casa y los dos se pasaban horas sacando pegas sobre el plomo de los marcos de las puertas, o el tinte del cemento para las juntas de los azulejos, en vez de estudiar las oposiciones que tocasen.

A Giner la construcción le daba igual hasta que no se llegaba al punto de los sistemas de prevención, extinción de incendios y salidas de emergencia y evacuación. De la entrevista a la Secretaria de Instituciones Penitenciarias se quedó con un detalle que todo el mundo pareció obviar: el asesinato del Piteras. «Muchas gracias», fue la respuesta de esa mujer a la única pregunta que la prensa hizo sobre el crimen. ¿Qué significaba eso? No tenía nada que ver con la pregunta. Evasivas de política acorralada. Puede que esa mujer no lo hubiese escuchado bien. «Desde luego que lo entendió», se dijo, mientras Loren preparaba unos cafés. Podría haber dicho que no sabía nada de ese asunto, o que lo estaban investigando, que no era de su competencia, que no podía revelar ningún detalle… Podría haber dicho y hecho muchas cosas, incluso apenarse y sentirlo. Pero no, sonrió y soltó: «Muchas gracias». Eso solo podía significar que sabía algo y no quería hablar de ello. Estaba claro que la pregunta la incomodó, tenía unas ganas locas de escabullirse de allí. Evasivas de política culpable.

—Lo que te dije, Loren. Ahí tienes la prueba. Se lo ha cargado el Gobierno para salvar un par de culos y unos cuantos votos.

—Perdone, por los escasos conocimientos que tengo sobre procedimientos policiales, diría que esas declaraciones no son concluyentes. Solo ha dado las gracias. Falta información y puede que alguna prueba.

—¿Pruebas? ¿Qué más evidencias necesitas? No ha respondido. Ha sonreído, ha dado las gracias y se ha largado. ¡Han sido ellos!

—La policía los cogerá, puede estar tranquilo. Usan métodos científicos y tecnológicos muy avanzados. Con el pelo de un sospechoso pueden determinar hasta la marca de las tijeras que lo cortaron, dar con el peluquero e interrogarlo. De ahí a que detengan al culpable hay un paso.

—¡Qué ingenuo eres, Loren! Ellos son la policía. Si pudiésemos hablar con esa mujer… —Apuntó Giner con reiteración a la pequeña televisión que colgaba de la pared—. Podríamos animarla a que nos contase lo que sabe. No creo que haya sido ella, pero sabe algo.

—Es una política, va con guardaespaldas, coche blindado y seguro que un helicóptero la protege desde el cielo. ¿Cómo vamos a hablar con ella?

—Déjame que piense un momento —Giner miró la hora en su muñeca y se rascó la barbilla.

Alguien llamó a la puerta de la sala de profesores.

—¡Pase! —gritó Loren.

—Ya terminó la hora del bocadillo —avisó un alumno asomando la cabeza—. Hace rato. ¿Qué hacemos?

—¿Qué hacemos, qué hacemos? —se revolucionó Loren—. ¿No ves que estamos ocupados?

A Giner le enorgulleció esa actitud de su ayudante, el muchacho había adquirido confianza y dotes de mando.

—Vamos a ver, Pacheco, enciendan dos o tres fuegos al azar, esperen un par de minutos y apáguenlos con el equipo adecuado. Les vendrá bien para que se suelten.

—Vale —El alumno cerró la puerta.

Loren miró a Giner, saltó de la silla y abrió la puerta.

—¡Pacheco! No los hagan al lado del cuadro eléctrico ni de las tuberías de gas. Estos están un poco verdes— valoró una vez cerrada la puerta.

—Cierto, Loren. Gracias. Un error por mi parte el no advertir a Pacheco. Me estoy haciendo mayor. En pocos años alguien tendrá que relevarme como profesor titular de Formación Añoveros. Creo tener en mente a la persona adecuada para ese puesto. Alguien que ha demostrado compromiso, que conoce los entresijos de esta organización y en verdad lo merece.

—Es usted… un cabronazo. —Loren comenzó a guardar sus cosas en la mochila—. ¡Años! Llevo años aquí trabajando como un loco, haciendo todo lo que me dicen usted y el viejo Añoveros. ¡Así me lo paga!

—Pero… Loren. Pensaba en ti para el puesto. Hablaba de ti.

Lorenzo Santos dejó caer el pequeño macuto sobre la mesa. Se

mantuvo en silencio y recordó las palabras de Giner de hacía unos segundos. Tal vez se hubiese precipitado en la reacción. «¡Joder! Este tío siempre está con sus acertijos».

—Como no ha dicho ningún nombre…

—Seré más claro en el futuro, no te preocupes —aseguró Giner, que comenzaba a arrepentirse de haber revelado su delfín.

—Está bien.

—¿Has llamado a Del Río?

—No coge el teléfono. Parece que se corta. Debe estar en algún sitio con mala cobertura —justificó Loren.

—¿Tiene anotado el contacto con tu nombre? —preguntó Giner entrecerrando los ojos.

—Pues claro, si no, ¿cómo iba a saber que le llamo?

—Ya. Le llamaremos desde el teléfono fijo.

—Le digo yo que no tiene cobertura. Me hubiese contestado al momento, seguro.

—Por si acaso, Loren, por si acaso. Tenemos que llegar hasta esa mujer. En la Televisión han dicho que iba a comer en Salamanca. Por la hora, debe estar con el entrante. ¿Cuál es el mejor restaurante de la ciudad? Ese al que van siempre a comer las personalidades.

Loren se encogió de hombros.

—Vayamos al centro, búscalo en el móvil por el camino. ¡Ah! Coge dos chalecos negros, de los que sobraron de aquellos cursos para camareros —solicitó Giner mientras se ponía la chaqueta.

12

La furgoneta de Giner voló por la circunvalación hasta llegar a al Puente Enrique Estevan, dónde el tráfico avanzaba con lentitud.

—¡Vamos Loren! ¡El restaurante!

—Aquí dice… las mejores reseñas… frecuentado por políticos, ganaderos, cocineros, constructores, toreros, futbolistas… y políticos. Maese Arsenio, junto a la Calle San Pablo.

—¡Ese es, Loren! Estamos al lado.

Estacionaron junto a una señal de prohibido aparcar enraizada sin aparente motivo en la vacía Calle Cordel de Merinas y cruzaron sin problemas Rector Esperabé, dejando las ruinas de San Polo y el Hotel a su derecha.

—Circular a 30 km por hora será seguro para los peatones, pero convierte a todos los conductores en sospechosos —aseguró Giner.

Subieron con agilidad por San Pablo. Ya divisaban el letrero de hierro fundido con el nombre calado y la terraza de Maese Arsenio.

—¿Y, cómo sabe que está aquí?

—Es el mejor. Esta gente no se anda con remilgos a la hora de gastar nuestro dinero, muchacho. De todos modos estamos a punto de averiguarlo.

Desde una esquina observaron a un camarero servir a los clientes de la terraza. Se pusieron los chalecos. Giner tomó prestadas dos servilletas de una mesa reservada. Desdobló una y se la colocó extendida sobre el antebrazo, pegándolo en cabestrillo a su estómago, marcando la postura. Entregó la otra a Loren para que le imitase.

—Sígueme. Cuando hable con ella, entretén al guardaespaldas.

—¿Y quién es? —preguntó Loren, que tenía serias dudas sobre la operación.

—Le reconocerás. Llevará gafas de sol, las manos sobre sus testículos y un auricular.

Entraron decididos, con el brazo de la servilleta en modo hostelería y con la otra mano intentando ocultar sus rostros. Cruzaron la zona de la barra y pasaron al comedor. Allí estaba el guardaespaldas, a unos metros de ellos, pegado a la pared, tal y como había perfilado Giner. No había muchos comensales en el salón. Destacaba una mujer de espaldas: comía sola, llevaba un peinado caro, collar de perlas y hablaba con soltura por el móvil.

Giner se movió por el comedor, disimulando, recolocando copas y estirando puntas de manteles de las mesas vacías. Loren le seguía de cerca, perdido, casi chocándose con él y sonriendo a los clientes con los que cruzaba la mirada.

—Hay que sacarle de aquí. —Giner giró la cabeza hacia el agente

de seguridad—. Piensa en algo. Que salga del comedor.

Loren abrió manos y ojos, se tocó la frente y salió pensativo hacia la cafetería. Giner se acercaba poco a poco a la mesa de la Secretaria. Intentó recordar el nombre visualizando los letreros que había visto en la televisión. Le fue imposible. «Señora», pensó en llamarla, eso no ofendía a nadie, al ser mujer tendría que hacerle caso. Sabía que no dispondría de mucho tiempo. Iría al grano.

Alzaron la mano desde una mesa, la llamada era para Giner, el único camarero presente en la sala. Dudó en acudir hasta que vio a uno de los trabajadores de Maese Arsenio dirigirse al cliente. Se terminaba la vajilla por colocar cuando escuchó unas detonaciones en la zona del bar. Ese era Loren. Y esos eran los petardos que sobraron de un simulacro el mes anterior. El muchacho no tenía remedio. El guardaespaldas se despegó de la pared, la Secretaria le miró y este le hizo una señal con la mano para que permaneciese sentada y tranquila dónde estaba mientras él se dirigía a la salida.

—¡Fascistas! ¡Opresores! —Desde el comedor se escuchaba la voz de Loren.

Los comensales alzaron sus miradas hacia la puerta. Explotaron otros tres petardos. Belén Esterra seguía comiendo sin dar importancia al incidente. Una mujer acostumbrada al jaleo.

—Señora —susurró Giner junto ella, con su servilleta en posición de servicio.

—¿Qué ocurre? —Ella miró con el rabillo del ojo y siguió comiendo como si nada.

—El Piteras, dígame que ha ocurrido con él.

—¿Cómo dice?

—Ya sabe. —Giner se cubría la boca con una mano y miraba a los lados controlando al personal de Maese Arsenio. —Dígame quien mató a ese muchacho, al preso. El que escribió la reseña de la cárcel por internet.

—¿Quién coño es usted? ¿Es del CNI? —Esterra dejó caer cuchillo y tenedor sobre el mantel e hizo ademán de levantarse.

—No. Espere. Deme algo. Si no, tendré que suponer que lo han asesinado ustedes. Dígame ¿Estoy en lo cierto? Míreme a los ojos y conteste. ¿Ha sido el Gobierno?

Se escuchaba tumulto en la cafetería y el sonido de un silbato. Loren atacaba con todo.

—¿Quién le envía? No sé de qué me habla. ¿Lo entiende? —La Secretaria buscaba a su guardaespaldas.

—Claro que lo entiendo. Son ustedes unos asesinos. —La mirada de Giner estremeció a Belén Esterra.

El profesor retiró la servilleta de su brazo, la dobló y la arrojó sobre la mesa de la Secretaria en clara señal de reto. Giró tras la mujer hacia

un lado, ella movió su cabeza y Giner viró hacia el otro, confundiéndola. Cuando Belén Esterra, aturdida, volvió a verle, el profesor ya salía por la puerta del comedor, cruzándose con su guardaespaldas, que se dirigió hacia ella.

—¿Has visto al hombre que salía, al camarero? —Señaló la puerta levantándose de la silla.

—Sí, claro.

—¿Le conoces?

—No, de nada. —La Secretaria se sentó de nuevo y tomó los cubiertos.

—¿Qué es lo ocurría ahí fuera?

—Un tarado preparando escándalo. Inofensivo. Dice que ha estado en la cárcel esta mañana. Parecía desequilibrado. Gritaba tonterías sobre la URSS. Aseguraba ser comunista de pura cepa.

—¿Comunista? —Esterra dejó caer de nuevo los cubiertos y volvió la cabeza hacia la puerta de salida.

13

Giner se deshizo de su chaleco en un contenedor de reciclaje de papel y Loren, que le esperaba a unos metros, en uno de vidrio. Agacharon la cabeza y aceleraron el paso sin correr. Para la huída cambiaron de ruta, giraron por el Parque de Colón, dejando la Iglesia de San Pablo a su izquierda: «Bonito almohadillado», alabó Giner; «aquí tomé la comunión», recordó Loren. Al final de la calle viraron a la derecha pasando acelerados junto pequeño arco de medio punto que da acceso al Convento de la Dueñas: «Pocos claustros renacentistas como este», señaló Giner con el pulgar hacia atrás; «y vaya dulces que hacen las monjas», apostilló Loren. La Portada de la Iglesia de San Esteban se perfilaba en el cielo de Salamanca, de marcados tonos azul-calor: «Este arco triunfal es una maravilla», hubo de reconocer el profesor; «En la parte baja, hay una escultura de una mujer a la que se le notan las tetas», reveló Loren en voz baja.

Tras bajar las escaleras que llevan a Arroyo de Santo Domingo se encontraron de frente con un coche la Policía Local. Llevaba las luces de emergencia encendidas. Avanzaba despacio hacia arco del pequeño puente que salvaba el desaparecido cauce de agua que ahora es calle. Giner pasó la mano por el hombro de Loren, redujo el paso y comenzó a charlar amigablemente sobre el Gótico Reyes Católicos con potente tono de voz. Loren sintió un escalofrío e intentó retirarse, Giner le sujetó con fuerza hasta que se relajó.

—¿Se puede saber qué hace?

—Tranquilo, hombre. Relájate y no mires al coche. Así pasean los amigos. Recuerdo en el instituto…

—No sé a qué instituto fue, pero está usted muy equivocado —advirtió Loren con una sonrisa justo cuando se cruzaban con la mirada del agente que iba al volante—. Si no nos detienen será por muy poco. Parece que está usted secuestrando a un chaval.

—Loren, te recuerdo que tienes cuarenta y algún años.

—Ya, pero ellos no lo saben. Me conservo bastante bien. Tampoco saben que usted no tiene setenta. Imagínese que nos detienen, nos registran y nos hacen quitar la ropa, en cuanto viesen lo que tiene usted ahí abajo encontrarían el modo de acusarle de algo y dormiría una noche en el calabozo, seguro.

Giner soltó el hombro de Loren con gesto de desilusión.

—Me ves como un viejo. Eso es. Siempre ha sido así: como un anciano con un gran pene.

—No se ponga así, siempre empieza faltando usted y al final tengo yo que consolarle.

Cruzaron de nuevo Rector Esperabé, sin hacer caso al semáforo, en

dirección a la furgoneta.

—Por cierto, ¿qué ocurrió en el restaurante, qué dijiste?

—Les dije que era comunista. Hice un alegato contra el sistema y grité fuerte. —Se llevó las manos a los lados de la boca, susurrando.

—Preparaste un buen escándalo. Muy hábil. Comunista…

—Sí, pensé en algo que metiese miedo y por lo que no te puedan detener.

CAPITULO 7. Teléfono escacharrado.

14

El comisario de la Policía Nacional Demetrio Salmerón apagó la televisión de su despacho y miró de reojo la chocolatina que tenía sobre mesa. La cogió por uno de sus bordes, se pasó la mano por la barriga, agitó el envoltorio con las dos manos, abrió el primer cajón de su escritorio y la arrojó al interior con resignación. Tras suspirar, salió del despacho. Desde la puerta localizó a un agente de uniforme y se dirigió a su mesa.

—Carrasco, ¿verdad?

—Sí, Señor Comisario.

—¿Qué sabemos del asesinato del preso? —Apoyó las dos manos en la mesa del agente y le miró a los ojos.

—No tengo noticias de que haya habido ningún asesinato de preso alguno.

—Me refiero al tipo de internet, al ex preso. El de la reseña de la cárcel. Del que habla todo el mundo. ¿Qué tenemos?

—¿Se refiere a usted y a mí?

—Sus interpretaciones literales me están poniendo nervioso, agente Carrasco. Haga un esfuerzo. Pistas, sospechosos, ¡algo!

—Nada nuevo. —Se centró Alberto Carrasco—. Orificio de entrada de objeto punzante en la base del cráneo. Como un descabello, ni se enteró. Parece obra de un profesional. No se ha hallado nada relevante en el escenario del crimen.

—¿Qué objeto? —El Comisario rectificó de inmediato— ¿Se sabe que objeto fue el que le causó la muerte?

—Si la científica lo sabe, no lo han comunicado.

—Tiene que haber algo, siempre hay algo.

—Fue a la salida de un bingo, de madrugada. En ese momento pasaba la «manga riega». Ya sabe, el camión de limpieza del ayuntamiento —explicó Carrasco tras ver la cara del Comisario.

—¿Las cámaras de vigilancia? Supongo que alguien estará con ello.

—Ya hemos visto las imágenes. La cámara del Bingo graba hacia el lado contrario.

—Muy listos.

—Yo diría que no, Señor. Si las hubiesen puesto orientadas hacia el

otro lado… Pero claro, ellos no sabrían hace años que se iba a cometer un asesinato junto a su puerta. Y si hubiese sido así deberían haber informado. Si lo desea, podemos interrogarlos.

—¿De qué habla? Me refiero a los asesinos. Sabían lo de las cámaras y seguro que lo del camión de riego.

—Entonces… dice usted que han sido varios…

—No lo sé, Carrasco.

—Pues, permítame, señor, que le diga que no debería hacer esas afirmaciones a la ligera porque…

—¡Joder! Es imposible hablar con usted.

Alberto Carrasco abrió las manos y miró hacia los lados. El hecho es que estaban hablando.

—Avíseme en cuanto sepan de que objeto se trata —ordenó Salmerón y se marchó de nuevo a su despacho.

Faltaban cinco minutos para que el Comisario Jefe llamase. Salmerón abrió el cajón de su escritorio, destrozó el plástico de la chocolatina y la comió de dos mordiscos. Sonó el teléfono, su jefe fue muy conciso, sólo quería saber la impresión de Salmerón sobre el crimen de Fili el Piteras: «Profesionales, dice. Me hago cargo», reflexionó el Comisario Jefe. «Tómese este caso con mucha calma. Insisto en lo de mucha y ordeno lo de calma. No se despegue del teléfono, recibirá muchas llamadas», auguró antes de colgar.

Las palabras «mucha calma» pronunciadas por un Comisario Jefe sonaban peor que el más agobiante de los apremios para resolver un caso. Salmerón se temió el desastre, lo que muchos pensaban y comentaban por los rincones, junto a la máquina del café, en el parking o el vestuario. Le entró un escalofrío solo de pensar que alguno de los Cuerpos de Seguridad del Estado hubiese eliminado a alguien en su pequeña ciudad.

Había hecho bien en comerse la chocolatina, así no tendría el estómago vacío para el par de chupitos de orujo que pensaba beberse.

15

Las llamadas entre los Cuerpos de Seguridad, Ministerios y demás organismos en los que pudiese haber armas se sucedieron tanto en cascada como en paralelo.

—Estoy de acuerdo con usted en que es un asunto muy delicado, Director General, mucho —aseguró el Comisario Jefe.

…

—Me parece buena idea, hable con la Ministra, si hay algo, ella lo sabrá. Desde luego, la Policía Nacional no tiene nada que ver. Habrán encauzado la eliminación por otros canales más discretos.

…

—Entiendo que esté preocupado, pero en la comisaria de Salamanca no tienen nada y no creo que lleguen a mucho…

…

—Ajuste de cuentas entre delincuentes. Así lo venderemos.

…

—Por supuesto, le mantendré informado. No lo dude.

El Director General de La Policía puso al día a la Ministra de Interior sobre la situación creada a raíz de la reseña que un ex presidiario del Centro Penitenciario Tresmozos I descontento con su estancia, había colgado en internet y su posterior asesinato.

—Lo sé todo, ahórrese las explicaciones —cortó la Ministra—. Al grano.

—Creo que hemos sido nosotros —lamentó el Director General.

—¿A quién se refiere?¿Cómo que cree?

—Las informaciones que manejamos conducen hacia eso, que estamos implicados.

—Yo, desde luego no. Ustedes no sé. Espero que no hayan cometido esa estupidez. Había otros medios de callarle la boca a ese tiparraco.

—Creo que debería hablar con el director Bonet, Señora Ministra.

—Oiga, no me joda. ¿No pensará que se lo ha cargado el CNI por su cuenta? Eso es cosa del Ministerio de Defensa. Ya sabe que no me hablo con el Ministro.

—Bueno, Bonet y la Secretaria Esterra son buenos amigos. Ya sabe que tuvieron una relación. A ella la ha puesto contra las cuerdas. Puede que hayan hablado y tal vez Bonet se ofreciese a solucionar su problema… Si ha visto el paripé de esta mañana en la puerta de la cárcel, la donación que ha hecho… Está desesperada.

—Cómo hayan sido ellos me aseguraré de que mueran de pobres, haciendo cestos con juncos en alguna isla del Índico. Arregle esto como sea. Encárguese de que detengan a alguien, algún desecho

humano. Busquen. Era un delincuente, alguien habrá. Y si es ciego, mudo, sordo y votante de la oposición, mejor. —Colgó la Ministra del Interior recordando la sugerencia del Presidente del Gobierno.

16

Alonso Bonet cumplía esos días su primer año como Director del Centro Nacional de Inteligencia. En pocos meses había devuelto a la Institución el aire de misterio y secretismo que deben tener los grupos estructurados de espías. Las derogaciones de un par de Reales Decretos le dejaron las manos libres para poder trabajar con eficacia y libertad, a la vez que le abrieron las puertas para rodearse de verdaderos agentes de inteligencia de su confianza procedentes de diferentes destinos.

Los políticos y asesores civiles desaparecieron poco a poco del organigrama. Las denuncias por el uso de métodos poco o nada ortodoxos para un civil se quedaron en habladurías: fuese lo que fuese, ellos nunca habían estado allí.

Su política era el hermetismo hacia afuera y pocas palabras cara al interior. Un buen agente de inteligencia debía ser capaz de comunicar la mayoría de asuntos importantes con miradas y gestos. Se fomentó el uso de gabardinas, sombreros de ala corta y gafas oscuras, como los espías de verdad. Psicología inversa, el enemigo jamás pensaría que alguien así vestido fuese a espiar nada.

El teléfono de ruleta se agitó atronador sobre el escritorio. Bonet lo descolgó esperando a que hablase su interlocutor.

—Soy yo, Bonet. Moronta —se presentó la Ministra del Interior, que sabía que el Director del CNI sólo hablaba por terminales fijos.

—No conozco a nadie con ese nombre. Tendrá que identificarse con más detalle. Si no lo hace, colgaré en tres segundos. Tres, dos…

—La Ministra de Interior, ¡Joder!

—Hola, Ministra Moronta. ¿Quién le ha proporcionado este número?

—Hombre, Bonet, esta línea se la dimos nosotros al Ministerio de Defensa.

—Hum —desconfió un segundo—. La escucho.

—Iré al grano. ¿Están ustedes al tanto de la que se ha montado con la reseña de esa cárcel perdida en mitad de la Meseta?

—Afirmativo.

—Sabrán también que han asesinado al tipo en cuestión, al desdentado que escribió la valoración en internet.

—Es correcto.

—Pues mi duda es la siguiente: ¿Está el CNI implicado de algún modo en esa muerte?

—Me temo, señora Ministra, que debemos cortar estar conversación. No tengo nada que decir al respecto. Nosotros no hemos estado allí. —Bonet colgó el auricular sin miramientos.

—¡Me cago en…! —exclamó alterada la Ministra desde el asiento trasero del coche oficial—. Es cierto, nos lo hemos cargado nosotros —susurró.

—¿Algún problema, Señora? —Se giró el guardaespaldas desde el asiento de copiloto.

—Sí, Ricky. Alguien ha tirado una piedra a un charco y nos va a salpicar a todos.

17

—Soy Belén.

—¿Belén? Debe proporcionarme más datos —exigió Alonso Bonet, de nuevo al teléfono en su despacho del CNI.

—Alonso, déjate de gilipolleces. Belén Esterra, la Secretaria de…

—Ya la identifico, sí. ¿Cómo ha conseguido este número?

—¿Qué cómo…? ¡Joder! Tú me lo diste el fin de semana que estuvimos en Lanzarote. ¿No lo recuerdas? En la playa nudista, me hiciste memorizarlo.

Bonet carraspeó.

—Hable. ¿Cuál es el problema?

—Te lo voy a contar, aunque me imagino que ya lo sabes.

—No es suficiente información, continúe.

—¿Por qué me hablas de usted? En fin, déjalo. La cuestión es que estaba tan a gusto comiendo un entrecot de carne de morucha en un restaurante de Salamanca, Maese Arsenio, cuando se ha presentado en mi mesa un tipo muy extraño vestido de camarero y ha comenzado a…

—Disculpe, Secretaria Esterra, si su problema está relacionado con los servicios de alguna empresa privada, no creo que desde el Centro podamos hacer nada.

—¡Escucha!, por la cuenta que os tiene. Ese hombre no era camarero, estaba disfrazado o pretendía estarlo. La cuestión es que se ha plantado delante mía para interrogarme sobre asesinato de ese preso, del que publicó la reseña de la cárcel en Google. He estado allí esta mañana, Tresmozos I se llama.

—Lo sé, he visto la televisión. Siga, céntrese en el camarero.

—Pues me miró a los ojos, daba miedo. Me preguntó si a ese muchacho lo habíamos matado nosotros, el Gobierno.

Hubo unos segundos de silencio.

—Dígame cual fue su contestación a esa pregunta.

—¡Coño! Pues que yo no sabía nada.

—¿Cual fue la reacción del camarero disfrazado?

—Mala. Nos llamó asesinos. Está convencido de que hemos sido nosotros, o vosotros, o quien haya sido.

—No hay duda de que era un profesional. Podría poseer algun dato que desconocemos.

—Al principio creía que era alguien de los vuestros, del CNI.

—No es nuestro. ¿Tenía algún acento? ¿De qué zona?

—Pues la verdad es que no. Era español, pero no tenía acento, es raro, ahora que lo dices.

—Profesional, seguro. Tengo entendido que usted lleva un

guardaespaldas. Ese es un fallo grave de seguridad.

—Claro, esa es otra. Le acompañaba alguien, desde el exterior del restaurante hizo detonar unos…

—¿Detonar? Eso es gravísimo. ¿Por qué nadie me ha informado de esto antes?

—No, tranquilo, fueron unos petardos, de los utilizados en fiestas y verbenas. Nada peligroso.

—Despreciar el peligro en mi oficio se traduce en viudedad y niños huérfanos —advirtió Bonet.

—La cosa es que el alborotador era un señuelo para que el camarero falso me interrogase a solas. Mi guardaespaldas dice que el de los petardos se declaró comunista.

—Comunista, dices…—Bonet silbó— Tendremos que ver las imágenes de las cámaras de ese restaurante. Nosotros nos encargamos.

—Alonso, dime. Tengo que saberlo, esta mañana me preguntó la prensa y esquivé el tema: ¿Hemos matado a ese tío?

—Es usted la segunda persona que hoy me pregunta sobre ese hecho en cuestión.

—Y qué le dijiste a la primera.

—Lo mismo que le digo a usted, que no puedo seguir con esta conversación. —Bonet colgó.

—¡Será hijo de puta! —Gritó Belén Esterra a su teléfono—. Se lo han cargado ellos.

CAPÍTULO 8. Pacto entre caballeros.

18

En la cárcel de Trasmozos I estaban como locos. El Director Sanz convocó varias veces a todos los trabajadores a través de la inaudible megafonía interior para tomar un tentempié en el comedor principal. Quiénes conseguían entender el mensaje lo trasmitían con alborozo a los compañeros que se encontraban cerca. Algunos, desengañados por otros eventos de ese tipo celebrados en el pasado, decidieron no asistir. La última persona que apareció en el comedor fue la doctora de guardia. «¡Qué guerra dan con los esguinces!», se quejó ante los tímidos aplausos que recibió al llegar.

Todo había sucedido a tal velocidad que Sanz se encontraba en una montaña rusa de emociones: del pesimismo más absoluto y la sombra del cierre de su prisión, a dirigir la cárcel más moderna del mundo. Cruzó algunas miradas de cómplice satisfacción con Estela Roncero mientras hablaban por los diferentes corrillos, dándose palmadas y apretones de clavícula de diferente intensidad según el grado de confianza.

Estela, aunque satisfecha con la medida, no estaba tranquila. Esa cárcel era como su casa. En los últimos treinta y dos años había pasado más tiempo allí que en su hogar; derramado más lágrimas sobre su escritorio que en su almohada. En cuanto a las risas, Estela Roncero no era una persona de carcajada fácil, no podría afirmarlo con seguridad. Ese lugar, su «casa», iba a cambiar. A pesar de que no era la primera modificación que experimentaba el centro, ella temía que fuese el último.

Antes que cárcel, el edificio albergó el Nuevo Hospicio de San Ramiro el Monje y, previo a esto, el Hospicio Viejo de San Ramiro el Monje. El cambio de política respecto a los niños huérfanos, las nuevas leyes de adopción y acogimiento condenaron a este tipo de instituciones a su inevitable cierre. La estructura, distribución y ubicación del edificio eran perfectas para convertirlo en centro penitenciario. Fue antes de que se construyesen las macro cárceles de diseño *standard* en los años noventa. El dinero invertido en su readaptación de orfanato a prisión motivó que el gobierno de la época decidiese mantenerla operativa entre esos gigantes de cubiertas de

chapa verde. Tresmozos era la caseta de herramientas en la urbanización de las prisiones. Pasaba desapercibida, nadie se fijaba en ellos. Situados en La Meseta, en mitad de ninguna parte, lejos de cualquier lugar importante y cerca de sitios de los que todo el mundo intentaba marcharse. Y así fue hasta que un ex preso desagradecido decidió valorar su estancia cual comensal dolido con un restaurante en el que le hubiesen servido una chanfaina sin tacos de sangre. Las abolladuras que el Piteras arrastraba desde niño en su cráneo hicieron el resto.

Al aprobar Estela la oposición, la prisión llevaba pocos años en funcionamiento. Siempre fue un lugar atractivo para los jóvenes desempleados de los pueblos de la zona, deseosos de abandonar el campo y el ganado por un trabajo fijo con horarios parecidos a los de las personas, días libres y vacaciones incluidas en nóminas que llegaban de forma puntual.

Durante esos primeros años de rodaje en el puesto, Estela descubrió su camino. Algo similar le ocurrió a Tresmozos, encontró su propia personalidad, sus rasgos definitorios, los que la diferenciaban de las demás cárceles. En aspecto, se asemejaba más a las recogidas y recién cerradas prisiones de los centros urbanos que a sus herederas devoradoras de hectáreas.

Estela arrimó el hombro desde el primer día de trabajo. De funcionaria fue ascendiendo, no sin esfuerzo, horas de estudio y concursos, hasta Subdirectora de Seguridad. En el siglo XXI el cargo de director se convirtió en inaccesible: adquirió connotaciones políticas, en ocasiones para pago de favores y, en otras, cobro de facturas pendientes y castigo al titular, traslados e interinidades pasajeras para olvidarse de alguien una temporada. Con suerte, para siempre.

El Centro Penitenciario de Tresmozos I era el lugar ideal para que todo el mundo se olvidase de ti. Roncero trabajó como la que más y habló como nadie de la cárcel, «su cárcel», defendiéndola ante todo y ante todos. Estaba tranquila por su puesto de trabajo, sabía que se jubilaría allí. Al igual que Sanz. Se lo dijeron el uno al otro a través de las miradas de triunfo inesperado que se dedicaron durante el ágape.

—No saque más vino. —Debió intervenir el Director Sanz deteniendo con la palma de la mano a un funcionario y dos internos con copas de tinto que temblaban en bandejas sujetadas por dedos inexpertos, acostumbrados a otras herramientas de trabajo.

La cosa se estaba alargando, la emoción crecía por momentos. Sanz no quería cometer ningún error hasta que esos cinco millones estuviesen en la cuenta de la prisión. No era por el vino, que les sobraba. Dos años atrás los internos fabricaron los bancos para una ermita cercana. Los monjes, ascetas y con un arraigado voto de

pobreza, no contaban con dinero. El desconocimiento de ese desapego hacia el sistema monetario por parte de la dirección de la prisión justo hasta el día de la entrega de la factura, movilizó la generosidad de los franciscanos, que ofrecieron a la dirección del centro pagar bien con el cuerpo, bien con la sangre de Cristo. Al tener asegurado el suministro de pan, el Director Sanz se decantó por los glóbulos rojos de Jesús de Nazaret.

Tanto por razones legislativas como de seguridad en la prisión no se consumía alcohol, esa mañana era una excepción. La ingente cantidad de botellas, que aumentó al año siguiente con la construcción de unos originales y minimalistas confesionarios, sirvió para adquirir herramientas, material de escritura, pintura y algunos de esos ordenadores sin silenciador que rugían en la sala de informática. Cada año, una de esas botellas de espeso y potente caldo zamorano lucía en las mesas de Navidad de los funcionarios.

La sorpresa por el dinero recibido y el futuro título de «Mejor cárcel del mundo», se trasformó en euforia colectiva, en éxito de equipo. Esto le gustó mucho a Sanz, a quien le encantaba ver unidos a sus subordinados, remando en la misma dirección, manejando velas, danzando como un ballet a babor y estribor, soltando y atando cabos a los postes para sortear las olas y la tormenta. Él, con mano firme sobre el timón, guiaría a su tripulación hasta divisar las tranquilas y azules aguas que bañaban la playa tropical de arenas blancas hacia la que se dirigía la nao de Tresmozos I. Ese momento era el bautizo del barco, con vino de la zona, tan peleón como el Piteras.

A Estela Roncero no le gustaba el agua más que para beber o lavarse. Su experiencia en navegación se limitó a un paseo en una barca de pedales por el Tormes a su paso por Salamanca durante una extraña cita que tuvo una primaveral tarde en la que un muchacho decidió saltarse su clase de Filosofía Presocrática con la esperanza de disfrutar de la pequeña y completa Estela en uno de los selváticos islotes del río. Atracaron con éxito en la juncosa isla disfrutando los dos entre la maleza, no sin cierto cargo de conciencia y desconcentración del muchacho por lo que se pudiese estar comentando sobre Anamixandro y que él jamás escucharía. Estela consiguió con arriesgadas técnicas que el larguirucho se olvidase de esos griegos con nombre de insulto, el chico se relajó por fin. Tras recomponer la ropa sobre sus cuerpos semidesnudos, comprobaron desde la orilla como su embarcación se alejaba río abajo. Fueron rescatados por una comprensiva pareja que surcaba el oscuro cauce en una barca de remos, teniendo que remolcar la «pedalina» hasta el embarcadero donde estaba la caseta para el alquiler. Desde aquella tarde Estela desconfiaba de las masas de agua que sobrepasasen la mitad de sus muslos hacia arriba, de los filósofos que la invitaban a

islas tras fijarse en su escote y de esa euforia desmedida que exteriorizaban sus, por lo general, apáticos compañeros y subordinados. Tendría que estar muy alerta.

El vino, combinado con la escandalosa visión de los ceros del cheque concedido para la reforma, destapó los conocimientos sobre construcción y el alma de decorador que todo el mundo lleva dentro. Así, diseñaron y distribuyeron vanos, suelos laminados o tipos de cerámica para baños y cocina. «La pintura, satinada, se limpia mejor», sugirió alguien. «Para los barrotes esmalte al agua. Por el medio ambiente», exigió un auxiliar administrativo. «Un huerto en la azotea. Eso se lleva mucho, combinado con paneles solares. Ecología y autosuficiencia», aseguró una enfermera.

—Vamos a ver —intervino el jefe de taller situándose en el centro del grupo principal—. Estáis diciendo cosas sin sentido. Lo primero que hay que hacer es un presupuesto, un proyecto y un replanteo. —Se colocó las manos a la espalda y giró comprobando que todo el grupo prestaba atención—. Pladur, esa es la clave. Ahorraremos dinero, es rápido, polivalente y se adapta a cualquier necesidad.

—¿Es eso con lo que hicisteis la pequeña casa dentro del taller? —preguntó una psicóloga—. ¿Por qué lo desmontaron?

—Porque era provisional, una construcción para el curso que impartimos a los internos, nada más.

—Espere, espere. —Se adelantó el Director Sanz—. ¿Los internos hicieron aquella construcción? Estaba muy bien. Era muy consistente También hicieron los bancos de la Ermita… Muy interesante. Mucho.

Volvieron los murmullos y risas. De nuevo decoraron despachos, planificaron un jardín de estilo francés en la entrada, una sala de juegos y un gastro-bar en condiciones con zona *chill-out*. Nuevo recubrimiento en la fachada… «Acero inoxidable, lo mejor que existe», zanjó un funcionario.

A Estela Roncero no le paso desapercibido el interés del Director Sanz sobre las capacidades constructoras de los internos. Tampoco que pasease en círculos con la cabeza gacha, una copa de vino en una mano y la otra en la espalda. Lo que estaba pensando ese hombre era un arma de al menos triple filo.

19

Tras el almuerzo improvisado para celebrar la inyección económica de la Secretaría de Instituciones, el Director Sanz se reunió con Estela Roncero.

—Si vamos a llevar la mejor cárcel del país debe ser desde ya. No hay otra manera que hacerlo en equipo —afirmó Sanz—. Todos, sin excepciones.

—Aquí nunca se puede contar con todo el mundo, ya debería saberlo. —Ofreció Estela una ducha de realidad.

El Director se acercó a la ventana con las manos atrás. Se elevó sobre las puntas de los pies y dio dos taconazos sobre el gastado terrazo.

—Dígale al Subdirector de Tratamiento que reúna a todos los internos en el patio. En una hora —estableció tras mirar su reloj.

—¿A todos?

—Todos los *reunibles*, me refiero. Mujeres y hombres. También los «esguinzados».

—¿Los va a juntar?

—Sí. Así es. Que formen en el patio, como si fuese una revisión rutinaria. Con tres o cuatro funcionarios, pero sin llamar la atención, que se mantengan alejados.

—Bien. En una hora.

—Confíe en mí, Roncero.

No era una cárcel muy poblada. Su tamaño y estructura no lo permitía. Tal vez con las futuras reformas se pudiese aprovechar mejor el espacio y recolocar algunos internos. «Cómo si se los llevan a todos» había dejado caer un funcionario entre vino y vino, malgastando una gracia que no cuajó.

Allí no cumplían condena delincuentes famosos por sus crímenes, ni era lugar para asesinos natos. Se diría de la población reclusa de Tresmozos que era heterogénea en cuanto a fechorías sin llegar ninguno de ellos al psicópata de gafas *Ray Ban* graduadas.

Sanz se quitó la corbata y bajó al patio en cuanto vio que los presos comenzaban a situarse en sus zonas. Los presos que llevaban muletas fueron los últimos en aparecer. El Subdirector de Tratamiento alzó su mandíbula y Sanz comenzó a hablar.

—Buenos días. Lo primero que he decirles es que seré breve, por lo que pido que nadie se impaciente. Comerán a la hora de siempre. Bien. A estas alturas de la mañana ya sabrán de oídas que hemos tenido una visita muy importante, entre otras cosas porque no hemos dejado que ustedes la viesen, ni desde luego ella a ustedes, aunque ha habido algún imprevisto con los trabajadores de carpintería. Eso lo

entienden perfectamente. Ha venido la Secretaria de Instituciones Penitenciarias. Para que entiendan, nuestra jefa, la de ustedes y la mía.

—Es del gobierno —alzó la voz un interno con la cabeza rapada y larga barba apoyado en sus muletas.

Sanz le señaló con el brazo extendido, corroborando con su dedo índice.

—Así es —confirmó Sanz—. Esta Señora, que venía por un problema que se ha creado fuera de estos muros… —Sanz hablaba mientras se movía frente a las primeras filas—. Seré sincero son ustedes, un tema delicado y que podía haber puesto en peligro nuestra supervivencia como Institución, como centro, como lugar de convivencia y reinserción.

—Vamos, que les mandaban a tomar por culo —tradujo al lenguaje una voz de mujer que Sanz no identificó.

Hubo risitas tras el comentario, pero también llamadas al silencio e insultos para la autora del chascarrillo. Un funcionario arrancó hacia la zona de las internas, Sanz le detuvo con una mano y calmó a la audiencia con la otra.

—Señoras y señores, es cierto. Lo que acabamos de escuchar era una posibilidad, sí. Irnos a tomar… Pero nosotros y ustedes. Todos. Conozco sus historiales. Sé bien que ninguno de ustedes es Jack el Destripador, ni han participado en el robo de la Reserva Federal de Estados Unidos. ¿Qué tal estarían en una de esas deshumanizadas macro cárceles? Allí hay delincuentes peligrosos de verdad, y perdonen, no quiero decir que ustedes no lo sean, no es mi intención menospreciarles. Me refiero a que su calidad de vida como reclusos no iba a ser la misma, créanme. En esas prisiones se caen muchos jabones en las duchas. —Asintió arrugando los labios—. Pero no teman, la posibilidad de cerrar el centro se ha disipado, ha desaparecido, se ha esfumado, terminado. *Finito*. *C´est fine. The end.*

Los internos valoraron el don de lenguas del Director, aunque no hubiese entre ellos nadie de esas nacionalidades. Les hablaba un tipo culto y comprensivo. Todos sabían que había sido comisario de policía, incluso algunos de ellos fueron detenidos por sus hombres. Tenían claro que para Sanz se trataba de un trabajo, no era uno de esos policías que detenían por afición, por joder o porque sus mujeres no les soportaban en casa. Este no.

—Ahora se nos presenta una oportunidad única. A todos los que nos encontramos aquí.

Recorrió el patio con la mirada y abrió los dos brazos para volver a juntarlos ante sus ojos. Se movió a ambos lados de la formación, saludando a las primeras fila con cordialidad.

—Vamos a hacer de Tresmozos I la mejor cárcel del mundo.

Tenemos el dinero y las ganas. ¿No es así?

Hubo unos angustiosos y confusos segundos de silencio hasta que en el centro del grupo se escuchó un vozarrón.

—¡Sí!

Otros «sí» de diferente intensidad le siguieron, nunca podrá saberse si por miedo, por despiste o convencimiento. Esto alivió al Director y le dio la oportunidad de seguir hablando con seguridad.

—A lo largo de sus respectivas condenas, cada uno en la medida de sus posibilidades, ustedes han demostrado su valía, que merecen una segunda oportunidad, o tercera, o la que fuese en cada caso. —Sanz se plantó ante ellos, sonriente y juntó las palmas de sus manos—. Vamos a ver. ¿Dónde están los mejores albañiles, los carpinteros más finos, los pintores más limpios, los trabajadores… y trabajadoras más fuertes? —Sonrió y cerró los ojos.

Unos segundos escuchando murmullos fueron suficientes. El Director volvió al ataque.

—A ver, ¿dónde están? No sean tímidos, díganme.

—En Alemania —aseguró un interno del módulo dos.

—¡Qué hostias! ¡En Asturias!

—Yo que sé ¡Los chinos!

—¿En Alemania? ¡No tienes ni puta idea! Son los daneses.

Las manos en alto de Sanz y la presencia de funcionarios no fueron suficientes para reprimir los primeros empujones entre los reclusos.

—¡En Galicia! —vociferó una de la internas.

Los funcionarios tuvieron que poner todo de su parte para separarlos y que la trifulca no pasase a mayores. Incluso Estela puso orden entre los más cercarnos. Los silbatos sonaban desde todos los puntos del patio, nadie se atrevía a acercarse al grupo de las muletas, que de la mano del preso rapado, se habían organizado en círculo con una coordinación asombrosa, reivindicando, en sus trescientos sesenta grados de acción, a Leganés como el lugar de origen de esos profesionales que buscaba el Director. Cuando cesaron los silbatos un momento, Sanz se hizo escuchar a voces.

—¡Silencio! ¡Basta ya!

Poco a poco los internos recobraron la compostura. Cabizbajos por su actitud se dispusieron a escuchar de nuevo a su Director.

—No, señores. No me han entendido. —Se pronunció Sanz contrariado—. Los mejores están aquí. Entre ustedes. Sois vosotros y vosotras.

Hizo una pausa. Los presos se miraban entre ellos, alerta, extrañados. Cruzaban miradas furtivas que oteaban entre las cabezas, intentando dar con esos magníficos hombres de los que hablaba el Director.

—No lo sabéis porque nunca os lo ha dicho nadie. Jamás os han

reconocido vuestra valía. Eso se acabó. En este Centro se han realizado obras dignas del mejor de los profesionales de cualquier oficio. Los monjes, por ejemplo, les estarán eternamente agradecidos por la reforma de la Ermita, por esos bancos y confesionarios de primera categoría y primoroso diseño.

Muchos internos asistieron orgullosos, algunos de ellos se dieron palmadas en espaldas y hombros, chocaron sus puños, se regalaron gestos cómplices y extraños con manos y dedos, un lenguaje de signos callejero que Sanz no supo interpretar.

Se movía Sanz por el frente, con garbo, animando con sus manos, provocando asentimientos y murmullos de autoestima. Prosiguió ante la mirada de Roncero, indicándole que se estaba extendiendo más de lo prometido.

—Tenemos el dinero. Contaremos con los mejores materiales, las más modernas herramientas, los más eficientes aparejadores y los arquitectos más atrevidos. —El murmullo crecía amenazando ahogar el discurso de Sanz—. Y por supuesto, con los mejores: ¡Vosotros y vosotras!

Cuando Sanz alzó las manos al cielo el griterío fue ensordecedor. Hubo abrazos y salvajes choques de pechos. El estado de alerta de los funcionarios era máximo.

—¿Cómo se llama el calvo de las muletas? —preguntó Sanz a Estela Roncero aprovechando el griterío.

—¿El de las barbas? —Sanz asintió.

—César Santinson.

—Santinson…, no me suena.

—No hace vida social. Visita mucho la enfermería, ya sabe, por los esguinces.

—No me gusta, Roncero.

CAPÍTULO 9. Bomba atómica.

20

Estela Roncero y Sanz caminaban con sendos rostros de satisfacción por el pasillo en dirección al despacho del Director. Las suelas del calzado de Estela chirriaban con garbo para mantenerse a la altura de su jefe: dos pasos de Sanz eran tres de los suyos. Los funcionarios, primero escuchaban el sonido y después les veían pasar como una exhalación a través de las puertas abiertas de sus oficinas. De una salió tras ellos Gerardo Soria, el representante sindical y Jefe del Departamento de Prevención Riesgos Laborales.

—¡Director! —llamó la atención para que le esperasen.

—Sí, Soria. Cuénteme. —Sanz se giró un segundo, lo que Estela aprovechó para sacar un paso de ventaja.

—Tenemos que hablar.

Gerardo Soria aceleró el paso sin resultados hasta que vio claro que debía recurrir a la carrera, lo que le permitió alcanzarles cuando Sanz abría la puerta del despacho y dejaba paso a Roncero.

—Pase, Soria. Tiene dos minutos. Estamos muy ocupados.

—Pues iré al grano —dijo respirando con dificultad.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —Se dobló 90 º apoyando sus manos en las rodillas— Si los internos… van… a trabajar…, debemos…

—Siéntese, que le va a dar algo. —Acercó Sanz una silla.

—Si los internos van trabajar en la prisión, se deben cambiar los planes del taller, de todos los cursos y actividades en los próximos seis meses. Y me da igual quien proteste. Con el visto bueno de los subdirectores. —Miró a Estela—. Por supuesto.

Sanz observó a los dos.

—Me parece bien. ¿Cuál es el problema?

—Lo que quiero decir —prosiguió Soria—, es que debemos hacer un nuevo Plan de Prevención y una Evaluación de Riesgos de todo el asunto. Por no hablar del gigantesco Plan de Emergencias y Evacuación. Este edificio es muy antiguo y supongo que habrá cambios sustanciales.

—Eso no lo dude. Pues se hace, hombre. Claro que sí. Deje lo que tenga entre manos y póngase a ello. —Sanz dio por terminada la

conversación.

—Necesitamos un Coordinador de Seguridad y Salud en Obras, un experto en prevención de incendios, un…

—Usted. No se preocupe, será usted. Haremos el papeleo que haga falta para nombrarle. Con la retribución correspondiente, desde luego.

—Yo no puedo, no tengo titulación. Lo que quiero decirle es que tenemos contratar a alguien que posea experiencia con esta gente, estos muchachos quiero decir…

—¿Se refiere a los presos?

—Sí. No podemos meter aquí a cualquiera. Debe ser alguien con mano izquierda, en quien confiemos, que conozca el funcionamiento de una prisión, con tablas en formación en este tipo de entornos. Que colabore con la constructora de tú a tú y no se deje mangonear. La seguridad de los internos debe anteponerse a todo.

—Así debe ser. Por cierto ¿el grupo ese de la muletas no nos planteará ningún problema? ¿No podemos hacer nada?

—Me temo que no, se siguen provocando los esguinces ellos mismos. Así llevan dos años.

Sanz se acercó a la ventana. Mirando ese patio, esa porción de la cárcel al aire libre con el inalcanzable horizonte poblado de encinas al fondo era cuando pensaba con más claridad.

—Tengo a la persona que buscamos. —Se volvió sonriente.

—El tal Del Río. —Se adelantó Estela Roncero.

—No, Del Río es para otro asunto. El hombre al que me refiero es una bomba atómica de la enseñanza.

21

De nuevo en la Academia Añoveros, Giner hacía balance de la conversación con la Secretaria de Instituciones Penitenciarias y estudiaba con Loren los siguientes pasos a dar.

—Ha sido el Gobierno. Esa mujer no lo confesó pero le faltó poco. Escucha…

El astuto Giner había grabado la conversación con su móvil. Loren puso los cinco sentidos y no pudo evitar el reírse y señalar con el dedo el teléfono de Giner cuando se reproducía el sonido de los petardos y el silbato. Al terminar la grabación, Lorenzo Santos tenía varias dudas razonables de que aquello que había escuchado fuese la confesión de un crimen de estado y así se lo hizo saber al profesor.

—Sus ojos son los que confesaron, Loren. Nos estamos moviendo en la primera división de la manipulación y la mentira, muchacho. Estos no son como los delincuentes de mercadillo que os secuestraron a Paqui y a ti en la nave de aquel polígono. Es otro mundo, otro nivel. Aquí nadie habla con nadie, no les hace falta, lo sobreentienden todo. Manejan los hilos, siempre se salen con la suya. Contestar «no sé de qué me habla» significa que sabe todo y no confesará si no es bajo tortura o hasta estar segura de que otro carga con el crimen. Su mirada no me engañó.

—¿La miró bien a los ojos? ¿Se aseguró bien?

—Del todo, amigo Loren. No fue necesario preguntarle una segunda vez. Ha sido el Gobierno.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Loren temeroso tras unos segundos de tenso silencio.

—Seguro que durante el escaso tiempo que el Piteras disfrutó de la libertad siguió en contacto con los presos. Es inevitable, tras pasar tanto tiempo juntos en el chiquero se establecen vínculos de por vida. Si vio o notó algo extraño se lo diría a alguno de sus ex compañeros. La leyenda dice que no, pero en la cárcel disponen de teléfonos móviles. Si pudiésemos introducirnos en la prisión, conseguir alguna pista... Y siempre nos queda Del Río. Por cierto debemos llamarle. —Miró su teléfono móvil, que justo en ese momento sonó y comenzó agitarse sobre una mesa de la sala de profesores, desplazándose peligrosamente hacia el borde como una lavadora mal asentada durante el centrifugado.

—Ramón Giner al aparato.

A Loren se le escapó una pedorreta. El profesor le fulminó con la mirada. Fueron apenas tres minutos de conversación en los que Giner no habló mucho: un «quién quiere saberlo», dos «puede ser», algún «bien»; interjecciones tales que «ufff», «humm» y monosílabos como

«sí», «no», «ya», o «va». Loren, atento, intentaba sacar algo en claro de esa llamada que presumía importante. Las escuetas palabras del Profesor no aportaban nada y tuvo que basarse en el lenguaje corporal. La cara de Giner acompañó la charla con gestos de desconfianza, sorpresa, expectación, duda, ilusión y, por último y antes de colgar, determinación:

—Solo aceptaré si también contratan a mi ayudante. Eso es innegociable.

—(…)

—Muy valioso, sí.

—(…)

—¿Qué significa primera hora para usted? —quiso aclarar con su interlocutor.

—(…)

—Allí estaremos —afirmó sin dudar y colgó mirando a Loren con una sonrisa—. Parece que es nuestro día de suerte.

Loren aguantó la mirada, esperando una explicación que se hacía de rogar. Giner tomó un folio en blanco y comenzó a escribir una lista con guiones en cada renglón.

—¿Quién era? —preguntó Santos inquieto.

Giner hizo un gesto con la mano para que esperase mientras pensaba y escribía unas palabras en cada renglón. Loren alzó la cabeza intentando ver algo. Giner se dio cuenta y protegió su escritura con el antebrazo. Miró a Loren a los ojos, serio. Al terminar, abrió el cajón del escritorio y deslizó dentro el folio con las notas.

—Vamos a cambiar de trabajo por una temporada —anunció Giner por fin.

—¿Y los cursos?

—Entre otras cosas, eso es algo que debemos resolver. Empezamos mañana.

—¿Y el director Añoveros? Cuando venga y no nos vea aquí le va a dar algo.

—Le haremos un contrato en prácticas a algún antiguo alumno, nos lo agradecerá. Coge los expedientes, el teléfono y busca alguno. Si es necesario le firmaré yo mismo un certificado provisional. A Añoveros le parecerá bien, sobre todo por el sueldo.

—¿Y dónde vamos a trabajar?

—En la cárcel. Se nos han abierto las puertas para resolver el asesinato del pobre Felipe Montes. Ha llamado el director en persona. Me conoce de oídas. Los internos son seguidores de uno de mis libros.

—¿El de «Adquiera su hernia»?

—No. Se enamoraron de «A cada uno su esguince», es una obra adictiva, ya lo sabes. El Piteras, que en paz descanse, era un gran embajador de ese libro.

—¿Qué haremos, dar cursos?

—No, Loren. Ese dinero que prometió la arpía de la Secretaria de Instituciones para las obras llegará en breve. Quieren empezar ya y que sean los reclusos quienes hagan las reformas. Nos encargaremos de la prevención y la seguridad en general, además de todo el asunto de incendios y bla, bla, bla. Lo típico. Todo el *pack*. Por cierto, he de buscar mis títulos de Coordinador en Obras, por lo visto es imprescindible presentarlos antes de formalizar los contratos. Es la Administración. —Se encogió de hombros.

—Pero… yo no tengo títulos.

—No importa te asignaremos algún cargo para que puedas trabajar conmigo. Hay mucho que hacer. Busca un par de alumnos que se encarguen de la academia en nuestra ausencia, yo llamaré a Añoveros y a la Gestoría.

—¿No será peligroso? Me refiero a trabajar con los presos.

—Nada de eso, hombre. Se portarán bien. Esas actividades acortan sus condenas. Se desviven. Ya verás, un camino de rosas.

—Si usted lo dice, pero hay algo que huele mal en esto.

—No son los presos quienes me preocupan, es el sistema, el Gobierno, sus camuflados y venenosos tentáculos.

Giner abrió el cajón, colocó de nuevo el folio con las anotaciones sobre la mesa, añadió algo al final y volvió a guardarlo.

—Podría ser una trampa. ¿No le parece coincidencia que le llamen después de lo del restaurante con esa mujer? Es la jefa suprema de las prisiones.

—Cierto que lo pensé en un primer momento, aunque está descartado. Si quisiesen matarnos no les veríamos venir. Además esa mujer no sabe quiénes somos. Y formando ella parte del complot contra el Piteras, créeme, no va a denunciar. Por lo que me has contado estarán buscando entre grupos radicales, gente con camisetas de la hoz y martillo, afiliados al Partido Comunista de Salamanca, anarquistas, propietarios de coches eléctricos y reflexivos universitarios.

Giner lanzó una mirada al cajón en el que reposaban sus anotaciones, miró a Loren con resquemor y abandonó la sala.

Santos, junto a una estantería, extraía expedientes de los últimos cursos. Vio por la ventana como el Profesor arrancaba la furgoneta y la movía marcha atrás hacia la puerta exterior del aula polivalente. Miró el escritorio de Giner y se acercó con agilidad y precaución. Quería ver esas anotaciones que había tomado el profesor tras la conversación, no estaba dispuesto meterse en ningún lío más por culpa de Giner. Si había algún secreto en esa operación, tenía derecho a conocerlo. Echó otro vistazo por la ventana, abrió el cajón y sacó la hoja con las notas de Giner:

-Cuña de queso mezcla gratis. No olvidar.
-Aceite oferta 3 unidades.
-Topes persiana cocina.
-Junta goma para cisterna.
-Champú anticaída.
-Arroz largo.
-2 Bolsas ensalada.
-Bases de pizza 3X2
-500 gr secreto ibérico.
-Helados de oferta.
-¡LLEVAR *TICKETS* DE DESCUENTO!
-Loren, no seas mezucón.

Loren leía con los ojos abiertos como platos.

—¡Pero qué cojo…!

CAPÍTULO 10. Quemar después de leer.

22

El Director del CNI, Alonso Bonet, peleaba con el ordenador de sobremesa, los usuarios y contraseñas que introducía no le permitían acceder al expediente de Felipe Montes, el Piteras. Aunque no tuvo problemas para llegar hasta el informe de los agentes de la Policía Nacional, él buscaba los del laboratorio. Tras revisar dos pequeños cuadernos de espiral llenos de claves numéricas, fechas, nombres de usuarios y otras fórmulas híbridas, llamó por línea interna a su secretario para que enviase a un agente informático con urgencia. En dos minutos, un joven con la barba arreglada y gafas negras de pasta estuvo en su despacho.

—Esto no funciona —se quejó Bonet.

—¿Qué necesita, señor?

—Entrar en los informes del laboratorio de la Policía Nacional de Castilla.

—De Castilla y León.

—Sí, venga, de las dos.

—Es que están juntas, forman una sola comunidad autónoma. Permítame. —A Bonet no le gustó la aclaración, se apartó con recelo y dejó espacio al informático—. Ya sabe que no tenemos acceso a todo —advirtió el técnico con tono redundante para que Bonet recordase que no era la primera vez que lo hacía.

—Pues eso está muy mal. ¿Cómo vamos a enterarnos de lo que ocurre? ¿Nos pasamos por allí y preguntamos? —recriminó Bonet con sarcasmo—. Somos la Inteligencia, se trata de que nosotros sepamos todo y nadie tenga idea de si lo sabemos o no.

—Son los protocolos de actuación, señor. Existen niveles de acceso. Estamos hablando de otra institución.

—Pues instale en este ordenador el nivel más alto, el máximo.

—A ver… le voy a conectar, pero no puedo configurarlo de forma permanente. No es que no quiera, simplemente no se puede hacer. No existe esa opción. He entrado con las claves para mantenimiento de una sección del servidor. Descargue lo que quiera, tiene diecinueve minutos.

—Gracias, hombre. Y no se vaya muy lejos.

Bonet comenzó su búsqueda y en un par de minutos dio con el informe del asesinato. Se trataba de un trabajo muy completo: fotografías de la escena, imágenes de la autopsia, el orificio de entrada del arma causante de la muerte y la causa de ésta. Leyó con detenimiento: «Herida mortal en la base del cráneo. Profundidad: 47 mm. Anchura de la herida: 24 mm. Causada por objeto estrecho y afilado. Material: latón. No identificado».

Imprimió las imágenes de la herida, todos los detalles técnicos de la autopsia y descolgó el teléfono.

—Marisa, venga un momento, mujer.

—(…)

—Cuando pueda…

—(…)

—Sí, antes de irse.

—(…)

—Pues deje eso, que no corre prisa. Yugoslavia ya no existe. La espero.

—(…)

—Qué no tardamos nada, tranquila. —Bonet colgó el auricular—. ¡Hay que joderse!

Recogió todo el material de la bandeja de salida de la impresora y observó la foto del Piteras vivo, con su tatuaje, cicatriz, sus grandes ojos claros mirando al horizonte y la sonrisa de piezas dentales alternas.

—¡Vaya, vaya! O sea que los de Interior te han eliminado y nos quieren emplumar tu muerte. ¿Quién eras? —interrogó Bonet a la fotografía.

Justo cuando el Director descolgaba de nuevo el teléfono con impaciencia, unos nudillos llamaron a su puerta. Pulsó el botón que tenía bajo el tablero de su mesa y el patín de la cerradura se deslizó emitiendo un sonido sordo y metálico, dejando una apertura. Una vez dentro, Marisa Moreno, criminóloga y forense especialista en armas blancas, miró la puerta de arriba abajo intentando detectar el secreto del juguetito y entró.

—Pase, que será un momento. ¡Qué prisa tienen todos por irse!

—Es que tenemos un horario, Director. —Marisa se encogió de hombros y abrió las manos.

—Escuche, esto será muy sencillo para usted.

Bonet colocó los folios impresos dentro de una subcarpeta y la dejó en el borde de la mesa, frente a ella. Marisa la abrió, un gesto de asco se apoderó de su rostro. El Director se incorporó y estiró el cuello para ver qué imagen en concreto estaba mirando.

—Esa es cuando estaba vivo —aclaró Bonet—.Necesito es que me concrete el objeto que le mató. La información que tiene en sus manos

es de la Policía Nacional. Es un trabajo aceptable para ellos, aunque estoy seguro de que usted aportará el *plus* que necesito. El crimen parece obra de un profesional. No tienen nada a lo que agarrase para seguir con la investigación salvo recorrer el camino del arma homicida. —Mientras Bonet hablaba, Marisa pasaba páginas, hasta que llegó a la fotografía de la nuca con la herida en el cuello—. Ya sé que le gustaría ver el cadáver, tocarlo, apretarlo aquí, allá y todo eso que hacen ustedes. Es imposible. Ahí está todo el rollo forense, redactado con esa literatura que les gusta tanto. Tiene las causas de la muerte, la hora, las medidas de la herida, profundidad... Nosotros no podemos intervenir. Ya sabe, todo extraoficial y confidencial: no ha estado en mi despacho, no ha hablado conmigo, no ha visto ninguna imagen… Lo de siempre, pero más.

—Haré lo que pueda. Ya le contaré.

—No. Este es su trabajo ahora. Prioridad máxima. —Marisa puso mala cara—. Venga, esto es pan comido para usted, trabajó cinco años en este de Europa y en Turquía. Allí, en ese periodo, hubo más muertos por arma blanca que en toda la Edad Media. Deme algo y volverá con el asunto ese de los checoslovacos.

—Es un tema de la antigua Yugoslavia.

—Mejor. Confío en usted, Marisa.

—Desde luego. Mañana me pongo.

—No tiene acceso desde su casa.

—¡Claro que no! —Se escandalizó Marisa Moreno.

—Podríamos hablar con el informático, es un tío muy majo y comprensivo, que le de unas claves o lo que sea. Mejor aún, llévese un portátil.

—Pero, señor, no se puede hacer eso. No me dejarían abandonar el edificio. —Rio Marisa—. Hoy tengo el día muy ocupado. He de recoger a los niños del entrenamiento de baloncesto y hacer la compra. ¡Y la cena!

—Vale, vale. ¡Qué vida más difícil tiene! No se preocupe, vaya a por los chavales.

—Mañana le diré algo.

—Cuidado con esa carpeta. Recorte los encabezados del CNI y quémelos. Se me olvidó cambiar los folios de la impresora.

—¿Qué los queme? ¿En casa?

—Si le da miedo el fuego rómpalos en trocitos muy pequeños y tírelos a la basura —aconsejó Bonet e hizo gestos rápidos con las manos delante de la cara de la forense—. No se le ocurra reciclarlos, que hay mete las manos mucha gente. Espero sus noticias. Hasta mañana.

Bonet descolgó el teléfono.

—Localice a los agentes Cabrera y Fuentes… me da igual, que

vengan con la furgoneta o en dirigible, los quiero aquí ya. ¡Ah! Y que les preparen diez equipos de escuchas… He dicho diez, sí.

Colgó malhumorado.

—¡Hay que joderse!

23

Quién puso el grito más alto en el cielo tras la donación unilateral de la Secretaria Belén Esterra fue el Ministro de Economía y Hacienda. Una sorpresa, ya que nadie en el gobierno esperaba esa reacción al no considerar que contase con los conocimientos suficientes en materia económica ni sobre hacienda pública. Se le tenía por un pamemo de manual, por lo que nadie vio venir su enfado por algo relacionado con su cartera. Esa tarde noche adquirió cierto prestigio tras recibir la llamada del Presidente en persona ordenando la tramitación del dinero destinado a Tresmozos I por procedimiento urgente. Aún yendo contra el criterio presidencial, algo que ningún compañero de cartera se atrevió a discutir, el Ministro discrepó, aunque no dimitió. Ordenó preparar un cheque que sería entregado al Director de esa maldita cárcel meseteña por alguien de Interior en acto público.

***

—¿Qué le dije? —Carmelo Bastida, asesor personal, mostró un cheque al Secretario de Interior, Arturo Morales. que se levantó de su butaca y salió al centro del despacho.

—Eres un fenómeno, Carmelo. Dime cómo lo has conseguido. Bueno no. No quiero saberlo —cambió con acierto de opinión.

—Mañana iremos a esa cárcel. Nos llevamos un fotógrafo de agencia, yo mismo redactaré la nota de prensa. —Morales, con los brazos abiertos, movió la cabeza incrédulo.

—¡Un genio, un genio!

Abrió el mueble bar y sirvió cuatro dedos de whisky, dos en cada uno de los vasos anchos con lujosas puntas de diamante talladas en el perímetro de la base.

—Brindemos… Por el nuevo candidato a presidencia y su asesor personal —ofreció uno a Bastida.

Tras el trago.

—He escuchado… oído más bien, algo sobre el muchacho asesinado, el preso de la reseña —informó el asesor.

—¿Ah sí?

—No pinta bien. Más que rumores, parece que ha sido alguien de los vuestros… de los nuestros, quiero decir.

—Mal asunto. —Bebió el Secretario—. ¿Se sabe quién está detrás?

—Déjeme que ordene ideas, haga unas llamadas y le pondré al día. Es mejor así. Podemos jugar con este tema si es que se llega a complicar. Ese chico se ha hecho muy famoso. La gente le aprecia.

—Le apreciaban, querrá decir.

—No, en vida parece que no despertaba muchas simpatías, es ahora

cuando la gente le muestra su cariño.

Arturo Morales apuró el vaso.

—Bueno, lo importante es ser querido por los demás. El cuándo, no siempre podemos decidirlo nosotros.

El Secretario dio dos golpecitos en el hombro a su asesor.

CAPITULO 11. Cheque al portador.

24

A las ocho en punto de la mañana Ramón Giner y Lorenzo Santos cruzaban la puerta de Tresmozos I. Tras el protocolo de seguridad, dejar sus teléfonos móviles, carnets de identidad y rellenar unos impresos, se colgaron la identificación y comenzaron su peregrinaje a través de puertas y pasillos hasta la sala de acceso al patio principal, dónde esperaba el Director.

Al verlos aparecer, Sanz taloneó dos veces, se frotó las manos y extendió la derecha hacia ellos. Loren se adelantó a Giner estrechándola con ambas suyas y cabeceando reverencial ante la perplejidad de Sanz.

—Soy Luis Sanz, el Director del Centro.

—Lorenzo Santos, a su servicio.

—Entonces usted es el Profesor Giner.

Sanz se desprendió con algún problema de las extremidades superiores de Loren y saludó Giner, chocando las cinco con fuerza, agitándose el uno al otro, como recién salidos de un curso de búsqueda de empleo. Fue el profesor quien ganó esa mano.

—Me alegra mucho que haya venido. —Sanz miró a Loren de reojo —. Que hayan venido.

—Es mi ayudante principal, mi mano derecha, digamos.

—Desde el primer momento pensé en usted para este trabajo. Verá, verá. Salgamos al patio.

Loren frenó, miró asustado a Giner. Pegó la cara al grueso cristal opaco reforzado con alambre intentando ver algo.

—¿No será peligroso?

—¡No! nada de eso. No hay nadie. A esta hora los internos están en las duchas. —Loren se puso rígido y se acercó al profesor—. Luego el desayuno, el trabajo, las actividades diarias… No se preocupen, esto no es como en las películas. Pasen ustedes.

Un funcionario abrió la puerta.

Durante el paseo el Director les explicó sus ideas para la mejora de la cárcel, su visión del proyecto acompañada de gestos y aspavientos, calculando distancias mediante medidos, enérgicos y rítmicos pasos de a metro.

Se detuvieron junto a la gran colchoneta de salto de altura que tapaba el agujero del muro perimetral y, allí, Sanz le pidió opinión al profesor, que manifestó su punto de vista siempre desde el encuadre de la seguridad.

—Se haga lo que se haga, será mucho mejor que esto —aseguró Giner, dando unas palmadas sobre la gruesa colchoneta a las que siguieron unos puntapiés comedidos de Loren.

—¿Y si acolchásemos todo el perímetro? —Lanzó Sanz la pregunta como una declaración de intenciones— Intente subir por la colchoneta, es imposible. ¡Y qué material! Lleva años aquí y está impecable.

—Lo que propone debe ser caro. Habría que encargar varios estudios de física, como el coeficiente de rebote para presos y funcionarios de diferente tamaño y, bueno, esto no es ignífugo. Dudo que lo diesen de paso.

Giner chocó su hombro contra la colchoneta. Era un material duro, apenas rebotó, el impacto quedó amortiguado. Loren se lanzó de lado sin previo aviso, salió despedido para volver a su antigua ubicación junto a Sanz.

—¿Ven lo que les digo? Y lo de caro, habrá que preguntar, pero mire ya tenemos un tramo terminado.

Estela Roncero observaba el periplo de los tres desde una de las ventanas de la sala de descanso de los funcionarios, en la primera planta. Ella conoció a Giner en la presentación de su libro en otra prisión a través del programa de actividades culturales y de un curso básico de prevención que más consistió en un canto a la autolesión y burla al control de las Mutuas que de solución alguna a cualquier riesgo derivado del trabajo. Desconocía, sin embargo, quién era el nervioso hombre, o muchacho, no estaba segura, que les acompañaba. Tampoco le pareció a simple vista que fuese un experto en la materia, más bien le dio la impresión de no serlo en ninguna. Tendría que estar muy pendiente de ellos. Tal vez el Director se había equivocado en su elección. No estaba dispuesta a que «su» prisión quedase en manos de cualquiera. Se avecinaban días de mucho café. Apuró el que estaba tomando, arrojó el vaso de plástico a la papelera y salió al pasillo para animarlo con el soniquete de sus pisadas y el roce de su pantalón.

Giner y Sanz seguían con la revisión del terreno, se agachaban para comprobar un desconchón en el hormigón; alzaban la vista hacia el oxidado alambre de espino; o trazaban formas en el aire sobre los perfiles de las torretas de vigilancia. Mientras, Loren se entretenía con los elementos deportivos, Llevaba las manos en los bolsillos, daba pataditas a los postes de la portería, al soporte incrustado en el suelo de la canasta de baloncesto o se arrancaba a correr tras algún tordo:

parecía aburrirse.

—Le tengo que pedir un favor personal, señor Giner. —Sanz colocó una mano sobre el hombro del profesor, desinhibido y llevado por la confianza que da el planificar obras con tus semejantes—. Tras firmar los contratos, por supuesto.

—Claro, dígame. —Giner sentía la misma sobrevenida complicidad. Diseñar torretas de seguridad y puertas de emergencia con ese hombre le había convertido en su hermano.

—Se trata de un grupo de reclusos. Caminan mal. Están cojos. Tienen… esguinces. Son seguidores de su libro. —El profesor se palpó la barba de dos días haciéndola sonar—. Si pudiese usted hablar con ellos… A ver si me entiende, no se trata de algo definitivo. Estoy leyendo su libro y he de decirle que es muy bueno, adictivo diría yo. Tiene su lógica, claro que sí. Pero son trabajadores que perdemos, por no hablarle de como se pondrá todo de vallas, andamios, tablones para cruzar zanjas, las bajantes… en fin: es un peligro. Podría usted convencerles de que lo dejen una temporada por una causa superior, como un epilogo no escrito del manuscrito original, un giro inesperado de la trama que no plasmó en papel.

Giner se tomó unos segundos, respiró hondo, repasó su tabique nasal con el índice y el pulgar y miró a la torre de vigilancia.

—Estamos hablando de mis lectores. Eso es sagrado, aunque entiendo que no dan buena imagen, ¿verdad? Supongo que ya no pueden con ellos. —Sanz abrió las manos y arrugó los labios—. Hablaré con el grupo para que desistan unos meses. Con una condición: que cuando terminen las obras de la prisión les entregue un ejemplar de mi segundo libro.

—¿Tiene usted otro? Dígame, no lo conozco.

—«Adquiera su hernia», les encantará.

—Estoy seguro. —Suspiró Sanz —. ¡Ah! Mire, le presentaré a la Subdirectora Roncero. —Señaló con la mano a Estela, acercándose por el centro del patio.

Sanz la calificó como el alma de la prisión. Para ahorrarse trámites burocráticos, desganados intermediarios o malos entendidos en el intrincado árbol de la jerarquía penitenciaria, Estela sería el eslabón entre ellos y el Director. Roncero no quitaba ojo a Loren, que se había acercado al grupo de forma tardía en incomprensibles círculos. A pesar de que Giner intentó incorporarle a la conversación un par de veces, Santos se mostraba apático, desconectado, apenas ofreció un saludo y una sonrisa cumplidora. Los asuntos legales de contratos y negocios no le iban, él era un hombre de acción.

—¿Tienen ya pensado quien va a hacer la obra? —preguntó Giner de camino al interior.

—Tengo la bandeja de entrada llena de correos. Y ya verá como

desde el Ministerio nos presionan con alguna empresa. Por mi parte lo tengo decidido: Construcciones Del Río.

Giner y Loren se detuvieron en seco. El profesor hizo a su ayudante un gesto reiterativo con el índice. Ellos también tenían una llamada pendiente.

—¿Le conocen?

—Sí, por otros canales. —No quiso Giner en detalles— ¡Qué casualidad! Nosotros también queremos hablar con él.

—Un gran tipo, Del Río.

—Indiscutible —corroboró Giner.

Loren asentía mientras daba golpecitos con la puntera de sus deportivas en el panel bajo de la puerta de entrada haciendo vibrar el cristal. Estela se acercó a él con tacto.

—Por favor, podría dejar de hacer eso… —La Subdirectora apuntó al pie de Loren, quien desde ese instante supo que no iba a hacer buenas migas con esa quisquillosa mujer.

25

A esa misma hora, el coche oficial que trasladaba al Secretario de Estado y a su asesor personal se incorporaba a la A-6 seguido de otro vehículo con dos miembros del personal de seguridad. Serpentearon por los cuatro carriles hasta que dejaron atrás Las Rozas y se ubicaron de forma definitiva en el izquierdo.

—Estos cheques… Fíjate, ¡cinco millones! —leyó el secretario la cartulina rígida de casi un metro—. Esta gente es capaz de ir a cobrarlo al banco. —Los dos soltaron una carcajada y, el chofer, que se enteraba de todo, la dibujo en su cara.

—¿Cuándo van a firmar esta partida? ¿Sabes algo? —preguntó el Secretario.

—Vaya usted a saber. Por lo que he escuchado el Ministro de Economía se enfadó mucho. Se negó, no le digo más.

—¿Y a él que más le da? Además, ese hombre es de letras, especialista en Filosofía presocrática. Un pamemo.

—Pues salió con un discurso sobre el déficit programado, el estimado, el real y admitido.

—Andará por las noches toqueteando en Google y se habrá hecho un lío. En fin, que se lo gasten en cemento, ventanas dobles y que pasen las facturas al Ministerio. Ya se pagará. Nosotros vamos a entregarlo al buen director. Seremos los benefactores de la mejor cárcel del mundo. ¿Llamaste a la agencia de prensa?

—Sí, aquí no tienen a nadie, mandan a alguien desde Valladolid, les queda más cerca.

—Vamos a echar una cabezadita. Cuando pasemos Ávila nos avisa, jefe —pidió Morales al chófer.

El Audi A8 devoró los kilómetros con hambre feroz. Al ver el conductor la salida hacia el pueblo de Aveinte, recordó el recado del Secretario. Los pasajeros no se desperezaron hasta llegar a la altura de Peñaranda. Tomaron unas botellas de agua fresca y revisaron sus móviles.

—Supongo que vamos bien de tiempo —alzó la voz el Secretario.

—Así es, señor.

—Tire hacia Castellanos de Moriscos, al Mesón que hay al final del pueblo. Vas a probar la mejor chanfaina del mundo —aseguró Morales a su asesor. Carmelo Bastida no quiso preguntar lo que era eso, si le gustaba a un futuro presidente, a él también.

Degustaron sendas cazuelitas de chanfaina en la barra del mesón, entre trabajadores de la construcción, del campo y, otras personas con trajes de empresarios de provincias. Los polvorientos Mercedes aparcados fuera debían ser suyos.

—Nos vas a poner unos rosados de Arribes del Duero —pidió el Secretario mirando a Carmelo—. Ya verás.

El chófer, que permaneció fuera custodiando el coche oficial, comió una barrita energética acompañada de una bebida isotónica. Apoyado en el maletero, con sus gafas de sol, intimidando a los trigales. Por la carretera circulaba un moderno tractor que tiraba de un remolque cargado hasta los topes con alpacas de paja. El agricultor saludó por costumbre, el chófer correspondió con amabilidad. Iba sembrando la carretera de pequeños fragmentos de tallos secos de trigo.

Tras alabar el almuerzo y saludar al gerente del Mesón, a quien el Secretario de Estado conocía de otras visitas, salieron hacia el parking observados por todos los que alternaban en la barra. Nadie reconocía a un Secretario de Estado, sin embargo ya irradiaba la importancia de un futuro candidato.

—¿Ves este lugar? —Arturo se detuvo en la explanada del aparcamiento y giró sobre sí mismo mostrando el paisaje—. No hay nadie. Nada. Parece vacío, sin importancia. Estamos menospreciando estos sitios y su potencial. —El asesor ladeaba la cabeza no muy convencido—. Créeme, el futuro, el progreso de verdad, el dinero, está donde ahora no hay nadie: en la Luna, en Marte, en el fondo de los océanos, en la meseta…

—Puede ser, sí.

Hacía mucho calor, a Carmelo Bastida le caían unas gotas de sudor por la frente. Pensó en si el secretario no estaría perdiendo el juicio, solo habían tomado dos copas de vino. Empezó a desconfiar de su asesorado y esas frecuentes visitas que hacía a los aseos. Esperaba que no fuese adicto a ninguna droga. Si el futuro y la riqueza se instalaban en ese lugar sería porque en la Luna la presión demográfica era insostenible.

En media hora se plantaron en la puerta del Centro Penitenciario de Tresmozos I. «Vaya nombrecito», apuntó el Secretario Morales. Se ajustaron el nudo de las corbatas, alisaron el pelo de sus sienes y configuraron sus facciones en modo sonrisa benefactora. Bastida miró a su jefe, ladeó la cabeza. El secretario redujo de forma gradual el arqueo de sus labios hasta que el asesor dio el visto bueno. Todo en orden, podían proceder.

—Esos deben ser. —Señaló el secretario con la barbilla hacia la puerta de la cárcel.

El pequeño comité de bienvenida lo formaban El Director Luis Sanz, la Subdirectora de Seguridad Estela Roncero, el representante del sindicato Joan Soria, más los añadidos Ramón Giner y Lorenzo Santos.

El chófer seguía a las personalidades cargado con una gigantesca carpeta de las que utilizan los alumnos de Bellas Artes en una mano y

una estrecha funda de nylon con asas en la otra. En su camino reparó en una pareja de ancianos que descansaba a la sombra de uno de los árboles del pequeño paseo que llevaba a la entrada. A su paso le mostraron, sin levantarse, una pancarta arrugada de Greenpeace con un arco iris protegiendo el dibujo de un barco.

Saludos, sonrisas, parabienes y posados fueron captados por las cámaras de los dos periodistas enviados por la agencia. Bastida seleccionaría después las mejores imágenes.

La entrega de la dotación económica se efectuaría en el comedor. El desayuno había terminado. El personal de cocina tenía preparados unos canapés bastantes aceptables en aspecto para estar dominados por la patata como producto estrella. En cuanto a la ingesta de alcohol durante la ceremonia, la hora ya admitía por los pelos, el vino para alguien que no fuese trabajador de la construcción o precisase de tratamiento contra la bebida.

Se plantaron en el centro del comedor, bajo el gran tragaluz. A la señal del asesor, el chofer descorrió la cremallera de la funda negra y en doce segundos montó un *roll-up* con la cara del Secretario en primer plano, mirando al cielo con las manos abiertas hacia el público, no se sabía si otorgando o pidiendo. En el fondo, de menor tamaño, Carmelo Bastida de perfil, con los brazos cruzados, luciendo una media sonrisa inteligente o maliciosa, dependiendo del ángulo desde el que se mirase. El logo del Ministerio de Interior en pequeño tamaño coronaba la composición.

Bastida apartó a todo el mundo excepto a Sanz y al Secretario y se aseguró que no hubiese nadie tras el encuadre. El conductor abrió su carpeta y entregó al Secretario una réplica de un metro por sesenta centímetros del cheque con los cinco millones de euros. Vídeo y fotografías desde varios ángulos, apretones de manos y sonrisas. Otra vez, ahora con el equipo de subdirectores y Giner, que se coló en la imagen sin pretenderlo, llevado por los pasos de Estela.

Loren vio al grupo posando y se acercó a toda prisa con un canapé en cada mano. Pisó un plato de plástico y el acelerón le deslizó directo hasta el secretario, estampándole un canapé en cada manga de la americana. Se quedaron pegados. Santos, con buenos reflejos, acobardado por la mirada de ese hombre poderoso los sacudió a la vez haciéndolos caer al suelo, quedando pegados boca abajo sin apenas deformarse. El Secretario se miró el traje.

—Sale bien, es puré —tranquilizó Loren.

En el camino hacia la salida hubo recomendaciones de empresas de construcción, e ideas para materializar en la obra sobre iluminación, escaleras, ventanas…

—Espero que cuenten con los mejores constructores, la obra lo merece. —Se despidió el Secretario estrechando la mano de Sanz.

—Van a trabajar los internos, ellos lo harán. Es un ahorro considerable y terminarán dominado un oficio.

El Secretario miró a su asesor y sacudió su índice varias veces al aire, cabeceando con convicción.

—Es usted un fenómeno, Señor Sanz. ¿No está afiliado al partido?

—Pues… no —confesó el director su pecado.

—Usted tiene que ser alcalde. Mejor, Presidente de Diputación.

—Tengo pensado jubilarme. —Sonrió Sanz mientras Roncero escudriñaba al Secretario.

—Escuche. —Le tomó por el brazo el Secretario apartándole del grupo un par de metros—. Cuando las cosas vuelvan arreglarse, me refiero a la economía y todo ese rollo, ya sabe, le garantizo que las cajas de ahorro volverán, lo puede dar por hecho. Y ahí es donde, querido Director, tendrá su oportunidad de jubilación. Nos hará falta un montón de gente en las directivas de esas cajas, personas que no tengan ni idea de banca. ¿Supongo que no sabe nada de cómo llevar una entidad bancaria?

—Desde luego que no —afirmó Sanz.

—Le llamaré cuando todo este tinglado termine. —Estrecharon las manos con garbo. Secretario, asesor y el cargado chófer se dirigieron hacia el coche oficial.

—Espere que le apunte el teléfono.

—No es necesario, daré con usted.

Ya con el coche en marcha Morales giró un segundo la cabeza. Loren agitaba la mano como quien despide a un tren para siempre.

CAPÍTULO 12. «Guin, guoing, guan, guoing».

26

Había transcurrido una semana desde el asesinato del Piteras. En la comisaría de Salamanca no se había producido ningún avance. La investigación estaba en un callejón sin salida. Los informes del laboratorio no fueron concluyentes respecto al objeto que causó la muerte. No se encontró nada en la escena del crimen, la manguera del camión de riego arrastró hasta el último pelo, cáscara de pipa, boquilla de mentolado y lágrima de «otra noche más de soledad y se acaba mi tiempo», que pudiese haber en la entrada de aquel bingo. Las grabaciones del interior del local revelaron que ninguno de los jugadores de esa noche, excepto el propio fiambre parecía tener ni las ganas, fuerza y agilidad suficientes para una acción de ese tipo.

Se había llegado a un punto muerto. El destino del Piteras era reposar en un archivador de cartón como caso no resuelto. En comisaría estaba asumido por todos. O casi.

Cuando una persona se compromete de verdad con una causa y no desfallece en el empreño de sacarla adelante, los resultados pueden ser sorprendentes. El agente Alberto Carrasco, sin ningún otro motivo que el de servir al ciudadano, utilizó su tiempo libre para actuar de incógnito, recorrer la zona del asesinato, entrar en los comercios y charlar con los vecinos mientras se hacía pasar por limpiacristales. Una tapadera que requería poca inversión y se prestaba a actuaciones para la que no era preciso haber pasado por el *Actors studio*. Ofreció sus servicios de forma gratuita a los comerciantes de la zona, para darse a conocer y posicionar el negocio. No era la primera vez que utilizaba esa artimaña, por lo que llegó a dominar con cierta maestría la recogida del líquido sobrante en la pulida y transparente superficie. No quiso abusar de serpenteos llamativos con su personalizada escobilla, no le interesaba llamar la atención, aunque podría haberlo hecho, tal era su dominio de la herramienta.

Fue en la Mercería Toñi donde recogió los frutos a su perseverancia en la defensa de la ley y persecución del crimen, su verdadero oficio. Sacó a relucir el tema del asesinato del pobre chico cometido en la acera de enfrente, alertando sobre la alarmante inseguridad y peligro de muerte en el que podían encontrarse todos los vecinos del barrio.

Pronosticó toda una serie de catástrofes y horribles crímenes que iban desde el degüello hasta la desmembración tras salvaje violación de personas de todas las edades. Fue entonces cuando la Señora Toñi, acurrucada ya en un rincón, pegada contra unas cajas de llamativos botones de nácar, lo soltó:

—La de arriba sabe algo. —Carrasco detuvo su raspador—. Me lo ha dicho el butanero, ella se lo contó.

—¿Aún hay butaneros en este barrio? —Carrasco se giró sorprendido hacia la anciana.

—Ya sabe a lo que me refiero… Pues eso, la del Segundo B vio algo. —La anciana apuntó hacia arriba con el dedo.

Carrasco no tenía muy clara que relación podría haber entre el gas butano y el asesinato de un ex presidiario que puso verde a la cárcel de la que salió. Descartó de inmediato la participación de alguna de las grandes empresas de suministro de energía, no les hacía falta utilizar la violencia, ya les mataban poco a poco.

Llamó a comisaría, habló con uno de los inspectores que a su vez le paso con el Comisario Salmerón al que anunció la existencia de una posible testigo en «el crimen de la reseña», como le gustaba decir. Advirtió también que podría tratarse de chismorreos vecinales. Salmerón le ordenó que procediese de inmediato a hablar con la mujer en cuestión, llevado por la esperanza de obtener alguna pista que desviase definitivamente el punto de mira sobre el Gobierno. Y si no era el caso, por lo menos tener a la testigo controlada. Las llamadas de superiores, a pesar de haber cesado en su frecuencia, no lo habían hecho en intensidad.

De vuelta a comisaría, a Carrasco, vestido con su mono de limpiador, le miraron de otro modo cuando el propio comisario le abrió la puerta de su despacho.

—Tenemos una testigo de la muerte de Felipe Montes, El Piteras —explicó Carrasco nada más entrar.

—Excelente, agente. Siéntese. —Corrió la silla el comisario.

—Una mujer. Estaba asomada a la ventana cuando ocurrieron los hechos.

—Perfecto, buen trabajo. Esa mujer… ¿podría reconocer al asesino?

—No vio nada, llevaba una venda en los ojos.

—¿Una venda? ¿Y por qué se asomaba a la ventana con los ojos vendados?

—Estaba…

—Estaba ¿qué?

—Había un hombre tras ella.

—Explíquese.

—Practicaban sexo. El hombre… desde atrás… y ella con los ojos tapados, con la ventana medio abierta, exponiéndose. Un jueguecito

suyo.

—Entonces no nos sirve de nada. —Se levantó el comisario echando la silla hacia atrás con rabia.

—Nos sirve, señor. Escuchó algo. Unos sonidos extraños, nada frecuentes.

El comisario se sentó de nuevo y abrió las manos.

—¿Qué sonidos son esos?

—Como digo… —Carrasco intentó alargar su relato consciente de que sus quince minutos de gloria podían quedarse en cinco—. La mujer no vio nada, pero esos sonidos… musicales dice, creo que pueden ser determinantes para el caso. Tras la música escuchó un fuerte golpe, debió ser cuando el chico cayó muerto y se golpeó la cabeza contra la papelera… Todo coincidió con un apasionado embiste del hombre que tenía tras ella. Entonces la venda se descolocó, por lo que pudo ver el cadáver a la vez que… siempre según ella, alcanzaba un orgasmo de gran intensidad, Señor.

—Al grano —ordenó el comisario incorporándose y apoyando las manos en la mesa, cara a cara con Alberto Carrasco—. ¡Los sonidos!

27

«Guin, guoing, guoing, guan, guoing», reprodujo el altavoz de un pequeño dispositivo colocado sobre la mesa de Alonso Bonet en su despacho del CNI. «Parecido a las antiguas películas del oeste», era la voz de la vecina del Segundo B.

Bonet, sentado a su escritorio, detuvo el reproductor y observó a los dos agentes que permanecían en pie frente a él. Se mantuvieron en silencio. El Director pulsó de nuevo el *play* del aparato:

> *—Fue con ese sonido tan raro, en ese momento, escuchando esa musiquilla, cuando me corrí viva, agente. Un orgasmo de gran intensidad.*

Bonet alzó la vista. Los agentes seguían inexpresivos y mudos.

> *—Me encanta que me vende los ojos y me espose. No saber si me están viendo desde la calle, amordazada, sin poder gemir, penetrada con violencia. Llena. Ya sabe.*
>
> *—Sí, me hago a la idea.*

Contestó otra voz que parecía querer dejar claro que no le apetecía entrar en detalles.

Bonet detuvo la grabación. Levantó de nuevo la cabeza.

—Es un agente de Policía —informó uno de sus hombres.

—De la Policía Nacional —especificó el otro, recibiendo una mirada inquietante de Bonet, que inició de nuevo la reproducción.

> *—Oí el golpetazo contra la papelera y, de los meneos que me estaba dando, ¡madre mía!, se movió la venda. El cuerpo de ese tío estaba ahí tirado, en el suelo. En la calle se escuchaba otro ruido. Alejándose. Algo muy raro. Esto era un instrumento, no sé cómo explicarle, agente. ¿Tiene prisa? ¡Pase! Le pongo un vino y un poco de salchichón, me da no sé qué estar hablando aquí fuera, en el portal.*
>
> *—Imposible, es usted muy amable. Sobre ese ruido ¿Me lo puede describir?*
>
> *—Fiug, fiug, fiug, algo así. Cómo cuando mi ex marido lijaba los muebles, pero más corto.*
>
> *—Muchas gracias, estaremos en contacto.*

El Director del CNI detuvo la grabación, se puso en pie. Los agentes le miraron en silencio. Alonso Bonet asintió. Ellos le imitaron.

—¿Quién más sabe esto? —preguntó Bonet.

—Ahora la Policía Nacional. En los otros equipos de escucha no hay positivos. Los demás vecinos, aparte del susto, no saben nada.

—¿Y el hombre? El que embestía.

—Claro, claro, él también lo sabrá —recapacitó el otro agente— Es el butanero del barrio.

—¡Vaya! La leyenda de los butaneros era cierta.

—¿Disculpe, señor?

—Nada, no tiene importancia. ¿Sabemos de alguna oveja descarriada, alguien de los nuestros, algún agente fetichista, amante de las películas del oeste que toque un instrumento raro antes de matar y abandone la escena del crimen lijando un trozo de madera?

Los dos negaron con la cabeza.

—Lo imaginaba. No creo que la discreción sea el fuerte de esa mujer tan hospitalaria. La policía volverá. No sé, no sé. Podríamos interrogarla nosotros, intentar identificar el «gueing, guoing». En todo caso tenemos un problema.

Bonet volvió a sentarse tras su escritorio. Los agentes secretos le siguieron con la mirada.

—No hay más remedio. Hay que hablar con ellos. Llevadlos… al polígono. Con mucho tacto, allí podremos trabajar con tranquilidad. A ver que saben. Si resulta que hay que eliminarlos será más fácil —explicó el director sin mirarles a la cara, como si no estuviesen allí.

—El agente de policía será complicado, está de servicio.

—El policía no, joder. Sólo la mujer y el butanero.

El director no tuvo más remedio que mirarles.

CAPITULO 13. Dan moi.

28

El agente Carrasco se sentó a su pequeña mesa del espacio común de comisaría con un plan: traducir a música los sonidos que Mónica Valls, la testigo, le había trasmitido por vía oral y que se repetían en su cabeza desde que se cerró la puerta del segundo B. No quería olvidar ni el timbre ni el tono. Al bajar las escaleras del portal ya tenía claros los primeros pasos a dar. Comenzaría con música de westerns antiguos, un trabajo agradable por delante. Se hizo con los auriculares acolchados más decentes que encontró y se dispuso a trabajar.

Para empezar, los temas principales de las películas más conocidas como «La diligencia», «Solo ante el peligro» o «Murieron con las botas puestas». Tenía el móvil a mano, cada poco rato reproducía los sonidos de esa mujer tan caprichosa y de exquisito tímpano: «Guin, guoing, guoing, guan, guoing». No distinguía entre las orquestales canciones ningún sonido parecido, ni las voces vibrantes las acompañaba «guoing» alguno. Por ahí no iban los tiros.

Se hizo de noche entre películas con títulos de grandes ríos, espectaculares cañones, entre abrasadores desiertos de caprichosas rocas, praderas interminables, montañas nevadas de postal, gigantescas manadas de reses, interminables caravanas de colonos y grupos de indios suicidas, en los sus componentes mermaban de forma alarmante, incomprensible y, por sus tácticas de ataque, merecida.

Entre las grandes producciones de los años cincuenta y sesenta tampoco fue capaz de distinguir ningún instrumento que emitiese los sonidos descritos por la mujer. Cada vez estaba más convencido de haberlo escuchado y no sabía dónde. El ritmo se reproducía entre sus sienes sin cesar.

La comisaría se fue vaciando de personal. Los compañeros se acercaban a despedirse y echaban un vistazo a su monitor, algunos permanecían unos segundos recordando tal o cual película, otros se reían de él por lo bajo. Daba igual, Carrasco ni escuchó ni reparó en la presencia de ninguno de ellos.

Llegó a la década de los 70´, el turno del *spaghetti western*, de los maestros Leone y Morricone y del futuro profesor Eastwood. «Por un puñado de dólares»: «¡Vaya título!», pensó. Realista, sin pretensiones,

lejos de los grandes epígrafes americanos como «Horizontes de grandeza» o «Centauros del desierto». Hacía tiempo que no veía esa película, en su mente se mezclaban las imágenes con otras de esos italianos que conquistaron las pantallas con paisajes almerienses y ese delgaducho, inexpresivo, cínico y rudo actor yanqui antes de que sacase el billete al Olimpo.

A la 01:30 de la madrugada terminó la sesión, estaba dando cabezadas. Se frotó la cara, era el turno de la segunda entrega de la llamada «Trilogía del dólar»: «La muerte tenía un precio». El título sí que era toda una declaración de intenciones. Colocó el brazo encima de la mesa y acomodó la cabeza. En los segundos que tardó en aparecer el cono de tráfico, símbolo del reproductor, se quedó dormido. No pudo escuchar el comienzo de la banda sonora que inundó los oscuros y silenciosos rincones de la oficina grupal, sólo iluminada por su flexo, un par de monitores sin apagar y la luz de la máquina del café. Era como si la testigo en persona acompañase con los sonidos de su boca las notas compuestas por Morricone y los silbidos de Kurt «Curro» Savoy.

Despertó Carrasco a los veinte minutos de película. La detuvo con un clic. Se frotó los ojos, se incorporó y fue al aseo. Tras mojarse la cara y espabilarse, de regreso se detuvo junto a la máquina de *vending* para sacar un cortado. Mientras el vaso se cargaba extrajo una palmera de chocolate del aparato contiguo.

Provisto de una cena tan frugal como tardía deslizo el punto de reproducción hasta el comienzo de la línea. El cono naranja apareció de nuevo en la pantalla. Comenzaron a sonar los primeros «guoing» de «La muerte tenía un precio». Alberto Carrasco sonrió, tenía el instrumento que tocó el asesino antes de matar al Piteras.

29

En internet averiguo que eran los acordes de un instrumento tan simple como universal, conocido con incontables nombres dependiendo de la zona del planeta. Carrasco se quedó con el de arpa de boca. Volvió a escuchar el comienzo mientras buscaba información más concreta. Había una gran variedad de tipos según su origen y forma básica, que no era más que un pequeño arco o estructura paralela de dos pequeños brazos con una lengüeta de fino metal en medio, que al colocarla en la entrada de la boca y accionarla, vibraba produciendo ese sonido monocorde, tan peculiar y lleno de matices.

Continuó leyendo, excitado por el hallazgo y lo que significaba para el caso. El sencillo aparato nació en oriente y pronto se extendió a Oceanía. A Europa llegó a través de la Ruta de la Seda, si no antes. «Debió ser Marco Polo», dedujo. Chinas, hebreas, vietnamitas, europeas… diferentes formas y sonidos para un mismo concepto. Era un instrumento gracioso y asequible. Popular, aunque con un toque de culto. Se sorprendió al comprobar que el mismísimo Beethoven tuvo un profesor de nombre tan complicado de escribir como de pronunciar, Albrechtsberger, que escribió en el siglo XVIII al menos siete conciertos para arpa de boca y orquesta de cuerda. A Carrasco, el sonido le seguía recordando los dibujos animados que vio de niño y las películas del oeste.

Anotó detalles y nombres de modelos en una pequeña libreta que estrenó para la investigación. Salía del túnel para ver luces en diferentes caminos.

Quería ver bien las arpas de boca. Sus formas, las diferencias entre los distintos modelos. Amplió imágenes. Algunas eran muy austeras, otras se encerraban en llamativas y coloridas fundas bordadas, también las había talladas en fina madera o bambú. El reloj de la esquina inferior del monitor marcaba las tres de la madrugada. Otro café, este de avellana.

Las conocidas como vietnamitas eran las más lujosas en aspecto. «¿Vietnamitas?», también conocidas con Dan moi. Siguió recorriendo las imágenes de Google con el sonido de los diálogos de la película, puñetazos y disparos de fondo. Se detuvo un instante para buscar sobre su mesa el informe del laboratorio forense. ¿Dónde había puesto las fotos de la herida mortal? «En el cajón». Sacó una carpeta de cartón del gran cajón inferior, nervioso. Derramó el espumoso café y se quemó el pulpejo de la mano derecha.

—¡Joder! —exclamó enfadado y más nervioso.

Cogió la carpeta y se trasladó a la mesa contigua impulsándose con los pies, haciendo rodar la silla. Luego lo limpiaría. Buscó las fotos y

leyó la explicación de la herida. Estiró el cuello hacia el monitor de su mesa. Del colorido tubo que servía de funda para el arpa vietnamita salía una afilada y estrecha hoja de metal con una alargada lengüeta en el centro.

Escucho un audio de una Dan moi, sonaba muy bien. Además, era un arma mortal, el instrumento que acabó con la vida del Piteras.

CAPÍTULO 14. Más que nalgas.

30

«Desayuno de trabajo», así ordenó Sanz que se trasmitiese a los presos la reunión que mantendrían esa mañana a primera hora en el comedor mientras degustaban algo especial: café con churros.

El objetivo era comenzar la preparación de los equipos de trabajo. A Estela Roncero le pareció demasiado pronto, aún no contaban con una constructora, ni proyectos, ni planos, ni materiales, solo tenían dinero. El director Sanz, consciente de esas carencias sin importancia, se empeño en comenzar a trabajar de inmediato, «con las obras siempre te pilla el toro», advirtió, sabiendo que nadie discutiría una verdad de semejante calibre.

Revisaron los periodos de condena de los presos para que permisos, grados varios y las indeseables vacantes que quedasen por libertad definitiva, no dejasen en «en bragas» a las diferentes cuadrillas. A los internos con fin de condena se les ofrecería la posibilidad de permanecer en la prisión, trabajando y alojados de forma gratuita. Habilitarían algunas celdas y les darían un juego de llaves. Sanz no lo reveló, pero pensaba ofrecerles una suscripción a alguna plataforma de contenidos audiovisuales: la que estuviese en oferta.

—Tal vez tengamos que poner un recepcionista, hay que tenerlo previsto, Estela —pensó Sanz en alto—. Para que entren y salgan, como en un Hostal.

—No creo que nadie vaya a aceptar quedarse aquí si consigue la libertad y, si lo hiciese, no sería buena idea —auguró Estela mientras caminaban por el pasillo hacia el comedor.

—Habla usted como si este fuese un lugar horrible —recriminó el Director a su subordinada—. Vamos al tajo.

Ese lenguaje de albañil que se había apoderado de Sanz comenzaba a poner nerviosa a Estela Roncero. Si perdían de vista lo que eran en realidad, todo se iría al traste. Vigilaría para que eso no ocurriese, las normas seguirían siendo innegociables.

Los presos desayunaban con más ganas que nunca. Los churros volaban de las bandejas e incluso algún interno preventivo se atrevió a tomar un vaso de zumo de piña. Los criados en familias de clase media desconfiaron de su color.

Varios internos habían pasado mala noche, en vela y con ansiedad. Les asustó en un principio la convocatoria de los funcionarios a un desayuno de trabajo. En las celdas se dio rienda suelta a lo que les esperaba al amanecer. Conjeturas sobre descargar sacos mientras tomaban un café aguado, frío, acompañado de una tostada quemada al menos por un lado. Desayunar mientras se trabajaba era de gente muy necesitada. Uno de ellos, contable de profesión y encarcelado por blanqueo de capitales para una empresa tecnológica, les tranquilizó: «Los desayunos de trabajo son algo bueno, haremos planes, negocios y nos pondremos hasta las patas», aseguró. «Vosotros comed y decir a todo que sí», aconsejó como fórmula triunfadora. Su mensaje se difundió de celda en celda y, excepto los más desconfiados, el resto de internos, aunque tarde, concilió el sueño.

Sanz, seguido por Roncero, irrumpió con decisión en el comedor. Los internos moderaron el volumen de sus conversaciones y le prestaron atención. Estela se impresionó. Él se creció, consciente de que se estaba ganando a esos condenados. El Director se acercó a una de las mesas, tomó un churro y lo alzó ante la mirada de todos.

—Esto, señoras y señores, es el progreso. Este manjar mañanero será la tónica, lo habitual en la mejor cárcel del mundo. —Miró a Estela, temiendo un gesto para que fuese comedido. Este no llegó y asintió orgulloso, convencido de sus motivadoras palabras—. Nosotros, con nuestras propias manos, vamos a construir la mejor cárcel del planeta.

El Director dio un mordisco al churro y lanzó un brindis al cielo con los dos tercios restantes. Los internos respondieron saludando con un churro al aire. Un recluso sentado cerca de Sanz le acercó su café al director por si quería untar. Sanz lo pensó un segundo y mojó su churro en el café con leche de ese amable cincuentón traficante de drogas. Dio las gracias, otro mordisco y comenzaron a aflorar los aplausos. En unos segundos los presos estaban en pie, aplaudiendo con las manos en alto; algunas de las internas saltaban junto a sus mesas, chocando las caderas en señal de camaradería; el grupo de los esguinces, que se sentaba a la entrada del comedor, se levantó con esfuerzo a una señal de su rapado líder y todos alzaron sus muletas con ritmo. Estela Roncero, en segundo plano, observaba la escena tan conmovida como asutada asustada por el inmenso poder que había adquirido el Director. En treinta años como funcionaria de prisiones jamás había presenciado nada igual.

Tras el copioso desayuno varios funcionarios comenzaron a recoger nombres para incluir a todos en los distintos equipos: electricidad, fontanería, carpintería, cerrajería, albañilería y montaje. Este último era el más numeroso, ya se harían subgrupos con los correspondientes encargados una vez se verificasen los conocimientos y habilidades de

cada uno.

Estela, previa conversación con Sanz, apuntó primero, aconsejó después y exigió por último, una distribución eficaz de los presos conflictivos en grupos diferentes. Apeló a la personalidad inestable de los individuos y sobre todo a los antecedentes e historiales delictivos. «No queremos salir en las noticias por motines, nos estará mirando todo el mundo», fueron sus palabras. Sanz transigió y le encomendó a ella en persona la distribución de los malhechores más peligrosos, con más influencia sobre sus compañeros y dados, por naturaleza o costumbre, a la algarabía y alteración del estado natural de las cosas.

—Me ha convencido, le tomo la palabra —felicitó Sanz a la Subdirectora—. Tiene usted razón, con tanta libertad cualquiera puede meterse en problemas.

El sonido de las suelas de los zapatos de Estela y el roce de la tela de sus pantalones a la altura de sus muslos quedaba amortiguado por los pasos y la conversación del grupo que se dirigía hacia el despacho del director: el propio Sanz, la citada Roncero, el delegado sindical, dos subdirectores, el profesor Giner y Lorenzo Santos, que en última posición no quitaba ojo a los contoneos del trasero de Roncero que provocaban sus rápidos y cortos pasitos. Ella miró hacia atrás en varias ocasiones, desconfiaba de ese hombre, muchacho o lo que fuese. Loren, perro viejo en lo que se refiere a tareas de *voyeur*, alzaba la mirada unas décimas de segundo antes de que ella volviese la cabeza para cruzar sus ojos con los suyos y sonreír de forma protocolaria, para de nuevo enfocar la mirada sobre el culo de la Subdirectora.

Loren iba el último, consciente de ser quién menos pintaba en esas reuniones. No tenía mucho que decir. Ya hablaría cuando comenzase la acción. Llevar la cabeza gacha era lo apropiado, no levantaba sospechas y tenía un primer plano excelente de la retaguardia de Roncero. El trasero en cuestión no era el de una escultura griega de la época clásica. Aún así, tenía algo que le estaba cautivando por momentos. En estos casos, Lorenzo Santos solía ver la botella medio llena, aprendió, desde muy joven que lo apropiado era hacer críticas constructivas. Esa rapidez en el nalgueo, el estar embutido en el fino tergal, proporcionaba seguridad a la carne, le daba un aire sobrio con cierta tendencia al desenfado si fuese necesario. Elegante, pero sin pretensiones. No demasiado asequible y, sin embargo, sin parecer inalcanzable. Puede que un poco grande para el tamaño de la portadora, pero a todas luces manejable sin esfuerzos desproporcionados. Con formas reconocibles y elementos estructurados entre sí, daba la impresión de que bajo ese aspecto serio que la oscura y funcionarial tela le confería, debía ser todo amabilidad y empatía. Un espíritu libre encorsetado por los farragosos protocolos de burocracia; una bocanada de aire fresco ahogada por la rígida mordaza del tergal de la Administración. Loren estaba seguro de que con el chándal apropiado destacaría por su naturalidad y espíritu libre. Cuando todos se detuvieron frente a la puerta, quedaron en silencio. Estela tuvo que dar un par de pasos más para llegar, Loren escuchó el sonido del roce la tela y se deleitó con el seco bamboleo de la parada: esas nalgas le habían hablado.

Ya en el interior, se acomodaron frente a la mesa de Sanz formando una media luna. Roncero depositó las plantillas con los grupos de trabajo. Esos listados tendrían que sufrir los retoques necesarios para

que la cosa funcionase. Los nombres con menos capacidades pasarían a la lista de peón puro y duro.

Giner, insistió en encargarse en persona de la formación, alegando razones de seguridad física y mental para los reclusos, aunque el propósito real era conseguir información sobre la muerte del Piteras. Por lo que había podido ver de los reclusos, todos eran susceptibles de sufrir o provocar un accidente en cualquier momento y circunstancia, por mucho que el mismísimo Dios de la Prevención de Riesgos Laborales velase por ellos. Alguno debía saber algo sobre el crimen de su antiguo compañero, les sonsacaría con la ayuda de Loren.

El Director Sanz estuvo muy pendiente de su móvil durante la improvisada reunión. Lo miraba a cada momento sin obtener el resultado esperado: que sonase.

—Si no hay nada más… —Sanz se incorporó con la intención de que le imitasen y se largasen del despacho.

—Sí, director —intervino el delegado sindical—. ¿Tenemos ya la empresa que se va a encargar de la construcción?

—Estoy en ello. Déjeme respirar. Venga, todo el mundo a trabajar. Roncero que me preparen el coche, tengo que hacer un pequeño viaje. Y ustedes —refiriéndose a Giner y Loren—, esperen un momento.

—¿Un viaje?

—Sí, Del Río no me coge el teléfono y tampoco llama. —Loren miró a Giner, ya se lo había dicho—. Iré a Ciudad Rodrigo a hacerle una visita. Es mejor tratar estos temas cara a cara. Ustedes también querían hablar con él, ¿verdad? Pues vengan conmigo.

—No sabía que viviese en Ciudad Rodrigo. —Se extrañó Giner, que le situaba en algún ático en el centro de la cuidad.

—Se trasladó allí hace un año. Continúa con su actividad de anticuario. He oído que compró una casa junto al Museo del Orinal.

CAPÍTULO 15. ¿Y si me niego?

32

Alonso Bonet aprovechó bien la mañana. Primero hizo varias llamadas en las que más alertar, sembró el pánico sobre lo que podría ocurrir en el hipotético caso de que hubiese una testigo que condujese a alguna pista sobre el crimen de ese desdentado salido de presidio que ellos, referido siempre a sus interlocutores, habían eliminado. Esa alarma derivó en desasosiego. Más comunicaciones hacia arriba y después de nuevo a la base. Una de ellas fue la que amargó la mañana al comisario Salmerón.

Bonet tenía a un equipo trabajando en la grabación de los sonidos descritos por la testigo, Mónica Valls en la conversación con el agente Carrasco. No había especialistas en Western entre los analistas del CNI, por lo que hubo que adaptarse sobre la marcha. Interpretaban la entonación, sus matices, los silencios, exclamaciones de Mónica, su tipo de lenguaje, su acento y sobre todo su entusiasmo.

Las conclusiones de estos expertos fueron las mismas que las del agente Alberto Carrasco: Morricone y un arpa de boca, «La muerte tenía un precio». Calculó Bonet que el precio de la muerte del tipo conocido como el Piteras iba a ser muy elevado. Era necesario actuar con rapidez y contundencia. El director sabía que él no había sido. Por los demás no ponía la mano en el fuego. Si averiguaba quien estaba detrás del crimen tendría los cuatro ases y un comodín. En su oficio nadie jamás consiguió una escalera de color.

Bonet recibió a destiempo el informe de la especialista Marisa Moreno sobre la causa de la herida de la muerte: un objeto afilado, manufacturado de forma industrial y del que desconocía su función. Seguramente un componente de alguna máquina de escasa complejidad, puede que relacionado con la hostelería, un juguete o simple adorno.

La información que recabaron sobre Mónica Valls, no les llevó a ninguna parte, excepto a que era una persona poco constante, solitaria y debía aburrirse: soltera; había dejado su plaza de funcionaria como ordenanza de la Junta de Castilla y León tras recibir varios terrenos en herencia que vendió bastante bien; no tenía familia cercana y era aficionada a comprar en un famoso *sex shop* de venta *on line*. Todo

eso, concluyó Bonet, era un caldo de cultivo propicio para que esa mujer explotase el día menos pensado.

La persona que la penetraba desde atrás el día del asesinato era un repartidor de botellas de gas llamado Eduardo Rodelas, parecía ser un tipo con suerte y seguro que aptitudes. Si se lo dijo a él se lo podía haber dicho a cualquiera que se encontrase en la misma posición que él había estado.

—Llegó el momento. Pónganse en marcha. Ya saben lo que tienen que hacer —ordenó el Director a la pareja de agentes, Cabrera y Fuentes, que esperaban ante su escritorio.

En dos horas los dos agentes volaban con su Mercedes Vito azul marino de cristales tintados por la entrada este, hacia el casco urbano de Salamanca.

33

El agente Carrasco no durmió mucho esa noche. No le importó. Su euforia por los descubrimientos bastaron para que las pocas horas de sueño fuesen efectivas y se levantase con determinación. Tras una ducha y meterse un buen desayuno en el cuerpo se presentó de nuevo en comisaría con una sonrisa contenida. Una vez ubicado en su pequeño escritorio llamó al laboratorio forense para exponer sus avances sobre el arma homicida e informar de los correos con imágenes adjuntas que acababa de enviar. Tras esta gestión se dirigió al despacho del comisario. Antes de que sus nudillos golpeasen la puerta, detuvo su mano al escuchar a su espalda la inconfundible voz grave del veterano inspector Marín.

—Yo no lo haría. Está de muy mala hostia. Le han llamado de arriba, de muy arriba. Le deben estar jodiendo por algo que ha pasado o que va a pasar.

—O que está pasando —matizó Carrasco.

—No. Si estuviese pasando, ahora mismo sería él quien estuviese jodiéndonos a nosotros. Hazme caso, déjalo para después del vermut, campeón. —Marín siguió su camino.

«¿Campeón?», reflexionó el agente Carrasco sobre el término. ¿Qué habría querido decir Marín? Peyorativo, condescendiente, superioridad, paternal. No le gustó nada que le llamase campeón sin haber ganado ningún torneo.

En realidad Carrasco estaba haciendo horas extra, así que se curó en salud, miró su reloj y decidió bajar a tomar un café. Haría un poco de tiempo hasta que abriesen Musical Notas. Su intención era comprar unas arpas de boca, por lo que había podido leer no eran instrumentos muy caros.

Ordenó sus ideas al fresco de la mañana, sentado en una terraza del parque de La Alamedilla. Por un lado tenían un muerto que había ofendido al gobierno nada más salir de la cárcel; ninguna huella, ningún rastro; y una testigo con buen oído y mucha actividad sexual. «Gracias a Dios», se dijo.

El crimen parecía un ritual, como en la película de Leone en la que Charles Bronson hacía sonar la harmónica antes de descargar el tambor de su revólver sobre todo lo que moviese ante él. No sabía de ningún caso parecido. La tentación de deducir que ese era el principio de una serie de asesinatos que estaban por venir era lógica, aunque no creyó que fuese a ocurrir. Se trataba de un crimen puntual. Fuese como fuese había que actuar con rapidez, si fuese el caso, los asesinos en serie, una vez que se ponen no saben parar.

En Musical Notas adquirió dos arpas de boca europeas de diferente

tamaño y forma y dos vietnamitas, unas Dan moi, las más «peligrosas» que tenían en la tienda.

Se dispuso a pagar en efectivo.

—¿No tendrán un catálogo de arpas de boca? —solicitó esperanzado.

—Claro que sí —La dependienta extrajo uno de la parte baja del mostrador.

—Gracias, ¿me lo puedo quedar?

—Claro que no.

Decepcionado, pagó el importe requerido y salió contento con su bolsa de arpas camino de comisaría. No reparó en una furgoneta azul marino, mal aparcada en la acera de enfrente, a la que pitaba un autobús urbano.

34

La Mercedes Vito estaba aparcada frente a la coqueta Biblioteca de Gabriel y Galán, justo en una parada de autobús urbano. El motor en marcha. El conductor relajado. Su compañero cruzó la Avenida de Mirat entre el denso tráfico y se dirigió a la entrada de Musical Notas.

—Quiero un arpa de boca de cada modelo —pidió el agente del CNI Fuentes, plantado ante el mostrador.

La dependienta, extrañada, alzó los ojos por encima de sus gafas. «Muchas arpas para una sola mañana», pensó desconfiada.

—¿Qué pasa, se las piden en el conservatorio a los niños?

—¿Por qué pregunta eso? Supongo que no se venden mucho ¿verdad?

—Parece que hoy sí —aclaró la mujer mientras volvía aponer sobre el mostrador las cajas que aún no había recogido por la visita de Carrasco.

—Este no es un instrumento muy habitual. ¿Por qué las tiene tan a mano? ¿No deberían estar en un lugar más apartado?

La mujer dejó la caja que estaba abriendo y se encaró con el espía, intentando ver a través de los cristales de sus gafas oscuras.

—¿Qué pasa, es usted decorador?

—No.

—¿Sabe usted tocarlas? Puede ser un instrumento peligroso.

—No, soy agente del tesoro.

—¿De qué tesoro?

—Quiero las arpas y todos los extractos de las tarjetas de crédito de las que haya vendido en el último mes. —Mostró una identificación que sacó de la americana.

—¿Y si me niego?

El agente Fuentes dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Cerró la puerta.

—¡Oiga! ¿Pero qué hace? —increpó la dependienta.

Miró a la calle entre las lamas de la persiana veneciana. Se giró de nuevo y caminó con paso firme hacia el mostrador mientras enroscaba un silenciador en su automática.

CAPÍTULO 16. Cacho carne.

35

La vivienda de la efervescente testigo no quedaba lejos ni de Musical Notas ni de comisaría, por lo que Carrasco decidió acercarse a hablar de nuevo con Mónica Valls. Haría sonar las arpas ante ella para que identificase el tono con más precisión. Respecto al sonido posterior, el que describió alejándose de la escena del crimen, no sabía que pensar, estaba perdido. No tenía claro qué tipo de lijadora comprar, por narices debía ser una que funcionase con batería. Esperaba que el butanero ya hubiese hecho el reparto por el barrio.

La ventana de Mónica Valls estaba abierta, Carrasco esperó unos segundos por si aparecía, quien sabe si amordazada y con una venda en los ojos. La testigo no respondió al telefonillo del portal. El agente aprovechó la salida de un señor con un carro para la compra. Antes de que el lento muelle llevase la puerta hasta el marco puso la puntera de su bota y se coló dentro. Subió hasta el segundo por la escalera, no quería que le viese nadie. Los vecinos eran mayores, seguro que utilizaban el ascensor.

Se detuvo ante la puerta del Segundo B, estaba entreabierta. Llamó al timbre. Resonó por toda la planta. Nadie acudió. Tras pensarlo unos segundos abrió despacio, entró y cerró tras él sin hacer ruido.

—¡Señora Valls!

Avanzó por el pasillo mirando con precaución al interior de las habitaciones, temeroso de encontrar a la testigo enredada en algún juego de los suyos.

Escuchaba un sonido rítmico, como de algún pequeño electrodoméstico, algo mecánico. Guiado por el ruido, continuó.

—¡Mónica! ¿Está ahí? —preguntó justo antes de entrar en el salón de la casa.

Desde la puerta veía la ventana abierta que daba a la calle. A un par de metros de ella había un sofá junto una mesita baja. El ruido provenía del espacio que había entre el sofá y la ventana. Esquivó los muebles y se asomó. Reculó hacia atrás desconcertado: un gran pene de látex negro ensartado en un tubo de metal avanzaba y retrocedía sin encontrar su objetivo. Cabeceaba por el movimiento, debido sin duda a su tamaño y peso. Alberto Carrasco no quiso tocarlo. Se trataba

de una máquina desconocida para él. Una doble biela provocaba ese movimiento amenazador de avance y retroceso continuos. El aparato estaba enchufado a la red eléctrica mediante un largo cable. A mitad de este resaltaba un mando con una ruleta. Se agachó con cuidado para que ese cacho de carne de imitación no le golpease y giró la ruleta. El brillante consolador aceleró sus movimientos de vaivén agitándose con furia y haciendo retroceder a la máquina hasta que se pegó a la parte trasera del sofá, que hizo de tope y la estabilizó. Alarmado, Carrasco giró la ruleta en sentido contrario, el mecanismo se relajó y el ariete contuvo su furia.

Ni rastro de Mónica Valls. «No habrá ido muy lejos con una venda en los ojos», se dijo. Ignoró a la cariñosa máquina, enfiló el pasillo, salió al portal y dejó la puerta como la encontró.

36

La sonrisa del agente Carrasco se torció a medida que avanzó la mañana. Tras ponerse el uniforme en el vestuario subió de nuevo a las oficinas con su bolsita llena de arpas. El consolador gigante consolador aún revoloteaba en su cabeza.

En el despacho del inspector Marín había jaleo. A través del cristal podía ver a una mujer que hacía aspavientos junto a Marín, un agente de uniforme y el Comisario Salmerón en persona. Este abrió la puerta para largarse. Carrasco se situó cerca y escuchó.

—¡Les digo que desde anoche! No ha vuelto a casa y no ha ido a trabajar esta mañana —Insistía la mujer.

—Tranquilícese señora. Siéntese, por favor —Intentaba Marín tranquilizarla.

—Dice que su nombre es Eduardo Rodela…

—Sí, ya se lo he dicho tres veces.

La mujer se resistía a tomar asiento en la silla que trasportaba el agente uniformado, siguiéndola por el despacho ante la mirada del Comisario, ya a punto de marcharse.

—Siéntese señora, cálmese —suplicó Salmerón haciendo el amago de entrar de nuevo.

—¿Va siempre a dormir a casa? ¿Alguna vez sale con amigos por la noche…? Ya me entiende. —Intentó aclarar Marín la pregunta.

—No, no le entiendo.

—¿Las cosas van bien entre ustedes? —indagó el agente de uniforme.

—¿Qué insinúa? ¿Qué me ha dejado? Les digo que le ha pasado algo. ¡Búsquenle! Den la alerta, hagan carteles de esos con su cara y empiecen a pegarlos en las farolas. —La mujer sacó una foto de la chaqueta y la estampó sobre la mesa.

—¿Es fiable? —Se interesó Marín mirando la fotografía. Rectificó para no tener males mayores—. La foto, ¿es reciente?

—Sí de hace dos meses de cuando renovamos el DNI.

—Me refiero a su aspecto, su color, su pelo…

—No, ahora es negro con melenas. ¡Pues claro que está igual!

Al agente se le escapó una risita y el comisario aprovechó para sacar el cuerpo fuera del despacho.

—¿No suele faltar al trabajo? —siguió Marín.

—¡No! Nunca. Y menos ahora. La cosa está muy mal, han bajado los clientes con tanta vitrocerámica.

—Compruebe si ha ido trabajar —ordenó Marín al agente pasándole una nota con un número de teléfono.

—Pero si ya les he dicho que no ha ido.

—Por favor, señora, déjenos trabajar.

El Comisario Salmerón se apartó para que saliese el policía y aprovechó para despedirse.

—Les dejo. —Miró de reojo a Carrasco que disimulaba junto a la puerta.

La hoja se cerraba. Carrasco se dispuso a abandonar su indiscreta posición. «Seguro que el vermut de hoy no aplacaba los disgustos de ese hombre», vaticinó mirando a su jefe. De espaldas, pudo escuchar una última frase:

—Hoy se quedan todas sin la bombona de butano —lamentó la mujer.

Esto sacó a Carrasco de su actitud curiosa para trasportarlo a un nivel más alto: el de la investigación.

—Disculpen. —Se introdujo sin pensarlo en el despacho de Marín antes de que se cerrase del todo—. ¿Su marido no será butanero? —Se dirigió a la mujer arqueando una ceja.

—Sí, desde joven.

—Pues ha desaparecido.

—Son ustedes unas lumbreras. —Cabeceó la mujer sacando el labio inferior de su lugar habitual—. ¿Seguro que por las tardes no dan clase en la Universidad? Llevo media hora diciéndolo.

Marín miró a Carrasco tan desconcertado como descontento por la intromisión. No le pareció al agente el momento oportuno para narrar a esa mujer los experimentos sexuales de su marido con clientes ávidas de gas. Ahora tenía sentido que la testigo Mónica Valls no estuviese en casa. Estaba claro que no se habían fugado por amor. Ella no se largaría sin la maquinaría que le daba la felicidad plena. No podía decirle a esa desesperada esposa que su marido formaba parte de un triángulo amoroso multirracial e industrial.

Resolvió Carrasco el tema con agilidad, sutileza y un saber estar impropio de un joven agente. Tomó con respeto y cariño del brazo a la señora haciéndola salir del despacho sin que se diera ni cuenta mientras la tranquilizaba diciendo que lo dejase en sus manos, que se pondrían a buscar a su marido desde ya. Qué él en persona hablaría con la empresa para que enviasen un butanero becario y así el trabajo no se quedase sin hacer. La acompañó hasta las escaleras y volvió al despacho de Marín, que esperaba en la puerta.

—Solucionado, campeón. —Soltó Carrasco agitando la bolsa con las arpas—. Sé lo que ha ocurrido con el butanero, voy al despacho del comisario. Venga usted conmigo, Marín —invitó Carrasco con cordialidad.

37

El Comisario Salmerón escuchó con asombro y preocupación los argumentos de Carrasco. No podía evitar que ojos y manos se le fuesen a la mesa. Toqueteaba nervioso las arpas que el agente había colocado ante sus ojos como material de apoyo a la exposición de los hechos que se disponía a comenzar.

Alberto tomó un rotulador, con una mirada pidió permiso para escribir en la gran pizarra blanca que colgada de la pared. El comisario lo concedió abriendo la mano. Esa misma mañana el Director de la Policía le había vuelto a tocar las narices con ese caso, sin duda porque se las habían tocado a él y a su vez al que lo hizo, que estaría descontento porque alguien de más arriba toqueteó en su puerta por lo mismo. Le había dejado caer, que ni más ni menos el CNI andaba metido en el asunto. Para Salmerón, la única duda era hasta donde llegaría el toqueteo de tabique nasal. Pidió a Marín que cerrase las persianas antes de que Carrasco empezara a escribir su teoría. No quería miradas indiscretas.

El agente eligió el color negro y retiró el capuchón:

> *-Ex presidiario muere asesinado. (Apodado, con acierto, El Piteras).*
> *-Publica valoración en internet: crítica feroz a la cárcel en la que cumplió condena: Tresmozos I* (dibujo de una flecha)*, sistema penitenciario.*

«Qué capacidad de síntesis», pensó el comisario Salmerón, mientras miraba por encima de la gafas el arpa europea que tenía entre las manos. El rotulador seguía rechinando.

> *-El crimen: obra de PROFESIONAL. Sin descartar, debido a la naturaleza conflictiva y antecedentes de la víctima, AJUSTE DE CUENTAS.*
> *-Una testigo:* (flecha) *Señora Mónica Valls. Escucha, pero no ve el crimen. Butanero situado a su espalda. La mujer lleva los ojos vendados y se expone en la ventana mientras practica sexo, con el consiguiente riesgo de ser vista.*
> *Apunte personal: esta situación aumenta la sensación de placer de la testigo y no sabemos si la de su «partener», aunque puede que carezca de relevancia.*

A Carrasco se le terminaba el blanco de la pizarra. Marín, recostado

en la silla, leía con interés. Salmerón se llevó el arpa a los labios, siguiendo los dibujos de un pequeño gráfico que acompañaba a la funda.

—¿Puedo borrar? —Carrasco se giró y señaló unos esquemas en un lateral de la pizarra—. Tenga cuidado con eso, puede ser peligroso si no se sabe usar —advirtió al comisario viéndole manipular el arpa cerca de los labios.

—Borre, borre, ya no recuerdo ni de dónde venía.

—La estafa piramidal, lo de la hermana del concejal —recordó Marín.

El comisario animó con la mano y Carrasco borró.

> *-La testigo escucha instrumento antes del crimen: ARPA DE BOCA (por el carácter, forma y profundidad de la herida, se trata del modelo típico de Vietnam, una Dan moi).*
>
> *-Butanero, Eduardo Rodelas: paradero desconocido (me he enterado a la vez que ustedes).*
>
> *-Testigo, Mónica Valls: paradero desconocido.*

—Pero ¿qué dice? ¿Ha desaparecido la testigo? —Los pensamientos del Comisario volvieron a la llamada del Director de Policía. Por fin buenas noticias.

—Entonces, el butanero de la señora de antes es nuestro butanero… —hiló Marín.

—Así es.

—No creo que tenga relación con el caso. Se habrán fugado. Ya volverán, los butaneros son unos picaflores —sentenció Salmerón.

—No lo creo así. —Carrasco se acercó a la mesa del Comisario blandiendo el rotulador—. La testigo abandonó la casa a toda prisa, con lo puesto. La puerta estaba abierta y hay indicios de actividad. Tenga cuidado. —Señaló la boca de Salmerón que tenía el arpa entre los labios.

—¿Cómo sabe usted que ha desaparecido? ¿Y lo de su casa? ¿A qué actividad se refiere?

—Deberíamos acudir con un equipo de la científica. —Carrasco colocó el capuchón al rotulador y lo dejó sobre la mesa.

El Comisario gritó con ganas al pillarse el labio inferior con la lengüeta del arpa. Carrasco abrió las manos, le riñó con la mirada.

—No se pase, agente. Ni científica ni hostias, no hay denuncia ni hay nada. Iré con ustedes dos. ¡Joder, como duele!

Carrasco recogió las arpas en la bolsa de plástico.

—Espere, déjeme esa, no parece tan peligrosa.

—No se fíe ya ha visto lo que ha…

—Sí, sí, sí. Dígame, ¿cómo se toca este cacharro?

CAPÍTULO 17. Cloroformo.

38

La boca del comisario emitió sus primeros «guoings» durante el trayecto hasta la Gran Vía. Ese pequeño instrumento era una maravilla: manejable, económico, sin ser precisos años de estudio para que sonase con coherencia. Cierto era que aún estaba lejos de dominarlo, aunque estaba convencido de que con unas cuantas heridas más sería capaz de componer y amenizar con sus propia música barbacoas y Noche Buenas.

Apenas les separaban unos minutos a pie hasta la casa de Mónica Valls.

Antes de girar la última esquina vieron como dos coches de la policía local, uno de los suyos y una ambulancia, bajaban desde el Paseo de Canalejas con luces y sirenas encendidas, redujeron en la rotonda de la Plaza de España para tomar la Avenida de Mirat a toda pastilla.

El agente Carrasco les indicó la puerta del Bingo y la papelera contra la que se golpeó el Piteras al caer prácticamente muerto. Señaló con la mirada la ventana abierta del segundo piso.

—Subamos. —Se adelantó el Comisario.

Alberto pulsó el timbre. Esperaron. Nadie contestó.

—Llame a algún vecino, qué nos abra —ordenó Salmerón.

Carrasco tocó un timbre al azar. No hubo respuesta. Presionó otro con el mismo y silencioso resultado. El comisario se hizo un hueco y apretó la botonera con la palma de la mano.

A los pocos segundos…

—¿Quién es?

—Diga…

—¿Son los Testigos? Suban.

Escucharon estas contestaciones salpicadas por los sonidos de apertura de la puerta más otras cosas que no entendieron bien y de las que se abstuvieron de preguntar. Pasaron al portal.

La puerta del 2 º B permanecía abierta. El Comisario y Marín cedieron el paso a Carrasco. Este hizo el mismo recorrido que la ocasión anterior, aunque con mucha más naturalidad. Las habitaciones seguían vacías, la cocina también y el baño con la cortina de la bañera

descorrida, tal y como la había visto antes.

—Prepárense —avisó Carrasco antes de acceder al salón.

Entró en actitud de alerta. Apunto a la trasera del sofá con el brazo extendido y el dedo índice hacia abajo. Rodearon la mesa y el mueble y se detuvieron ante el temible aparato, que presentaba el brazo de metal recogido con el consolador en posición de descanso. Marín y Salmerón lo observaron con atención, curiosidad y extrema precaución. Carrasco aguardaba sus reacciones con los brazos cruzados y tocándose la barbilla.

—Se le habrán gastado las pilas —apuntó Marín.

Carrasco recorrió el cable con su dedo hasta la toma de la pared. Se agachó hasta el mando para comprobar la ruleta.

—¡¿Qué hace insensato?! ¡No lo toque! —Le detuvo el comisario—. Si esa mujer ha desaparecido contra su voluntad tendremos que tomar huellas.

—Mis huellas ya están ahí. Cuando vine esta mañana tuve que detenerlo. Deberían haberlo visto.

Los tres se asomaron cautos a la ventana, dos señoras mayores les miraban fijamente desde el otro lado de la estrecha calle.

—¡Tendría que darles vergüenza!

—Marranos.

Recularon, retirándose despacio hacia la sombra del interior. Fueron sorprendidos por el furioso arranque del dildo, que impactó de lleno contra el muslo del Comisario, provocando que retirase a un lado presa del pánico. Marín sacó su arma y encañonó a la máquina.

—Ven a lo que me refería —confirmó Carrasco abriendo los brazos —. Debe estar programado.

Tras apagar la máquina con el permiso de Salmerón, los tres estuvieron de acuerdo en que era un gasto innecesario de energía eléctrica, esa factura llegaría a la titular, que aunque desaparecida podría aparecer en un futuro cercano con el consiguiente disgusto, echaron un vistazo más concienzudo por la vivienda.

Marín, desde la cocina, sugirió hacer unos cafés, informando en voz alta sobre los tipos de cápsulas disponibles. Se decidieron por tres cortados que el inspector preparó en vasos de plástico, no quería abusar.

El Comisario inspeccionó los dormitorios. No había signos de violencia. Dos habitaciones con las camas hechas y todo ordenado; en el dormitorio de la testigo, la cama sin hacer y un pijama sobre una silla indicaban que se acaba de levantar cuando ocurrió lo que fuese que hizo dejar la casa. Salmerón se sintió tentado de mirar en los cajones de la cómoda, y lo hizo. En el primero, ropa interior bien doblada que no quiso tocar, en el segundo ropa de cama. Abrió el cajón inferior: correas, cuero negro con tachuelas, hebillas, ganchos, y

consoladores de diversas formas y colores, algunas parecían adaptables a la máquina que acababa de atacarle en el salón. Cerró. Si no había delitos de por medio, no era asunto suyo la forma de divertirse de los demás, desaparecidos o presentes. A su cabeza acudía una y otra vez la llamada de la mañana que, si no de forma explícita, recomendaba olvidar el caso del crimen de la reseña. Dejarlo correr. Ya se aclararía por sí mismo, algún pobre diablo pagaría si es que no se lo endosaban a algún muerto.

Carrasco se centró en el salón. No podía saber si algo estaba descolocado pues desconocía el nivel de organización de Mónica Valls. La forma en la que estaba situada la máquina y la distancia al sofá y a la ventana en la que ella se exponía, le daban a entender que era una mujer con tendencia al orden. Exceptuando unas revistas agrupadas sobre la pequeña mesa y un vaso vacío, no destacaba nada. Olió el vaso, nada: agua. Se agachó y pegó su cara al suelo no sin antes asegurarse de la limpieza de la baldosa elegida para tal fin. Había algo bajo el sofá, era de color blanco, una tela, o un pañuelo. Gateó hasta el lateral, el olor le hizo detenerse: inspiró con fuerza. Procesó el aire y arrugó la nariz.

—¡Comisario, inspector!

Al llegar, sus compañeros se agacharon junto a él.

—Huelan —animó Carrasco.

—No hace falta, nos fiamos de su criterio, agente. ¿Qué es?

—Yo diría que cloroformo. Solicito su permiso para guardarlo en una bolsa de pruebas.

—Si tuviésemos alguna lo haríamos —lamentó Marín.

—Yo tengo. —Alberto sacó una de un bolsillo.

—Adelante entonces —autorizó el Comisario.

Carrasco formó una pinza con los dedos índice y corazón de la mano derecha y extrajo la prueba bajo el sofá. Era una servilleta de papel. La sujetó por una esquina y está se desdobló adoptando casi su forma original, era de las caras. El olor a cloroformo era evidente. En una de las esquinas llevaba grabado el escudo constitucional. Escrito sobre él, un logotipo: «Ministerio de Defensa». Más arriba las siglas CNI y Centro Nacional de Inteligencia.

Los tres lo leyeron, pero ninguno lo hizo en voz alta. Carrasco lo introdujo en la bolsa con mucho cuidado.

—Si no le importa, yo lo guardaré. —Salmerón le arrebató la bolsa con elegancia.

—Ahora sí que habrá que llamar a los de laboratorio —anticipó el inspector Marín.

—¿Por qué? No hay ninguna denuncia ni indicios de delito. Ni siquiera han pasado veinticuatro horas. —Salmerón se encogió de hombros—. Guardemos esto por precaución, no es más que una

servilleta. El restaurante del CNI es bueno y barato, se puede acceder con el DNI pasando el arco de seguridad. Huele raro sí, puede tratarse de un producto de limpieza o, fíjese, estoy pensando en que esa mujer lo usase para mermar su consciencia en el momento clave, ya sabe. No se preocupen —tranquilizó balanceando la bolsa ante él—, está en buenas manos.

Salmerón llevaba el arpa en la mano, le daba golpecitos con el pulgar mientras hablaba.

El agente Alberto Carrasco miró dentro de su bolsa, cogió el arpa vietnamita grande y se la ofreció al Comisario.

—Entrégueles también esto. Estoy seguro que es similar al arma del crimen.

—Cierto, el arpa. Muy bien, Carrasco. Será mejor que nos vayamos de aquí. Dejaremos la puerta cerrada por seguridad. Cierre la ventana, Marín.

—¡Cochino! —Se escuchó una voz desde la calle cuando el inspector se acercó.

El teléfono del comisario sonó casi a la vez que el de Marín. Cada uno se situó en una esquina del salón para hablar con discreción. Carrasco observó a los dos como tras la conversación colgaban casi a la vez.

—¡Hay que joderse! —exclamó el Comisario.

—¡Joder! Desde luego —corroboró Marín

—¿Qué ocurre?

—Han robado aquí cerca, en Musical Notas. Se han cargado a la dependienta.

—Estuve esta mañana… a comprar las arpas. No puede ser.

—Ya verá como sí —aseguró Salmerón.

39

El revuelo en la Avenida de Mirat era considerable. Uno de los carriles estaba cortado a la altura de Musical Notas y el acceso por la acerca, cerrado. El trío que encabezaba Salmerón sorteó todos los obstáculos y pasó al interior de la tienda. Saludaron a compañeros, se dirigieron directos al mostrador. La mujer había caído desplomada hacía un lado, quedó tendida de espaldas. Las arpas estaban desparramadas por el suelo, junto a las cajas. La cabeza quedó apoyada sobre una Gibson Les Paul de color negro que colgaba de la pared. Presentaba un agujero de bala en el centro de la frente y, a pesar de muerta, cara de pocos amigos. Sobre su pecho, un catálogo de arpas de bocas con un agujero. Carrasco lo miró con desasosiego. La mujer se protegió con él en un acto reflejo, vio venir al pistolero. En la pared destacaba una gran mancha de sangre con restos adheridos, los regueros de rojo intenso habían resbalado ya hasta el rodapié de madera filtraándose tras él.

—¿Nadie escuchó el disparo? ¿Quién ha avisado? —quiso ponerse al día el Comisario.

—Nada. Llamó una clienta que venía a por el violín de su hija. Se acerco al mostrador y se encontró con este panorama. Casi le da algo —informó un agente de uniforme.

—¿Falta dinero? ¿Algún instrumento caro? —preguntó Marín.

Carrasco giró la etiqueta que colgaba del cuello de la Gibson sobre la que descansaba la cabeza: 4.300 euros.

—Lo más caro son los pianos. En caja hay poco efectivo. Teniendo en cuenta la hora y que casi todo el mundo paga con tarjeta… —apuntó el agente de uniforme.

Carrasco se hacía su propia composición de lugar: allí había guitarras muy caras; arpas de boca desparramadas por el mostrador y suelo, él vio como esa mujer las recogía tras su compra; un tiro en el centro de la frente no era obra de un caco de la ciudad No encontrarían huellas, eso seguro. Alguien más sabía lo de su testigo y había sacado las mismas conclusiones que él sobre lo que Mónica Valls escuchó. La cuestión era cómo se habían esterado. Fuesen quienes fuesen, esa gente no se andaba con tonterías.

CAPÍTULO 18. Oreja rebozada.

40

La salida a Ciudad Rodrigo se demoró. Esos días Sanz era un hombre muy solicitado, el teléfono no paraba de sonar en su despacho. Dejó a Angelines, su secretaria, instalada en el escritorio y salió a toda prisa.

Al Director le apetecía conducir, distribuyó a los otros ocupantes en el interior del Opel Insignia: el profesor Giner como copiloto y Lorenzo Santos atrás, junto a Estela. Nadie, excepto Sanz, quedó satisfecho con la plaza adjudicada.

El viaje duraba apenas una hora por autovía. Pronto se vio que la parte delantera estaba más animada, Sanz exponía todo tipo de ideas para las obras, unas más realizables que otras. Estas eran procesadas y analizadas por Giner, que ya tenía su mente puesta al cien por cien en el trabajo. Cauto, se limitaba a decir «ya veremos», «tendremos que estudiarlo» o «podemos intentarlo», sobre los proyectos que consideraba irrealizables. No le pareció justo cortar el chorro de ilusión que manaba de los labios de Sanz.

El silencio era la tónica en los confortables asientos traseros. Miradas furtivas de Loren a las pequeñas piernas de Estela con intentos de conversación que la subdirectora atajó casi de raíz ante la curiosidad morbosa de Loren.

—¿Qué tal en el talego? ¿Les dais mucha caña a los presos?

—Solo a los que se pasan de la raya —contestó ella apartando un segundo la vista de su móvil.

—¿Y el muerto, el Piteras, seguro que era un bicho?

—No puedo revelar datos de los internos —advirtió Estela, esta vez sin mirar a Loren, intentando cortar lo que se temía el comienzo un inconexo cuestionario del hombre o muchacho. Aún no lo tenía claro.

—Ya, ya. Lo entiendo.

Loren tampoco la miró. Decidió desistir hasta dar con un tema que agradase a la arisca Subdirectora. Desde que analizó las cualidades de su trasero en el pasillo de las oficinas de la prisión, le pareció que esa pequeña mujer ofrecía muchas posibilidades.

—Este cruce sí que era peligroso —comentó Sanz a la altura de Sancti Spíritus—. Murió mucha gente hasta que hicieron la autovía.

—Sí, cierto era una carretera mortal.

Loren se acercó al profesor desde atrás y le susurró algo al oído. Parecía nervioso, intranquilo.

—Aguanta un poco, Loren. Estamos llegando. —Estela les miró por encima de las gafas de cerca.

—Sí, diez minutos —calculó Sanz—. ¿Qué ocurre?

Loren se echó hacia atrás enfurruñado. Si le había dicho al profesor que se estaba orinando en voz baja era para que no se enterase nadie y mediase ante Sanz para una parada rápida.

—No pasa nada —restó importancia el profesor Giner—. Se está orinando, pero aguantará ¿Verdad Loren? —Santos miró de reojo a Estela, que lucía una sonrisita.

A la entrada de Ciudad Rodrigo, Lorenzo volvió a cercarse a la oreja de Giner.

—Pare un momento ahí haga el favor —solicitó Giner Sanz señalando unas naves industriales a la derecha—. No se aguanta.

—No se preocupen, no hay necesidad de pasarlo mal. Ahí tiene todo el campo que quiera.

Loren salió del coche a toda prisa. De una deforme carrera giró hacia la trasera de la nave para ocultarse de miradas indiscretas.

Pasados dos minutos el director apagó el motor.

Pasados cuatro miró por la ventanilla en dirección hacia dónde Loren había desaparecido.

—¿Estará bien? A ver si se ha mareado.

—No lo creo, tiene mucha capacidad en la vejiga. Se aguanta y eso no es bueno, ya se lo he dicho muchas veces: que haga pis antes de montar en el coche —aseguró Giner.

Estela también miraba en dirección al diminuto polígono.

Sanz arrancó. Se dirigió a la nave, tomó el mismo camino que Loren. Santos venía hacia ellos abrochándose los vaqueros. Subió al coche sonriente. El director continuó hacia adelante para rodear la nave y salir por la parte contraria. Condujo despacio, todos pudieron leer claramente en los bajos de la pared lo que Loren había dejado escrito con su orina: «Lorenzo Santos estuvo aquí. 12 junio de 202…».

—Asombroso —acertó a decir el Director Sanz mientras Giner movía la cabeza en señal de desaprobación.

—Gracias —sonrió Loren—. No he podido terminar la fecha —lamentó mirando orgulloso a Estela.

—Vamos, que con las condiciones adecuadas es usted capaz de escribir un informe —bromeó Sanz.

—Eso es muy largo, supongo, pero estoy entrenando para un concurso de escritura.

—¡No me diga! —Sanz cedía el paso para incorporarse de nuevo a la carretera de entrada a Cuidad Rodrigo—. No se guarde los detalles. Cuéntenos.

Giner, que no sabía nada, también se sorprendió.

—Ya sabes, Loren, que esta costumbre tuya de escribir cuando meas nos creó problemas en el pasado.

—Es un concurso de microrrelatos. Deben ser inéditos y originales. Hay que escribirlo orinando. Se hará en una antigua plaza de toros, ahora funciona como espacio cultural alternativo.

—Alternativo, dice. ¿A qué? —intervino Estela que no aguantó más —. Está hablando de escribir un montón de palabras con pis.

—No solo es la cantidad, en el concurso prima la originalidad del tema y la caligrafía —defendió Loren su participación.

—Ya no se aparca bien ni en los pueblos. Tendremos que dejarlo fuera de la muralla —Se quejó Sanz tras dar varias vueltas por el centro de Ciudad Rodrigo.

No se arrepintieron de hacer a pie el agradable trayecto que llevaba hasta el centro de la ciudad.

—A la vuelta nos tomaremos una oreja rebozada en un bar que hay en la plaza, verán que maravilla —sugirió Giner—. Yo invito —Loren se detuvo en seco y abrió los ojos sorprendido.

En pocos minutos se plantaron ante la puerta de la Catedral, al lado de la que debía ser la casa de Del Río, junto al Museo del Orinal.

—No coge el teléfono —informó Sanz.

Giner y Loren asintieron mostrando sus móviles. Estaban llamando los tres.

—Debe ser aquí —señaló Sanz.

—Llamemos a los timbres —decidió Loren.

Eran edificios con dos o tres viviendas. Nadie respondió en la primera. Loren avanzó y pulsó la botonera del siguiente.

—¿Quién es? —escucharon a los pocos segundos.

—¿Vive ahí el Señor Del Río?, ¿está en casa?

—No —Contestó la voz y colgó, dejándoles con una duda más que razonable.

—¿No vive o no está en casa? —Abrió Sanz los brazos e hizo un gesto a Loren para que insistiese, pero se hizo el remolón.

Giner tomó la iniciativa y llamó.

—¡Qué no! —rugió el pequeño altavoz.

—Discúlpenos, señor…

—Me llamo Angelita.

—Perdone, señora. Mi compañero planteó antes dos preguntas y usted respondió con un «no». Mi insistencia se debe a que dicha respuesta no nos parece excluyente ya que desconocemos si se refiere a la primera o segunda cuestión. Si fuese a la primera…

—Claro, claro. Eso pasa por preguntar varias cosas sin esperar la respuesta a la primera cuestión. —Todos lanzaron una mirada de reprobación a Loren.

—Permítame, Señora Angelita, que le haga una única pregunta, así se resolverá nuestra duda.

—Soy soltera y no quiero comprar ninguna enciclopedia, estoy muy ocupada, así que…

—Un segundo, un segundo. No se preocupe no vendemos nada. Estamos buscando a un amigo y…

—¿Y por qué iba a estar su amigo en mi casa?

—De eso se trata, mire. ¿Vive en su casa Carlos del Río, el constructor y anticuario?

—No.

Escucharon el ruido del telefonillo al colgarlo. Probaron en el edificio de viviendas al otro lado de la Plaza de Herrasti. Giner llamó mientras Sanz seguía llamando a Del Río por el móvil. Estela comenzaba a estar desilusionada con la excursión.

—¿Qué desea? —preguntó una voz en un tono muy educado.

—Buenos días. ¿Vive ahí Carlos del Río?

Sonó el timbre de apertura. Giner empujó la puerta justo a tiempo, antes de que parase. Comenzaron a subir las escaleras hasta la primera planta. Estela cerraba el grupo tras una maniobra fallida de Loren para situarse tras ella. Antes de llagar arriba chirriaron unas bisagras, apareció un hombre vestido con chaqueta corta de color negro, chaleco gris y camisa blanca coronada con pajarita granate. Les esperó en los alto, con las manos atrás. Lo que más destacaba de él, sin embargo, eran sus pantalones de chándal *Adidas* con las tres líneas de diferentes colores que recorrían las perneras hasta unos impecables zapatos de charol estilo *oxford* de puntera ribeteada. No sabían que Del Río tuviese mayordomo.

—Buenos días caballeros, pasen ustedes. —Se retiró de la puerta y extendió su mano señalando el interior como solo un profesional de la servidumbre sabe hacer.

La casa de Del Río era un parque temático de la decoración. Las paredes plagadas de cuadros de los más diversos estilos y épocas; muebles que no hacía falta tocar para saber que eran de gran valor junto a las más modernas estanterías de hipermercado; objetos de todos los continentes y épocas, manufacturados con los más variados materiales. Varias cortinas recogidas a un metro del suelo separaban en tramos el largo pasillo.

—Continúen, por favor —indicó el canoso sirviente tras ellos.

Se detuvieron al llegar a un distribuidor. Era una sala más impersonal, una estantería con libros de color verde, una televisión, dos sofás que parecían de saldo y una mesa con revistas atrasadas. Si Del Río hubiese sido dentista esa sería la sala de espera.

—Pónganse cómodos, por favor —invitó el empleado del servicio —. ¿Les apetece alguna bebida? ¿Café, té, un cacao? ¿Tal vez un refresco…? Puede que una cerveza.

A los dos minutos apareció con una bandeja y cuatro cervezas.

—Si lo desean pueden encender la televisión. —Cabeceó y desapareció tras una de las puertas.

—¡Joder con Del Río! —Miró Loren a Giner.

—No exageremos, cada vez más gente tiene servicio. No tan peripuestos, eso sí.

Estela encendió la televisión sin previo aviso, todos miraron hacia la pantalla. Fue cambiando de canal hasta dejar una tertulia política. La imagen del Piteras sobreimpresionada en una esquina y el texto de la reseña recorriendo el monitor con algunas palabras y párrafos subrayados. Estela cambió de canal: «Cómo lo hacen». Se recostó satisfecha en el incómodo sofá. Ya no tendría que hablar con nadie.

Pasados quince minutos en los que aprendieron como se hacían los mejores rodillos para pintura y las más exquisitas magdalenas rellenas, el mayordomo irrumpió en la sala cargado con una pequeña vitrina de cristal en cuyo interior, sobre una base de terciopelo, descansaba un objeto metálico rodeado de piedras de diferentes colores. Giner se levantó como un resorte para observar la pieza.

—¿Le gusta, señor?

Giner miró a Loren con los ojos desorbitados. Este se levantó intrigado.

—¡Pero si es el Cencerro del Galés! —exclamó Loren.

—¡Es increíble! —Giner miró a Sanz y Estela, que no sabían de lo que hablaba.

—El señor Del Río lo adquirió el mes pasado al prestigioso instrumentista Luciano Olmedo, más conocido como Lucky Oldmendo. Él, a su vez, lo había recibido como donación de su hermana, la maravillosa…

—Eloisa Olmedo. ¡La conocemos! ¿Cómo está la señora Olmedo? —preguntó Giner emocionado.

—Lo desconozco. Voy a instalar esta pieza única en el dormitorio del señor. Por cierto, luego les enseñaré sus habitaciones, antes de la comida, si lo prefieren. Mandaré a alguien para que suba sus equipajes.

—¿Habitaciones? —Se incorporó Sanz—. No. Nosotros hemos venido a hablar con Carlos. ¿Va a tardar mucho?

—Pues eso lo desconozco.

—Pero… ¿no está en casa?

—No, señor. —Estela se dejó caer de nuevo en el sofá.

—¿Y dónde está? —preguntó Giner.

—Lo ignoro. —Todos se miraron incrédulos.

Apuraron las cervezas y enfilaron el pasillo hacia la salida.

—Gracias por su visita. Le diré al Señor Del Río que han venido. —Se despidió el mayordomo desde la puerta mientras bajaban.

El paseo hasta el coche lo hicieron a prisa y en silencio. Declinaron la oferta reiterada de Giner para probar la oreja rebozada.

Una vez en Opel, Sanz puso la radio para ahuyentar las tentaciones de conversación. Así viajaron hasta que a la altura de Barbadillo sonó el teléfono de Sanz a través del dispositivo manos libres. Era Del Río y estaba enfadado.

—¿Pero cómo no me han llamado? Me ha dicho Benson que no han querido quedarse a comer. ¡Hombre, Sanz!

—¡Le hemos llamado! Estoy con unos amigos suyos: el Profesor Giner y Lorenzo… —dudó.

—Santos —gritó Loren desde atrás—. El de las revistas porno.

—¡No me joda! Menudo grupo ha formado. Un abrazo Loren y otro para el profesor. Cuánto me alegro de saber de ustedes. Anda que… Pero si estaba en la Plaza Mayor tomando una ración de oreja rebozada. La hacen exquisita.

—Lo sé, lo sé. —Giner recriminó a todos con la mirada.

—¡Qué pena! De verdad que sí. ¿Y qué quería, Sanz? Menudo jaleo tiene con la cárcel. Estoy al tanto de todo.

—Supongo que sabe lo de la obra.

—Desde luego. Por curiosidad, ¿a quién se la adjudicado Fomento?

—De eso tenemos que hablar. Tengo plenos poderes, quiero que se encargue Construcciones Del Río.

—Me deja de piedra con su confianza, Sanz.

—¿Qué me dice? ¿Acepta?

—¿Usted que cree?

—¡Qué sí! —exclamó Loren con ilusión.

CAPÍTULO 19. Asesinos natos.

42

Pasada la ciudad de Ávila y antes de desaparecer en las entrañas del Túnel de Guadarrama, la furgoneta Mercedes de los agentes Cabrera y Fuentes se apartó de la A-6 hacía un área de descanso.

El copiloto, Fuentes, miró su reloj.

—Se les va a pasar el efecto —predijo.

El vehículo recorrió despacio la zona. Todo tranquilo. Sólo un vehículo, un Renault Laguna ranchera junto a una familia que comía sándwiches y bocadillos envueltos en papel de aluminio, acompañados de unos de *bricks* de zumo. Sobrepasaron al grupo y Fuentes detuvo la furgoneta junto a la salida del área de descanso dejando la puerta lateral oculta de miradas indiscretas.

Fuentes abrió el portón, observó un segundo el interior con los brazos cruzados: Mónica Valls y Eduardo Rodelas, el butanero, descansaban contra su voluntad sobre unas colchonetas, atados con suaves cuerdas que les recorrían el cuerpo de arriba abajo y se unían en una misma lazada inmovilizando manos y pies mediante eficaces nudos. Estaban semiinconscientes, aunque la cinta americana que sellaban sus labios no permitía escuchar los gemidos y lamentos que seguro emitían. Siempre era así, algo parecido a la ternura profesional invadió por un segundo al agente.

Con un amago de aviso, el agente del CNI espantó unos gatos que se acercaron a la furgoneta como mendigos en busca de un poco de lo que fuese, acostumbrados a la comida que les ofrecían quienes paraban a reponer fuerzas en sus largos viajes por la A-6. El agente, ante la ausencia de miedo de los felinos, pasó a la amenaza. Introdujo su mano bajo la americana y señaló con la otra a la familia del Laguna como fuente de proteínas. Pudo ver una edificación entre los árboles, parecía un almacén. Por las señales antiguas a medio oxidar que se apilaban en el exterior dedujo que sería para mantenimiento de la red vial. Fulminó a los gatos con la mirada y simuló un disparo con su mano a cada uno de ellos.

A unos metros del Laguna, una pequeña niña, apartada de los juegos de sus abusones hermanos, observaba con pavor a ese hombre que disparaba a los gatos con su dedo. De su boca abierta y paralizada

de temor sobresalía media loncha de chorizo.

El agente Fuentes portaba un recipiente de plástico en la mano en el que lucía el escudo constitucional rodeado con la leyenda del Ministerio del Interior y el logotipo del CNI. Retiró el pequeño tapón que cubría la cánula del extremo superior y metió la mano en su bolsillo delantero derecho. Después en el izquierdo y, al no hallar lo que buscaba, palpó los de la americana. Miró un segundo al cielo, intentado recordar. Al momento lo hizo. Ya sabía dónde podía estar la servilleta que buscaba. La visión de la máquina con el negro consolador en su extremo le devolvió a la realidad. Arrugó la cara contrariado para, al momento, restarle importancia. Echó un vistazo a la parte trasera de la furgoneta, tomó un trapo que encontró encajado en uno de los huecos de la carrocería y apretó el recipiente de plástico para empaparlo. Se introdujo en el vehículo y acercó el trapo a las fosas nasales, primero de la mujer, hasta que se aseguró de que inspirase un par de veces los vapores y, después al hombre, durante más tiempo. Ella emitió unos gemidos que no le parecieron a Fuentes reflejar miedo o ansiedad, eran de otro tipo. Los dos volvieron a descansar. Cerró la puerta y tiró el trapo en una de las repletas papeleras del área de descanso que estaba a rebosar, entre botes de refrescos y envoltorios de comida. Los gatos volvían, maullando con sus rabos hacia el cielo. Los ignoró y de repente se giró para asustarles. Estos se detuvieron hasta que el humano montó en la furgoneta que su compañero Cabrera ya había puesto en marcha.

Solo la niña de la familia cercana tuvo la curiosidad de fijarse en la furgoneta. Por la parte inferior del bocadillo de la pequeña estaba a punto de caer una loncha de chorizo. La pobre estaba como catatónica tras contemplar la escena de aquel hombre sin entrañas que odiaba a los gatitos. No perdió detalle de como dos de los mininos se situaron de un elegante salto sobre la papelera en la que había arrojado el trapo. La sucia tela cayo al pavimento y el grupo de felinos se entretuvo con ella. Desde atrás, una mano sujetó el emparedado de la cria y empujó la loncha de ibérico hacia el interior.

—¡Espabila!, que se te cae el chorizo de la abuela —reprendió su madre apartándola de sus pensamientos gatunos.

La niña, se encontraba cerca de la papelera, casi había terminado su bocata cuando escuchó el silbido de su padre. La familia se ponía de nuevo en marcha. La pequeña arrojó una loncha de chorizo al suelo. Ninguno de los animales se movió a por ella.

A los pocos segundos se escuchó un grito desgarrador que retumbó entre las paredes de la sierra. El padre corrió hasta su hija, que lloraba desconsolada al contemplar los cuatro gatos que yacían en el suelo. Muertos a los pies de la llena papelera, junto a un viejo y húmedo trapo que emitía un fuerte olor.

La familia volvía de unas pequeñas vacaciones en su ciudad natal, Béjar. El padre trabajaba como administrativo en la Agencia Española de Protección de Datos, regresaban para incorporarse al trabajo al día siguiente. Ver llorar a su niña le rompió el corazón, desgarró las tripas de ese hombre. Los maltratadores de animales le hacían hervir la sangre. Su hija le relató entre sollozos y respiración entrecortada como el hombre de la furgoneta había amenazado a los pobres gatos con dispararles y después echó veneno en la papelera para matarlos a todos. «¡Los odia, papá!», gritó y arrancó de nuevo a llorar.

El dolorido padre, desoyendo las advertencias de su mujer, recogió con cuidado el trapo del suelo y lo olisqueó. No identificaba el olor exacto, pero no dejaba lugar a dudas que era un producto químico muy fuerte. Ese cabrón había envenenado a los gatos.

—No llores hija —consoló a la niña cogiéndola en brazos—. Vamos a hacer que ese hombre malo pague por lo que ha hecho.

Alejó a su hija de la escena del crimen y sacó su móvil. Tomó unas fotos de los gatos junto al trapo y llamó a un compañero de la AEPD comprometido con la causa animalista, experto en video vigilancia, poseedor de un montón de contactos y contraseñas que permitían acceder a espacios virtuales y reales de los que él ni recordaba el nombre. El justiciero padre adjuntó imágenes de los gatos tirados en el suelo con sus duces lenguas asomando bajo los bigotes.

—¿Dices que fue hace media hora? Apunto. Una Mercedes Vito azul oscuro…

—Sí, en un área de descanso de la A6, antes del túnel.

—No puedo hacer lo que me pides, Rober, ya lo sabes.

—Mi hija está llorando, tiene un cuajo temeroso. ¿Has visto esos gatitos? Se parecen mucho a los tuyos.

Tras unos segundos de maceración…

—Mándame la ubicación y la hora. Y ten en cuenta que me puedo meter en un buen lío.

—Tú busca la imagen y dime a quien pertenece la furgoneta. No te

preocupes, estuvo aparcada delante de nosotros, diré que anoté yo mismo la matrícula. Nadie te va a relacionar. Gracias, Josemi.

La familia prosiguió su camino hacia la capital. Un viaje ya marcado por la tragedia.

A la media hora sonó un aviso de mensaje en el móvil del padre. La niña estaba más calmada, aunque no hacía caso a las solicitudes de sus hermanos para jugar.

—Comprueba si es un mensaje de Josemi —pidió Rober a su mujer —. Dime que ha escrito.

La mujer leyó en voz alta:

—«Me ha costado encontrar al propietario de la furgoneta. Resulta que se trata de un vehículo oficial. Está adscrito al Ministerio de Defensa. A esos gatos los ha matado el gobierno».

La niña rompió a llorar de nuevo.

—¡Serán cabrones! —estalló el padre.

—¡Ca… bro… nes! —chilló la pequeña entre sollozos.

—¡Pero hija! —se volvió la madre.

—Se van a enterar. Rosa, publícalo ahora mismo en Twitter, en Facebook y en Insta… como se llame. Y sube las fotos.

—¡Y en Tik Tok, papá! —pidió la niña en un repentino receso lagrimal.

CAPÍTULO 20. Para que veas.

44

Alonso Bonet detuvo el SEAT León en la última calle del pequeño «Polígono El Pringoso», abandonado lugar, mal asfaltado y lleno de baches al que no llegaban ni los poligoneros más acérrimos, los que llevan la nave industrial en la sangre. Siempre que Bonet iba allí utilizaba el León de color amarillo con cristales tintados para no levantar sospechas.

Si alguien se fijaba bien en los profundos baches del pavimento podía anotar algo extraño, una cierta simetría, un patrón de destrozo calculado. Sólo realizando un intrincado y medido recorrido entre ellos se podían esquivar con éxito sin dejarse medio coche en el asfalto o encallar sin remedio.

Fue durante el mandato de la antecesora de Bonet, la Directora del CNI Izaskun Blanco, cuando el Centro adquirió esos terrenos ya en desuso y acondicionó el lugar como campo de operaciones para situaciones de emergencia. Polígono de los Aceiteros fue su nombre original, por haber sido centro especializado en almacenamiento y distribución del aceite de consumo humano para toda la ciudad y extrarradio de Madrid. Desde allí se movían millones de litros en botellas y garrafas. Se cambió el nombre a Polígono el Pringoso como toque disuasorio, por si alguien sentía la tentación de visitar ese ruinoso lugar.

El levantamiento del asfalto y la generación de los baches estratégicamente situados se ejecutaron con los presupuestos de 2018, tras largas discusiones en el Ministerio. La mayoría de estas ideas surgieron de la mente de la propia directora Blanco, que defendió su proyecto a muerte, saliéndose con la suya tras convencer a la nueva generación de mandos. Al poco tiempo se demostró un acierto. Destrozar el pavimento, acelerar la oxidación de los portones de las naves y el envejecimiento artificial del lugar en general, alejó de los proyectos de fin de semana a las inestables neuronas de los jóvenes con utilitarios de llanta baja y maletero plagado de vatios, ahuyentando su tendencia a la carrera ilegal y los saqueos varios. Allí no se veían ni moños verticales ni cabezas rapadas en su mitad inferior ni chaquetas de chándal; no sonaban canciones a las que

llamar música era nombrarlas por un mote.

Ya sin actividad industrial de ningún tipo, El CNI cambió el nombre del letrero de la entrada. Transmitieron directrices a Dirección General Tráfico para que hiciese lo mismo con las señales viarias que indicaban el acceso. Se negaron a retirarlas argumentando que era el sitio seguía siendo un lugar. Nadie que no se equivocase tomaba ninguna de las salidas que conducían al Pringoso. En las rotondas de las diferentes entradas se plantaron unos arbustos que desprendían un espantoso olor, desanimando a algún *runner* aventurero o al típico grupo de jubilados andarines en las mañanas soleadas de otoño.

Izaskun Blanco dejó una buena herencia. Perteneciente a una nueva generación, estudiosa del comportamiento humano y conocedora de los gustos digitales del enemigo, dio un nuevo aire al Centro. Concienció al personal de que en realidad no eran espías, si no agentes de inteligencia. Tuvieron que esforzarse, sobre todo los de más edad, anhelantes de guerras frías y de, aunque solo fuese una vez más, rozar con las yemas de los dedos las intrigas de Oriente Medio. La idiosincrasia de la directora Blanco duró hasta el día en que dejó el puesto para presentarse como candidata a la presidencia de la Junta de Extremadura. Sin embargo, El Polígono el Pringoso perduró como su obra magna, el legado a la seguridad sostenible de un país.

Bonet siempre tuvo claro que ahora el enemigo estaba dentro de nuestras fronteras: extremistas de todo signo, con lavado de cara o sin él. Alonso Bonet había avisado hace años en un informe de ese peligro que iba más allá de terroristas caducados. Se trataba de aspirantes a dictadores camiseros, a delineantes de nuevas fronteras con las que poderse ganar el pan, grupos de incoherentes cuya experiencia vital era el *slogan,* manipuladores de caracteres con cerebelo limitado y colonizado en diferente grado por el moho.

La conversación con la Secretaria Esterra sobre el acoso del comunista que la indigesto el filete, hizo que Bonet considerase apropiado el tratar el asunto en ese olvidado lugar. Mientras llegaba a la nave, recordó Bonet el día que tomó posesión del cargo.

—Director, todo suyo. —Fue el escueto recibimiento de la ya ex directora Blanco en la distendida ceremonia de traspaso del mando.

—Lo sé, Izaskun. Lo sé —aceptó Bonet en un tono tan frío como inquietante.

Esos dos «lo sé» transmitieron una indefinición peligrosa para los pocos que los escucharon. ¿Estaba Bonet aceptando una gran responsabilidad de la que era consciente? ¿Reconocía el nuevo director que a partir de ese momento sabía que todo era suyo y que lo sabía de sobra? La inexpresiva sonrisa que regaló Alonso Bonet tras pronunciar la doble afirmación no aclaró demasiado el sentido de sus palabras.

Una vez nombrado para el cargo y firmada la documentación, el Director Bonet volvió a los viejos usos y costumbres, muy acotados por las nuevas leyes que protegían la intimidad y otros derechos de los ciudadanos. Él siempre estuvo en contra de las restricciones que iban contra la esencia de su trabajo y le restaban eficacia. El Centro cada vez estaba más politizado y algunos comportamientos socio-políticos muy extendidos en gran parte de la población: la defensa de los derechos humanos iban a limitar su radio de acción. Ese era un lastre que pensaba arrojar al vacío para que su globo surcase libre los cielos con libertad, sin estrellase contra el suelo.

Lo primero fue llamar a las cosas por su nombre: eran espías. Su discurso de investidura como Director del CNI quedó en el olvido en cuanto a las formas. El fondo que albergó su fórmula de juramento del cargo fue objeto de análisis en tertulias y páginas especializadas: «Juro proteger la seguridad del país de cualquier enemigo o amenaza, independientemente de su origen, tamaño, forma, textura o color, mediante la prevención que proporciona la información. Llevar a cabo las actuaciones que fuesen necesarias para garantizar la estabilidad de la nación ante cualquiera que sea el enemigo o la amenaza. Cualquiera».

Como «círculo perfecto», calificaron el discurso los partidarios. «Hay que vigilar a este tío», se pusieron en guardia sus detractores.

Para el Director, los datos y la información no eran nada si no se actuaba: «No sirve para nada saber que va a ocurrir algo que no quieres que ocurra si no haces lo que sea necesario para evitarlo. Y al contrario. Lo que sea». Fue un lema, que aunque difícil de memorizar, caló hondo en su nuevo equipo. Bonet entendía el CNI como un ente que debía basarse en la acción y eso es lo que se dispuso a hacer desde el primer día: actuar.

Antes de salir del coche conectó con las cámaras que había instaladas en el polígono y ojeó las diferentes imágenes en la pantalla integrada en el salpicadero. No había ni un alma. Salió sin apagar el motor, se acercó a la raída puerta de metal, tomó el gran candado oxidado y deslizó el frontal hacia un lado, dejando a la vista una pantalla *led* con una pequeña botonera numerada del 0 al 9. Tecleó cuatro números y la puerta se abrió desde uno de los laterales, lo suficiente para que entrase una persona. Pulsó otros dos números y el portón se deslizó por las guías unos metros más para poder pasar con el coche. Montó rápido en el vehículo y entró con el tiempo justo antes de que la puerta comenzase a cerrarse. Miró hacia atrás malhumorado, ya había advertido a los técnicos que no era tiempo suficiente, debían dejar unos segundos más. No quería volver a hacer el ridículo, como cuando llevó a unos amigos del MOSAD a enseñarles el complejo y el Nissan Primera de uno de ellos quedó encajado. Esa

puerta tenía mucha fuerza. Recordó avergonzado como el agente Michal Levine tuvo que salir por una de las puertas traseras antes de que el coche quedase casi dividido en dos mitades. Aquel día Bonet disimuló con que era una demostración, pagaron los gastos al gobierno de Israel y ahí acabó todo. «En esto se quedó corta Izaskun. ¿Por qué tendría tanta prisa en que se cerrasen las puertas?», sospechó de su ex jefa.

45

La Mercedes Vito se adivinaba bajo una lona, aparcada al fondo de la nave. El lugar estaba salpicado de *palets* rotos, bidones vacíos y pedazos de cartón diseminados. En el centro destacaban dos grandes máquinas que en realidad ni servían ni habían servido nunca para nada. Eran partes de otra maquinaria que los técnicos del Centro soldaron entre ellas para dar la apariencia de que en esa nave alguna vez se fabricó algo. A Bonet le recordaba a La Cosa de la película de *Carpenter* en versión sector secundario.

Pasó a través de una puerta cubierta con una cortina de lamas de goma transparente y dijo con voz clara:

—Quemar después de leer.

A unos metros se abrió una pared agrietada. Se introdujo por el hueco. Una luz se encendió al detectar su presencia, estaba en la cabina de un ascensor. Posó una tarjeta sobre una pequeña placa metálica. Tras un pitido, del panel de acero inoxidable del lateral del ascensor emergió una botonera con un solo botón. Pulsó Subnivel 2. El ascensor comenzó a bajó de forma muy silenciosa.

Guardó su tarjeta en la cartera y salió de la cabina. Las luces de un largo pasillo se encendieron en el techo. En el suelo brillaba la pintura gris, los bordes y esquinas estaban rematados con medias cañas de PVC y las luminarias del techo colocadas entre paneles de material aislante y forma cuadrada. «Buena obra hizo esta mujer», así lo pensaba, reconociendo la labor de Izaskun Blanco, siempre que bajaba a ese subnivel, él único del complejo.

Otra puerta a su izquierda. El Director del CNI volvió a hablar con voz clara:

—Cisterciense.

La puerta de acero inoxidable se abrió.

Tras entrar se presentaron ante él dos puertas con placas sobre los marcos en las que podía leerse «Zona de Preguntas y Respuestas» numeradas con el 1 el 2. Siempre le hizo gracia ese letrero y, como de costumbre, sonrió al leerlo. Blanco tenía la piel muy fina, una forma muy pedagógica de llamar a las salas de interrogatorios de toda la vida. Menos mal que los sujetos de quiénes se debía sacar la información bajaban encapuchados, si viesen ese letrero bien podían pensarse que iban a participar en un concurso televisivo y entrasen con expectativas de ganar. De todos modos no podían saber que si se encontraban allí era porque ya habían perdido.

El agente Fuentes apreció por el pasillo, entregó a Bonet una peluca rubia con el pelo rizado y unas grandes gafas de sol. El director se colocó los complementos. En la esquina derecha del marco resaltaba

una pegatina del disco *Piece of Mind*, de *Iron Maiden* pegada a conciencia por alguien durante la obra y que fue imposible despegar a pesar de los intentos que se notaban en los destrozos de los bordes y las marcas de uñas en la pintura plástica de la pared. Frunció el ceño, como siempre que la veía y miró de reojo al agente Fuentes. Una *frivolité* de alguno de los muchachos.

Un sonido metálico a la altura de la cerradura indicó que la puerta estaba abierta. Bonet giró la maneta, y entró.

Mónica Valls, atada y amordazada, yacía de lado sobre una fina colchoneta en el fondo de la sala. En uno de los lados, una mesa metálica fijada al suelo mediante gruesos remaches. Sobre ella, una botella de agua de la que salía una larga pajita.

Alonso Bonet ladeó la cabeza y observó a la mujer. Mónica correspondió desde el suelo con timidez. El director tomó la botella de agua y se acercó a ella. Hizo una señal al agente para que la ayudase a sentarse en la silla, junto a la mesa. Cuando Fuentes se acercó, Mónica comenzó a agitarse.

—Tranquila —intervino Bonet, apaciguando con la palma de la mano—. Vamos a retirarle eso de la boca. Aquí nadie puede oírla, o sea que no grite ni prepare escándalos. Es muy desagradable. ¿De acuerdo? No le va a pasar nada, solo quiero hablar con usted.

El grito de Mónica cuando el agente retiró la cinta de un certero tirón, aunque de dolor, tenía connotaciones de un cierto bienestar, de que le acababa de ocurrir algo agradable. Ese detalle no escapó al perspicaz Bonet. Ya con los pies libres, el agente ayudó a Mónica a tomar asiento frente al Director del CNI.

Bonet ofreció la botella acercando la pajita a su boca.

—Beba. —No se le escapó que ella abrió demasiado los labios para un diámetro tan pequeño.

Mónica sorbió un largo trago. El Director observó como el agua bajaba de nivel hasta la parte inferior de la etiqueta. Ella se desprendió de la pajita con la punta de la lengua y descansó sobre el respaldo de la incómoda silla.

—Iré al grano, Señora Valls. ¿Sabe por qué está usted aquí?

Mónica carraspeó antes de hablar, hacía ya varias horas que no decía nada en voz alta. Bonet la miraba a los ojos a través de las imponentes gafas de concha con cristales oscuros. Ella no podía apartar los ojos de los rizos artificiales de la peluca del Director.

—Supongo que es cosa de la mujer de Eduardo —habló Mónica por fin—. Díganle que no volverá a ocurrir. Se acabó el gas. Voy a poner vitrocerámica en la cocina. De inducción. —Bonet entrecerró los ojos.

Más que nerviosa, parecía arrepentida, y… esa contestación. «Tiene los ovarios bien puestos», pensó Bonet. «O es muy lista o no tiene ni idea de en lo que se ha metido».

—No es por su relación con ese hombre. —Bonet cruzó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia Mónica—. Ha hablado usted con la policía. Les ha…

—¡Es por eso! Vale, vale —Suspiró aliviada. Rió con ganas.

—Sí, por eso. —Rió Bonet contagiado—. Quiero que me diga todo lo que sabe, lo que les ha contado y, sobre todo, lo que no.

—A ellos les dije todo lo que sé. Ver, no vi nada, fue de oídas. Llevaba una venda en los ojos porque Eduardo estaba…

—Ya, ya, ya —cortó en seco el Director—. Sabemos todo eso. Céntrese en los detalles en algo que pueda saber y que no dijo a la Policía Nacional. Busque en su subconsciente, dentro de usted. Necesito que me diga algo para que se pueda ir a casa y hacer esas obras en la cocina.

—No sé nada, por favor, dejen que me vaya —suplicó— ¿Y Eduardo? Él no vio nada, estaba concentrado en…

—No se preocupe por él, está bien. Es un hombre alto, seguro que tenía un punto de vista amplio desde la ventana. Ahora le haré una visita.

—¡Qué no, qué no! No vio nada. Si quiere hacemos una composición de lugar o como lo llamen ustedes. Podemos ir a mi casa, todos juntos, y comprobarlo.

—No será necesario.

—Sí, vayamos. Como hace la policía: una reconstrucción de los hechos, lo llaman ustedes así. Son ustedes policías ¿verdad?

Bonet sonrió, se levantó e hizo un gesto al agente, que fue hacia ella con el rollo de cinta americana en la mano, despegando un tramo. El sonido estremeció a Mónica.

En la sala contigua, Cabrera custodiaba a Eduardo Rodelas. Encorvado, amarrado por los nudos en el suelo, respiraba con dificultad. El agente arrugó los labios. Tomó una botella de agua con una pajita y se agachó frente a él, temeroso de que ese voluminoso hombre pudiese ser víctima de un ataque.

—Para que veas. —Mostró la botella el generoso carcelero.

Retiró la cinta de un tirón hasta descubrir la boca y le incorporó no sin esfuerzo. Eduardo apretó la pajita entre los labios y sorbió con ganas. Hizo un descanso para respirar y levantó la vista hasta el techo. Cabrera, en un acto reflejo, miró hacia arriba por encima de sus gafas. El butanero mordió la pajita con fuerza, la extrajo con habilidad de la botella. La orientó apuntando sobre la montura de las gafas de sol del agente y con un violento movimiento de cabeza clavó la afilada punta dos centímetros en el globo ocular izquierdo de Cabrera. El agua se desparramó por el suelo y las gafas del agente cayeron.

—Para que veas. ¡Hijo de puta! —masculló el butanero.

A pesar de que el lugar estaba bien aislado, Bonet y Fuentes pudieron escuchar algo parecido a un alarido de animal y a los pocos segundos dos sonidos secos y sordos. Inconfundibles para ellos. Provenían de la sala de interrogatorios contigua. Se miraron, el agente tumbó de nuevo a Mónica en el suelo. El Director se dirigió a la puerta con la pistola en la mano derecha, sigiloso, con el cañón en posición vertical El agente tumbó a la prisionera para atarla de nuevo. Cuando Bonet abrió la puerta se encontró de frente con Cabrera. Tenía la cara descompuesta, era la pura expresión del dolor más inhumano. Llevaba una pajita de plástico clavada en ojo. La palpaba con las yemas de sus dedos sin llegar a estirar de ella. Se abalanzó desesperado sobre Bonet, que, abrumado por la visión del desinflado ojo, del líquido que resbalaba por un lado de su cara y el traicionero y desmesurado abrazo a su cuello, en un acto reflejo e involuntario apretó el gatillo de la automática. El disparo destrozó la mandíbula de Cabrera y de paso todo lo que la bala encontró en su camino a través del cráneo, para salir de nuevo al exterior por el orificio que provocó cerca de la coronilla, fundiendo una de las luminarias del pasillo y algunos daños más que de momento no eran evaluables. La expresión del agente tras el tiro mortal no varió en gran medida de la que ya lucía. Cabrera se desplomó a los pies del Director, que no podía apartar la vista de los restos del cerebro que se deslizaban sin esfuerzo por la pared.

CAPÍTULO 21. No se vaya.

47

El escenario que Bonet tenía ante él era tétrico, desolador, digno de las peores misiones que se podían recordar en la historia del espionaje moderno. Pragmático convencido, era de los que pensaba que todo tenía arreglo menos la muerte, y que él supiese, seguía con vida. A sus pies, un agente de inteligencia con la cabeza destrozada con una pajita de plástico, de las prohibidas por el Ministerio de Consumo, incrustada en un ojo. La peluca, cara y traje de Bonet empapados de la sangre y restos de un subordinado, al igual que techo, suelo y la entrada a la Sala de preguntas y respuestas 1. Un escenario con una descomunal tarea de limpieza por delante.

Bonet continuó la gira de los horrores: en la sala 2 el panorama no era más alentador: un hombre al que habían llevado allí contra su voluntad, a ese punto le restó relevancia ya que no podía ser de otra manera, yacía sobre una colchoneta atado de pies y manos, con un agujero en la frente y la cabeza rodeada de un charco de sangre espesa que aumentaba su radio con calma.

En el apartado de los problemas que seguían con vida, en la Sala 1 se encontraba una mujer que parecía tener más miedo a la esposa del muerto de la Sala 2 que a ellos. Lo último que Bonet escuchó salir de sus labios fue lo que se podía interpretar como una proposición de orgía en su domicilio. Era lista. El director se quedaría sin conocer lo que en realidad conocía sobre el crimen de El Piteras, ya no importaba, ahora ya sabía demasiado. Sus ojos habían visto lo que no debían. En su oficio les ocurre a muchos, están vivos y saben que van a morir en breve y sin motivo aparente: estaban en el sitio equivocado en el momento más inoportuno.

El agente Fuentes reposaba en cuclillas junto al cuerpo de su compañero. Movía sus manos alrededor de la pajita sin atreverse a desprenderla del ojo del muerto. Acarició su mejilla con el dorso de la mano. Bonet le vio de reojo. El agente rompió el silencio sin apartar la mirada del cuerpo de Cabrera.

—¿Qué hacemos con ella, Director Bonet?

Alonso Bonet abrió las manos y se giró mostrándole a Fuentes todo el desastre.

—¿Con ella? ¿Director? ¿Director Bonet? ¿Qué quieres que crea esta mujer, que estamos en un colegio? —Preguntó señalando a Mónica que miraba muy atenta—.¡No te jode!

Cabrera se llevó la mano a la pistola.

Bonet se dirigió a Mónica con paso firme, encañonándola. Ella cerró los ojos y contuvo la respiración esperando el final. Fuentes ya empuñaba su arma. El Director se detuvo a dos metros, apuntó a su cabeza, se giró de repente y le metió a Fuentes una bala en el parietal. La mujer abrió los ojos, incrédula, aturdida por el ruido y sin saber por un instante si estaba viva o muerta. El rubio de rizos la había perdonado la vida. Menos mal que era el director.

Bonet miró unos segundos el nuevo cadáver. Hace mucho tiempo que conocía los detalles sobre la verdadera relación de sus dos agentes. Fuentes no le perdonaría nunca haber matado a su pareja. Era cuestión de tiempo. De manual. Respiro aliviado cuando vio la pistola junto a su mano muerta. Alonso Bonet se volvió hacia Mónica.

—No se mueva, ahora vengo.

Ella, desde el suelo, asintió. Dijo algo que la cinta que tapaba su boca ahogó. Debió ser un «de acuerdo».

Bonet sorteó los cadáveres y salió al pasillo.

La mujer se agitó en un esfuerzo, tan obligatorio como inútil, por soltarse. Realista, se rindió a los pocos segundos. Suspiró. Esperó intranquila, intentando poner en orden sus pensamientos, sus dudas. ¿Por qué el director había matado al hombre que la secuestró? Parecían llevarse bien. Ese director Bonet o como se llamase en verdad tenía mal carácter. Tal vez fuese porque el muerto había dicho su nombre real, reflexionó Mónica. Lo desechó de inmediato. No podía ser, en ese caso debía haberla disparado a ella, el muerto ya sabía cómo se llamaba. En todo caso, dedujo Mónica recordando las frases previas al disparo, no dio la impresión de haberle sentado bien el que le llamasen director, se cuidaría de no hacerlo si seguía con vida el tiempo suficiente. Si se veía a punto de morir se lo escupiría a la cara en el último momento, cuando tuviese la pistola ante sus ojos: «¡Váyase al infierno, asqueroso director!».

Más dudas. ¿Por qué la habían secuestrado y atado de esa manera? Se lo podían haber pedido y tal vez… ¿Director? ¿De qué?, ¿de dónde? ¿Qué habría sido de Eduardo? ¡Y la máquina quedó enchufada con el cabezal negro!

Durante esa hemorragia de reflexiones escuchó golpes, suspiros de resignación, gruñidos y algo que la desconcertó por completo: «¡Cisterciense! ¡Cister-ciense! ¡Cis-ter-cien-se», seguidos siempre de un fuerte golpe o un taco. Cuando miraba hacia la puerta veía los cadáveres en el suelo y ese enérgico director pasar de un lado a otro… «Bonet», recordó que le había llamado el muerto más reciente.

«¡Cisterciense, joder!», resonó en el pasillo. Ese hombre estaba otra vez de malas.

Bonet entró en la sala de preguntas y respuestas, caminó con paso lento hacia la colchoneta, se sentó junto a Mónica, tumbada de lado y dejó la pistola ante sus ojos. La mujer percibió un olor a pólvora mezclado con el del adhesivo de la cinta que le tapaba la boca. La peluca rubia cayó ante sus ojos, junto al arma. Los esponjosos rizos amortiguaron la caída de las grandes gafas de sol. El director era guapo.

Bonet estiró un par de veces la punta de su perilla.

—Tenemos problemas —reconoció Bonet sin mirarla—. Aunque le parezca mentira, yo más que usted. Me centraré en los comunes. Estamos encerrados. He intentado abrir, es imposible. He retirado dos placas del techo, la bala que atravesó la cabeza de Cabrera, el primero de los muertos se llamaba así, debe haberse cargado algún aparato, se ven cables sueltos, *chips* y trozos de la carcasa. La informática y yo… No podemos salir. Ya sé lo que me va a decir, que llame por el móvil. En este lugar eso no es posible. Cuenta con los inhibidores de frecuencia más potentes que existen. «Llame por el fijo», estará pensando. No tenemos. No quisieron instalar una línea. «Ya nadie llama por el fijo» —dijo con en tono burlón—. Izaskun de los cojones. Era la antigua directora —aclaró mirando a Mónica por primera vez —. Ella mandó construir este complejo. Pero no puso teléfono para ahorrarse treinta euros al mes. Vaya, disculpe por esta charla, me gustaría saber su opinión. ¿Qué le parece la situación en la que nos encontramos?

Bonet pegó un tirón a la cinta americana y dejó al descubierto la boca de Mónica Valls.

—¡Fatal! Puede creerme cuando le digo que me parece una faena muy gorda. Muy mal. Espero que el jefe de estudios o algún profesor le eche pronto de menos y abra las puertas del… centro.

—No podemos confiar en eso.

—¿Va a matarme? No vi nada de aquel crimen, se lo juro. Y de lo que ha ocurrido aquí… tengo muy mala memoria. Solo sé que estaba en mi casa… entreteniéndome. Allí sigo, debo haberme quedado dormida y estoy soñando. Nunca recuerdo mis sueños. No sé qué tipo de… ¿director? es usted —pronunció la palabra con miedo, cerró los ojos tras decirlo—. Le pido perdón por decir la palabra, hace usted muy bien su trabajo, no deja pasar ni una. Yo ni siquiera soy una, no soy nadie.

Alonso Bonet la miró fijamente.

—Voy a necesitar hablar con alguien. Me agrada su compañía.

—Sabía que me creería.

—Yo no he dicho eso. —Bonet se incorporó con desgana.

—Por supuesto que no.

—Miraré a ver qué encuentro. Me temo que vamos a pasar un tiempo aquí. No se vaya, ahora vuelvo.

—No se preocupe. —Mónica se agitó para demostrar la eficacia de los nudos.

—¡Claro! ¡Qué cabeza!

Bonet se agachó y comenzó a desatarla.

CAPÍTULO 22. Habitación con baño.

49

Nadie recordaba un hecho similar en la historia penitenciaria del país. Nunca antes se puso en manos de un director de prisión tal cantidad de dinero para que lo manejase a su antojo. Si el dinero es poder, el Director Sanz se convirtió en un hombre muy poderoso.

Antes, durante y tras el acuerdo con Construcciones Del Río, Sanz recibió presiones de diferentes estamentos: multitud de alcaldes se pusieron en contacto con él para promocionar a pequeñas empresas de localidades de la España vaciada o a punto de estarlo; diputaciones sin contenido que querían medrar como adalides del desarrollo rural; diferentes comunidades autónomas, cercanas y amigas, también ofrecieron válidos *partners* de su cuerda política para suministrar los materiales de construcción y ejecutar las obras. Hasta este nivel, a Sanz le fue fácil e incluso cómodo decir no sin tener que apelar a la palabra dada a Carlos Del Río.

Fueron las recomendaciones de las secretarías de estado, ministerios implicados y miembros del propio Parlamento de Bruselas las que le dieron más problemas. Esa gente no era capaz de aceptar un no por respuesta. No entendían la negativa de un sencillo director de una pequeña prisión en plena Meseta Norte a ceder ante sus peticiones. Utilizaron maniobras cercanas al chantaje, amenazando a Sanz con hacer público el desmesurado gasto en churros, lo que finalmente hicieron filtrando las facturas a la prensa afín. La opinión pública y las redes sociales entendieron interpretaron ese gasto como normal, de primera necesidad y se posicionaron junto a la cárcel de Tresmozos. Esos enemigos no estaban acostumbrados a la palabra no. Se habían equivocado de hombre. Sanz resolvió el asunto con astucia y sencillez: adquirió una máquina de hacer churros de segunda mano con todos los accesorios y facturó el pedido utilizando la palabra maquinaria. Con los ingredientes era fácil: materiales. Los dos conceptos cuadraban en las facturas de cualquier obra de construcción.

Una vez se hizo efectivo el cheque, la suma pasó a una cuenta bancaria con el Centro como titular. Luis Sanz y Estela Roncero fueron únicas personas autorizadas para retirar fondos y firmar. Todo iba

como la seda.

Desde la cárcel se limitaban a remitir al Ministerio del Interior las facturas que llegaban a las oficinas, esas fueron las instrucciones tras la recepción del dinero. La Secretaria de Instituciones y el Secretario de Estado velaron para que no hubiese problemas, no en vano fueron la promotora de la idea y quien puso cara al proyecto en la ceremonia de entrega del cheque. Además, varias ONG y los medios de comunicación estaban muy pendientes de todo. La obra en la cárcel de Tresmozos I se convirtió en un acontecimiento noticiable y noticioso. El tema no se olvidó de la noche a la mañana como muchos pensaron en un primer momento, como solía ocurrir.

El Director decidió guardar en la antigua caja fuerte de su despacho algo de dinero en efectivo para imprevistos. Para abrirla se precisaron los servicios de un cerrajero recomendado por uno de los internos, ya que la caja hacía al menos una década que no se utilizaba y nadie recordaba la combinación. Sanz esperó la apertura expectante sobre lo que podría hallarse en su interior. Estaba tranquilo, el cerrajero era familiar de segundo grado de un interno ejemplar. Un preservativo caducado, una botella de anís Castellana tumbada, con el líquido medio solidificado y una baraja de Heraclio Fournier con publicidad del Chiringuito El Molino en el dorso.

Ese nombre le era familiar a Sanz. Pensó un momento y lo recordó todo. Era un bar junto al Río Tormes, recordó el nombre del delincuente: Félix Cadenas. Estuvo implicado en un enrevesado caso bautizado como «Operación Facturas pendientes». El inspector encargado del caso lo resolvió con maestría aunque con excesiva mano izquierda. Lo tomo como algo personal. Ese hombre volvía a estar en su agenda diaria: el ex inspector de policía Carlos del Río. ¿Qué haría en su caja fuerte una baraja de ese Chiringuito?

Sanz probó a abrir la caja fuerte con los nuevos números de la contraseña que él mismo estableció, no sin antes pedir al cerrajero que se diese la vuelta. Tras comprobar que funcionaba y ya a solas, guardó 50.000 euros en el interior, cerró la puerta e hizo girar la ruleta con satisfacción. Sonaba como un coro de ángeles.

A los pocos días de hablar con Del Río comenzaron a llegar las primeras entregas de material. Los grandes camiones tenían serias dificultades para acceder hasta el hueco del muro que tapaba la colchoneta de atletismo, por lo que debían descargar en un lateral de la entrada y los materiales se movían después mediante una transpaleta manual. Técnicamente ese espacio estaba fuera de la prisión por lo que los presos no podían realizar la tarea. Los transportistas no estaban dispuestos a trabajar por algo que no les reportaba beneficios, y la solicitud de Sanz para reclutar voluntarios entre la plantilla de la prisión no se debió entender bien. De momento

solo había dos personas contratadas para la obra: Ramón Giner, que se encontraba muy ocupado con la planificación de la seguridad, y Lorenzo Santos, libre de tarea alguna y designado para trasportar el material de de forma temporal. Un día.

El esfuerzo para mover esas moles compactas de ladrillos, sacos de cemento, pegamento cola, rasillones, placas de yeso laminado y otros elementos que él desconocía, era inhumano para alguien con un total desapego al trabajo desde el siglo pasado. Las quejas de Loren no se hicieron esperar, las manifestó la misma mañana en la que comenzó todo. Fueron escuchadas por Sanz, Giner y el representante sindical, que acudieron a comprobar *in situ* la dificultad y el gasto calórico que suponía empujar esos bultos hasta la colchoneta de salto de altura por un estrecho tramo de asfalto que agarraba a cualquier tipo de rueda que osase posarse en su áspera y gastada brea.

Quedó así constituido el primer gabinete de crisis con la consiguiente adopción de medidas urgentes, que se pueden enumerar a modo de resumen, y por orden de ejecución, en las siguientes:

1. Llamada de Sanz a Carlos Del Río en la que pide explicaciones sobre el tamaño de los camiones y en la que solicita de forma urgente alternativas para el trasporte del material.

Respuesta del constructor apelando al presupuesto acordado, en la que explica que el costo de mover un camión de los grandes es mucho menor que el que supone movilizar cinco de menor tamaño.

1. Breve receso en el despacho de Sanz para hacer unas rápidas cuentas.
2. Nueva llamada a Del Río para detallar los graves riesgos a los que se expone el operario Lorenzo Santos, en un intento no velado de ablandar el corazón del constructor y que flexibilizase el presupuesto.

Del Río no cede ante el chantaje emocional, conoce de sobra los riesgos del oficio. Sanz no se rinde y dispara un último cartucho: le ofrece

churros de forma gratuita para el próximo invierno.
Del Río, diplomático ante lo que entiende un esfuerzo sincero, rehúsa la oferta amparándose en lo más sagrado, la salud: «Es usted muy generoso, aunque no creo que mi úlcera lo soportase». Contagiado por la generosidad de Sanz, el constructor ofrece soluciones imparciales: «Pueden adquirir una carretilla a motor de segunda mano, yo mismo puedo facilitarle la titulación a Loren para que la conduzca mañana mismo. Les serviría para toda la obra y después pueden venderla de nuevo», recomendó como negocio redondo.

1. Se producen unos minutos de intenso debate en la prisión.
2. Llamada de Giner a Del Río para solicitar precios de modelos de carretillas elevadoras y dictar los datos personales para tramitar el permiso que habilitase a Loren conducir ese tipo de vehículos. El profesor presiona para conseguir como regalo el de manejo de grúas puente. Del Río, a pesar de su posición dominante, accede.
3. Satisfechos por el triunfo en el regateo, aceptan una carretilla de color naranja muy llamativa: 4.800 euros, transporte incluido hasta la puerta de la prisión. «Qué la traigan esta tarde», decide Sanz con la autoridad y premura de quién es cargo y tiene dinero para gastar. Su mirada no se aparta de la caja fuerte encastrada.
4. Loren, huérfano de vehículo desde el viejo Renault 5 GTL con matrícula de Palencia

letra P, muestra una sonrisa tan grande como sus labios son capaces de estirarse a ambos lados de la cara.

Al tercer día de trabajo, Loren, tras el desayuno y sin apenas meditarlo, decidió que se quedaría a vivir en la prisión, aceptando así la oferta del Director. Implicado como pocos habrían esperado en el proyecto de construir la mejor cárcel del mundo, Santos vio claro que allí estaba su lugar, como los grandes actores que trabajan una temporada en los oficios que van a interpretar después ante la cámara, como Brando, De Niro, Pacino (al que tanto debía por cuestiones que ahora no vienen al caso). Aunque en su conversación con el Subdirector de Tratamiento no lo descartó de forma tajante, en un principio rehusó compartir celda con preso alguno. Se le habilitó una de pequeño tamaño con baño cerrado y literas, exigencia de Loren, ya que no tenía claro si le iba a apetecer dormir arriba o abajo, siendo este un punto sobre el que se negó a dar más explicaciones. Pidió también que se desconectase el cierre automático y le facilitasen llaves, tanto de la celda como de la entrada a la prisión: tenía intenciones de salir. Incluso alguna noche.

—No creo que sea buena idea, Loren. —Negó Giner mirándole a los ojos cuando se lo comunicó a la salida del comedor.

—Un problema menos, Profesor. Así no me tiene que traer usted. ¿Por qué no se queda también? Hay muchas celdas, que metan a más presos en alguna.

—No lo veo claro, muchacho. Es una cárcel.

—Es nuestro centro de trabajo. Nos ahorraremos el alquiler.

—Sabes de sobra que la casa dónde vivo es de tu prima Paqui y mía. Por ahí no ahorraré nada.

—¡La gasolina!

—Eso sí. Pero la Academia Añoveros.... Hay que estar pendientes. No me fío de esos dos alumnos que elegiste, de la chica un poco, pero del otro…

—Qué se apañen como sea. Piénselo, le digo que este lugar está lleno de posibilidades. —Loren miró de reojo a Estela Roncero, que se frotaba la frente con preocupación desde que escuchó la noticia de que ese primor de la inestabilidad viviría en su cárcel.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te mueves así? —Se extrañó Giner de los movimientos de Loren en la silla.

—Me estoy meando —contestó al oído—. Tengo que aguantar todo lo que pueda, quedan poco tiempo para el concurso de microrrelatos. Cuando me acabe el zumo iré a practicar al muro trasero, es muy poroso. Una maravilla para escribir.

Algo que quedó claro desde el principio, así lo aconsejó Del Río tras

ver los planos, es que la entrada del material sería a través del hueco que protegía la colchoneta de salto de altura. Este artilugio, contrariamente a lo que pudiese parecer por su función de amortiguar caídas, tenía un peso desmesurado para su retirada y colocación. Se solicitó el sabio consejo de Del Río en una sesión vespertina de Zoom.

—Alquilar una grúa todos los días se comería gran parte del presupuesto —aseguró.

—Entonces… —El Profesor Giner no había llamado para escuchar lo que ya sabía.

—Creo, Giner, que ya conoce la solución.

A primera hora de la tarde un camión con una pluma extensible de hasta seis metros de altura se encontraba estacionado a la entrada de Tresmozos I. Sujeto, bajo uno de los limpiaparabrisas, un sobre a nombre de Lorenzo Santos con la leyenda: «Capacitación grúas móviles».

Las sesiones de videoconferencia se sucedieron en las primeras jornadas entre Sanz y Del Río:

«El cemento y el hormigón constituyen la sólida base sobre la que debe asentarse cualquier construcción», repitió Del Río en varias ocasiones durante las conversaciones virtuales con Sanz, que lo adoptó como sabio consejo. En forma de coletilla solía añadir el constructor un «se lo advierto», que, de algún modo conseguía que el Director se sintiese amenazado. «Es solo una recomendación, Sanz. Pueden hacerlo ustedes como les plazca», retomaba Del Río el tono amable, tranquilizando a la parte contratante. «Confío en usted», ratificó Sanz en la última reunión de planificación. «Qué sea cemento y hormigón», levantó su copa de anís para brindar con el monitor del ordenador.

Solo uno de los presos había trabajado con hormigón y no lo bastante cerca, así lo confesó en público para tranquilidad de sus compañeros e inquietud del Profesor Giner. Lo que si conocía la mayoría eran las hormigoneras de todo tipo; las bombas para esparcir el material, los vibradores para sacar el aire y facilitar la compactación y los volquetes y retroexcavadoras para moverlo de un lugar a otro. Fue de nuevo Del Río quién gestionó la compra de esa maquinaria de segunda mano y los consiguientes carnets y permisos a nombre de Lorenzo Santos. El ya de por sí mermado espacio del aparcamiento quedó anulado con el parque móvil recién llegado.

Las noticias de que en la zona había un «manirroto» que compraba sin miramientos cualquier tipo de máquina y herramienta de construcción corrió como la pólvora entre los comerciales del sector. Acosaban a Sanz día y noche: llamadas, correos y hasta SMS. En las conversaciones entre amigos, cuando surgía el tema de las quejas por las intempestivas llamadas de compañías telefónicas o empresas energéticas con sugerentes ofertas de tarifas planas, placas solares o calefacciones de pellets, Luis Sanz rompía la monotonía narrando las proposiciones que le hacían sobre tuneladoras, martillos neumáticos, catalizadores para pinturas industriales o espuma de poliuretano.

Tan agresiva fue la campaña que Sanz tuvo que tomar medidas drásticas. Lo primero fue alejar a su familia de ese infierno, inscribiéndola en la Lista Robinson. No sirvió de mucho, su mujer y su hija se convirtieron en presa fácil de representantes de taladros y amoladoras, dos gacelas a merced de hambrientos felinos. A la joven la esperaban a la salida de la Facultad de Comunicación con folletos de herramientas a batería, catálogos de revestimientos epoxi y juegos de espátulas de regalo. El chico con el que se entendía por aquel entonces, que aguantaba inquieto las charlas a traición de los comerciales, decidió cortar la relación. «Por rústica», alegó como motivo de la ruptura. Despechada, la muchacha presionó a su padre para qué, primero terminase con ese acoso cuanto antes y, segundo, encerrase al muchacho que la había abandonado en el Centro Penitenciario que dirigía.

Sanz, a quién todo el gobierno conocía, al menos de oídas, consiguió una cita telefónica con el Ministro de Consumo, un tipo extraño que presumía de no consumir apenas nada. El hombre, escandalizado con el problema del ciudadano Sanz, achuchó a la Agencia Española de Protección de Datos para que proporcionase paz al Director. Si en un principio la Agencia se negó a cualquier tipo de favoritismo, debieron recibir una llamada de instancias más altas. El problema de Sanz y su familia se esfumó de la noche a la mañana. En las siguientes 48 horas se pusieron varias denuncias por desaparición en comisarías de Castilla y León. Estaba claro que nadie quería que al Director de Tresmozos I le ocurriese nada malo.

A pesar de contratiempos como el anterior, Sanz estaba satisfecho. Contemplaba con orgullo desde la ventana del despacho el avance de las obras en el patio, la restauración del muro exterior y las torres de vigilancia. Observaba cada mañana como Loren retiraba la voluminosa colchoneta con la grúa, comenzado así el trajín de volquetes y sacos para que antes de la salida de los reclusos la

colchoneta estuviese de nuevo en su sitio y el camión, por seguridad y desconfianza, bien pegado a ella. No querían arriesgarse a sufrir la publicidad negativa que provocaría una fuga en masa.

A Sanz le contagiaba la energía que trasmitía Giner a los equipos de trabajo. Un tipo motivador. Igual les enseñaba técnicas para alisar el hormigón o cortar las piedras de los bordillos sin aparente peligro, que les mostraba la clave para hacer fuego con una paleta de metal y una esponja vieja. Ese hombre estaba implicado. No tenía muy clara su relación con Del Río ni quería saber nada del asunto, se quedaba con el Giner trabajador, el de las dotes de mando. Su capacidad para influir a los presos estaba fuera de duda, aunque había algo que no conseguía resolver. Tendría que hablar seriamente con él.

Estela Roncero vivía estresada. Nunca le gustaron las obras, y menos en su casa. Era partidaria de las reformas pero temía que la prisión perdiese personalidad. Nunca estuvo a favor de ese pretencioso título de «mejor cárcel del mundo» con el que querían etiquetar a «su» prisión. Ya era la mejor cárcel del planeta.

Al comienzo de las obras no se fiaba de nadie, de los reclusos los que menos. Esa ilusión, la unión y compañerismo del que hacían gala no era normal en ese tipo de gente si no era para algo prohibido por una ley. Si bien no se trataba de un centro con graves problemas de violencia entre internos, lo cierto es que no eran como hermanos, ni los hombres ni las mujeres. Sin embargo, el día a día y la ausencia absoluta de incidentes hizo que ese pasase a ser un problema menor.

Loren era quién la desestabilizaba por completo. Ese hombre o chico parecía moverse por la vida gracias a los endebles resortes de la pura suerte. Cada vez que le veía aparecer a toda velocidad con alguna de las máquinas se temía lo peor, nunca pasaba nada por centímetros. Él la saludaba con gesto interesante mientras conducía el volquete o el toro con una mano, e incluso la regaló un saludo militar encaramado en lo alto del brazo de la grúa. En una ocasión le pareció ver a Estela que la había guiñado un ojo, aunque no fue capaz de asegurarlo al cien por cien.

CAPÍTULO 23: Pulgares hacia arriba.

52

Excepto los ancianos de Green Peace, que no daban la impresión de rendirse, los manifestantes fueron desapareciendo poco a poco de la entrada de Tresmozos I. La pareja parecía llevarlo bien en su renqueante furgoneta caperuzada. Se levantaban con los cantos de los gallos de unas granjas cercanas y preparaban café en un camping gas. Tras hacer sus ejercicios de gimnasia, daban un paseo para después acercarse hasta la zona dónde Loren maniobraba con la maquinaria. No se perdían el levantamiento de la colchoneta, aplaudiendo a Santos cuando pisaba a fondo el pedal del acelerador, graduando la salida del humo negro que surgía a borbotones bajo el macizo trasero de la carretilla.

Entablaron amistad con un pastor que se acercaba hasta el vallado del Centro para compartir con ellos unos agradables ratos de obras mañaneras. Con el paso de los días comenzaron a lamentarse por no poder ver más que la carga y descarga del material y tener que conformarse con las voces y cánticos de los presos provenientes del patio. De la obra, ni rastro.

La última vez que «el ladrillo» intentó conquistar la España vaciada había sido antes de la crisis de 2008, despoblándola aún más y dejando esqueletos de hormigón diseminados por urbanizaciones que se convirtieron en el paraíso de los amantes de las películas de terror y adoradores del dios cobre. Un gran número de jubilados amantes de las buenas obras quedaron huérfanos de diversión el día que los trabajadores de *Leman Brothers* salieron del edificio principal de la compañía con sus posesiones en cajas de cartón.

Estela Roncero se extrañó mucho cuando al salir de casa a las siete de la mañana tres parroquianos cuyas edades sumadas superaban de sobra los 200 años la esperaban junto al coche, provistos de sillas plegables sillas plegables para pedirla un favor: que les acercase a la cárcel. En el bar, Floren, el pastor, había narrado maravillas sobre una obra que se estaba ejecutando en la cercana prisión, se morían de ganas de comprobarlo.

—¿Sabe tu hermana que has salido de casa? —preguntó preocupada Estela a Genaro, el más mayor.

—He dejado una nota.

—Si no sabes escribir.

—La he escrito yo. —Se adelantó el más joven de los tres.

—Tenemos derecho a ver las obras —reivindicó el mediano y de mejor aspecto—. Mi hermano ve todas las obras que quiere en la ciudad: encofrados, ladrillo cara vista, asfaltado, pintura de viales… hasta reventones de colectores. Lo que quiere. Aquí no hay nada, alguna nave para el ganado, restauración de muretes en lindes y los monótonos vallados de cotos. Una basura de obras.

A Estela le parecieron justas las reivindicaciones de los mayores de su pueblo. Tras advertirles que no volvería hasta las 18:00, aceptó. Cargaron las sillas, bolsas con embutido, una garrafa de clarete y partieron.

Con el trascurrir de los días, otros funcionarios, e incluso particulares, hicieron de taxistas hasta Tresmozos I con jubilados y ancianos de sus municipios de residencia hasta conformar un numeroso, heterogéneo y dicharachero grupo en torno al radio de acción de Lorenzo Santos y su maquinaria. El propio Loren estaba asombrado por la expectación que levantaban sus maniobras. Así, regalaba de forma esporádica algún derrape con el volquete, cabeceos con el brazo de la grúa a modo de saludo o despedidas teatrales al terminar de colocar la gigantesca colchoneta. Adquirió la agradecida costumbre de lanzar sus guantes de trabajo al público una vez finalizada la última maniobra, antes de retirarse a las duchas lanzando besos y golpeándose el corazón.

Pronto los espectadores quisieron más. Acaudillados por la pareja del Rainbow Warrior se organizaron con eficacia. Redactaron un manifiesto para entregar en mano al Director Sanz. Tuvieron claro la necesitaban de que los medios se hiciesen eco de su petición. Animaron a sus compañeros de obra a que indagasen entre familia y conocidos para dar con alguien que trabajase en la prensa: querían, no, exigían ver la obra completa. En un par de días los medios tomaron posiciones a la entrada del Centro Penitenciario para escuchar los problemas de la tercera edad. Lo vaciado vendía.

Los veteranos ecologistas sabían lo que se hacían, tenían experiencia. Toda una vida dedicada a la manifestación, la queja, el alboroto y la reivindicación desde sus años de instituto. Vocación consolidada en la universidad y, convertida, con el discurrir de los años como parados, en *modus vivendi*: encadenados a verjas de fábricas contaminantes; suspendidos de puentes con pesadas pancartas; quemando neumáticos frente a granjas de pollos; colgados de chimeneas en centrales nucleares… Para ellos, lo de Tresmozos era un juego de niños. Pareja desde la adolescencia, superaron con éxito la prueba del poliamor, se colaron en los mismos conciertos y la

marihuana les abría a ambos un apetito voraz por la noche. Decidieron protestar unidos hasta que la muerte les separase.

Se podría decir que tuvieron suerte, aunque no tanto como algunos de sus compañeros y compañeras de lucha, que con menos *currículum* protestante se deslizaban por moquetas y llegaron a ser titulares de carteras ministeriales sin haber quemado en su vida un mísero contenedor, ni un triste neumático. Ellos dos sí habían recibido porrazos de los antidisturbios, no tuvieron nunca dinero para correr delante de la policía con deportivas de cien euros; alguna noche pasaron en húmedos calabozos, no había nombres de abogados influyentes entre los contactos de los móviles de sus padres. Sin embargo, no guardaban rencor a nadie, lucharon por las causas que consideraron más justas en cada momento hasta que el ataque al emblemático Rainbow Warrior marcó sus vidas para siempre. Cuando alguien les decía que eso lo había olvidado todo el mundo, enseñaban sus camisetas y esgrimían un lacónico: «Nosotros, jamás».

La cuestión es que durante la obra de Tresmozos se hicieron con las riendas del «Movimiento», a secas. No quisieron ponerle el número del día ni la inicial del mes, así nadie se haría un lío con el trascurrir de los años. Los desorganizados y erráticos ancianos del entorno rural vieron en ellos a los guías que les llevarían por el camino correcto en los últimos kilómetros de sus vidas. Se comprometieron con la causa. Sin tierras que cuidar ni ganado que atender, esa obra, y no otra, se convirtió en su prioridad.

A lo único que se negó la mayoría fue a acampar en la entrada de la prisión. Sus lesiones, problemas y patologías de todo tipo les hicieron recapacitar ante la proposición de establecerse en modo camping permanente frente a la prisión.

Un reducido grupo, ávido de nuevas experiencias con forasteros tan recios en actitud como en físico, aceptó, sin embargo, la propuesta. Tres reconocidas beatas se unieron, en un principio como un acto de penitencia por el barco de bandera del arco iris que tanto parecía importar a sus capitanes de blanca melena y cinta en el pelo y, no podían negarlo, en un intento de recoger ovejas descarriadas en ese viejo rebaño infectado de pecados.

Estos hechos perturbaron la recuperada paz y concentración del Director Sanz que, temiéndose lo peor, había ordenado desde hacía unos días que sirviesen cada mañana churros calientes y chocolate a la taza para todos los viejecitos. Esas calorías extras no aplacaron al cada vez más numeroso grupo, que se lo tomó como un intento de compra. No cederían en su objetivo de ver las obras en todo su esplendor. Sanz tuvo sus más y sus menos con la Subdirectora Roncero por haber colaborado en la formación de esa peligrosa turba. Y con Loren, por sus espectáculos con las máquinas, que no hacían más que avivar el

ansia de obra de los ancianos.

Una mañana se presentaron en la entrada de la cárcel dos comerciales de Caja Pradera, avisados de la gran concentración de pensiones que allí se daba cita cada amanecer, con el oscuro propósito de abrir cuentas a los habitantes de la zona, con atractivos regalos por domiciliarlas, tales como suscripciones a Netflix, a Amazon Prime, lujosas vajillas, patinetes eléctricos o viajes a Tierra Santa Eran los mismos representantes de los bancos que habían cerrado sus sucursales, los mismos que les hablaban de aplicaciones y contraseñas, de certificados digitales y monederos electrónicos para tener un poco de dinero en efectivo o pagar el recibo del agua.

La Guardia Civil no pudo averiguar de quién era la cuerda, ni tampoco la silla sobre la que se balanceaba uno de los comerciales bancarios a punto de ser ahorcado del árbol que crecía en el centro de la pequeña rotonda. En el último momento los dos guardias le salvaron la vida. A Sanz le alarmó mucho este incidente.

A la mañana siguiente, al ver de nuevo la agitación de la prensa, el director comprendió la verdadera dimensión del problema. En la anterior ocasión, durante la visita de la Secretaria Belén Esterra habían pasado de ser los malos, reseñados con una estrella para escarnio de todo el país, a ser lo buenos: los encargados de abanderar un nuevo sistema penitenciario basado en un edificio ejemplar. Una nueva versión de la redención mediante el castigo aburguesado y sostenible. Ahora, de nuevo estaban a punto de volver a convertirse en villanos, unos privilegiados con varios millones de euros que no permitían a los pobres ancianos, forjadores de esa tierra, contemplar las evoluciones de una gran obra, para muchos tal vez la última de sus vidas. La reseña que el Piteras subió a las valoraciones de Google podría ser la letra de un villancico comparada con lo que podría avecinarse.

La reunión entre Sanz y El Movimiento se acordó a media mañana. Entre los miembros de la iniciativa se escucharon gritos de victoria entre toses intermitentes y carraspeos de diferente intensidad.

No tuvieron reparos en dejarse entrevistar por los medios para exponer problemas de todo tipo, incluso personales: molestias que les causaban los vecinos; antiguos litigios por lindes, robos de fruta en huertos… y el derecho de toda persona a ver una obra digna de llamarse así al sol de la mañana.

Sanz sabía que tendría que ceder. En la reunión previa que mantuvo con los subdirectores y con Giner, todos estuvieron de acuerdo en lo peligroso de dejar acceder a los ancianos al interior de la prisión. Eso quedaba descartado. El retirar la colchoneta de salto de altura toda la jornada, también se desechó por temerario.

—Tal vez Del Río pueda ayudarnos —sugirió Giner.

—Cada vez que llamo a ese hombre tengo que escribir un cheque de al menos cuatro números, Giner.

—Señor Director —intervino Estela Roncero—, si no remediamos esto hoy mismo puede que nos quedemos sin ningún número que escribir. Al igual que nos lo han dado, seguro que nos lo pueden quitar. Los Reales Decretos los carga el diablo.

Sanz marcó el número de Del Río en el teléfono de su escritorio. No pudo evitar mirar con cierta pena la puerta de la caja fuerte.

—No siga, no siga —cortó Del Río a Sanz tras escuchar el problema de forma reiterada—. Entiendo la situación. Es comprensible. Una obra es un espectáculo como otro cualquiera, tiene su público. Igual que el cine o la ópera. Es lógico que no quiera meter a esos ancianos en el Centro… normal. Y menos mezclarla con los elementos que tengan allí dentro. Por seguridad y todo eso, sí. Yo me planteo el asunto como un problema físico, mecánico si quiere. Me explico: unas personas quieren ver algo que está relativamente cerca aunque fuera de su ángulo de visión. ¿Cierto?

—Cada palabra. —Los subdirectores y Giner asintieron la contestación de Sanz.

—Pues creo que ya tengo la solución a su problema.

—Afine bien, Del Río. El dinero es un bien finito.

—Voy a orientarle para que usted mismo valore el tamaño de la solución. Bien. ¿Ha estado usted en alguna edición de Rock in Río o del Monsters of Rock?

—No, por Dios.

Del Río soltó una carcajada.

—Pues si hubiera usted asistido y lo hubiese visto desde las últimas

filas habría visto a AC/DC como si fuesen hormiguitas. Vamos que Angus Young podría haber sido su vecino el panadero y no lo habría distinguido. Pero… a los lados del escenario hay unas gigantescas pantallas de vídeo que consiguen que la experiencia sea completa. Hacen que todo el mundo asista de verdad al concierto. Ahí lo tiene.

—¿Habla de poner televisores en el exterior?

—Más que eso, pantallas gigantes de alta resolución.

—Nada de gigantes, lo justo y necesario.

—Tranquilo, hombre. Eso no es dinero.

—¿Y cómo grabaremos lo que ocurre dentro? Se negaran a que la obra se retrasmita en diferido.

—Amigo Sanz. Eso se resuelve con un puñado de euros. Unas cámaras fijas con buen zoom. A no que quieran a alguien con cámara al hombro, eso le daría un realismo tremendo.

—Céntrese en las fijas.

—Para estos productos ni puedo ni debo recomendar nada de segunda mano. Amigo mío, van a dar ustedes un salto de calidad, un verdadero espectáculo. Serán los reyes del *streaming*.

En la reunión con los representantes del Movimiento, el Director Sanz, arropado por su equipo expuso el plan para sacar la obra a la calle, todo en HD, con detalles a tiempo real de cada palada. La seguridad de los ancianos era lo primero. El comité regateó hasta conseguir unas pequeñas visitas guiadas por los diferentes tajos, eso sí, en pequeños grupos y con la conveniente prevención de riesgos. Una de las principales preocupaciones de los jubilados era poder ver la colocación de las tuberías y el cambio de colector.

—Es el palto fuerte de cualquier obra. Sabemos que mañana comienzan a abrir y mover tierra —susurró el anciano de Green Peace, que se hizo una coleta para ocasión.

—Lo verán, se lo garantizo. —Sanz extendió su mano para sellar el acuerdo.

—Lo queremos por escrito —exigió el líder del Movimiento retirando la mano en el momento justo a modo de broma colegial.

Fue preciso solicitar a alguien de la bolsa de trabajo de las últimas oposiciones para que se encargarse de la realización de los directos, con mínimos conocimientos de construcción: debía saber cuándo pinchar la cámara de Loren levantando con el toro un bloque de de sacos, o a un par de obreros metidos en una zanja mientras colocaban con esmero un tramo de tubería. Esos monitores no podían mezclarse con los circuitos de video vigilancia. Era necesaria una sala de realización específica, había que darle sentido a las imágenes, darles vida, suspense y tensión. Pensaban subir los vídeos a la cuenta que habían creado en *Youtube*. No querían pulgares hacia abajo.

CAPITULO 24. La leyenda del indomable.

54

El grupito de presos con esguinces se había radicalizado. Desde la salida del Piteras estaban acaudillados por un convicto llamado César Santinson, partidario de una interpretación purista del texto de Giner y de llevarlo a sus últimas consecuencias. Nadie sabía mucho sobre él. Aspecto de fiero resentido, con poder de persuasión, se rumoreaba que perteneció a un grupo de confundidos que seguían los preceptos y la senda que les marcaba un hipopótamo de más que dudosa existencia. Fueron investigados por la brigada de la Policía Nacional especializada en sectas, aunque no se consiguió demostrar nada. Por otro lado, los daños que causaron repercutieron en su totalidad sobre la salud mental de ellos mismos.

Fuese como fuese, la gente con esguinces no daba bien en cámara. No era una imagen agradable ver, reclusos cojeando mientras trasladaban vigas al hombro con un penoso caminar, apoyándose con dificultad en sus muletas, por mucha ropa y equipos de protección que luciesen.

—Explotación, eso es lo que me sugiere —se quejó amargamente el delegado sindical señalando el monitor del despacho de Sanz.

—Si apenas trabajan en toda la mañana —alegó el Director buscando a Giner con la mirada para que corroborase tal hecho.

—Así es. Cuatro cosas, para que sientan que les dejamos de lado. La mayoría del tiempo esos presos están sentados. Cortan piezas de lo que sea o hacen inventario del material.

—Giner, ¿nos garantiza que esos internos no van a sufrir daños graves derivados de la obra? Hernias, tal vez.

—La garantía es para las yogurteras, Director. Sé de lo que hablo, todos conocen mi libro «Adquiera su hernia». En él desarrollé el tema en profundidad. Puse al alcance del gran público, en su mayoría profano en la materia, como conseguir una hernia sin apenas esfuerzo. No tengo forma de saber si estos reclusos lo han leído ni si lo han hecho en profundidad, como con «A cada uno su esguince».

—Ese es uno de los problemas que usted aún no ha resuelto. Ese libro… Y ese maldito preso, Santinson…

—Es complicado. Se metieron tanto en la lectura y en los beneficios

que les aporta un esguince controlado que va a ser difícil apartarles de ese camino. Por cierto, aprovecho para decirles que estos días está en oferta en Amazon y sigue en los primeros puestos de libros de auto ayuda. Por supuesto lo pueden leer gratis si ustedes están suscritos a Kindle Unlimited y…

—Nos parece muy bien —cortó Sanz el momento *spam* de Giner—. Hable con ellos, convénzales. Escriba otro libro si es necesario, pondremos a su disposición correctores, maquetadores, diseñadores gráficos… ¡lo que sea!, pero que esa gente se cure de una vez.

—Es una cuestión de derechos humanos —aseguró el delegado—. No pueden trabajar en ese estado.

—Lo que no pueden es salir en televisión. Eso sería nuestra tumba. —Se incorporó Sanz. —Si no abandonan los esguinces voluntarios no volverán a salir al patio. Búsqueles tareas de interior hasta que puedan caminar sin muletas.

—Veremos que pueden hacer en la carpintería —valoró Giner—. Son mañosos, las muletas las han hecho ellos mismos. Piezas excelentes, ergonómicas, con un toque elegante y aire retro.

Sanz cerró los ojos, no quiso decir nada más.

Las jornadas trascurrían rápido para los implicados en la obra. Los días eran cada vez más largos y el frescor de la mañana, que activaba los músculos de los internos tras el café con churros obligatorio fue disminuyendo en intensidad. El verano estaba a las puertas. El sol es testarudo cuando se trata de negociar con La Meseta, no acepta regateos. Hubo que adelantar la hora de comienzo ya que pasando el mediodía se alcanzaban unas temperaturas inusuales para la época del año. Los reclusos no querían saber nada del cambio climático por acción humana ni de cualquier otro tipo. Nadie pareció darse cuenta de que el ritmo y avance de las obras, tras un espectacular comienzo, estaban decayendo.

Solo Estela Roncero era consciente de que las pilas de materiales no bajaban como hacía unas semanas. Los hombres y mujeres de la cárcel, que habían trabajado duro para construir la prisión del futuro, se estaban acomodando.

Con el Director Sanz encargándose de las arduas tareas de despacho y el Profesor Giner concentrado en tareas docentes y terapias diarias con el grupo de los esguinces, a pie de obra solo quedaban la subdirectora Roncero y el maquinista Santos.

Estela aprendió sobre albañilería y procesos de construcción, lo suficiente para saber que todas esas tareas se podían hacer más rápido. El delegado sindical no hubiese permitido el atosigamiento. El origen del contrato fue el pacto surgido de la arenga inicial de Sanz en el comedor y su discurso en el patio. Ahora, ella debía encontrar el modo de incentivar a las cuadrillas, cuando ese sol apretase un poco más preferirían estar en la celda. Pero, ¿qué más hacer? Ya tenían los churros y podían ver la televisión por cable. Estaba convencida de que el problema era la reducción de las sesiones de vis a vis, tanto por falta de espacio disponible como por el cansancio acumulado de las jornadas trabajando con picos, palas, rastrillos, paletas, llanas, reglones, tablones…

En plena tormenta unipersonal de ideas estaba Estela cuando sus ojos se deslizaron hacia el hueco de la colchoneta. La grúa la estaba izando. Miró su reloj extrañada, a esa hora ya no se introducían materiales. Echó un vistazo alrededor del patio y no pudo localizar a Loren. Al minuto, la carretilla apareció por el gran hueco del muro. Loren paró el motor y descendió de un ágil brinco. Notó algo raro en él. Había cortado su mono rojo de trabajo, dejándolo sin mangas y casi sin perneras. Ni esos musculosos brazos ni las fibrosas piernas que bajaban de esos shorts hasta las botas negras con puntera metálica parecían corresponder a Santos. Estela juró que le había crecido el

pelo. La subdirectora se quitó un momento sus gafas de espejo para comprobar que tales hechos eran ciertos y en verdad era Lorenzo Santos. En efecto lo eran por lo que volvió a ajustarse sus *Ray Ban* de espejo que con tanto cariño conservaba desde el instituto y que había dejado de usar desde que se ganó el respeto de todo el mundo y ya no le hizo falta intimidar a nadie. Desde el problema con la reseña del Piteras había decidido recuperarlas como complemento. Tresmozos I era lo primero.

Loren se acercó al grupo de reclusas que colocaban las baldosas de la acera que recorría el muro exterior. Era martes y apenas llevaban unos metros, el plan era pavimentar la zona oeste esa semana. No llegarían. El ritmo cansino se había adueñado de sus procedimientos. Estela se acercó con disimulo, haciendo como que inspeccionaba a los mayores de sesenta, que rellenaban con pasta las juntas de los bordillos ya colocados en lado norte. Loren pidió la manguera de agua a las reclusas, aunque la tomó sin que llegasen a darle permiso y sin que reparasen en él. Cuando Lorenzo Santos dio una patada a un cubo metálico mal colocado, que le molestaba en su camino, ahí sí llamó la atención de toda la obra. Todo el mundo le miró expectante.

Conectó la manguera a una toma cercana a la carretilla, se agachó a recoger el cubo que el mismo había trasladado unos diez metros, ese muchacho o señor se había pasado cortando tela, pensó Roncero, y lo llenó de agua. Posó la base de un bote de gel en su bajo vientre y apretó con fuerza. Un abundante chorro blanco y cremoso fue a parar al cubo. Le siguieron otros tres más cortos de los cuales el primero se perdió en el suelo. Para entonces el grupo de reclusas ensoladoras habían perdido de vista sus herramientas y baldosas; los colocadores de bordillos miraban confundidos, especulando sobre quién era el nuevo conductor carretilla. Loren tomó un trozo de colchón de espuma, lo introdujo en el cubo y comenzó a frotar con fuerza la parte trasera del vehículo.

No se conformaba Santos con realizar un concienzudo trabajo de limpieza. Las posturitas que adoptaba, conscientes o no, estaban calentando el ambiente más que el sol. Estela dudaba en si lo hacía a propósito. Tal vez nunca hubiese lavado un vehículo o puede que nada. Por lo poco que sabía de él, esa ansiedad por el trabajo físico era una novedad. La cosa estaba empeorando, los grupos de trabajo redujeron por completo su actividad, la subdirectora tenía que actuar. Analizó en un momento sus posibilidades: si cortaba la actuación de Loren podían acusarla en el futuro de al menos tres delitos, que se le ocurriesen. Decidida, metió la mano bajo el cuello de su camisa y asió la cadena del silbato que llevaba colgado y que no había usado en años.

Loren se detuvo de repente, parecía cansado, se pasó el antebrazo

por la frente para secarse el sudor y buscó el Sol protegiéndose con el brazo. Miró hacia un lado, a la manguera. Loren abrió la toma y comenzó a darse una ducha informal. Vestido. Ese mono no era muy grueso, lo poco que quedaba de él comenzó a pegarse a su cuerpo. Estela aclaró su duda sobre si era un muchacho o un señor: era un hombre. El ritmo cardiaco de las internas se aceleró y con él, el movimiento de su extremidades y frecuencia de los bufidos y suspiros que se escuchaban a distancia. Lo mismo, con ciertas salvedades, ocurrió en el grupo de sesentones rejuntadores de bordillos. Estela volvió a guardar el silbato entre sus pechos. Ella no era de hierro y cuando Loren, empapado, volvió a la carga con la esponja, embadurnándose espuma, no pudo sofocar un sincero suspiro.

En veinte minutos la obra había avanzado más que en toda la mañana.

—¡Vamos, tía, más cemento! —gritó una interna, arrodillada con una baldosa en una mano y un mazo de goma en la otra. No perdía ojo de como Loren bajaba un poco la cremallera de su mono.

El director Sanz levantó la vista de sus papeles llenos de números y anotaciones. Lo que estaba escuchando en el patio no le cuadraba. ¿Era esa su obra? Se acercó a la ventana y tiro de la cuerda de sus viejas persianas venecianas que, como siempre, volvieron a desequilibrarse. Ante sus ojos se presentó un espectáculo lleno de energía, pletórico de ganas, de actividad casi ofensiva. La hormigonera giraba con más alegría, los carretillos desfilaban en las dos direcciones sin apenas tiempo para detenerse y las palas arañaban el pavimento con rabia. ¿Sería cosa de Estela y algún método de motivación para la reinserción? ¡Menuda coreografía! ¡Vaya compenetración! El reloj suizo de la construcción. Entre toda esa demostración de trabajo duro y progreso, distinguió junto al hueco de la colchoneta de salto de altura una figura que no reconocía, que parecía vestir uno de esos monos ajustados que llevan los atletas. El hombre estaba enzarzado en una lucha contra la carretilla elevadora, sacando a la luz su original color naranja oculto por el barro, el polvo y los restos de la cosecha reciente de primeros de junio que el viento había pegado sobre los contrapesos y carrocería. Pero, ¿quién era ese tipo? Aguzó la vista: era Lorenzo Santos frotándose contra el vehículo, empapado y desinhibido.

Loren se colocó a horcajadas en el extremo de una de las pinzas delanteras y estiró su cuerpo adelante y atrás pasando la espumosa esponja por el cuerno. En ese momento la actividad ya era frenética. Estela se desabrochó uno de los botones de la camisa y se abanicó con la mano.

El profesor Giner y los internos de la primera sesión de formación se detuvieron nada más salir al patio. Observaron la lección magistral

desde lejos, recorriendo con la mirada los diferentes grupos hasta detenerse en Loren, verdadero animador del partido. Giner no había reparado en la evolución corporal de su ayudante.

Sanz, que bajó al patio a toda prisa, se les unió para contemplar todo desde la zona sombreada. Estela, al verles, intentó recobrar la compostura que era consciente haber perdido.

Tras limpiar la otra pinza, Loren se dispuso a enjuagar. En ese momento comprobó que todo el mundo miraba en su dirección, se volvió hacia atrás para comprobar si era a él a quién buscaban todos aquellos ojos o había alguien más. Al terminar, pasó junto a Estela con la manguera enrollada. Varios silbidos de admiración salieron de los labios de las internas que casi habían llegado con las baldosas a su altura.

—¿Ha quedado bien? —solicitó Loren la aprobación de Estela Roncero señalando la carretilla.

—Muy bien. Mucho.

—Tenía mierda para dar y regalar. —Loren subió la cremallera del mono y sacudió la cabeza como un perro para soltar el agua de su pelo. Unas cuantas de esas finas gotas llegaron hasta el incipiente escote de Estela. Se estremeció y apretó sus muslos haciendo el roce del tergal emitiese un chirrido pícaro.

—¿Cuántos huevos duros sería capaz de comerse en una hora? —preguntó a Loren pensando en su adorado Paul Newman.

—Ninguno. No me gustan.

El director, se frotaba la barbilla mientras Loren subía de un salto al asiento del conductor y sacaba la carretilla al exterior. Giner miraba de reojo Sanz. «A la mayoría de humanos, encerrados o no, la motivación le nace de entre las piernas», pensó, no sin cierto pesar. El sabía mucho de eso.

CAPITULO 25. Cosas en común.

56

La publicación en las redes sociales de la matricula de la furgoneta de los presuntos asesinos de gatos no pasó desapercibida para el Ministerio de Defensa. Una Mercedes Vito de su parque móvil relacionada con un crimen animalista: un asunto muy feo. El Ministro, un hombre experimentado, descreído y civil hasta la médula delegó el tema en el Subsecretario de Defensa.

—La furgoneta pertenece al CNI, Señor Ministro —informó por teléfono.

—Pues llame a Bonet y que se lo aclare, a mí no me moleste más con tonterías. ¡Estoy hasta los huevos de las redes sociales!

—Ya lo he hecho, Bonet lleva días desaparecido.

—¿Y eso por qué no nos lo han dicho?

—También les pregunté, contestaron que para no preocuparnos.

—Debo dejarle, tengo que poner los lazos a unos preciosos tanques *Leopard* que vamos a regalar. Escúcheme bien: averigüe dónde coño está Bonet. Hasta entonces, no vuelva a llamarme.

En el Ministerio del Interior la noticia de la desaparición de Alonso Bonet cayó bien. Si las cosas se ponían feas con lo del preso asesinado ya sabían a quien cargarle el muerto.

Algo delicado debía haber ocurrido para que todo un Director del CNI huyese sin dejar rastro por la muerte de un delincuente de poca monta. Ese preso chismoso debía ser más importante de lo que daba a entender su rostro de luces limitadas. Esperarían acontecimientos.

Volvieron a producirse llamadas en cascada, esta vez saltando el desvío hacia el CNI y con destino final en el teléfono del comisario Salmerón.

—Ningún avance. El caso de Felipe El Piteras está en punto muerto.

—¿Y esa testigo de la que se habla?

—Ya no tenemos que preocuparnos por ella.

—No estará insinuando… —el Jefe de Policía se preocupó por momentos.

—¡No, por Dios! No es eso. Ha desaparecido. Parece que se ha fugado con un amante.

—Esté muy atento, Salmerón —Colgó.

La conclusión en Interior es que estaba claro que por lo que fuese, Alonso Bonet se había visto contra las cuerdas y decidió poner tierra de por medio. A estas horas debía estar ya en Sudamérica. Seguro que pronto echarían en falta una suma relevante de dinero en alguna cuenta, esas cosas eran así. Entonces todo encajaría.

En el Centro Nacional de Inteligencia todo era confusión. El personalista mandato de Alonso Bonet propició que hasta los más pequeños detalles pasasen por su mesa. La subdirectora, convertida en directora en funciones si el titular no daba señales de vida tras doce horas, en un principio fue reacia a activar los protocolos de seguridad, confiando en que Bonet aparecería. Pero no fue así. Tras varios días sin saber nada de él pidió a los asesores y equipo personal del desaparecido director que se presentasen en su despacho para ponerla al día sobre los casos en los que Bonet estuviese trabajando.

Nadie hablaba. La subdirectora insistió. Marisa Moreno levantó la mano de forma tímida y explicó el encargo que le hizo Bonet sobre la herida en la nuca del desdentado de la famosa reseña de la cárcel.

—¿Y qué narices le importaba esa muerte a Bonet? —se extrañó la nueva jefa.

Un agente también se animó e informó sobre el asesinato de los gatos en la autopista y la filtración de la matrícula de la furgoneta en la que viajaban los asesinos de los animales.

—Y dice que esa Mercedes es nuestra… ¿Dónde está ahora?

—Al parking no ha regresado.

La subdirectora se tomó su tiempo ante el silencio de los reunidos. Demostraba falta de reflejos a la vez que se arrepentía de no haber aceptado aquel cargo en el Ministerio de Educación.

—A ver si me aclaro —comenzó tras la reflexión—. Nos culpan del asesinato de un delincuente de poca monta y de haber eliminado a unos gatos en la sierra ¿Al CNI? ¿Dónde están los ayudantes de Bonet, esos agentes que se llaman igual? ¿Por qué no han subido a mi despacho?

—Cabrera y Fuentes tampoco aparecen, Señora. Parece que ellos conducían la furgoneta. No llevaban activado el sistema de localización y seguimiento.

—¡Qué manía tenemos! —riñó a todos—. Pues… no sé qué decirles. Que varios equipos comprueben todas las instalaciones operativas más las que dejaron de estarlo en el último año: pisos francos, espacios para testigos protegidos, las habitaciones de hoteles reservadas, fábricas, apartamentos, naves industriales… Supongo que en alguna parte habrá un Excel con todo eso, ¿no?

57

La investigación sobre el crimen del Piteras se hallaba en punto muerto, casi lista para aparcarla en el garaje y cubrirla con una lona. Ninguna pista sobre la desaparición de Mónica ni del butanero. Nada sobre el asesinato en Musical Notas, la tienda no tenía cámaras, varios negocios de la zona habían quebrado y las de tráfico no revelaron nada. Aún así. Carrasco las seguía revisando con regularidad. Llegaba con ganas todas las mañanas, pero el Comisario Salmerón fue adjudicándoles a Marín y a él otros casos. El inspector Marín se desentendió poco a poco del asunto hasta que Carrasco comenzó a encontrarse solo.

Lo único que tenía eran las arpas de boca. Estaba seguro de que el arma del crimen fue un modelo vietnamita, por ahí dirigió sus pasos. No era un instrumento muy habitual, el problema estaba en que si lo habían comprado por internet esa línea de investigación no llevaría a ningún lado. Su esperanza estaba puesta en la gran afición del asesino del Piteras, si hacía sonar la melodía de Morricone antes de matar a alguien no era descartable que tocase en algún grupo, orquesta, asociación de barrio, parroquia o charanga.

Comenzó a indagar en ese terreno, reduciendo el campo de acción a la ciudad, después ya vería. El Conservatorio no le condujo a ninguna parte, perdió el tiempo con una adolescente a la que vio usar el arpa para agujerear con saña la mochila de un compañero. Carrasco decidió hablar con el profesor e interesarse por los padres de la chica y sus aficiones. Padre y madre eran violonchelistas, jamás habían ido a un bingo y si entrasen en una cárcel, aunque fuese de visita, Carrasco estaba seguro de que se marearían.

En la Escuela Municipal de Música tampoco consiguió nada que le hiciese avanzar. Palos de ciego. Llamó incluso a la Orquesta Sinfónica de Castilla y León, para recabar información sobre sus arpistas. En raras ocasiones utilizaban ese instrumento y no contaban con un arpista como tal. Tenían gente muy preparada que podía tocar ese instrumento si la partitura a interpretar lo requería. Fueron muy amables, le invitaron a un evento consistente en una merienda y posterior concierto en Ávila al que no asistió.

La Orquesta de Radio Televisión Española sí que contaba con arpistas reputados, aunque había que remontarse a los años setenta y principios de los ochenta, precisamente debido al éxito de los *spaghetti western* en nuestro país. Era un instrumento *demodé*, sólo para fanáticos. Descubrió Carrasco que desde hacía unos años varias orquestas de prestigio internacional giraban con su espectáculo de bandas sonoras de películas de cine por toda Europa, con gran éxito

de crítica y público. Comprobó las fechas y todas estaban a cientos de kilómetros el día en que agujerearon la nuca de ese muchacho al que libertad en forma de reseña le traicionó.

La Asociación de Relajados Amigos del Arpa de Boca de Plasencia era su último intento. Viajó un sábado a Extremadura. Tocaban bien, a pesar de que la variedad del instrumento en cuanto a notas y matices no era muy amplia. Merendó con ellos y regresó tan agradecido como decepcionado.

En el viaje de vuelta fue haciéndose a la idea de que el asesinato de Fili el Piteras quedaría impune y las desapariciones de Vals y el butanero se reducirían a llamadas con pistas falsas, carteles que perderían su color en los tablones de comisarías y fotos olvidadas en los perfiles de redes sociales. En cuanto a la dependienta de Notas, sería la víctima de un atraco sin resolver. ¡Qué dura era la vida de un policía sin una triste pista, sin un mísero sospechoso que llevarse a la boca! Le extrañaba, sin embargo, que dos muertes y dos desapariciones que él veía claramente relacionadas, no creasen una mayor implicación de sus superiores. Si como prensa y opinión pública proclamaban el gobierno estaba implicado, él no iba a colaborar en enfriar el caso. «Ellos sabrán lo que ha hecho».

Pasados varios días desde aquella aciaga mañana de máquinas sexuales, desapariciones, arpas y asesinatos decidió echar el penúltimo vistazo a las grabaciones de las cámaras de tráfico. No dormía bien, llegaba pronto al trabajo, a pesar de las advertencias desde el departamento de personal de que esas horas no eran susceptibles de remuneración.

Las imágenes de los tramos de la acera no eran continuas y tras verlas en incontables ocasiones, varios agentes no fueron capaces de encontrar nada relevante. La entrada a la tienda no estaba en los ángulos de grabación. Carrasco suspiró y encendió los dos monitores del PC para no liarse. «Vamos a comenzar por el final», se dijo. Empezó a visionar desde la Plaza de España. Siguió a los vehículos y peatones que continuaban por Avenida de Mirat hasta la siguiente plaza, la Puerta de Zamora. En el sentido de la marcha hacia la tienda de instrumentos no se podía aparcar en toda la Avenida excepto autobuses. Solo una de la calles permitía girar a la derecha antes de Musical Notas, las demás eran dirección prohibida. Rastreó a todos los que entraban en la Avenida, que no eran pocos al tratarse de una de las vías principales de la ciudad. Consiguió trazar las rutas de la mayoría. Para los que perdió de vista, utilizó las grabaciones de la plaza de San Juan de Sahagún, en la que desembocaba la calle por que necesariamente debían haber girado. Todos localizados. Calculó incluso los tiempos de detención por paradas en semáforos. Dos horas más de trabajo sin resultados.

Decidió ir a buscar un café a la máquina nueva, a él gustaban. La gente la criticaba mucho sin motivo, creía él, que la consideraba una maravilla de la técnica. Subió a la primera planta, la servicial cafetera estaba en uno de los huecos junto a los ascensores. El carro del muchacho de la empresa de mantenimiento asomaba por la esquina, la estaría recargando.

Llegó al hueco, antes de girar escuchó la voz de Marín. Permaneció en el pasillo y se asomó con cuidado.

—¡Quiero mi dinero! —Exigió el inspector Marín en voz baja y amenazante al arrinconado trabajador de *vending*—. No voy a repetírtelo. Dile a tu jefe que ha pasado una semana.

El chico permanecía en silencio. «¡Vaya, vaya!», pensó. Nunca se lo hubiese imaginado, el inspector Marín extorsionando a una de las mayores empresas de máquinas surtidoras del país.

—Dile que si mañana no tengo la pasta me presentaré allí mismo. Eso no le va a gustar. ¡Me cago en la puta! —Marín levantó la voz y golpeó la pared a la altura de la cabeza del chaval—. ¿Tú sabes lo que gana un policía?

—Más que yo —contestó el muchacho en tono displicente. Era duro de pelar—. A mi no venga con historias, si la máquina se traga el dinero se descarga la aplicación y pone la incidencia.

Carrasco frunció el ceño, tal vez se había precipitado en sus conclusiones. Eso era lo malo de llegar a las conversaciones a destiempo.

—Buenos días —saludó Carrasco ante la máquina.

—Carrasco, mira. ¿Tú crees? Me hacen descargar una aplicación de mierda para devolverme un billete de cinco euros que se ha tragado la máquina. No pienso instalar nada —voceó Marín mirando al chico, que esta vez retrocedió dos pasos y se mantuvo en silencio.

—Desde luego eso un… rollo —A Carrasco no le quedó más remedio que intervenir.

—Claro que lo es. Y un delito. Te piden tus datos y vete a saber que hacen con ellos: pueden saber los pasos que das al día y cosas así. ¿Qué es lo que hace esa aplicación? ¡Habla!

—Pues mire —habló el chico—, lo que hace es decirme su nombre su número de usuario y darme los cinco euros para que yo se los traiga —Carrasco asintió del mismo modo que lo hizo a la queja de Marín—. Su dinero no está perdido, se encuentra en un limbo digital debido a los procedimientos de devolución de la empresa.

—¿De qué cojones está hablando? —Marín le preguntó a Carrasco —. ¡No me jodas! —Se llevó la mano a su arma y el chico se situó tras Carrasco.

—Tranquilo, Marín. —Extendió los brazos Carrasco—. Vamos a arreglarlo. No te alteres.

—¡Qué no me altere! El banco, la Junta, el Ministerio, el gas, los cabrones de la Electra o como se llamen ahora, la gasolinera… hasta para las facturas del supermercado tengo que tener aplicaciones. ¿Dónde hostias está la gente para resolver los problemas? Todo con las jodidas *apps*. —Marín caminaba en círculos mientras voceaba. Dos de las nuevas agentes observaban desde el pasillo.

—¿No funciona? —preguntó una señalando la máquina.

—¡Este fulano me debe dinero! —Marín estaba fuera de sí.

—Eso está muy feo, deberías pagar lo que debes al inspector —recriminó la agente de gafitas.

—Calma, inspector. Y ustedes también. Vamos a solucionar esto de una vez por todas —tomó el mando Carrasco.

—Si ya sabe cómo me llamo, se lo he dicho cinco veces y lo tiene apuntado… No pienso instalar ninguna jodida aplicación. ¡Vamos, mi dinero! —Marín avanzó hacia Carrasco y el trabajador.

—¿Llevas cinco euros encima? —Susurró Carrasco al chico—. Dáselos, yo te los daré a ti. Me encargaré de reclamarlos por la aplicación. La tengo instalada.

—¿Por qué no se los da a él? —preguntó el chico acobardado.

—Porque yo no le debo nada.

CAPÍTULO 26. Intermitentes.

58

Tras solucionar el asunto de la deuda, Carrasco abordó a la puerta de comisaría con un café en cada mano a un pensativo Marín

—Necesito ayuda. ¿Me echa una mano? —Le ofreció un vaso.

Siguieron por donde lo había dejado el agente Carrasco. Le vino bien a Marín distraerse con los vídeos. Olvidó por un rato el agresivo mundo telemático que le acosaba. Conversaban sobre el excesivo calor para la época, la subida sin límite de los tipos de interés, el hornazo como base de la alimentación de la zona y otros temas importantes en los que los dos estuvieron de acuerdo. Tenían mucho más en común de lo que pensaban.

—¡Anda que lo de los gatos! —sacó Carrasco un tema de candente actualidad.

—¿A qué gatos se refiere, Carrasco?

Era una historia muy larga. Quedaba claro que el inspector Marín no utilizaba las redes sociales, que no escuchaba la radio y parecía ser que nada de televisión, al menos en cuanto a noticias se refiere.

Entre seguimientos de vehículos narró Alberto Carrasco al incrédulo Marín la historia de los gatos asesinados sin piedad y con alevosía por el Ministerio de Defensa en un área de descanso de la autopista A-6, en presencia de una inocente niña. Cómo su atribulado padre había denunciado el caso ante el tremendo disgusto de su pequeña. El hombre subió las imágenes a las principales redes sociales y la respuesta no se hizo esperar. Para los que dudaban de que los hubiese exterminado el Ministerio e incluso de la veracidad de los hechos, la madre apoyó con su cuenta, contraatacando con una foto de la niña llorando desconsolada en el asiento trasero de una ranchera. Esa foto convenció a la opinión pública de la veracidad de los hechos.

Le puso Carrasco en antecedentes sobre las reacciones de la ciudadanía: hasta la más pequeña asociación, protectora, ONG y agrupación de defensa de los animales se pronunció al respecto, repudiando el acto y exigiendo responsabilidades.

En las redes sociales, las cuentas más moderadas intentaron poner luz y calma al asunto, no querían acusar a nadie sin pruebas. No

parecía lógico que Defensa tuviese esas actividades entre sus prioridades. El padre, cansado de tanto escéptico, viendo limitada su verborrea a un escaso puñado de caracteres, hizo pública la matrícula de la furgoneta en la que desplazaban los despiadados asesinos. No hizo falta mucho tiempo para que varios internautas corroborasen por su cuenta y riesgo que esa Mercedes Vito era un vehículo catalogado como oficial y perteneciente al parque móvil del Ministerio de Defensa.

Marín no podía creerlo. Reflexionó sobre lo desconectado que estaba, en dejar de ver por una temporada los programas de venta de trasteros. Debía ponerse al día. Carrasco contundió exponiendo los hechos, detallando los numerosos colectivos con fuerza en internet que se implicaron en la causa desde el primer momento. Destacó entre ellos a los escritores con gato, lo que es decir casi la mayoría. Estos pusieron un toque cabal, de temple y mesura, tal y como cabía esperar de ellos. Aprovecharon para incluir en sus publicaciones y *post* una imagen de sus gatitos acompañada de citas, poemas, relatos y un sinfín de *links* que llevaban a blogs, webs, tertulias, directos y páginas de compra de sus libros. Arrastraron a escritores sin gato, lectores, reseñadores, correctores, maquetadores, portadistas, agentes literarios, promotores y editores. Como siempre, todos a una. «Ya hay algunas antologías benéficas en marcha», explicó Carrasco a un cada vez más interesado Marín.

No se le escapaba al inspector la gravedad de la acusación y sus implicaciones. La matrícula no dejaba lugar a la duda. La sonrisa y el mutismo de la Portavoz del Gobierno unidos al silencio del ministro implicado le hicieron presagiar lo peor: todo era cierto. El Gobierno se hallaba en la cuerda floja y la oposición lo estaba aprovechando: «Parece mentira que estando el país en la situación en la que se encuentran, al final vayan a caer por cuatro gatos».

Los grupos de presión se organizaron. A través de las organizaciones con más poder e influencia convocaron manifestaciones en las principales ciudades del país. El ejecutivo por fin reaccionó y dio la cara en rueda de prensa sin preguntas: «El Gobierno de España condena esos hechos deleznables. No tiene nada en contra de los gatos en general ni de los de ninguna Comunidad Autónoma en particular. Los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado darán con los responsables y estos pagarán por lo que han hecho. Es más, les digo que hemos puesto en marcha un proyecto de ley para subsanar la situación precaria y de desamparo en la que se encuentran muchos de los felinos de nuestro país. Muchas gracias».

—Me dejas alucinado —confesó Marín cuando Carrasco le enseñó las imágenes de los gatos muertos junto a la papelera, el trapo, la niña llorando, la matrícula de la furgoneta—. Espera un momento… —

pidió a Carrasco que le mostrase la última foto en su móvil.

Marín masculló la matricula y volvió a su monitor.

—Deja que vea… ¿Cuándo dices que mataron a esos gatos?

—El mismo día que las desapariciones y el crimen de la dependienta de Musical Notas.

—Aquí la tienes. —Carrasco se acercó con curiosidad al plano general de la entrada a la Avenida de Mirat. Marín amplió la imagen de la trasera de una Mercedes Vito—. Estuvieron aquí, son esos hijos de puta «matagatos».

59

El agente Carrasco y el inspector Marín siguieron a cámara lenta el recorrido de la furgoneta hasta desaparecer de la pantalla. Tardaba demasiado tiempo en abandonar la avenida. Revisaron las grabaciones de la única calle por la que podría haber girado. Nada. Seguía en la Avenida de Mirat. Carrasco avanzó la grabación pero no aparecía. No fue hasta el minuto once cuando volvieron a verla incorporándose a la Glorieta de la Puerta de Zamora, dejando atrás la escena del crimen.

—Tiene que haber parado unos siete u ocho minutos —calculó Carrasco.

—Ya, mal aparcada. Y no sabemos en qué tramo.

—¡Mira eso! La parte trasera del autobús lleva el intermitente, pero no entra en la parada. La que está frente a la Biblioteca.

—Por la furgoneta. Estaban ahí, mal aparcados, frente a Musical Notas. —Se miraron con una chispa de esperanza en sus ojos—. Retrocede un poco vamos a ver quien cruza el semáforo.

No tenían una visión completa del paso de cebra. Para llegar a la tienda había que cruzar los cuatro carriles y retroceder unos metros en sentido contrario. De repente alguien entró en el plano saliendo por detrás del autobús y cruzó la calzada esquivando los coches, deteniendo algún vehículo con un gesto de su mano, decidido, sin mirarles. Apenas estaba grabado unos segundos.

—¡Es él! —Se incorporó Alberto Carrasco. Marín le miró esperando una explicación—. Es el copiloto. No sé quiénes son estos tíos pero no tienen pinta de que les guste esperar. Cruza la calle por donde le apetece, justo frente a la tienda. Mírale. Esas gafas de sol, su forma de caminar. No le importa el tráfico… Medirá un metro ochenta mínimo, 75 kilos, es ágil y se mueve con seguridad en una ciudad que seguro no conoce. Es él.

—Te lo compro, Carrasco.

—Vamos, tenemos que enseñarle esto al comisario Salmerón.

Marín sujetó su brazo, le miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Si quieres cogerles lo mejor es que no digas nada. Confía en mí. Deja al comisario con su arpa. ¿Crees que hasta ahora ha puesto los medios necesarios para resolver todo esto?

—Está bien.

—Lo que no acabo de ver es el motivo por el que iban estos tipos del Ministerio de Defensa a un negocio de instrumentos musicales de Salamanca y se cargan a la pobre dependienta.

—Muy sencillo, por el mismo motivo que fui yo un poco antes: por las arpas de boca. Por el asesinato del Piteras —aseguró convencido el agente Carrasco—. Por las arpas. Recuerda la escena del crimen,

estaban por el mostrador, por el suelo… Lo que no entiendo es cómo sabían lo de la testigo.

Marín giró despacio la cabeza hacía el despacho del comisario, Carrasco negó con la suya.

—No, primero estuve con ella. A comisaria llamé más tarde, no di la dirección exacta.

—¿Pero cuántas veces has estado en su casa?

—La primera vez hablé con ella en el portal. La segunda entré porque estaba abierto y note que pasaba algo raro. La última fuimos los tres, el comisario, tú y yo.

—¿En el portal? —Sonrió Marín—. Acompáñame.

—¿Dónde vamos?

—A averiguar cómo se enteró el Ministerio de de Defensa de lo de tu conversación y lo de esas arpas.

—¿Pero, cómo lo haremos?

—Eres listo, Carrasco, pero muy impaciente. Bajemos al almacén a buscar un detector de micrófonos. Si cómo todo indica el gobierno tiene algo que ver en el «caso Piteras», querrían saber que pasó. Puede que no tengan controlados a todos sus peones., que la mano derecha no sepa lo que hace la izquierda.

—¿Quiere decir que han puesto micros en el portal?

—Mira, se escuchan cosas, puede que habladurías. No sería la primera vez que se instalan micros por todo un barrio, en el entorno, ya sabes: frutería, panadería, bajo el mostrador del zapatero, lugares donde la gente se suelta, se desinhibe y cuenta cosas que vio u oyó. En las comunidades de vecinos también. No perdemos nada por llevar el aparatito, a ver qué pasa.

Nada más salir del ascensor de la segunda planta del edificio de Mónica Valls las luces del detector se iluminaron. En el hueco de la entrada del bingo también lo habían hecho; en La Boutique del Lomo, positivo; a la puerta de la mercería en la que Carrasco limpió los cristales, también se encendió.

En silencio, revisaron las paredes y techos del rellano a la vez que Marín se desplazaba con el detector hasta que brillaron los cinco *leds* del detector. La puerta de los contadores del agua tenía cerradura, pero no estaba candada. Ninguna llave podría haber entrado en esa ranura, estaba casi tupida por las incontables capas de barniz que llevaba encima la pequeña hoja de madera. Carrasco tiró del pequeño pomo, no había patín de cierre. Un pequeño micro estaba encajado en el hueco, pegado con un trozo de cinta americana oscura. Tomó fotografías con el móvil, cerraron la portezuela y se largaron.

CAPÍTULO 27. Lindos gatitos.

60

Cerca de comisaría, Carrasco y Marín se toparon un gran revuelo en Juanjo´s Bar. Sus compañeros de uniforme se agolpaban en la puerta. El interior estaba abarrotado y en silencio, atentos a la gran pantalla de televisión. Se acercaron intrigados y preguntaron a un agente que pegaba la cara al cristal exterior, enfocando con las manos a los lados de las sienes.

—¿Qué ha pasado? —Carrasco le dio dos toques en el hombro.

—Va a hablar la niña, la de los gatitos muertos.

—¿Qué te dije? —Carrasco se creció ante Marín.

Desde el interior alguien chitó reclamando silencio. La manifestación había concluido en la Puerta del Sol y la niña, frente a un pequeño atril, entre sus padres y una abogada, se disponía a hablar.

Hola, buenos días. Muchas gracias por estar aquí y apoyarnos en esta causa tan justa y noble…

—¡Juanjo, súbelo que no se oye! —Interrumpió un capitán apoyado sobre la tragaperras, en la parte trasera del bar.

Nunca olvidaré en toda mi vida la visión de esos animalitos ya… cien… do, lo siento es que lo ha escrito mi padre. —El aporte de frescura y naturalidad provocó aplausos y risas empáticas—. *Yaciendo en el sucio suelo del área de descaso de una autopista. Ese hombre no me gustó nada desde que salió de la furgoneta. Cuando metió miedo a los gatos supe que la maldad recorría sus venas. Los pobres animalitos sólo querían comida y ellos no te hacen nada si no le das. ¿Por qué hacer daño a quien no te hace nada ni se mete contigo?* —A la criatura se le quebró el habla. Recibió voces de ánimo y la carantoña del padre en la coronilla—. *Si ese hombre hace eso a los pobres gatitos, que no será capaz de hacer a los seres humanos*.

Hizo una pausa dramática durante la que todo el mundo se mantuvo en silencio. Miró a su padre, pasó a un nuevo folio y continuó.

Ayer me llevaron a la doctora Amparo. Dice que necesito atención

pisicolo… gíca —psicológica apuntó la madre—. *Psicológica, está mal escrito, papá. La doctora dice que de momento no puedo ver «El gato con botas» ni llevar al colegio la mochila de Hello Kitty*. —Hizo un puchero, pero se sobrepuso con rapidez.

«Me gusta mucho esa película. Yo amo a los gatos, los adoro. Cómo todos los que estáis aquí y quienes nos han apoyado en las redes sociales, sobre todo los escritores, de cuentos y también de libros para mayores. Me han hecho saltar las lágrimas con las fotos de sus gatitos. Se nota que los cuidan y los quieren. Gracias a todos. Quiero recordar en este momento a vuestros compañeros felinos:

Ava, Pincho, Agata, Josito, Maclovia, Janis, Pelusa, Fendi, Lejía, Lucy, Zero, Floopy, es más bonito… y el nombre me encanta, Platón, Señora Olivia, Dalí, Luminoso, Tomoko, La Julia, Jalapeño, Isis, Micho, Arigato, Rita, Luna, Dady Yankee, Don Omar, Alfonsina, se llama como la cocinera de mi cole, Trasto, Koke, Obi, Azabache, Harley, Mika, Pipo, Misery, Berlín, Blue, Fina, Flori, Sam, Rayo, Gala, Minau, Vader, Igor, Chirimbolo, Eli, Kempes, me ha dicho mi padre que era un futbolista —se encogió de hombros—, *Gatín, Palmira, Bicho, Aquiles, Noche, Cora, Vera, Jake, Peluso, Astuta, James, Bruno, Coco, Nicolás, Perla, Chichiro, Merlin, Obama, Kira, Wisky, Misil, Totó, Lecter, Barrabás, Beltenebros, Delirio y Zorro.*

No sé cómo se llamaban los gatitos que… murieron en ese sucio asfalto, junto esa horrible papelera. —La pequeña se secó una lágrima—. *No me dio tiempo a ponerles nombre. Seguro que en el cielo les han puesto los nombres más bonitos del mundo. No permitamos que este hecho quede impune. No voy a acusar a nadie sin pruebas conclu…yentes, esto lo ha escrito la abogada de mi madre, pero sea quien sea el culpable, ¡qué lo pague!*

El aplauso resonó en el Bar hasta ahogar el sonido de la televisión. La cría estaba llorando a lágrima viva mientras su padre arengaba con el puño a la entregada masa de la Puerta del Sol.

La pequeña se acercó de nuevo al micrófono y entre sollozos hizo una petición:

¡No olvidéis darle a me gusta en las redes sociales y suscribiros a nuestro canal!

Los teléfonos móviles salieron de los bolsillos como revólveres de sus fundas en un duelo final.

Mientras subía con Marín al despacho de comisaría, Carrasco pensaba en asuntos tan importantes como el mundo y en qué le estaba ocurriendo. Si desde el espacio exterior llegase un grupo de lo que fuese, medianamente concienciado, se haría con el mando del Planeta Tierra sin excesivos problemas. Todo lo que estaba ocurriendo le tenía confundido. Había tenido que recurrir a la serena reflexión y a la más

taciturna introspección para encontrar sentido a todo lo sucedido desde que el Piteras publicó la valoración en internet de su estancia en la cárcel en la que acababa de cumplir condena y le mataron por ello. La reacción del Gobierno e Instituciones Penitenciarias al verse señalados y acorralados; la desaparición de Mónica Valls y vigoroso butanero; la máquina con el consolador; el asesinato de la tenaz vendedora de arpas y el envenenamiento de unos gatos asilvestrados que se alimentaban de los restos que dejaban los viajeros en la autopista; la tempestad que pueden provocar los sollozos y lágrimas de una niña; la importancia de un número de matrícula; las redes sociales y la creencia de que lo que sucede en ellas es lo cierto, la vida en las yemas delos dedos. Pensaba Carrasco, convencido, que al final sería así, ya que así estaba siendo. Por su parte, odiaba valorar y opinar sobre todo lo que hacía, leía, comía, compraba, lugares en los que se alojaba, la gasolina que repostaba, la atención de los empleados del gas con los que hablaba, los pedidos que reclamaba… Estaba harto de hacer público si le gustaba algo o no, de aceptar cookies, de rechazarlas, de la firma digital y de tener que hacer clic en efervescentes iconos.

En esos momentos, miles de personas estarían tocando con los dedos los corazones apagados que aparecían bajo la noticia y el vídeo de la niña. Esos había que acariciarlos con la yema, era necesario ponerlos en rojo, que latiesen con ganas. No era uno cualquiera, era el corazón de una niña rota y traumatizada.

Las cosas se habían vuelto demasiado complicadas, él era de los que pensaban que todo es más fácil de lo que parece. Esa es la única manera de animarse a solucionar lo que a primera vista se presenta imposible, reducirlos a algo sencillo, a una fórmula comprensible, manejable y con el menor número de incógnitas de despejar.

—Vamos —apremió en tono serio Marín mientras subían las escaleras y se secaba una lágrima. Al inspector le había afectado mucho la intervención televisiva de la niña—. Tenemos que encontrar esa furgoneta. Daremos con ella aunque esté aparcada en el garaje del mismísimo infierno.

CAPÍTULO 28. As de espadas.

61

La Mercedes Vito seguía en el mismo lugar en el que la dejó el agente del CNI Fuentes, en la planta a pie de calle de la nave del Polígono el Pringoso. El SEAT León de Bonet, a unos metros, la observaba con sus agresivos elementos ópticos.

En el Subnivel 2 olía a pino. No quedaban restos de matanza alguna. Excepto por la luminaria destrozada en el techo del pasillo, todo parecía normal. Brillante y frío.

Los cadáveres del butanero, Cabrera y Fuentes descansaban en unos bidones de polipropileno de color azul, los más vendidos del mercado. Los cuatro con el espacio bien aprovechado, se trataba de víctimas bien alimentadas. Bonet los selló de forma muy profesional. Los identificó con etiquetas de residuos de grasa y restos animales. «Peligro. Material biológico. Altamente contaminante». Los adornó con pictogramas que representaban los riesgos más dañinos regulados por ley y conocidos por el ser humano. Ni la sección científica del FBI se hubiese aventurado a abrir esos barriles. El tiempo y el ácido que contenían terminarían por desintegrar los cuerpos. De momento convivirían con ellos. El director los trasladó en una carretilla hasta la sala de mantenimiento, la zona más apartada.

La ex directora Izaskun solo había provisto a las instalaciones de dos bidones vacíos y garrafas con 200 litros de ácido: «Por si ocurre algo inesperado». Menos mal que Bonet había dotado a las instalaciones de otros ocho bidones y 700 litros de ácido. Él tenía un concepto muy diferente de lo esperado.

Casi un día entero llevó el limpiar todo. Mónica se ofreció a «cualquier cosa que sea necesaria», solo quería conservar su vida, el estar desatada no se lo garantizaba. Debía unirse a ese hombre, colaborar, ser útil, demostrar su capacidad de adaptación al equipo ganador.

Bonet rechazó que la mujer tocase los cadáveres, aunque aceptó su ayuda para limpieza de los restos de la sala y el pasillo una vez retirados los cuerpos. Proporcionó a Mónica Valls los productos de limpieza necesarios, herramientas y equipos de protección. Fue una tarea complicada. A la tercera pasada de Mónica con la bayeta ningún

experto hubiese sospechado nada sobre la escabechina allí ocurrida.

Fue tras ese trabajo de limpieza del escenario cuando se ducharon cambiaron de ropa y jugaron la primera de las muchas partidas de cartas que cambiarían la percepción que el Director del CNI tenía sobre el mundo y sus habitantes, sobre el búnker del polígono el pringoso y ellos dos.

La vida continuaba en forma de encierro involuntario. Tras la masacre y su limpieza, unos pocos días fueron tiempo suficiente para adaptarse al espacio, que no era mucho, como esculturas en los ángulos de los frontones; adquirir nuevas rutinas y poner las cartas sobre la mesa. Mónica se mimetizó en el hábitat del director.

Ella y Bonet jugaban una partida de tute sobre la mesa que hasta hace nada había servido para sonsacar información a los invitados y convertirla en inteligencia que salvase al país de enemigos tan ocultos como inteligentes y siempre llenos de malas intenciones.

Llevaban unas cuantas manos, en esta también iba ganando Alonso Bonet. Observó a su relativa prisionera colocar las cartas en abanico, cambiarlas de posición, girarlas. Pensar. Concentrada, intentando recordar los naipes que habían salido sobre el tapete y los que de cada palo pudiesen quedar en el mazo. Ese esfuerzo que demostraba su contrincante hizo que por primera vez en su vida, el Director del CNI decidiese bajar el ritmo, relajarse y prepararse para una nueva experiencia: la de perder. Decidió que se dejaría ganar esa mano.

Bonet, no tenía familia, al año de ingresar en el CNI su mujer le abandonó, si las cosas no habían ido bien durante el proceso, una vez dentro, la dedicación de Alonso fue en exclusiva para el Centro. Él era joven y decidido, había sacrificado mucho para llegar hasta allí y no podía ni siquiera hablar del trabajo con su mujer, no podía compartir con ella su sueño hecho realidad. Y no lo hizo. Las primeras misiones en las que participó supusieron estar al menos un mes fuera de casa, mintiendo por teléfono sobre el trabajo ficticio que le asignaron como tapadera.

La mentira es como cualquier droga, cuando te acostumbras a ella la necesitas, la echas de menos, si no engañas a alguien no puedes conciliar el sueño. En la vida del Director hubo un momento en el que no sabía si en realidad era un agente de inteligencia o un técnico de medio ambiente contratado por la Unión Europea para supervisar los censos de tórtolas que llegaban desde los estados miembros. Ahí supo que estaba haciendo bien su trabajo y que podría llegar lejos en el CNI.

Aunque era el hombre perfecto para hacer carrera como espía, solitario, sin estridencias y con la ficción recorriendo sus venas, siempre hubo una parte de él que echó de menos tener una familia, convivir con alguien y charlar por la noche de cosas sin importancia durante los intermedios de alguna película antigua de cine negro, en el sofá, tapados con una manta. Acostarse el último de la casa y pasar antes por la habitación de los niños a ver si estaban bien tapados. Darles un beso en la frente. Eso ya no iba a ocurrir. Una vida de verdad, inundada de pequeñas cosas sin importancia pero reales. Tanto como el as de espadas que estaba a punto de regalar a su rival.

En el bunker construido por su predecesora había provisiones para varios meses, tras comprobar que esas puertas sí podían abrirse y regresar a la Sala de preguntas y respuestas donde Mónica había cumplido su palabra de esperar atada en el suelo. No había tardado más de cinco minutos en decidirse a cortar las cuerdas. Con todas las consecuencias.

A lo largo de su vida, Mónica Valls había dicho pocas veces que no a una cuerda suave y unos buenos nudos. Cuando Bonet la desató, lo agradeció, esa postura la estaba matando. Al ver acercarse al Director con las tijeras, ella insistió en que no cortase, si como él decía, estaban encerrados, la cuerda podía venirles bien en algún momento. Alonso Bonet, no lo entendió, no tenía intención de ahorcarse por muy mal que se pusiesen las cosas. Allí abajo contaban con varios comprimidos para provocar un final feliz, eficaz e indoloro. Además, llegado el

momento prefería su automática. Valls solo pensaba en pasar el tiempo de la forma más agradable posible, era previsible que si el encierro se alargaba, se llevasen bien. Preguntó, como quien no quiere la cosa, por la capucha que llevaba puesta cuando la llevaron hasta allá abajo los ahora muertos ayudantes del director. Alonso la tranquilizó, tenían una caja llena.

No era mujer fácil, solo pragmática. De un butanero había pasado a un director de lo que fuese. Hubiese sido negar la evidencia el reconocer que el tiempo colocaría a los dos en una posición inevitable. Solo esperaba que fuese la que a ella tanto le gustaba.

A pesar de vivir frente a un Bingo, la suerte nunca la tuteó, hacía años que la relación no era fluida entre ellas. Ahora estaba a punto de ganar una partida a las cartas a un hombre que, por lo que había visto, era inteligente de verdad, todo un director. Recogió el as de Bonet y su cinco de copas y sonrió. Esa sonrisa, poco a poco evolucionó a risa floja para transformarse en carcajada de felicidad. Mónica se levantó y lanzó sus cartas al aire. No hacía falta contar los puntos. Alonso Bonet, también reía, estaba contento. Mientras observaba como esa mujer se marcaba un bailecito de victoria alzando los puños al aire, tuvo una gran sensación de pesar: no recordaba la última vez que se reía en compañía de alguien. Era muy raro, no ganó la partida y se sentía bien. Al contrario de lo que llevaba pensando más de media vida, ganar era eso. A las personas se podía hacer felices con poca cosa y, lo mejor de todo, no costaba demasiado esfuerzo conseguirlo: solo había que hacer trampas.

Allí abajo estaba todo bajo control. Contaban con comida de sobra para dos personas y un año, calculó Bonet a simple vista. Si en un mes nadie iba por allí es que ya no lo harían. En el centro creerían que que se habría largado del país. Revisarían todas las instalaciones: primero pisos francos, habitaciones de hotel reservadas por rutina en lugares con fácil salida y almacenes en zonas de frontera con aeródromos y puerto. Si alguien sabía que estaba allí con los Sánchez y quería deshacerse de ellos, echarían un vistazo al inventario de instalaciones y confiarían en que se muriesen de hambre. Tal vez el Ministerio se encargarse de demoler el edificio, el polígono entero.

Si se les ocurría ir por allí, el Director lo sabría, las cámaras funcionaban perfectamente. Aún tenía de que decidir si preparaba una historia convincente, una increíble o ninguna.

Todos los días dedicaba un tiempo a comprobar las imágenes del polígono en la sala de control, cada vez con menos frecuencia. Allí no entraba nadie. Maduros con aspiraciones haciendo *fotting*, algún vagabundo, macarras de coche tuneado que desistían o algún despistado. Suponía que las alarmas de entrada a la nave tampoco funcionaban. Ellos no podían salir, confiaba en la que la avería se

hubiese producido en los dos sentidos. En su nueva vida había un amplio espacio para la improvisación. Si llegaba alguien ya pensaría en algo, se adaptaría a las visitas. Dependiendo de quien fuese les ofrecería café y pastas o plomo.

CAPÍTULO 29. Necesito información.

63

Una de las líneas rojas que los sindicatos no estuvieron dispuestos a cruzar durante la ejecución de las obras era que los presos que trabajasen en Tresmozos I lo harían con su correspondiente Tarjeta Profesional de la Construcción, acreditando así sus conocimientos en materia de Prevención de Riesgos Laborales. El compañero que dirigía el departamento legal del grupo sindical con más fuerza era el abogado Eugenio Bazo, un viejo conocido del Director Luis Sanz en sus días como comisario de policía.

—Es mejor no discutir con ese hombre, créanme. —Se resignó Sanz en cuanto supo de quien se trataba—. Que hagan el curso ese de ocho horas y vayan pasando a la obra. Hablaré con Del Río para que nos recomiende a alguien.

—No será necesario —intervino Giner—. Yo puedo hacerlo. Estoy habilitado para impartirlos.

—Querido Giner, me parece muy bien su ofrecimiento y voy a aceptarlo. Con la condición de que no hable de sus libros. Nada de valiosos esguinces ni de atractivas hernias.

Durante la formación que Giner impartía en el centro cultural de Tresmozos I preparando a los obreros voluntarios aprovechó para indagar sobre la muerte del Piteras. Al principio sacó el tema en los descansos, adoptando la figura de profesor-colega sin resultados positivos ni negativos. Nadie sabía nada, hecho este que afianzaba su conclusión sobre la culpabilidad del gobierno. Aún así, el sexto sentido de Giner para la investigación le decía que debía haber algo más. Si fue el gobierno, ¿por qué no se deshicieron del cuerpo? Lo mataron en la calle, a riesgo de que cualquiera pudiese verlo y seguir una pista. Tal vez anduviesen escasos de personal cualificado, o alguien les sorprendió. Dedujo que lo más seguro era que pretendiesen aparentar un crimen callejero, y si era así ¿quién sería el chivo expiatorio? No habían detenido a nadie. Ya habían transcurrido dos semanas y el tema seguía en el disparadero, los medios seguían sembrando la duda. A eso se le unía la acusación de lo que se presuponía era un programa encubierto para el exterminio de felinos de pequeño tamaño, tema este que, aunque Giner no siguió de cerca, resultaba imposible no

estar al día. A esas alturas ya debía haber aparecido un culpable para la muerte de Felipe el Piteras. A medida que el tiempo pasaba, se convencía de que algo no cuadraba, ni si quieran habían culpado a la oposición.

Ante la falta de información proporcionada por los alumnos en el rato del cigarro, Giner ya llevaba invertida una considerable suma en paquetes de tabaco, decidió tratar el tema en clase, utilizando a «El Piteras» como ejemplo en los variados casos que el temario presentaba. La opinión de los alumnos era unánime: el Piteras odiaba esa cárcel.

—¿Eso os pasará a todos? —razonó Giner, justificando que el odio a las cárceles era un sentimiento natural del preso *standard*.

Quedó muy sorprendido tras los argumentos expuestos por los futuros carpinteros metálicos que asistían a clase esa mañana. Le hablaban de prisiones como quien describe un paraíso al que ir de vacaciones, de centros en lugares cálidos, piscinas climatizadas… Giner siempre creyó que todas las prisiones estaban cortadas por el mismo patrón, que la legislación marcaba claramente cómo debían ser y funcionar. En todo caso Tresmozos I le parecía una buena cárcel, trato familiar, alimentación equilibrada, no estaba masificada, todos se conocían e intimaban casi sin límites.

A Felipe el Piteras se le había atragantado la estancia en Tresmozos I. Estuvo en otras cárceles y las ponía por las nubes. En esta, siempre que tuvo ocasión, habló mal de ella, la comida, el suelo, el techo, la luz, la oscuridad…

—¿Cómo qué hablaba mal de la oscuridad? ¿En qué sentido? ¿Tenía miedo? ¿Algún trastorno? —Giner era un mar de dudas.

—Decía que no era del todo oscura —explicó someramente un muchacho.

—¿Qué significa? —Se acercó Giner al pupitre del condenado por delitos contra la salud pública seguido por las miradas de sus compañeros—. ¿Acaso les encienden las luces por la noche para impedir el sueño? Eso es tortura psicológica.

—No, no. Cuando apagan está oscuro. No nos lo aclaró. El Piteras, que en paz descanse —lamentó el alumno persignándose sin criterio —, decía que en la oscuridad de la noche lo veía todo claro, más que con la luz del medio día. No le gustaba eso. Y todo era por culpa de esta cárcel y de los funcionarios.

—Los funcionarios… —animó Giner a que siguiese. El grupo se estaba impacientando, algunos se daban golpecitos en la muñeca pidiendo la hora y otros se llevaban el índice y el corazón a los labios con un pitillo imaginario. Giner les contuvo con la palma de la mano.

—Siempre discutía con ellos —continuó un atracador de estaciones de servicio de la zona, varios asintieron—. Algunos pasan de todo y

otros se lo toman todo a la tremenda.

—A la tremenda… Vaya…

—¡Ni que esto fuera suyo! ¡No te jode!

—Dígame quiénes se lo toman a la tremenda y nos vamos a echar un cigarro. —Giner abrió su americana para mostrar el paquete de Fortuna que llevaba en el bolsillo de la camisa.

—El que está en la entrada a talleres, Cosme se llama. Otro, el pesado que llevaba la escuela de música. Y la que más, la Subdirectora Roncero, la pequeñita.

—Entiendo… ¡Al recreo! —animó Giner con dos palmadas.

Lorenzo Santos bebía una lata de cerveza recostado en el interior del volquete del pequeño *dumper* de carga. Giner vio sus piernas colgando, balanceándose en el aire. Las movía alegremente, ajeno a los aplausos y arengas que los jubilados le dedicaban tras las operaciones de izado de la colchoneta de salto de altura y la carga y descarga de áridos. El profesor se acercó hasta él.

—Estás muy moreno, Loren.

—Ya, es lo que tenemos la gente de la construcción. —Se miró el bíceps desnudo y sacó músculo.

—Y fuerte.

—Bueno, he estado haciendo ejercicio, es duro manejar estas máquinas, no se crea que lo hacen todo ellas solas.

—Claro que no. ¿Hemos avanzado algo con el asunto?

—¡Joder! Miré como va todo, hemos avanzado un montón.

—Me refiero a alguna pista sobre la muerte del Fili. —Loren le miró esperando más información—. El Piteras, Loren. Eso fue lo que nos trajo hasta aquí.

—¡Ah! No. Nada.

—Pero, ¿estás investigando?

—Lo hice, pregunté en su día. Le mataron fuera de aquí, nadie sabe nada. Si ya sabemos que fue el Gobierno... —Se plantó en el suelo de un ágil salto y saludó a los viejecitos por el aplauso—. Mire, soy una persona a la que si le dicen que no una vez, no le gusta marear la perdiz.

—Vaya, eso no lo sabía yo. —Giner miró de arriba abajo a Loren, su mono cortado a tijera y los hilos que le caían por los hombros y los muslos—. Si te hace falta ropa, pídela en el almacén.

—Tengo tres de estos, no se preocupe. Voy a la lavandería todas las tardes. Aquí hay de todo. Y gratis.

—Me gustaría que te relacionases más con la Subdirectora, con Estela.

—Y a mí ¡no te jode! —Rio Loren de forma basta—. Tiene un puntazo ¿eh?

—Creo, Loren, que te estás metiendo demasiado en el papel de albañil. No debes perder el equilibrio. Intenta hablar con ella, a ver si sabe algo de lo del Piteras, puede que tuviese constancia de algún enemigo del chico, alguna cuenta pendiente. Lo del Gobierno es una teoría atractiva, sugerente y creíble, aunque no podemos dejar de lado otras posibilidades. Habla con ella. Utiliza los mejores modales de los dispongas. Con tacto. Eso le gustará. Puede que te dé una oportunidad.

—Está hecho, en cuanto la vea, la pillo por banda. —Loren alzó la mano para que Giner la chocara, aunque éste miró hacia atrás pensando que saludaba de nuevo a los ancianos que veían la obra por las pantallas.

Estela Rocero detectó la maniobra en cuanto Loren la emprendió. Se acercaba a ella despacio, con las manos atrás, avanzando en desiguales zigzag. Miraba al cielo, disimulaba dando pataditas a sacos y herramientas que se encontraba en su camino. Estela miró tras ella, no había nadie más. Estaba muy moreno y sus músculos se marcaban al caminar. Ese hombre había cambiado. El espectáculo del lavado de la carretilla hizo que le mirase con otros ojos, si no hubiese llevado en la boca el palo del helado que se acababa de comer… «¿Qué querrá?», se preguntó cuando a unos metros Loren se lo extrajo de la boca y saludó con él en alto.

—Bueno, bueno —saludó Loren con suma exquisitez.

—Hola. ¿Ocurre algo? —Estela practicó la fórmula de una buena defensa como mejor ataque.

—Nada, no —Él hizo una pausa en la que aprovechó para guardar el palo del *crocanti* en el bolsillo de atrás—. Todo va fenomenal. ¡Madre mía! ¡Cómo ha cambiado esto en poco tiempo!

—Vaya que sí. —Tras sus gafas de espejo Estela recorrió a Loren de arriba abajo.

—Está quedando un lugar…. muy bonito. Precioso

Estela no quiso confirmarlo. La prisión, su cárcel, su casa, estaba cambiando. Era consciente de que ciertas reformas eran necesarias desde hacía tiempo, pero los cambios de cara a la galería solo conseguían que el lugar perdiese personalidad y carácter. Ante el silencio de la subdirectora, Loren continuó por otro camino.

—Puede que vaya a ser demasiado lujo para una cárcel. Porque, claro, viniendo la gente a lo que viene…

—Aquí se viene a cumplir por los delitos cometidos. Nada más.

—¡Diga que sí! —Loren supo la ruta a seguir, aunque debía ser cauto, se temió encontrar muchas bifurcaciones en ese camino—. Esto no es un *resort*, como en el que estuvimos estuvimos el profesor Giner y yo en La Manga, hace unos años.

—No digo que tenga que haber mazmorras ni salas de tortura. No. Pero tengo claro que quienes están aquí no puede vivir mejor que los ciudadanos no condenados. Lo básico e imprescindible. Punto.

—Punto final. Así no se acostumbran a lo bueno. Luego salen a la calle y pasa lo que pasa.

—¿Qué es lo que pasa? —Estela se quitó las gafas y miró a Loren a los ojos, éste abrió los suyos todo lo que pudo—. ¿Qué ocurre cuando salen de nuevo a la calle?

—Pues eso… que…

—Yo lo diré lo que pasa. Que reinciden. Eso es lo que pasa, qué esto no funciona. —Señaló el módulo a su espalda—. Es una medicina que no hace efecto. Es como recetarle *Vicks Vaporub* a un asmático.

—Claro, siguen en su oscuro ambiente delictivo de toda la vida, en su barrio, con la gentuza que se que viva allí, sus viejas amistades delincuentes y, entonces…

—Bobadas. Son ellos. Cada uno es responsable de sus actos. Todos los que están aquí han cometido delitos con consecuencias para otros. ¿Sabe por qué?

—De todos no.

—Porque son malos. No hay más. ¿Y entonces qué? Cuando estén de nuevo libres, pasa lo que pasa.

—Les pasa lo que al Piteras que les mata alguien. El Piteras, el preso que salió de aquí y…

—Sé quién era el Piteras.

—Pobre muchacho. El profesor le conocía, le dio clase en otra cárcel. Un gran lector de la obra de Giner. ¿Quién le mataría? Seguro que tenía alguna factura pendiente. ¿No cree?

—No creo que Felipe Montes pagase ni una sola factura en su vida. El Piteras era un tarado con mala sangre y peor corazón. Y además, a usted que más le da.

—Sí claro…

—La prensa ha hablado del gobierno… Pero ya le digo que a un tío como él se lo puede haber cargado cualquiera.

—¿Usted qué cree?

—Creo en el trabajo, en la ley y en que cada uno recoge lo que siembra. —Estela miró el reloj y comenzó a caminar hacia la puerta de entrada al módulo sociocultural. Los últimos internos habían recogido las herramientas y pasado ya al interior.

—Si quiere… un día… puedo invitarla a una cerveza. —Estela miró de reojo y aceleró el paso—. Aquí, digo. Tengo una nevera en la celda.

—Gracias, no bebo.

—¡Pues a un café! —Loren caminaba a su lado siguiéndola a duras penas. Era rápida—.También tengo una cafetera de cápsulas y una lata de pastas danesas. Son del *Liadle*, muy buenas.

Estela se detuvo en seco. Loren se pasó un metro de frenada.

—Termino mi turno a las dieciséis, cero, cero.

CAPÍTULO 30. Un hombre discreto.

65

El Director Sanz cerraba la caja fuerte, contestó de espaldas a la petición de Giner para que indagase sobre el Piteras.

—¿Qué llame a comisaría, dice? Yo ya no tengo mano en la policía, eso fue hace mucho tiempo.

—Pero conocerá a alguien que sepa algo. Y lo del gobierno…

—Tal vez sea eso lo que quieran que pensemos. Levantan la liebre para que se les acuse, sabiendo que todos creeremos que es un bulo, ¿me entiende? ¿Por qué iba el gobierno a cargarse a un desgraciado como Felipe Montes? ¿Por una reseña de una estrella a una cárcel perdida en la Meseta? —Sanz movió los dedos índices acercándolos y separándolos—. Nunca se fie del Gobierno, querido Giner. Y además, ¿a usted que más le da?

—Era uno de mis lectores. Eso es sagrado para un escritor. Daré con los culpables, aunque tenga que dar clase a todos los presos del país. —Giner se levantó desairado de la silla.

—¡Bueno, hombre! No se ponga así. ¿Sabe quién puede decirnos algo? —El comisario miró el techo recién pintado.

—No. No lo sé.

—Del Río. Tiene un sobrino en la comisaría de Salamanca. Es un novato, no creo que le hayan dejado tocar el tema. Tal vez pueda haber oído algo. Siéntese, vamos a ponerle un mensaje.

—Sea precavido, podría aprovechar para venderle alguna máquina.

—Desde luego, tendré cuidado.

Giner estaba sentado frente a Luis Sanz. Esté pulsó en el icono de reproducir un mensaje de audio en Whatsapp y colocó el teléfono sobre la mesa, entre los dos:

Luis, esta es la grabación de la conversación que acabo de mantener con mi contacto. Disculpe que no le llame, estoy muy liado. Este audio les será de utilidad, por tratarse de una fuente directa, alejada de las interpretaciones que yo pudiese hacer de modo inconsciente de las palabras del agente de la Policía Nacional Alberto Carrasco Del Río, mi querido sobrino, es a él a quien van a escuchar. Temo que con el ajetreo que tengo hubiese olvidado algún detalle importante. Hay algo que sigue sin cuádrame en esto: ¿A ustedes que más les da? Sea como sea, espero que mi

desinteresada colaboración les ayude. Tenemos que hablar, director. En el almacén hay unas sierras de calar a batería excelentes, a mi ya no me valen. Tengo entendido que en la cárcel van a ampliar el taller de carpintería, ¿verdad? Se las dejo tiradas de precio.

De inmediato comenzó la siguiente reproducción de audio. De nuevo era Del Río:

He borrado los saludos familiares, su padre está enfermo y pasan un mal momento, eso son datos personales y privados que no creo que ustedes deban saber. Seguro que lo entienden. Son ocho sierras. Nuevecitas.

El siguiente mensaje era una conversación:

—Claro que han sido ellos, tío. Verificado, el Ministerio de Defensa.

—Y dices que llevas tú el caso, a escondidas con un compañero… Muy bien, chaval —la voz de Del Río sonó orgullosa.

—Tenemos el vehículo y sabemos el lugar aproximado en el que se encuentra. En un polígono abandonado a diez kilómetros de Madrid. Son peligrosos. Y otra cosa, ¿no te has enterado de los gatos muertos en la autopista? Pues también han sido ellos, tío Carlos.

—¡No me jodas!

Giner y Sanz, que estaban al tanto de la noticia hicieron gestos de asombro.

—Tendremos que tener mucho cuidado. Mataron a Felipe Montes, El Piteras, a una dependienta de una tienda de instrumentos musicales y han secuestrado a una testigo que localicé y a su amante, el fogoso butanero del barrio. Podemos implicarles. Son peligrosos, bueno, ya te digo, el Ministerio de Defensa. No podemos pedir ayuda, nos tememos que están intentando enterrar el caso.

—Una furgoneta civil, eso va a ser del CNI. Tened mucho cuidado, muchacho. No me jodas, no te la juegues

—Iremos de todos modos, con cautela, a ver cómo está la situación antes de tomar la decisión de intervenir. Te mando la ubicación en un mensaje.

—Gracias, Alberto. Dile a tu madre que le mando unos morcones en la primera furgoneta que vaya por allí. Cuidad del viejo.

—De nada, tío. No le digas esto a nadie, es información confidencial.

…

—¿Tío?

…

—Habrá colgado. Tranquilo, Marín, mi tío es un hombre discreto».

Finalizó la grabación.

Sanz y Giner permanecieron unos segundos en silencio, mirándose con los ojos entrecerrados.

—Bueno, ¿qué le parece? —Preguntó altivo el Director—. Espero

que ahora me ayude con lo de los esguinces de los presos.

—Me parece… es algo… Una información excelente. ¿Eso se puede hacer? ¿Esas grabaciones?

—¡Claro! —Mostró Sanz el móvil—. Con el *guasap*.

—Me refiero a si es legal.

—¡Es su sobrino! Del Río es amigo mío. Y usted y yo tenemos buena relación.

—Esa ubicación de la que habla ¿Se la ha enviado? ¿Me la podría pasar?

—Giner, que Del Río es un tío de palabra. Tranquilo, no diga nada. Se la envío ahora mismo.

—¿Y la grabación?

—¡Hombre!, no se pase.

—Creo que voy a tener que tomarme un día libre. Y Lorenzo Santos también.

Carrasco y Marín decidieron trabajar en el despacho del segundo. Todo el cuerpo de policía estaba demasiado sensible con el tema de los gatos y la pequeña, no querían que nadie viese lo que se proponían y sus avances en el caso llegasen a oídos de Salmerón.

—Por aquí se va a Madrid. —Marín plantó el dedo en el monitor—. Son del Ministerio ¿no? Pues vamos a seguir a esos cabrones —susurró mirando hacia la puerta, aunque estaba cerrada.

—Va a ser muy difícil seguirla en todo el recorrido —apaciguó Carrasco la euforia en la nadaba su compañero—. Y tardaremos con las órdenes para las grabaciones

—¿Órdenes? ¿Órdenes de qué? ¿No querrá que ningún juez se atragante con el entrecot? ¡Vamos Carrasco! Estamos hablando del Ministerio de Defensa, de una pobre niña. Hay millones de personas pendientes de esto. Lo mejor es que solo vean el final. Haremos unas llamadas.

Carrasco dudó unos segundos, se quitó la chaqueta del uniforme y se sentó con decisión juntó al inspector Marín, que arremangaba su camisa.

Solo fueron necesarias dos llamadas para tener acceso a un sinfín de archivos de vídeo y cámaras para seguir el recorrido de la Mercedes Vito. Ese trasto corría mucho, la mayor parte del tiempo circulaba por el carril de la izquierda de las autopistas hasta que la captaron en una de las salidas que llevaba a un viejo polígono en desuso: El Pringoso. Cuando la furgoneta accedió al interior redujo la velocidad. Maniobró y serpenteó por el asfalto como un ciclista subiendo el Angliru.

—¿Dónde irá? ¿Qué forma de conducir es esa? —Se acercó Carrasco a la pantalla.

La furgoneta giró a la izquierda por una calle del polígono y desapareció del monitor. Ni rastro.

—Ha ido directa a ese polígono. A la zona norte.

—¿No es allí donde se hizo aquella obra…?

—Sí, un colector. Cayó el ayuntamiento al completo y parte del Gobierno de la Comunidad —interrumpió Marín sin apartar la vista del monitor—. La misma trama que en aquel polígono de Alicante.

—Lo recuerdo, todo salió a la luz por el asesinato de ese empresario, el que encontraron en el búnker de un campo de Golf con la cabeza reventada.

—Urquijo, sí. Menudo hijo de la gran puta.

—Eso es lo que dice todo el mundo —refrendó Carrasco.

Las imágenes seguían sin reflejar movimiento.

—Vete a saber cuánto tiempo se quedaron allí. Veamos las dos salidas a cámara rápida, apenas hay tráfico. Será fácil —se acomodó Marín.

—Iré a por café —se ofreció Carrasco.

Poco más de dos horas fueron necesarias para el visionado de las imágenes de entrada y salida del polígono Los aceiteros, apodado «El pringoso». Solo tuvieron que hacer clic en el icono de stop en contadas ocasiones. Por una furgoneta de Reformas Bonal que superó la entrada y ante la imposibilidad de seguir debido a los boquetes en el firme, sus dos ocupantes arrojaron varios sacos de escombro, montaron a toda prisa y salieron de allí. Un hombre mayor entró despacio, empujando un carrito de supermercado y volvió a salir con él a las dos horas, cargado de trozos de tablas de palets desvencijados. En plena noche, un *Ford Focus* con alerón trasero entró a demasiada velocidad y tras esquivar los primeros agujeros, su rueda delantera izquierda encalló en uno de ellos. Sus ocupantes, ataviados con llamativos chándales que destacaban bajo la tenue luz de las farolas, se llevaban las manos a la cabeza. Tras dar varias vueltas al vehículo y descubrir la causa de lo que había provocado la parada en seco del vehículo, se agacharon junto al coche y lo levantaron a mano al segundo intento sacándolo del profundo bache. Ya de día, una pareja de corredores a ritmo de trote se aventuraron a entrar en el polígono. Un minuto más tarde la cámara les captó en un sprint frenético y escasos segundos después, tres perros callejeros persiguiéndoles. Marín sugirió pinchar otras cámaras para ver cuál había sido el resultado de la persecución, pero Carrasco torció el gesto y continuaron.

El reloj de la parte inferior de ambos monitores corrió y corrió hasta poblarse de ceros. La furgoneta seguía en el polígono. Marín y Carrasco se miraron.

—Son muchos días… Sé en lo que estás pensando —se anticipó Marín.

—Debemos hacerlo…

—Iremos solos… —avisó Marín.

—Saldremos por la mañana.

Sonó un teléfono. Carrasco sacó su móvil de su chaqueta, colgada en el respaldo de la silla y se apartó hasta la puerta.

—Disculpe Marín, tengo que cogerlo.

La conversación que mantuvo Carrasco fue seguida con inquietud y gestos de desaprobación por parte del inspector. Mientras hablaba, el agente le tranquilizaba con gestos. Cuando hubo terminado se volvió hacia Marín:

—Habrá colgado. Tranquilo, Marín, mi tío es un hombre discreto.

CAPÍTULO 31. Tomando el té.

66

Las puertas de las celdas no tenían timbre. Todas iguales, alineadas en los márgenes del largo corredor. La de Lorenzo Santos era fácil de encontrar, lucía una chapa ovalada, enmarcada con motivos vegetales y dos volutas mal ejecutadas en los extremos. En el centro, troquelado con caracteres como los que se utilizan en los títulos de las películas de terror, su nombre tal que así: Lorenzo Santos.

A la altura de los ojos, la puerta presentaba un hueco rectangular sobre el que Loren hizo instalar un cristal ahumado, sellado con silicona para preservar su intimidad.

Si ya tenía dudas Giner sobre acercarse a visitarle en su nuevo hogar, ese detalle casi le echa para atrás de forma definitiva. No podía, el asunto era de la máxima urgencia. Tampoco había llamador y golpear con los nudillos sobre esa superficie se le antojó ineficaz. Se decidió por aporrear con la base del puño.

Santos no solía recibir visitas, los inesperados y contundentes golpes le sobresaltaron y detuvieron en la tarea en la que se hallaba. Lo mismo que a Estela, que formaba parte de ella. Al abrir la subdirectora los muslos, las mejillas de Loren, que se había apostado sobre el sexo de Roncero con valentía y desenfado y rigor, se fueron estirando una en cada dirección hasta que se despegaron de las piernas de la mujer y volvieron a su posición natural. Loren salió de bajo las sábanas de la litera superior.

—¿¡Quién es!?

—Soy yo, Ramón.

—¿¡Qué quiere!?

—Abre la puerta, Loren, tenemos que hablar.

—¡Ahora no puedo! ¡Estoy liado! —Loren sonrió a Estela.

—¡Es muy importante! ¡Crucial!, diría yo.

—Pues como lo mío.

—Deja esas revistas, por favor. —Loren se encogió de hombros—. ¡Abre!. No pienso irme hasta que hablemos.

—Qué pesado es este hombre.

—Baja, a ver que quiere. —Acarició Estela sus labios.

Saltó desnudo de la cama y se anudó una toalla a la cintura.

—Tápate bien.

Descorrió los dos grandes cerrojos que le habían instalado por dentro y entreabrió la puerta de hierro.

—¿Estás bien, Loren? —El pequeño hueco invitaba a husmear en el interior. A Giner, que sacaba la cabeza a su ayudante, no le fue difícil echar un vistazo a pesar de los saltos de Loren para evitarlo. En uno de ellos la toalla se desprendió quedando a la vista la erección de Lorenzo. Giner bajó la vista.

—¡Loren! Has cambiado. Has mejorado. Muy bien. ¿Haces algún tipo de ejercicio? ¿Qué técnica utilizas?

Santos se colocó tras la puerta y la abrió.

—Sigue siendo la mitad que la suya —refunfuñó Loren.

Al escuchar esas palabras Estela se asomó desde la litera.

—¡Buenas tardes! —saludó Giner.

—Hola —respondió la subdirectora sujetando la sábana a la altura de su cuello.

Giner se fijó en la mesa, poblada con unas tacitas y una lata de pastas abierta.

—Estábamos tomando el té —se excusó Loren.

—Claro, claro. No tiene que darme explicaciones, lo entiendo. Las cosas se complican y… en fin. Sé de lo que me hablas. Son buenas esas pastas del Lidle. ¿Puedo? —Loren señaló la lata con la mano y se cubrió de nuevo con la toalla.

—Lléveselas si le apetece. Dígame, que quería. ¿Qué es eso tan importante? —Giner movió levemente la cabeza hacía Estela—. No tenemos secretos.

—Ya. Se trata del Piteras. Tengo una pista fiable al cien por cien. Sé quien ha sido y dónde está.

Estela se tumbó y aguzó el oído.

—Me alegro un montón. —Loren colocó la mano en la espalda de Giner invitándole a salir.

—Loren. Somos un equipo. Necesito tu ayuda. Mo puedo hacerlo sólo

—Pero, es que ahora no puedo…

—Pensaba que vinieses conmigo a preparar la furgoneta…

—¿La furgoneta? —interrumpió Loren dando un paso atrás.

—Sí, con todo el equipo. Así de grave es. Soy consciente de las prioridades de cada uno. Mira, haremos lo siguiente: iré a la Academia Añoveros, dejaré todo listo y mañana con la fresca te paso a recoger. No te preocupes —tranquilizó Giner ante el intento de Loren de abrir la boca—, ya está arreglado con Sanz, mañana tenemos el día libre.

Estela permaneció tumbada, mirando al techo, sin perder detalle de la conversación. «La mitad que la suya», escuchaba una y otra vez en su cabeza.

—Mañana llega la resina epoxi para los suelos. ¡Y el sílice! Sabe que va mezclada con esa arena fina, se pone dura como el acero.

—Sí, sí. Todo es de calidad. Hablamos de Fili el Piteras. De sus asesinos, Loren. No podemos fallarle. Tú, ahora sigue con esta velada, tomad el té, bebeos unos vasitos de jerez y mañana será otro día. Voy a preparar unos extintores —murmuró y asintió con gravedad. Loren se llevó la mano a la frente.

—Está bien. Iré.

—Como en La Manga, Loren, pero esta vez en la capital. Te has montado un buen tinglado aquí, muy acogedor —reconoció Giner recorriendo la celda con la mirada—. Señora, les dejo con sus asuntos. —Cabeceó solemne y se marchó.

—¿Sabe lo que pienso, Giner? No están bien. Santos y usted necesitan ayuda. —El Director Añoveros pronunció estas palabras convencido y resignado ante la visita de su profesor titular, que no solo había abandonado el centro hacía semanas dejando a un alumno tan voluntarioso como inestable al mando de un curso, sino que ahora se presentaba en su despacho con la intención de apropiarse de material propiedad de la Academia para algo que no entendió bien y de lo que no quería saber más.

—Estamos bien, Añoveros, es una urgencia. Por supuesto yo pagaré de mi bolsillo todo lo que coja.

—Si me niego, ¿qué ocurriría? No, espere. Yo se lo diré. —El director detuvo la contestación de Giner—. Vendrá usted esta noche y cogerá de todos modos. Lo sé —aseguró encogiéndose de hombros—. Esto no puede seguir así. El mes que viene comenzamos un curso para albañiles y no hay profesores en el centro. ¿Qué se cree que va a hacer la Junta de Castilla y León? También se lo diré: denegarnos el curso. Tendré que cerrar y ustedes se irán al paro. Y puede que yo a esa cárcel que están dejando tan bonita. Por cierto, el profesor ayudante Santos sale mucho por la televisión. Ha cambiado de aspecto.

—De albañilería, dice… —Giner enlazó sus ideas como en esos pasatiempos en los que se unen los números con líneas para forma una figura—. El curso se hará y, es más, la reforma de la academia en la que lleva pensando tantos años, también.

—Roben ustedes un par de bancos de camino hacia donde sea que vayan.

—Pues ya le he dicho vamos a…

—No me lo diga. No quiero saberlo.

—Renovaremos las instalaciones y gratis. Esta academia será la envidia de la provincia.

—Ya ¿y los fondos?

Giner punteó con el dedo corazón en su pecho.

—Yo me encargo. Un curso de quince alumnos, gente de sobra. Confíe en mí. ¿Acaso he fallado alguna vez? Crea, Añoveros, crea. Esa es la clave.

—Si ya creo… e incluso rezo a veces. —Extendió la mano hacia la puerta y ladeó la cabeza dando permiso a Giner para cargar su furgoneta con solo Dios sabía qué.

El famoso baúl de madera de caoba del Profesor Ramón Giner estaba desentrenado. La última vez que se había usado fue en una operación en La Manga del Mar Menor hacía un par de años. Apenas había material en su interior y, este, por su carácter explosivo,

inflamable y otros cuantos «able» y «ante», no era de fiar. Desde luego, no lo iba a tirar, le había costado mucho trabajo fabricar todo lo que había allí dentro. Era una labor que exigía conocimientos de muchas ramas como la física, química, militar, relojería, sanidad, conservación de alimentos… y requería de unas manos hábiles, un pulso a prueba de cualquier susto y una determinación implacable. Bombas de humo, granadas de diferentes tamaños, ampollas con líquidos que derretirían casi cualquier cerradura, comprimidos que al humedecerse en la boca de alguien le harían soltar más humo que una comunidad de vecinos con caldera de carbón. Todo un conjunto de pequeñas armas de probada eficacia que habían salvado sus vidas en el pasado a riesgo de poner en peligro la de otros.

Ante la falta de tiempo material para renovar los productos elaborados, Giner se decidió por acumular materia prima en suficiente cantidad como para separar alguna pequeña península del continente al que estuviese unida. Pensó en Loren y en lo mal que se le daba el pesar a ojo, por lo que añadió una vieja pero ejemplar balanza por si hiciese falta. Dejó en el aula polivalente dos extintores de Co2 y cargó los otros diez en la furgoneta. Echó un vistazo rápido a la caja de herramientas y, con la resignación de quien debe conformarse con lo que tiene, la cargó. Al no saber lo que iban a encontrar tomo la decisión de no cargar nada más e irse a descansar.

Saludó a Añoveros con la mano, tras reclamar su atención con un toque en el cristal de la ventana de su despacho. Si no entró a despedirse fue por el director. Otra conversación con su jefe solo hubiese retrasado la partida y sembrado dudas en un hombre de fe.

CAPÍTULO 32. Artesanía.

68

La Directora en funciones del C.N.I. golpeaba con la parte trasera de un Bic sobre su mesa. Tras unos segundos observando al agente que tenía frente ella y no recibir contestación a su silencio preguntó de nuevo.

—¿Nada de nada?

—Nada, señora. Ni en los pisos francos, ni hoteles reservados, ni almacenes en la costa, ni aeropuertos. Se ha esfumado.

—¿Y de los dos agentes raritos?

—Se sabe que ese día salieron en una furgoneta de apoyo, la que ha salido en las noticias. No hay rastro.

—¿Y qué vamos a hacer? —La directora se levantó—. Dígame, ¿existe alguna remota probabilidad de que esa furgoneta relacionada con la muerte de los gatos y que todo el mundo dice que es del Ministerio, sea la furgoneta que se llevaron?

—Supongo que sí, probabilidades debe haber.

—Seguro que alguien lo ha comprobado, ¿verdad que sí?

—Bueno, seguro, seguro…

—Compruébelo. Le quiero aquí en media hora. —Le señaló la puerta.

La directora se sentó abatida. Estaba segura de que nadie había revisado nada y que esos dos patanes se habían cargado una manada de gatos. Pero, ¿por qué? ¿En qué andaban metidos? ¿Fue orden directa de Bonet? ¿Tendría relación con el muerto desdentado? Puede que jamás descubriesen la verdad.

Desde que se hiciese público el horrendo crimen de los gatos, en el Ministerio de Defensa pasaron días intentado averiguar si esa Mercedes Vito era suya. Ese asunto puso nerviosa a mucha gente, el propio Jefe del Estado Mayor llamó personalmente a varios cuarteles para indagar sobre el vehículo y cerciorarse de que no era un bien del ejército. En el ámbito de la Subsecretaría de Defensa todo eran oscurantismo y pegas, se aferraron al clavo ardiendo del deseo de que no tuviesen nada que ver. Desde la Secretaría Política lo negaron todo, incluso antes de tener detalles o saber si alguna acusación se refería a

ellos, sus vehículos estaban controlados. El gobierno comenzaba a dividirse: desde el Ministerio de Medio Ambiente retiraron la palabra a los «asesinos» de Defensa, así lo manifestaron en comunicado público por el canal habitual: Twitter. La crisis de gobierno estaba servida.

El CNI tardó en ofrecer una respuesta clara y contundente. Cuando en el gabinete del ministerio se supo que el Director Alonso Bonet había desaparecido, comenzaron a calcular las dimensiones del desastre y el radio de alcance de las salpicaduras.

Hubo muchas llamadas al más alto nivel. Desde que la niña apareció en televisión, las conversaciones se centraron en preparar un discurso para declarar la culpabilidad de Bonet y sus secuaces.

Dar con Bonet, llevarle al Centro y si era necesario ante la justicia, se convirtió en el objetivo de la directora en funciones. Con el paso de los días todo el mundo se conformó con lo segundo.

Pasados veinte minutos, la Directora interina tenía ante ella al agente. A pesar de estar los dos solos en el despacho el hombre miró a los lados con precaución y se inclinó hacia la directora.

—Tenemos una pista —susurró.

—Adelante —animó ella en el mismo tono.

—La furgoneta es nuestra. Venía de Salamanca. También la captó una cámara en el peaje de A-6. Estuvo en la autopista, en el área de servicio en la que murieron los gatos. Es muy probable que exterminasen a esos gatos. El motivo: desconocido. El vehículo no llegó a entrar en Madrid, al menos no por la M-30, la ruta más corta.

—Bueno, vamos avanzando. Hable más alto, agente.

—El Centro tiene una propiedad en el sur, en un polígono abandonado… Se rumorea que al Director Bonet le gusta ese lugar.

—¡Ah, sí! El polígono, sí. ¿Aún usamos ese lugar? Recuerdo las fotos de la obra. La Directora Izaskun se dejó el alma en el proyecto.

—Las instalaciones de El Pringoso son de acceso restringido, solo nivel uno. Para casos especiales, de vida o muerte, digamos.

—Pues este lo es. Ya se están poniendo en camino. Si no tiene nivel uno, ahora mismo llamo para que le den una tarjeta.

—¿Cuántos vamos? —preguntó el agente antes de salir del despacho.

—No sé, depende del miedo que tengan. Un par, como siempre.

Mónica y Bonet dejaban que corriese el aire entre ellos. Tenían una relación satisfactoria en el búnker. Desayunaban, comían y cenaban juntos. Dormían como pareja las horas en que Bonet permanecía en la cama, que nunca eran más de cuatro consecutivas. Poco a poco se iban entendiendo en plano sexual. Estaba claro que allí dentro «El Director» tenía unas obligaciones en las que ella ni se metía ni preguntaba. Entre los dos mantenían todo limpio y en orden. Ella tuvo que buscar actividades para el tiempo libre del que disponía, que era mucho. Se decidió `por la cultura: Había una amplia colección de libros de los que regalaban con la prensa dominical hacía años y una estantería llena de películas VHS, con pantalla y reproductor de calidad. Básicamente leía y veía películas. Estaba muy a gusto allí. Llegó a plantearse si sufriría alguna variante del Síndrome de Estocolmo o Suecia al completo. Lo descartó, la persona con la que convivía también era prisionera.

Mónica dejó de temer por su vida, fue el modo en que Bonet la tapó con la sábana y acarició su mejilla una mañana fresca, según pudo escuchar a duras penas en un viejo transistor que a veces se escuchaba con claridad.

No tuvo más remedio que reconvertir sus apetencias sexuales en sesiones de misionero o ella sentada encima si bebían vino antes. Pensó en varias ocasiones llevar a Alonso a otra dimensión en el plano del sexo. No se atrevía, era un hombre tradicional, un director.

«¡Mi máquina!», se le escapaba en ocasiones. Ella no tenía conocimientos de mecánica ni electricidad, más allá de cambiar las bombillas fundidas. Tantas veces que disfrutó de ese aparato y nunca se detuvo a comprobar su funcionamiento. No le interesó reparar en la forma en que se generaban los movimientos de avance y retroceso, ni cómo estaban dispuestas las tuercas, gomas, o bielas. Cerraba los ojos, concentrándose en el mecanismo. Era imposible, sólo veía los cabezales, de ellos si podría haber reproducido cada vena.

Estaba segura de que en ese sótano podría encontrar lo necesario para fabricar algo artesanal que la aliviase las horas que Bonet pasaba son sus asuntos. En la cocina se fijo en un pasapuré tradicional. Giro la manivela despacio, después más rápido. Lo observó desde varios ángulos, podría desmontarlo sin problemas. Ya tenía la base para el movimiento de avance, había que conseguir que retrocediese y volviese hacia adelante. Se dirigió hacia el pequeño taller tan llena de esperanzas como excitada.

Tras mucho trastear con correas, piñones, bridas, tornillos, pasadores y elementos de los conocía el nombre, desistió. Sacaría

partido al misionero. Intentaría que Bonet apurase bien la próxima botella de Rioja y comenzar a experimentar poniéndose a cuatro patas.

Salió de la sala de mantenimiento tapándose los ojos, las pocas veces que entraba allí intentaba no mirar los bidones azules, «en cuáles estará Eduardo», se preguntaba. Se sentía mal por no echarle de menos. Su muerte no la hizo sufrir lo que esperaba. Ya le lloraría en el futuro. «La supervivencia es lo que tiene, te vuelves egoísta».

CAPITULO 33. Buena memoria.

70

Apenas habló Loren durante la primera parte del viaje a Madrid, se había empeñado en que Estela les acompañase, Giner no transigió: «No dudo de su carácter y valía, Loren. Es por su bien, no sabemos lo que vamos a encontrar, puede que tengamos que ser expeditivos. La podrían despedir de por vida».

Tras desayunar en un área de servicio de la autopista, el ayudante Santos ya presentaba mejor talante.

—¡Mire!, Google me pide que valore el restaurante. —Loren mostró su teléfono a Giner.

—Pues hazlo, hombre. Pero ten cuidado, mira lo que le ocurrió al Piteras. Saben todo de nosotros, dónde estamos, qué comemos y no se conforman, quieren que se lo digamos a todo el mundo. Son insaciables.

—Así la gente sabe si es bueno o no.

—¿Tú crees? He visto por ahí varias reseñas de mi libro y soy muy precavido. Ya sabes que mis libros provocan heridas y la sangre no le gusta a todo el mundo. Dime, Loren, ¿cuántas estrellas pondrías a las tostadas al croissant, la tortilla de patata y los cafés que hemos tomado? Ten en cuenta que nos han, bueno, me han cobrado casi treinta euros.

—A mi me han gustado mucho. Cinco estrellas.

—Adelante entonces y, si te parece bien, añade lo siguiente: «A mí me han gustado, son lo mejor, y lo único, que se puede encontrar en cien kilómetros sin salir de la autopista. Si tiene que pagarlos usted mire bien los precios, están escritos en pequeñito y se ven a través de la vitrina. Posdata: la estafa debería seguir siendo un delito» —dictó Giner—. Dale un toque personal.

—¿Por qué no lo escribe usted?

—No me lo ha pedido y, aunque lo hiciese, jamás lo haría. Pero, créeme si te digo que un día volveré a este lugar y de un modo u otro se lo haré saber y me cobraré lo que me acaban de robar. Debo hacer cuentas de lo que realmente costaba el desayuno.

—Pues a mí me ha gustado.

—Y a mí.

Prosiguieron el camino, cruzaron el túnel de Guadarrama en silencio.

—¿Cuánto queda? —Loren se aburría.

—Muy poco, estamos cerca.

—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos?

—Lo primero es reconocer el terreno. Estudiarlo. Averiguar dónde está la furgoneta de esos asesinos.

—¡Ah! Que no vamos a tiro fijo.

—No creo que tardemos mucho en dar con ellos.

—Volveremos pronto ¿no?

—Lo más rápido posible.

—Tengo que entrenar, falta poco para el concurso de microrrelatos.

—¿Ya tienes pensado lo que vas a escribir?

—Bueno, hay varias ideas rondándome la cabeza. Todo dependerá del líquido que sea capaz de sacar. Espero que no me atenacen los nervios.

El móvil de Loren cantaba la ruta a seguir, Giner se negó a marcar la ubicación en el suyo para que la aplicación *Maps* les guiase.

El profesor se colocó en el carril derecho mucho antes de que la voz avisase de la salida para incorporarse a la M-50. «Quedan doce minutos», informó Loren.

La Ebro de Giner dejó a su izquierda el *skyline* de Madrid, «un monstruo», calificó Giner. A los veinte minutos se plantaron en la entrada sur del Polígono El Pringoso.

—Un nombre un poco raro para un polígono —caviló Loren.

—Hoy en día todo es raro, no sabe uno qué pensar.

—Tengo que mear, mejor antes de entrar. A ver qué tal me queda. Mire ese muro está muy bien.

Giner torció el gesto y detuvo el vehículo.

No había movimiento en la zona. Desde allí se oía el denso tráfico de las autopistas cercanas, aunque los vehículos parecían tener alergia a esa zona. Solo un coche con un par de tipos pasó en sentido contrario. Redujo la marcha al pasar junto a Loren y continuó sin más.

La Ebro de Giner se detuvo en la entrada, los boquetes en el asfalto se presentaban amenazantes. Giner superó unos cuantos y paró el motor.

—Este lugar está hecho polvo. Como metamos una rueda no salimos.

Tras casi una hora de retraso por problemas con el vehículo de Carrasco y Marín, pusieron rumbo a Madrid. Condujo Carrasco, que parecía más tranquilo, no soltó ni un solo taco en los garajes de comisaría mientras instalaban una batería de recambio en el viejo Opel Kadet, el único coche camuflado que no estaba comprometido para ese día.

La radio les acompañó durante el viaje. Tertulias y noticias. Marín cambiaba de emisora cada pocos minutos, «hay que informarse desde todos los ángulos», recomendó. Pronto quedó patente que las emisoras, aunque generalistas y de alcance nacional, informaban de países distintos.

—Es increíble como retuercen la realidad —se quejó Marín con indignación—. ¿No te parece? —Se aventuró a preguntar a Carrasco a sabiendas de lo delicado de mantener una conversación sobre política con un compañero de trabajo.

—Quién no responda a las preguntas con datos concretos, demostrables, ese es quién miente.

—Hasta eso lo manipulan.

—La culpa la tiene siempre el que manda. El responsable, sea quien sea. Quiénes cobran por eso. Además, ellos se ofrecieron ¿no? A las elecciones no se presenta nadie obligado…

—Vete a saber, Carrasco…

Asomaron por el horizonte los rascacielos de la Castellana, se incorporaron a la M-50. En poco rato el tráfico desapareció, estaban rodeando el Polígono El Pringoso.

Vacío y desloado. Solo les llamó la atención una antigua furgoneta Ebro, muy bien cuidada, con los bajos de la carrocería panelados en madera y junto a ella un hombre orinando sobre un murete blanco. Se desplazaba hacia su derecha con rápidos y precisos movimientos, estaba escribiendo algo que no pudieron leer.

No tenía mucha lógica que un polígono tan bien conectado y planificado hubiese caído en el olvido, por mucha obra de colector y paletos corruptos que habitasen sus naves en el pasado. Ese lugar podía dar dinero. Resultaba muy extraño que ningún político se hubiese interesado en reactivar el lugar. Serviría para dinamizar la zona, crear empleo y nuevas oportunidades de corrupción.

—El polígono pertenece al Ministerio de Defensa —informó Carrasco tras colgar el móvil.

—Es aquí.

Rodearon el polígono, calcando el mismo recorrido que la furgoneta Mercedes, para llegar a la entrada norte. El trayecto lo

hicieron con cierta tensión, esperanzados y con euforia contenida. Sabían que se podían encontrar con cualquier cosa, la mayoría de ellas, peligrosas. Esos tipos habían secuestrado a dos personas y asesinado a una sin piedad en pleno centro de Salamanca. Por no hablar de la extinción de los gatos de la autopista A-6. Con dos policías curiosos no se andarían con miramientos. Era gente preparada, dispondrían de armas y recursos de los que ellos solo habían oído hablar en los cursos de formación. Las ganas ahuyentan el miedo.

Al ver la entrada, Marín paró el Opel y dejó el motor al ralentí.

—Carrasco, puede que esto no sea fácil. Estamos a tiempo de parar y olvidarnos del asunto.

—Tengo muy buena memoria, cada día me cuesta más olvidar las cosas.

Marín sonrió.

El coche se acercaba a la entrada, la leve subida mostraba los boquetes en el firme, como si hubiesen bombardeado la zona.

—Será mejor dejar el coche fuera —Marín detuvo el motor.

—La furgoneta ha tenido que sortear todo eso.

—Porque sabía por dónde ir.

—Imagino que tendrán cámaras instaladas. No podemos contar con el factor sorpresa.

—Mejor así. No me gustan las sorpresas, Carrasco.

Cruzaron dos miradas cómplices y entraron a pie en el Polígono El Pringoso, antes conocido como Los aceiteros.

CAPITULO 34. ¿Quiénes sois?

72

Desde uno de los monitores de la sala de control, Bonet seguía con atención los movimientos de una furgoneta que acababa de acceder al polígono por la entrada sur. Se detuvo a los pocos metros, entre los baches. «Ahora os toca salir marcha atrás, brutos», pensó. Dos hombres bajaron del vehículo. «Joder, una Ebro», expresó en voz alta tras ampliar la imagen. Los dos tipos miraban adelante y atrás. El más alto se rascaba la barbilla, el más menudo la cabeza. Buscaban soluciones. El bajito se adelantó, comprobaba la distancia entre baches, calculaba la anchura de la furgoneta a ojo acotando con las manos. Intentaba trazar una ruta para acceder al polígono. «Qué cojones buscarán aquí», Bonet empezó a preocuparse por tan siquiera tener la osadía de intentar circular por esa calle. El más joven colocó sus dedos en las sienes mientras observaba el asfalto. Tras unos segundos las retiró, dio una palmada y hablo a su compañero.

El alto, tras dudar, subió al vehículo y comenzó a avanzar con lentitud. Bonet amplió la cara de la persona que guiaba el camino con solvencia. «¡Qué hijo de puta!». Ese tipo conocía el patrón de avance. No era del Centro, y desde luego tampoco policía. Tenía la tez muy morena y un cuerpo fibroso. Llevaba un mono de trabajo destrozado con unas botas de albañil. «Estos vienen a por cobre», se tranquilizó Bonet.

Se giró para coger la taza de café que tenía en el otro extremo de la mesa y sus ojos se clavaron en otro monitor. Dos hombres a pie en la Avenida de las Etiquetas. Bajaban por la acera de la izquierda, en la que no había ninguna nave. Hizo rodar su silla hasta situarse frente a la pantalla. Torció el gesto. Observaban todas las fachadas de enfrente. Bonet amplió la imagen todo lo que pudo, no podía distinguir sus caras con nitidez. Al llegar a un cruce pararon un momento, decidieron girar a la derecha, por la Calle Tapones. Se situaron uno en cada acera, caminaron sin perder detalle de las puertas de entrada. «A estos no les interesan los metales conductores». Se dejó caer sobre el respaldo y jugueteó con la perilla.

Mónica, tras desayunar y mientras Bonet estaba en la sala de vigilancia, decidió ver una película. Los dedos de su mano derecha

fueron pasando por el piano vertical que formaban los lomos de las cintas VHS. Se detenían ante la duda, avanzaban de nuevo, retrocedían y bajaban al siguiente estante, como quien entra en un parking vacío y al final tiene que hacer maniobras para estacionar, no se decidía. Abrió una doble puerta del mueble, había más cintas. Se extrañó, todas eran iguales: contó diez copias de La Muerte tenía un precio. Clint Eastwood había decidido por ella. Tiró fuerte de una de las del centro, las que estaban a los lados cayeron al suelo y las fundas se abrieron. Se agachó a recogerlas esperando que no se hubiesen roto. En las etiquetas de las cintas, escritas a rotulador aparecían nombres de lugares y fechas: Praga-1987, Madrid-2020, Huelva-1994, Pierrefonds-2009. Estaban sin rebobinar. Miró hacia la puerta. Algo le decía que era mejor que no las viese. Introdujo la del año 2020 y pulsó el mute del mando a distancia. Volvió a mirar hacia la puerta. Comenzó la reproducción. Era la sala donde ella había estado atada y amordazada. Alguien con una capucha estaba sentado a la mesa en la que ahora jugaban a las cartas. Un hombre con el pelo rubio y rizado se acercó al encapuchado y con un movimiento brusco estampó su cara contra la mesa. Pulsó el stop, extrajo la cinta y volvió a guardarla con las demás en el mueble. Revisó una a una. En la última llevaba estampada la etiqueta de la película de Leone y escrito en un hueco «para borrar». Inquieta, decidió ponerla para distraerse de lo que acababa de ver. La película comenzó y sonaron los primeros acordes de la banda sonora. Su cabeza se pobló de conjeturas, conclusiones y miedo. Aunque miraba la pantalla sin pestañear, la única imagen que veía era la del Piteras tirado en su calle a la puerta del bingo mientras sonaba el arpa de Morricone y el inconfundible silbido. Un escalofrío recorrió su espalda, un corsé de ansiedad oprimió su estómago y una flecha impregnada con el veneno del desengaño atravesó su corazón.

La Ebro de Giner avanzaba sin descanso, metro a metro, sorteando agujeros. Por algún extraño motivo Loren parecía haber encontrado el paso entre los acusados baches. Llegaron a un cruce, detuvo a Giner con gestos de operario de aeropuerto. Echó una carrerita hacia la calle de la izquierda, dio unos saltos y volvió muy satisfecho hacia la furgoneta para indicar al profesor que girase.

A punto estuvo Giner de meterse en uno de los baches artificiales. Los golpes de Loren en la chapa le detuvieron en seco. Volvió todo el volante, unos centímetros marcha atrás y enfiló la Calle de la Ansiedad. Recorridos unos metros Lorenzo Santos levantó los brazos y los cruzó en alto como si estuviese ante un avión. Giner giró la llave y el motor de la Ebro se detuvo tras agitarse con pesadez bajo el capó.

Bonet, en alerta por tanta visita inesperada, alternaba la visión de los dos monitores siguiendo a sendas parejas de intrusos.

—¿Quién cojones serán? —elevó el tono de voz.

En una pantalla, los tipos de la furgoneta frente a la puerta de la nave; en la otra, la pareja de a pie merodeando por todo el polígono.

—¿Qué coño estarán mirando?

No entendía como con la cantidad de naves que había allí, todas de aspecto parecido y apariencia de abandonadas, podían haberse detenido precisamente en la suya.

Amplió la imagen para verles bien las caras. Los dos movían la cabeza despacio, de un lado a otro como si estuviesen viendo un partido de tenis a cámara lenta.

—¿Quién os envía? ¿Para quién trabajáis? —preguntó mirando fijamente al monitor, devanándose los sesos. —¿No seréis…? No. Es imposible.

Recordó un grupo especial del que le ofrecieron formar parte hacía más de dos décadas. Una colaboración entre unidades de inteligencia de varios países. Él rehusó, le pareció demasiado peligroso. Realizaron operaciones como infiltrados en grupos de delincuencia organizada con gran influencia política en Centro América, financiaban campañas políticas locales con el dinero de la droga para hacerse con ayuntamientos pequeños, pero claves en diferentes zonas portuarias. Solo con saber que el entrenamiento se llevaría a cabo en el Pozo del Tío Raimundo y en Las 3000 viviendas, a pesar del salario, agradeció el ofrecimiento pero lo rechazó. Puede que ese grupo siguiese operativo, desde luego no con ninguno de sus hombres. Esos dos no tenían rasgos americanos podrían ser de Oviedo, Huesca o El Puerto de Santa María. ¿Qué estarían mirando hacia un lado y al otro de la

nave? Una cosa le quedó clara, estaba perdiendo facultades: «de robar cobre, nada».

Unas calles más arriba, Marín y Carrasco continuaban su ruta de reconocimiento intentando dar con algún detalle que delatase actividad, un extractor de aire funcionando, algún destello, humo saliendo de alguna pequeña chimenea, un ruido, un olor inusual… Alberto se detuvo de repente, tocó el hombro del inspector Marín con una mano y con la otra se señaló la oreja. Pasaron unos segundos y escucharon el golpeo de algo metálico. A los pocos segundos se repitió de nuevo.

—Vamos. —Carrasco enfiló la Calle de la Ansiedad. Marín desabrochó la funda de su pistola.

Se detuvieron al divisar a lo lejos la misma furgoneta que vieron al llegar al polígono, cuando aquel hombre escribía algo mientras orinaba.

Avanzaron pegados a las paredes, protegidos por las ramas de arbustos sin cuidar que salían de los huecos de la vallas y muros, crecido salvajes buscando la vida entre las grieteas del hormigón, el granito y el asfalto. Los dos hombres hablaban en la parte trasera la furgoneta. Con los portones traseros abiertos como dos orejas de niño juguetón y esos faros cuadrados e inocentes, la Ebro tenía cara de buena persona. A medida que se acercaban les escuchaban discutir.

—¡Si aquí no hay nadie, hombre! —Loren era partidario de volar la puerta metálica de la calle con unos cartuchos de dinamita.

—Y queremos que siga sin haber nadie. Es excesivo, Loren. Se escuchará a dos kilómetros. Si hay alguien dentro, como mucho me temo, se pondrían en alerta y, no esperes gente dialogante. Derretiremos el mecanismo del candado con ácido y clorato potásico. Serán unos minutos. Hágame caso. Cada producto tiene su función. Solo destruiremos si es necesario.

—Pero si tiene una escalera.

—Sí, la telescópica.

—¡Pues ya está!

—Bien visto, Loren. Estos productos son muy caros. Le prometí a Añoveros que los pagaría de mi bolsillo.

Bonet no podía ver lo que tramaban esos dos tipos en la parte trasera del vehículo. No reparó tampoco en el avance de los dos policías que ya se encontraban solo a unos metros de la entrada al bunker del CNI.

Los de la furgoneta se plantaron de nuevo frente a la nave y volvieron a mover las cabezas de un lado a otro un par de veces hasta que comenzaron a desplegar una escalera de aluminio.

Bonet vio claro que se disponían a entrar.

—¿Qué cojones?

Buscó con el ratón las cámaras del interior de la nave, sabía que algunas de piso de abajo no funcionaban debido al disparo que atravesó el cráneo de Sánchez durante el abrazo que le propinó. Conectó las del piso de arriba, buscó la que enfocaba la puerta de entrada. No podía creerlo: la puerta de hierro de la nave se deslizaba con suavidad por las guías. Se abría y cerraba una y otra vez.

CAPÍTULO 35. Como Dios manda.

74

El asiento de la silla quedó girando. Bonet salió corriendo de la sala de vigilancia, llegó al final del pasillo y entró en la sala de mantenimiento. Apartó unas cajas de botes con leche en polvo y cortó el generador eléctrico que se alimentaba de las placas solares instaladas en la cubierta de la nave. La luz se apagó. Al instante se encendieron las luminarias de emergencia.

En la habitación de recreo, la televisión y reproductor de vídeo se apagaron. Una pequeña luz de color verdoso sobre el marco iluminó la puerta de salida. Mónica tiritó. Estaba claro que el Director la estaba controlando. Había llegado su hora. Permaneció sentada en la butaca atenazada por el miedo que, unido a una profunda sensación de tristeza y resignación, la hundían en el cómodo respaldo. A la falta de valor para actuar se unían la ausencia de ganas y la desilusión. Mal coctel para beber antes de tomar decisiones. De nuevo la vida le repartía cartas perdedoras. Reflexionó con una sonrisa sobre la ironía de vivir frente a un bingo y tener tan mala suerte. Soltó un «ja». La puerta se abrió. Los pasos de Bonet se escuchaban acercándose a su espalda. No se volvió.

—Mónica, ha llegado la hora.

—¡Qué ilusa soy! —Se lamentó cuando tuvo en frente al director—. Llegué a pensar que este momento nunca llegaría.

—Yo también, pero siempre supe que podría ocurrir. Ponte ropa cómoda y unas deportivas. —Mónica levantó la cabeza y le miró a los ojos con entereza.

—Déjame que antes te pregunte algo. ¿Por qué esa película? Tienes diez copias… ¿Conmigo también la vas a usar? Solo queda una por borrar.

—¿Qué te pasa? ¿De qué hablas?

—Sí. La muerte tenía un precio… ¿Por qué esa?

—Porque no me gusta.

—¿Y la música?

—Tampoco. —Bonet sacó dos pistolas automáticas que llevaba a la espalda y acercó una hacia Mónica. Ella cerró los ojos y suspiró. Bonet hizo girar el arma en su mano, de la culata pasó a sujetarla por el

cañón—. Cógela. —Ella abrió los ojos y vio la pistola en dirección contraria a como hacen daño—. Tenemos que prepararnos, nos han encontrado. No tardarán mucho en bajar. Te enseñaré como se usa.

—Entonces, ¿no vas a matarme? —extendió despacio la mano hasta la pistola.

—¡Claro que no! ¿Por qué piensas eso?

—La muerte tenía un precio, la música, la luz, mi mala suerte…

—Yo… te quiero. Esperaba pasar todo el tiempo posible aquí, contigo. Si fuese necesario ya encontraríamos la forma de salir. Y si no era así, estaba tranquilo porque estabas tú. Tenemos la baraja, los libros, esos inventos en los que estás practicando…

Mónica se levantó de la butaca de un salto y le abrazó.

—¿Quiénes son? Los que vienen a por nosotros. —Mónica le arrebató el arma con decisión.

—Me tienen desconcertado. La verdad es que no estoy seguro, podrían ser los tipos más preparados o los más estúpidos. No nos va a quedar más remedio que averiguarlo.

Al contrario de lo que pensó Bonet, al apagar el generador la puerta de entrada no se cerró al completo, sino que se detuvo en el instante que dejó de fluir la energía en el motor. Ahora sí, Giner y Loren vieron las puertas abiertas. Reflexionaron un instante bajo la atenta mirada de Carrasco y Marín, escondidos en la entrada de la nave contigua.

—Vamos a hacerlo como Dios manda —decidió Giner.

Loren sonrió, retiró la escalera posada sobre la verja de la calle. Giner se acercó tirando de la gran caja de caoba con ruedas. La abrió y extrajo un tubo de ensayo de uno de los huecos. Loren se agachó junto al profesor.

Marín dio un pequeño codazo a Carrasco, hizo un gesto para salir y pillarles desprevenidos.

—¡Buenas tardes! —voceó Marín a escasos metros de la caja.

—Buenas tardes —contestó Giner alzando un momento la cabeza para acto seguido seguir con lo suyo.

—Buenas —saludó Loren, que sujetaba el tubo mientras Giner vertía diferentes productos en él —Debería pesarlo…

—No es necesario, tengo buen pulso.

Los policías se detuvieron junto a ellos. Loren miró sus zapatos, levantó la cabeza y dio un golpecito a Giner en el antebrazo que le hizo verter fuera del tubo un poco de clorato potásico enriquecido con algo que nunca quiso confesar el profesor. Levantó la cabeza con gesto de lamento y vio las caras de Marín y Carrasco.

—¿Sí? ¿Qué querían? —preguntó Giner.

—¿Qué están haciendo aquí? —inquirió Marín.

Loren miró hacia los lados.

—¿Aquí?, ¿dónde?

Carrasco temió que la cosa se iba a complicar. Nadie que no estuviese muy preparado respondería a una pregunta tan concreta con otra dos tan reiterativas, evasivas y estúpidas.

—Somos profesores —intervino Giner—. Llevamos a cabo un estudio sobre metales, tanto de su composición como de su descomposición. —Giner se incorporó. Carrasco y Marín retrocedieron dos pasos sujetando, sin desenfundar, las armas que llevaban bajo la ropa.

—¡Tranquilos! No les vamos a comer —sosegó Giner.

—Somos policías. ¿Quién coño son ustedes? —preguntó Marín.

—Respondan, no compliquen las cosas —apaciguó los ánimos Carrasco mostrando su identificación. Giner le hizo un gesto con el índice y enseñó su identificación de formador de la Cárcel de Tresmozos I.

—Y… ¿Qué les trae por aquí señores? —Pregunto jovial el profesor. No contestaron—. Vale, vale, vale. No pueden hablar… Algún retorcido caso de crimen organizado. No les está permitido dar detalles. Lo entendemos. ¿Verdad, Señor Santos?

—Claro que sí, Señor Giner —apostilló Loren molesto porque hubiese dicho su nombre.

—O sea que trabajan los dos en la cárcel de Tresmozos… Me parece mucha coincidencia —dejó caer Carrasco.

—La misma que ustedes sean policías —dedujo Giner.

—Mi compañero se refiere a esa cárcel en concreto. —Marín dio un paso al frente—. Están pasando muchas cosas en esa cárcel.

—No quiero ser impertinente, pero apuesto a que en su trabajo pasan más cosas que en el nuestro. Estamos en Tresmozos porque nos llamaron. Llevamos años trabajando juntos. En realidad seguimos en la Academia de Formación Añoveros, lo de la prisión es… temporal, digamos.

Marín seguía alerta, o esa gente eran unos verdaderos profesionales que les iban a cortar el cuello sin que se diesen cuenta o estaban ante dos verdaderos tarados que se habían enterado del lugar Dios sabía cómo.

—Se acabó la tontería —zanjó Marín—. ¿Qué cojones hacen precisamente en esta nave?

Loren reculó en cuclillas.

—No veo por qué tiene que ponerse así, amigo mío —se indignó Giner—. La misma pregunta podríamos hacérsela a ustedes. Y con más educación.

Carrasco, sin embargo, veía el lado inofensivo y sincero de esos tipos. La furgoneta, sus ropas, la extraña caja, su desdén porque nadie viese lo que hacían, esa naturalidad del inocente, el atrevimiento de quien desprecia las consecuencias del destino y atrae a las caras de la suerte como un imán.

—Investigamos un caso de asesinatos y secuestros. —Se la jugó el agente Carrasco deteniendo a Marín con la la mano.

—Nosotros solo de asesinato —confesó Loren.

—Nos vamos entendiendo —aseguró satisfecho Giner ante un malhumorado Marín—. La verdad por delante, claro que sí. ¿Se puede saber quiénes son sus asesinados? Puede que alguno de ellos coincida con el nuestro. No le diré que podamos trabajar juntos, pero sí aunar ciertos esfuerzos que nos vendrían bien a los cuatro y mal a los culpables. Trabajar el doble para conseguir el mismo resultado es una estupidez.

Marín miró a Carrasco, resignado ante la imposibilidad de imponerse a la elocuencia de ese hombre.

—La dependienta de una tienda de instrumentos musicales en

Salamanca… —Giner negó con la cabeza y Loren chasqueó la lengua lamentándose—. Y un presidiario llamado Felipe Montes.

—Fili el Piteras. Ese es el nuestro —Se frotó las manos Giner.

Todos parecieron relajarse. Giner ofreció su mano a Carrasco.

—Ramón Giner.

—Alberto Carrasco.

—¿Carrasco? ¿No será usted sobrino de Del Río?

—Sí, le conoce.

—¡Hombre! —Giner miró a Loren— Loren, es el sobrino de Del Río. Pues claro que le conocemos, desde hace tiempo. Lleva la obra de la cárcel. Esto sí que es una coincidencia. Pero, hombre, si estamos aquí gracias a él. Bueno y a usted, muy detallados los audios que le envió.

—Un hombre muy discreto su tío —afirmó Marín con todo el sarcasmo del que fue capaz. Carrasco cerró los ojos.

—¿Y qué pretenden hacer con eso? —cambió de tema el joven agente señalando la caja de Giner.

—Pues mire, como la puerta de dentro está abierta…

—Pensábamos pasar con escaleras —interrumpió Loren.

—Pero tenemos todo estos productos y nos da mucho reparo no utilizarlos…

—Vamos a derretir la cerradura y meter la Ebro. A ver si podemos, porque está esto…—señaló Loren el asfalto.

—Derretirla… ¿Cómo?

—Aguarde unos minutos y pasaremos todos por la puerta, como debe ser, no saltando como los cacos. ¡A trabajar, Loren!

***

Desde la azotea de una nave cercana dos agentes del CNI observaban con escepticismo la animada conversación entre los dos tipos raros de la furgoneta y los peatones recién llegados a la puerta de la nave donde debían comprobar si se encontraba su aún director y jefe así como el motivo y las condiciones en las que se hallaba. Accedieron a la nave de enfrente por la puerta trasera desde la paralela Calle del Disgusto. No escuchaban la conversación pero veían cada detalle de sus caras con unos pequeños prismáticos, desde lo alto.

El ambiente entre los pasajeros de los tres autobuses de la empresa Transportes Viuda de Uribarri era de fiesta con matices reivindicativos. El volumen de cánticos se elevó al tomar la salida para incorporarse a la M-50. Los tres conductores llevaban en su GPS el mismo destino: Polígono El Pringoso.

Suele decirse, con razón, que «la policía no es tonta», al igual ocurre con un porcentaje difícil de determinar de la población civil. Los mismos métodos deductivos que utilizó el agente Carrasco para conocer el recorrido y la ubicación de la furgoneta utilizada por los asesinos y secuestradores, fue el usado por el movimiento surgido a raíz de la matanza de felinos de la autopista.

Canciones relacionadas con la temática amenizaban los últimos minutos del viaje: «Estaba el señor Don gato…» o «El gato que está triste y azul…».

A ellos se les unirían otros siete autocares venidos desde distintos puntos del país. Viajeros con mochila bocata y refresco; pancarta, camiseta y silbato. El Ministerio de Defensa les iba a escuchar en su guarida de asesinos.

CAPITULO 36. Apagar y encender.

77

A la vez que Mónica se vestía con un chándal y se calzaba unas zapatillas deportivas, el Director Bonet controlaba las cámaras desde la sala de vigilancia. La escalera ya no estaba. La puerta de entrada había quedado abierta. Revisó las cámaras del interior, no había movimiento. En el exterior, la furgoneta seguía allí, aunque ahora no se veía a nadie. Un destello llamó su atención. Provenía de una de las naves del otro lado de la calle. Amplió la imagen hacia el tejado.

—¡Vaya! Los que faltaban. La agente Segura y el agente Reyes.

La puerta de la calle se abrió. Fuera, el tipo alto de la furgoneta parecía explicar a los demás algo relacionado con la cerradura del con gestos expresivos y tajantes. Dos de ellos seguían sus palabras con mucha atención, mientras que el del mono de trabajo destrozado recogía utensilios en una gran caja de madera.

Lo peor de su oficio siempre fue el no saber contra que se enfrentaba. La mayoría de las ocasiones conocían el abanico de consecuencias: la expulsión directa del país dónde se llevase a cabo la misión y que les sacasen los colores; ser detenido en un estado extranjero, acusado de delitos de estado, esperando en una cárcel segura algún tipo de intercambio. Las menos, el ser envenenados o asesinados de algún modo más cruel y desaparecer para siempre.

Ante lo que se avecinaba no podía hacer ninguna previsión, menos estando en un espacio tan acotado, con escaso margen de maniobra y Mónica bajo su responsabilidad. Si llegaba el caso, explicar lo de los barriles de polipropileno iba a requerir mucha verborrea y capacidad de sugestión.

Bonet salió al pasillo. Mónica esperaba frente a la puerta de salida, iluminada por la luz de emergencia. Golpeaba el suelo con el pie derecho y se sujetaba la barbilla. Llevaba la pistola a la espalada, sujeta con el elástico del pantalón. Estaba muy sexy.

—¡Destruir cuando lo leas! —Exclamó la mujer—. ¡Quemarlo al terminar!

Bonet sonrió y se acercó a ella.

—¿Qué estás haciendo? —la abrazó desde atrás y la besó en el cuello.

—Se lo escuché a uno de los tipos de los bidones. Algo parecido, pero no lo recuerdo.

—Ya no funciona. Lo intenté casi cien veces. Eres preciosa.

Mónica echó la cabeza hacia atrás. La situación la excitó. Se había visto muerta en un bidón azul, y ahora, con una pistola en su cintura, se sentía renacida, poderosa, llena de confianza, decidida a defender ese sitio sin dar tregua. Notaba el paquete del director pegado a sus nalgas. Se encorvó hacia atrás y frotó su trasero contra él. La pistola no ayudaba. La cogió con la mano izquierda y, con la derecha, de espaldas, desanudó el chándal de Alonso. Bonet bajó de un tirón el de Mónica junto a las braguitas hasta la mitad de sus muslos. Comenzó a moverse adelante y atrás, sujetando a la mujer por las caderas, que se había doblado en ángulo de noventa grados, apoyando las manos en la puerta. La pistola golpeaba contra la hoja cada vez que Bonet embestía. Mónica gemía cada vez más fuerte.

—¡Sigue! ¡Vamos! —exigía fuera de sí—. Se veía reflejada en el acero inoxidable de la puerta, esa que no abría—. ¡Quemar después de leer! —exclamó Mónica.

Escucharon un sonido metálico, la cerradura cedió, la puerta se abrió y él último empujón de Bonet mandó a los al suelo del pasillo de salida. Ambos llegaron al orgasmo mientras perdían el equilibrio y caían. Ni el susto por la caída ni el disparo accidental de Mónica al techo, hicieron que sus cuerpos se separasen. Terminaron de lado, en el suelo con varios golpes en el cuerpo, apurando unos segundos más el orgasmo de sus vidas, el de la libertad.

Loren encabezaba la incursión en la nave cargado con una caja de herramientas. Se detuvo a los pocos metros de entrar.

—¿Han oído eso? —se volvió.

Todos negaron con la cabeza. Giner dejó la caja de caoba en el suelo y los dos policías no perdieron ni un segundo para soltar los dos extintores que llevaban.

—¿Qué pretenden con tanto extintor? —preguntó intrigado Marín —. No me lo diga. Van a incendiar todo esto y después intentar apagarlo.

—No —negó Loren convencido—. No es eso.

—Nunca se sabe, Martín. No cuesta nada traerlos.

—Marín, me llamo Marín.

Carrasco se desmarcó de la conversación, se dirigió hacia una esquina de la nave. Tiró de la lona que cubría la Mercedes Vito.

—Aquí la tenemos.

Bonet y Mónica, recompuestos y preparados de nuevo, entraron en la sala de vigilancia. Ella se quedó en la puerta, nunca había pasado de allí. El director la invitó a entrar.

—Acércate. Quiero que veas el problema.

—¿Quiénes son?

—Estos cuatro no lo sé. Fuera hay dos más. A esos sí les conozco.

Bonet descubrió todas sus cartas a Mónica en una explicación que duró apenas dos minutos, en lo que tres de los intrusos revoloteaban alrededor de la furgoneta Mercedes intentando abrirla, ver algo en el interior. Mientras, el del mono de trabajo tuneado le daba pataditas a las ruedas y los parachoques. «Mónica, no era un director normal, dirigía el Centro Nacional de Inteligencia. Ya sabes el C:N.I.», confesó Alonso Bonet.

—¿Y ya no lo diriges?

—No, creo que no.

—¿Y todos esos, quiénes son? —Mónica señaló el monitor de la entrada sur. Un numeroso grupo de personas descendía de unos autocares, en el más cercano se podía leer «Viuda de…» alguien de quién no podían leer el nombre.

—¡Será posible! —se alteró Bonet.

Uso el *zoom*. De la panza del vehículo comenzaron a sacar pancartas que los excursionistas, así los calificó Mónica, portaban con ilusión. Se trataba de dibujos y fotos de gatos. En una de ellas, más agresiva, escrito en letras negras que chorreaban gotas de sangre: «Ministerio asesino».

—¡Tengan cuidado! —Advirtió el cabecilla de la manifestación por un megáfono reuniendo a la gente que bajaba de los autocares—. Esto está lleno de agujeros. Es mejor que circulen por las aceras. Ayuden a los niños y las personas mayores. —El joven se volvió hacia el gran grupo indicando los laterales de la calle con la mano libre.

—¿Dónde debemos ir? —Se acercó a su altura una joven con gafas redondas que portaba una pancarta con un precioso ejemplar de angora.

—Esto está abandonado. Me he informado. Vamos a recorrerlo y a armar mucho ruido. Cuando se asome alguien, ahí es donde vamos.

Los silbatos y eslóganes contra el ministerio, el ministro, el gobierno, las autopistas y las furgonetas comenzaron a sonar por las distópicas calles del Polígono El Pringoso.

Bonet buscaba por los cajones del mueble de la sala de recreo.

—Recoge todo lo que llevabas encima al llegar aquí y mételo en la mochila. Nos largamos ya. Puede que tengamos una oportunidad.

—¿Podemos salir? ¿Las puertas se abrirán? —preguntó Mónica.

—Ya lo has visto. Debe haber sido al apagar el generador de energía solar.

—Pues eso es lo primero que hago yo cuando no funciona algo: apagar y encender. —Bonet no encontró réplica a ese método.

El plan de Bonet se basaba en la confusión que genera la muchedumbre, la turba sin objetico claro. Desconocía el motivo por el que el polígono se había convertido en lugar de peregrinación, eso les vendría bien. Quedarse en ese maravilloso refugio alejados del mundo hostil y maniqueo ya no era una opción. De todos modos siempre pensó que llagaría un momento en el que la baraja y el sexo se acabarían quedando cortos como actividades de ocio. Los libros no iban con él y, las películas, terminaría por aprendérselas de memoria. Si superaban la línea de ataque de esos cuatro intrusos, se mezclarían entre ese gentío para salir y comenzar de nuevo.

Los agentes Reyes y Segura no conocían las instalaciones. Bonet supuso que las demás puertas estarían abiertas o se abrirían sin problema al haber cortado el generador principal. Solo les hacía falta un poco de suerte.

Marín y Carrasco iban los primeros. Separaron con precaución las lamas que cubrían la entrada al pasillo que daba acceso a los subniveles.

—Deberían quedarse ustedes aquí —sugirió Marín volviéndose hacia Giner—. Es un asunto policial.

Giner juntó las palmas de las manos.

—Perdone que le diga, no escucho sirenas, ni veo coches con las luces giratorias. No hay uniformes ni radios emitiendo esos códigos numéricos con los que se avisan los policías. Seré franco, ustedes han venido por su cuenta. Como nosotros.

—Tenemos derecho a estar aquí —reivindicó Loren.

—Si lo dice por el peligro, no se preocupe. No tenemos miedo.

—De momento, no —matizó Loren.

—No necesitamos armas. Tenemos esto. —Giner dio unas palmaditas en su caja de caoba.

—Que quede una cosa clara —advirtió Carrasco—, nadie se va tomar la justicia por su cuenta. Nosotros detendremos a quien quiera que sea el culpable. Apreciamos su ayuda. Manténganse detrás de

nosotros y no interfieran. ¿Están de acuerdo?

—De momento, sí —aclaró Lorenzo Santos.

La pared del pasillo estaba abierta. A través de la puerta de acero entreabierta se veía la botonera del ascensor. La fría luz de la cabina parpadeaba caprichosa.

El pasillo no tenía más puertas, palparon las paredes en busca de alguna otra entrada o salida camuflada, no dieron con nada. Tuvieron que ajustarse en el interior del ascensor con la caja de caoba, la de herramientas y un par de extintores de anhídrido carbónico. No había ninguna placa con el peso máximo admitido ni partes de mantenimiento pegados en la pared. Carrasco posó el dedo sobre el único botón, subnivel 2. Se encomendaron todos a la incertidumbre y al presupuesto empleado por el gobierno en sus construcciones no declaradas. Comenzaron a descender con suavidad.

—¿Qué hacemos? —la agente Segura seguía con los prismáticos a pesar de que ya no había nadie en la entrada de la nave.

—Esperemos —sugirió el agente Reyes.

Comenzaron a escuchar voces y sonido de silbatos. A los pocos segundos, grupos desperdigados de transeúntes con pancartas aparecieron por ambos lados de la calle.

—¿Quiénes pueden ser, Reyes?

—Imposible decirlo, debe haber doscientas personas. Esperemos, a ver qué pasa. Fíjate en las pancartas, son gatos. ¿Cómo habrán dado con este lugar?

—Deberíamos llamar. Creo que tenemos un topo en el Centro.

El animador de la marcha consiguió una buena ayudante en la figura de la chica de gafitas. Comprometida con la causa, se reveló activa y audaz con las proclamas que los demás repetían tras escucharlas dos o tres veces por el megáfono. «Sencillas, expresivas y que rimen», confesó ruborizada tras los elogios recibidos por parte del cabecilla mientras se mesaba su sedosa barba.

—Es que soy escritora.

—Ahora entiendo tu pasión por los gatos.

—Sí, bueno. En realidad me dan alergia. Lucho por superarla. Me uní a un grupo de escritores autopublicados, pero no me dejaban formar parte de la comunidad si no demostraba que tenía un gato. Lo superaré.

—¡Qué exigentes! —Se extrañó el líder del grupo.

—Mira, esa puerta está abierta y dentro hay una furgoneta.

—Parece que hemos dado con ellos —El muchacho se volvió hacia el grupo con decisión, agitó los brazos reclamando pitidos más fuertes y voces más contundentes.

CAPÍTULO 37. ¿De qué equipo son?

80

El ascensor llegó al final del trayecto. La puerta se abrió. Carrasco sacó la cabeza pistola en mano por un lado y Marín por el otro. Salieron despacio de la cabina y dieron paso a Giner y Loren, que les siguieron con su carga. A la izquierda no había salida. A unos metros, a la derecha, la puerta abierta daba acceso a las dependencias del bunker.

Carrasco hizo un gesto a Loren y Giner para que dejasen por un rato su cargamento. Se llevó el índice a los labios para no rechistasen. Entraron con precaución. En el largo pasillo todas las puertas estaban abiertas, solo funcionaban las luces de emergencia. Avanzaron asomándose en todas las salas como solo saben hacer los policías. Entraron en la sala de Preguntas y respuestas 1, sobre una mesa metálica destacaba un tapete verde con una baraja en el centro. La 2 era idéntica sin baraja. Pasaron a la sala de vigilancia, un montón de monitores apagados. Allí no había nadie. Continuaron por la de recreo. El mueble con las cintas de vídeo estaba abierto. Carrasco se acerco y miró con detenimiento la gran cantidad de copias de «La muerte tenía un precio». Sonrió satisfecho.

—Vamos bien —aseguró tomando una carátula.

Llegaron al final del pasillo y accedieron a la sala de mantenimiento, donde estaban las calderas, los generadores y las estanterías con la ropa y comida. Al fondo, junto a una puerta cerrada había cuatro bidones de color azul plagados de pegatinas con calaveras y otros pictogramas de peligro. Giner intentó abrirla, imposible. Miró a Loren.

—Uno de Co2, por favor.

Loren dio media vuelta y salió a buscarlo. Cruzó todo el pasillo y giró hacia el ascensor. Allí estaban los extintores, dónde los había dejado, junto a la caja de Giner.

—Buenos días —saludó Loren a un hombre y una mujer vestidos con ropa deportiva gafas de sol y cascos de ciclista que entraban en ese momento en el ascensor. La mujer se quedó petrificada y tuvo que sofocar un grito.

—Hola, buenos días —correspondió Bonet con calma.

Loren cogió un extintor y penetró de nuevo en el pasillo, de vuelta a la sala de mantenimiento.

La puerta del ascensor se cerró.

—Casi me da un infarto —susurró Mónica apoyándose en la pared de la cabina—. ¿Es normal esto en tu trabajo?

Bonet negó con la cabeza. El ascensor comenzó a subir. Resopló.

—No te fíes de nadie y acertarás.

Apenas se veía en la sala de mantenimiento. Pegada sobre el generador, una etiqueta señalaba un interruptor: «Luz». Marín lo pulsó. La luz se encendió y escucharon cerrarse una puerta.

—¡¿Loren?! —Gritó Giner.

—¡Estoy aquí!

La puerta del pasillo de salida se había cerrado a sus espaldas.

Un segundo después de que Mónica y Bonet saliesen del ascensor, la pared se cerró tras ellos. Oían voces y pitidos de silbatos dentro de la nave y, distorsionadas por las lamas de plástico, adivinaban figuras humanas.

—Tranquila, agárrate a mí. No hables, ni mires a nadie. Saluda con una sonrisa y no te detengas. Ya casi está.

Atravesaron la puerta transparente con calma y decisión, luciendo una sonrisa con sus equipamientos de ciclistas. A su izquierda varios manifestantes de desahogaban a patadas con la Mercedes Vito animados por un joven que, megáfono en mano megáfono gritaba «Ministerio, asesino» remarcando bien las dos primeras sílabas de cada palabra. «Un profesional de la protesta», dedujo Bonet. Su SEAT León estaba rodeado de gente que intentaba ver algo dentro. Un barbudo golpeaba el parabrisas trasero con una gran estaca de madera que rebotaba hacia atrás sin conseguir romperlo.

La puerta de entrada a la nave estaba abierta, se fijó y alguien había cortado los cables del motor superior. Un alivio, no tendría que sacar su tarjeta para abrirla, delatándose ante los participantes en esa *rave* de energúmenos domingueros confundidos.

Encabezados por Marín los tres se dirigieron a toda prisa hasta la puerta de salida al ascensor, en la que Loren estaba apoyado, se apartó ante la impetuosa llegada de sus compañeros. Se turnaron para intentar abrirla. Cerrada a cal y canto.

—Tiene que haber otra salida —aventuró el inspector Marín.

—Se lo podía haber preguntado a los ciclistas —lamentó Loren.

Todos se volvieron hacia él, le miraron expectantes.

—¿De qué está hablando? —preguntó confundido Carrasco.

—¿Qué ciclistas, Loren? —El tono de Giner era el de quien espera una mala noticia.

—Dos ciclistas… un hombre y una mujer, acaban de subir en el ascensor —informó Loren, a quién le estaba cambiando la cara a medida que comenzaba a ver las cosas con claridad.

Carrasco se dejó caer contra la pared.

—¡Hay que joderse! ¿Y de qué equipo eran? —ahondó Marín en la herida.

Loren hizo un gesto con la palma de la mano para que esperase un instante, parecía saberlo.

Desde la azotea los agentes de inteligencia Segura y Reyes observaban a la muchedumbre entrando en la nave. En la entrada, la furiosa masa sacaba todo lo que había en el interior de una vieja pero coqueta furgoneta Ebro y la zarandeaban con ganas. Dos personas con cascos de ciclista y gafas de sol salían en esos momentos esquivando a la turba. En ellos se fijaron.

—Los ciclistas —avisó Reyes—. ¿Reconoces a alguno?

—No me gusta el ciclismo.

Bonet y Mónica llegaron hasta la acera sin detenerse y giraron a la derecha, en dirección a la salida sur del polígono, la más cercana. Ahora les veían de espaldas con los prismáticos.

—¡Joder! —exclamó la agente Segura levantándose con agilidad. —¡Vamos!

Salieron corriendo por el tejado.

Los manifestantes no dieron importancia a las chaquetas de chándal de dos ciclistas maduritos con las siglas CNI grabadas en la espalda, había tantos equipos de ciclismo profesional.

—¡Del equipo CNI! —contestó Loren a Marín con seguridad.

Se hizo el silencio.

—Tenemos que salir de aquí. —Marín apartó a todos hacia atrás y propinó una patada a la puerta. Ni retumbó.

—Yo lo arreglaré —reaccionó Loren.

Entró en la sala de preguntas más cercana, la 1.

Salió con una silla metálica con un hueco en el respaldo. Tumbó uno de los extintores sobre el asiento y con la maneta de accionamiento en dirección contraria a la puerta. Sacó un grueso martillo de la caja de herramientas.

Giner le miraba sin estar convencido de la operación, sabiendo que no podría detenerle. El muchacho se sentía culpable. Un animal herido que debía encontrar a la presa que le había hecho sangrar. El profesor le entendía, estaba con él. Esos dos eran policías y tenían otro concepto de lo que es un sospechoso. ¡Dos ciclistas en el sótano de una nave en un polígono abandonado! «Si hubiesen llevado un traje de beisbol seguro que Loren les habría dado duro», pensó, «pero, dos ciclistas…».

—Pónganse a cubierto —avisó Loren blandiendo el grueso martillo en alto. Giner señaló la sala 1.

Loren se agachó, guiño el ojo alineando el culo del extintor con la cerradura y movió la silla unos centímetros hacia la derecha. Se incorporó, tomo aire y descargó un fuerte golpe que partió la maneta. Se metió con rapidez en la sala, ayudado por un certero estirón del profesor.

Tras escuchar un fuerte impacto, vieron pasar en dirección contraria, como una exhalación, la botella roja de acero enganchada en la silla dejando una fina estela blanca. Al instante escucharon otros cuantos golpes metálicos. La luz se apagó y saltaron las luces de emergencia. Cuando parecía que había cesado el peligro Loren se asomó al fondo del pasillo, en la sala de mantenimiento el generador estaba reventado. Miró hacia el otro lado, la puerta de salida estaba abierta.

Al salir del ascensor en la planta principal, el pasillo estaba colapsado de gente gritando y soplando por silbatos. Se abrieron paso como pudieron con las cajas y el extintor sobrante. Al cruzar las lamas transparentes a Giner le llevaron los demonios: en la calle, un grupo de agitadores descontrolados zarandeaba su furgoneta Ebro. Tenía los cristales rotos. Sus productos químicos estaban esparcidos por el suelo. La Mercedes Vito había corrido peor suerte, la golpeaban y arrancaban las piezas que podían, placas de matrícula, retrovisores, pedazos de

intermitentes y luces freno. La estaban haciendo añicos.

Marín, que se lo vio venir, se acercó a Giner.

—Ni se le ocurra —advirtió viendo sus intenciones de encararse con esos salvajes—. Salgamos de aquí, ya volveremos a por ella.

—Si es que queda algo —se resignó Giner.

Carrasco se encargó de Loren, que recogía del suelo bolsitas de pólvora a las que los niños daban pataditas.

—Vámonos de aquí. —Carrasco llevaba la mano en el arma.

Liberados de la masa enfurecida, dos calles más arriba se detuvieron de camino a la salida norte. El teléfono de Giner sonaba sin parar. Lo miró, era Sanz. Colgó la llamada. Tenía siete llamadas perdidas del Director de la prisión.

—Parece que aquí acaba todo —se lamentó Marín.

—Puede que no. —Carrasco se separó del grupo—. Han ido hacia la otra salida. Está más cerca de la carretera. Vayan a por el coche y den la vuelta al polígono, yo iré a por ellos.

CAPÍTULO 38. Pase lo que pase.

82

Bonet y Mónica caminaban rápido, sin correr. No estaban lejos de la salida del Polígono. Al llegar a la altura de un grupo de contenedores y casetas de obra abandonadas que se pudrían en una parcela entre dos naves, Bonet se detuvo y miró hacia atrás. Aún se escuchaban lo silbatos de los manifestantes. No veía a nadie tras ellos. Se fijó en la trasera del chándal de Mónica con las siglas de su antigua «empresa», comenzó a quitarse la suya.

—Quítate eso, escóndete allí atrás y no te muevas. Nos están siguiendo. —Mónica se giró en un acto reflejo.

—No veo a nadie.

—Yo tampoco, pero están ahí. Son una mujer y un hombre de unos treinta y cinco años. Él moreno y ella castaño claro, con coleta, lleva una camiseta de tirantes verde claro y una fina chaqueta por encima. El hombre lleva una camisa desabrochada con dibujos de soles y una camiseta en la que pone Saxon, es un grupo de Heavy Metal, aunque a él no le gusta esa música.

Mónica escuchó con atención e incredulidad. Volvió a mirar, no había nadie.

—Escóndete y no salgas pase lo que pase.

—¿Dónde vas? No me dejes sola.

—Estaré por aquí. Intentaré hablar con ellos. Si te encuentran, limpia las huellas del arma, déjala en el suelo y camina despacio hacia ellos con los brazos levantados. Si en diez minutos no ocurre nada, mézclate con los salvajes de las pancartas y desaparece. No vuelvas a tu casa. Te encontraré.

—¿Cómo?

—Lo haré. Hazme caso, no te asomes. —Bonet besó a Mónica en los labios, la situó con la espalda pegada a la caseta de obra más protegida y desapareció de su vista sin hacer ruido. Ella se asomó por la esquina de la caseta, miró hacia ambos lados: había desaparecido en un segundo.

Bonet estaba seguro de que los agentes Segura y Reyes les habrían visto salir de la nave desde la azotea. Conocía a la primera, era buena en trabajos de campo aunque con ciertas limitaciones para la

negociación. De Reyes sabía que se alteraba con facilidad y eso le había anclado un par de años como analista, en oficinas.

Mónica Valls, pegada a la caseta e intentando controlar la respiración, pensaba que Alonso se habría introducido por el alcantarillado, subido por una cuerda a algún tejado, o camuflado con unas ramas para esperar entre la maleza que crecía sin control en ese horrible lugar semejante al decorado de una película postapocalíptica. El director caería sobre el agente heavy y su compañera, sorprendiéndoles, diciendo lo que tuviese que decir y convenciéndoles para que les dejasen tranquilos y regresasen al cuartel o dónde quiera que fuese que trabajasen.

Bonet no estaba lejos, se sentó sobre una pila de bordillos de granito sin colocar. Apoyó su espalda en el lateral de la última caseta de obra sin que pudiese ser visto desde la carreta. Se quitó el colorido casco de ciclista y lo lanzó hacia adelante, al centro del asfalto rezando para que no cayese en ningún agujero y pudiese ser visto desde lejos. Sabía que les alcanzarían, la única forma era tratar con ellos. Si los agentes aún no habían avisado al centro, tendrían una oportunidad. Estiró las piernas y se dobló para agarrarse la punta de las deportivas con las manos. Le costó llegar. «Estoy mayor», dedujo como si no lo supiese.

Reyes y Segura bajaron hasta la calle que llevaba a la salida del polígono. Comenzaron a avanzar al trote hasta que divisaron el casco de colores en el asfalto. Sacaron sus armas a la vez y continuaron corriendo con las pistolas pegadas a los muslos.

Mónica escuchó las pisadas de la carrera ligera sobre la arenilla del pavimento. No respiró.

A los pocos segundos sobrepasaron la última caseta. Fueron frenando ante los ojos de Bonet y se detuvieron junto el casco de ciclista.

—No pienso volver —avisó Alonso Bonet a sus espaldas.

Los agentes se giraron y encañonaron al director, que permaneció sentado, tranquilo, con las manos apoyadas en la arista interior de las piezas de granito.

—Bajen las armas, no es necesario.

Estaban ante el Director del CNI, se mostraba sosegado y desarmado. Se miraron, bajaron las armas.

—Señor, tenemos órdenes de llevarle con nosotros —advirtió la agente Segura.

—Guarden las armas. Esto sí que es una orden.

—Las únicas órdenes que estamos autorizados a seguir son las de la directora en funciones —presionó el agente Reyes.

—¿Quién han puesto al mando? No creo que se hayan atrevido con Oliva. Es curiosidad.

—Así es, señor. Directora Oliva Sanchís —informó Reyes—. Debe venir con nosotros. Lo sabe. No nos iremos sin usted. Podrá aclarar todo lo que sea preciso en el Centro.

—Por favor, levántese, Señor Bonet, no oponga resistencia. Estamos seguros que lo de los gatos fue un accidente —La agente Segura avanzó dos pasos.

—¿De qué está hablando?

Le llamaba por su nombre, y con trato de «señor». Le habían perdido el respeto. No había nada que hacer. ¿Los gatos? Bonet concatenó esa información con las camisetas y pancartas de los asaltantes a la nave. Algo muy grave había ocurrido y le culpaban a él.

—Razone, señor, acompáñenos al Centro. —Bonet no se movía. Segura hizo un gesto a su compañero para que llamase.

En un rápido movimiento Bonet sacó su pistola escondida tras la pila de bordillos y encañonó a Segura antes de que los dos pudiesen subir las suyas.

—No haga eso, muchacho. Les he dicho que no voy a ir con ustedes. Tiren el móvil y las armas al suelo —advirtió apuntando a uno y a otra.

La agente Segura, decidida, apuntó al director.

—Llama al Centro, Reyes —ordenó a su compañero.

—Si toca ese teléfono mataré a la agente Segura.

—No lo hará. Llama.

Reyes, indeciso, bajó la vista hasta su móvil y movió su pulgar izquierdo.

Dos disparos certeros hicieron caer a los agentes. Bonet cerró los ojos. Levantó la cabeza hacia el cielo, lamentándose. Los cuerpos quedaron tendidos en el suelo.

Mónica se estremeció al escuchar los tiros. Escondida, sujetó su pistola con las dos manos.

Bonet se acercó a los cuerpos, llevaba el arma en la mano, inspiró sin querer el humo que subía desde el cañón. No le gustó. Se agachó hasta el cuerpo de la agente Segura para bajar sus párpados con delicadeza. Desde el suelo, Reyes, malherido, sacó fuerzas para levantar su arma. Apuntó a la espalda de Bonet, que se tiró al suelo de bruces al escuchar un disparo. Desde la arena, con el arma preparada, incrédulo por estar vivo, vio a Mónica. Sujetaba la pistola con decisión. Seguía apuntando al agente Reyes. No era necesario, estaba muerto.

—Iba a matarte —murmuró Mónica. Bonet le dio las gracias con la mirada y se incorporó con rapidez.

—Vamos, tenemos que salir de aquí. —Él se acercó a los cadáveres, cogió su documentación y los teléfonos móviles.

Colocaron, con cara de pedir perdón, los cascos en las cabezas de

los agentes. Mónica se santiguó con dudoso orden de movimientos.

Corrieron. Tenían ante ellos el final de la calle, la salida del polígono. Bonet limpió las huellas con su camiseta y arrojó a un contenedor oxidado de reciclaje de papel y cartón los móviles y carteras de los agentes muertos. Con eso ganarían algo de tiempo.

Alberto Carrasco escuchó los disparos. Se asomó a dos calles que estaban vacías. Decidió seguir hacia la salida. Algo destacaba en el asfalto: el casco de un ciclista. Antes de llegar, en una parcela sin construir, entre unas casetas de obra, vio dos cuerpos en el suelo. Sacó su móvil y llamó a Marín.

Tras comprobar que estaban muertos, Carrasco decidió no llamar a nadie más hasta que llegase su compañero. A los pocos minutos escuchó el ruido de la caja de Giner rodando por la acera. Loren llegó el primero, al ver los cuerpos se tapó los ojos.

—¡Ay Dios! —exclamó mirando entre los dedos.

Marín, tras ver los cadáveres, miró a Carrasco.

—No es cosa mía. ¿Llamamos? ¿A quién?

Marín se frotó la barbilla.

—¡Vaya desastre! Pobrecillos. ¿Quiénes eran? —preguntó Giner tras dejar su caja y sentarse en los mismos bordillos apilados en los que había descansado Bonet.

El teléfono de Giner volvió a sonar. De nuevo era el Director Luis Sanz.

—Giner al habla.

…

—Quedamos en que era mi día libre…

…

—¿Problemas? Ni se imagina el día que llevamos. Mi furgoneta…

…

—¿Jodido torneo de problemas? No, hombre. Sí, escucho, escucho. Tranquilícese, no se ponga así.

Giner permaneció en silencio casi dos minutos reflejando en su rostro las palabras que escuchaba por boca de Sanz. Frunció el ceño, cerró los ojos varias veces para abrirlos después de golpe, miró al cielo, al suelo, al horizonte, a Loren, arrugó los labios, se mordió el inferior, después el superior, sopló sin expulsar aire y se golpeó la frente en varias ocasiones.

—Vamos para allá inmediatamente —aseguró en tono grave—. Nos llevan unos amigos ¿Verdad? —Miró a Marín y Carrasco y colgó.

—No sé qué problema tienen, pero sácalos de aquí —sugirió Marín a Carrasco—. Llévales a una estación. Yo me haré cargo de esto. Llamaré a los nuestros. Conozco gente aquí, en Madrid.

—¿A una estación? —preguntó Loren.

La mirada de Marín le fulminó y asintió agradecido.

CAPÍTULO 39: La colchoneta.

84

Destellos de luces rojas, azules, blancas y naranjas incordiaban el anochecer en la Meseta. Loren y Giner las vieron tras el cambio de rasante y enfilar la larga recta de la carretera nacional que llevaba hasta el Centro Penitenciario de Tresmozos I. El sol se despedía a sus espaldas cuando el taxi que les trasladaba giró a la derecha para tomar la salida y pudieron contemplar la cárcel frente a ellos. La iluminación era digna de *Rock in Río*. Se distinguían ambulancias, camiones de bomberos, todoterrenos de la Guardia civil, vehículos policiales camuflados, protección civil y las máquinas de Loren, todos mostrando sus mejores bombillas fijas y giratorias. Una grúa destacaba junto a la colchoneta de atletismo iluminada por grandes focos fijos que emitían haces perfilados. Loren la miró con recelo.

Giner descargó la caja del maletero del taxi y entregó al conductor una tarjeta asociada a la cuenta destinada a la obra de la cárcel. El taxista la pasó dos veces por el datafono portátil.

—Operación no aceptada —cantó en la segunda ocasión y miró a Giner.

—Eso es imposible, tendrá estropeado el aparato.

—Es nuevo. Oiga, deje dar golpecitos en la chapa, hombre —riñó el taxista a Loren sacando la cabeza por la ventanilla.

—Espere aquí un momento, vamos a por dinero. No se mueva.

—No pienso hacerlo. Esto sigue corriendo… —avisó señalando el taxímetro en el salpicadero.

Estela Roncero les esperaba fuera del perímetro que se había establecido a unos metros de la entrada. Cuando les vio llegar hasta la valla de su boca no salió una palabra. Eso lo dijo todo. Hizo un gesto a los dos guardias civiles para que les dejasen pasar. Sus andares no eran los habituales. Loren no perdía detalle: no saltaban chispas de esas formas, ni había ritmo en el desplazamiento de sus pequeñas y tersas piernas, el tono no era el adecuado adecuado en esos glúteos que desafinaban ante él. Era la canción triste del disco, una balada que no le iba a gustar.

Estela caminaba tan despacio que sus suelas de goma apenas sonaban en el tramo de linóleo que faltaba por retirar de la planta

noble. La puerta del Director Sanz estaba entreabierta. Roncero golpeó con el nudillo de su índice derecho y entraron sin miramientos.

Los brazos de Sanz colgaban a ambos lados del sillón de imitación a piel, gastada por el uso el tiempo y los abrasivos productos de limpieza. Miraba contra la pared. Si no fuese porque se mecía haciendo fuerza con los pies apoyados en el muro recién pintado hubiesen pensado que había fallecido.

—Director. —Sanz detuvo sus movimientos al escuchar la voz de Estela.

—Sanz, anímese. —Se acercó Giner hasta la mesa.

Sanz se revolvió en la silla, sus brazos desaparecieron de la vista.

—Todo tiene arreglo, hombre. —Al escuchar la voz de Loren, Luis Sanz giró la silla y apoyó las manos sobre el borde de la mesa, amenazante. No tuvieron claro si para hacer fuerza y saltar sobre ellos o para contenerse de no hacerlo.

Optó por lo segundo, suspiró, recostándose despacio en el respaldo. Su mesa era un desastre, llena de papeles, cuadernos, muestras de telas, sistemas tintométricos de pintura y pequeñas muestras de azulejos fijados sobre cartones de las marcas más prestigiosas. Tomó el teléfono fijo para colocarlo en el suelo. El cable colgaba, estaba cortado. De una taza con la palabra «papá» y un corazón grabado sobresalía su móvil. Aún contenía la mitad de un café frío, seguro que amargo y puede que radioactivo.

—No muchacho, esto ya no tiene arreglo. ¿Quiere que le diga por qué? —Loren se sintió tentado a decir que no, pero leyó bien entre líneas y asintió con la seriedad que el momento y, seguramente la historia penitenciaria del país, requerían.

Luis Sanz comenzó el relato con la serenidad que dan el profundo pesar, la resignación y la desilusión más absoluta. No pudo evitar una introducción con detalles meteorológicos, para situar a los oyentes y crear el ambiente adecuado:

—El precioso y soleado día de trabajo en la cárcel, a media mañana se transformó en ventoso. Fuertes e inestables ráfagas dificultaban el trabajo de los presos en el patio. Hete aquí cuando tuvo lugar un acontecimiento…

No se sintió con fuerzas para continuar por la senda de la narrativa fluida y optó por ir al grano. Les contó lo sucedido: la colchoneta de salto de altura había cedido ante la furia del viento racheado, dejando dos aperturas a los lados del muro. Dos huecos, dos salidas, dos puertas hacia la libertad. Poco a poco grupos de presos se aproximaron despacio, con paso cansino, mirándose entre ellos, dudando, dejando caer las herramientas por el camino. Sanz les detalló como desde su ventana, sorprendido, vio al grupo de los esguinces recobrar su movilidad casi de forma inmediata, guiados por

el oscuro Santinson. Aprovechó ese momento para alabar el «método Giner», ya que estaba convencido de que los médicos jamás hubiesen pronosticado tan milagrosa recuperación.

—Debí verlo venir desde el principio. La libertad es un sentimiento más fuerte que cualquier contrato, pacto o acuerdo, por muchos beneficios que aporte al convicto. Lo que quiere el encerrado es salir de su jaula, incluso si es de oro.

Los presos que trabajaban en el patio se habían fugado en masa. Solo los más comprometidos y para que el cemento preparado no se estropease, se quedaron, perdiendo así su oportunidad. Años más tarde, en un documental de TVE que recordaría los hechos con la mesura que da el paso del tiempo, los reclusos expresaron su arrepentimiento por haber servido a un sistema que les esclavizó en una obra faraónica. Víctimas del Síndrome de Estocolmo, se definieron. Sanz declinaría intervenir. No así Loren y Estela, que aportaron una mirada sincera sobre los acontecimientos de aquellos días e incluso serían invitados al estreno en la Semana Internacional de Cine de Valladolid.

—La Guardia Civil sigue por ahí, en el campo. Ya no faltan muchos por capturar.

—¡Bueno! Eso, dentro de la desgracia, podemos calificarlo como una buena noticia. —Giner intentó levantar los ánimos.

—Se terminaron las buenas noticias. Ya no importa. A la segunda ronda de llamadas de políticos corté el cable. —Señaló Sanz el teléfono en suelo.

Estela Roncero intentaba no revolverse en su silla, retenía las palabras que brotaban de su garganta, que se agolpaban en su boca aplastando la lengua y presionando el paladar: «Yo también debí haberlo visto. No se puede confiar en delincuentes. ¡Jamás! La rana y escorpión», repetía para sus adentros.

—Nos han retirado los fondos para la obra. Se acabó —zanjó Sanz.

Todos se lamentaron con gesto grave. Nadie dijo nada.

—Comenzarán a llevarse el material mañana mismo. Es lo que ha dicho el Secretario de Estado, el tipo que nos entregó el cheque gigante. Dejarán lo justo para levantar el trozo de muro que falta y retirar, de una vez por todas, esa maldita colchoneta. Del Río se ha prestado a traer unos albañiles de su plantilla.

—Al menos no ha habido heridos —intervino Giner.

—Algún jubilado con golpes leves —apuntó Estela—. ¡Menudos bichos! Intentaron dificultar nuestro trabajo para qué los presos pudiesen coger ventaja.

Un funcionario accedió al despacho de Sanz tras un toque de nudillos.

—¡Señor! Hay un taxista en la entrada, Amenaza con poner una

bomba.

—¡Joder, Loren. El taxista! —reaccionó Giner.

—¿Es peligroso? ¿Le conocen? —Se acercó Sanz a ellos.

—Bueno del tiempo que hemos tardado en llegar desde Fuenlabrada hasta aquí. Director, ¿podría…? —Giner señaló la caja fuerte.

Los miembros de un gobierno suelen estar de acuerdo cuando tienen algo que ganar, sin embargo, se convierten en una sólida piña si detectan que pueden perder de vista la moqueta. Se unen hasta el ridículo, elogian las trayectorias y gestiones de compañeros hasta la vergüenza ajena más bochornosa, que solo los más acérrimos, fans de calendario, camiseta y bolígrafo de regalo son incapaces de reconocer.

Tras la noticia de la fuga masiva de Tresmozos I, las llamadas telefónicas fluyeron de nuevo en paralelo y en cascada. Unidos y víctimas, así debían sentirse, así había que trasmitirlo a la ciudadanía. Ellos eran los perjudicados y, por ende, la sociedad a la que servían con desinterés y fervor.

Se terminó la obra. Se depurarían responsabilidades.

Bien asesorado por Carmelo Benítez, el Secretario de Estado de Interior, Arturo Morales, insinuó ante su jefe, que tal vez fue la oposición, y no el viento, quien movió esa simbólica colchoneta para provocar la salida de los delincuentes y desprestigiar al ejecutivo. El Ministro del Interior, tras valorarlo, decidió esperar a ver cómo evolucionaba todo antes de propagar ese argumento. «Tiene su lógica, eso sí», admitió. Si lo repetían con asiduidad, calaría en la opinión pública.

La Secretaria de Instituciones Penitenciarias, Belén Esterra, ofreció una rueda de prensa: «Instituciones toma el mando de la prisión de Tresmozos I mediante procedimiento de urgencia. Su Director pasa a situación de cese. Procederemos con la máxima brevedad a nombrar una directora interina».

—Por favor, Directora —alzó la mano una joven periodista que tenía frescos los contenidos estudiados en la facultad— ¿Qué nos puede decir sobre los avances en el asesinato de Felipe el Piteras?

—Gracias por asistir, muchas gracias. —La futura Ministra de Sanidad se levantó y abandonó la sala sonriendo a todo el mundo.

El objetivo era desprestigiar a la Dirección de la prisión y la pandilla de incompetentes encargados de la planificación y ejecución del proyecto, incluido el constructor Carlos del Río, de complicado pasado como policía, que había amasado una pequeña fortuna con la venta de una guitarra de dudosa pertenencia a Al Pacino.

Por iniciativa del mismísimo Presidente del Gobierno, quién tuvo que ponerse al día sobre el intrincado caso, nadie debía responder a preguntas sobre ningún Piteras ni de gato alguno. Era optimista, esperaba que ningún medio se interesase. Ya ocurrirían otras cosas… pronto.

La actividad se paralizó en Tresmozos. Los tajos a medio terminar fueron rematados por cuadrillas que envió Del Río, quién amenazó a Fomento con una demanda histórica a través del abogado Eugenio Bazo sí el Ministerio incumplía el contrato. Se instaló una estructura de hierro y alambre de espino mientras desde el exterior levantaban el tramo de muro que había cubierto la colchoneta olímpica. La encargada del economato de prisión tomo unas fotos para intentar venderla por internet. Hubo varias ofertas que no fructicaron, el transporte encarecía el precio enormemente. Permaneció tirada en el campo hasta que quedase claro a quien correspondían las competencias de su retirada definitiva. En verano, los cardos y la maleza la escondían; en los inviernos, con el terreno pelado, el azul de la lona destacaba entre el hielo y la escarcha que saludan los amaneceres en la Meseta.

CAPÍTULO 40. Cada uno a su corte.

86

Bonet puso a prueba sus oxidadas habilidades de agente secreto al hacerle el puente a un Nissan Primera. Mónica y él rodearon el sur de Madrid para tomar la Autovía A-3 con dirección a Valencia.

—¿No vamos a pasar por casa, verdad? —dedujo Mónica al ver las indicaciones en la carretera—. Me hubiese gustado coger unas cosas… y cerrar bien las ventanas.

—No te preocupes, conseguiremos «cosas».

—¿Y tú? ¿No necesitas nada? No tenemos dinero.

—No nos hace falta. Donde vamos todo es gratis.

—Espero que no te refieras a la cárcel. —Bonet sonrió—. Por cierto, entiendes de motores eléctricos.

—Algo sé, sí. —Mónica apoyó un momento la cabeza en su hombro.

Fue más complicado salir del Polígono El Pringoso que llegar hasta su punto de destino: el Puerto de Valencia.

—Quédate con este nombre: Héctor Lapulapu —remarcó las sílabas Bonet. —Como suena. Todo junto.

—¡Santo Dios! ¿Quién es?

—Es un filipino amigo mío. De fiar. Si nos separamos por cualquier motivo pregunta por él al llegar al barco.

—¿Qué barco?

—Nos vamos de crucero. Todo gratis. Puede que tengamos que trabajar un poco, no te preocupes, será lo justo para pasar desapercibidos.

El plan de Bonet consistía en embarcar en el Costa Toscana y llegar hasta Marsella, allí tenía dinero y contactos que el CNI desconocía. Desde el sur de Francia pensarían en un lugar seguro al que dirigirse cuando se calmase todo. No fue así.

Los dos quedaron cautivados por esa maravilla de la ingeniería marítima, un paradigma del ocio y el descanso que recorría el Mediterráneo con el mismo sigilo que agilidad. Realizaron el crucero completo dos veces, en ambas direcciones. A la tercera, Héctor Lapulapu se vio obligado a hablar con Bonet tras la llamada de atención de Libia Baretta.

—La Directora de Infraestructura está preocupada —insinuó con tacto. Lapulapu sabía que Alonso entendería el mensaje—. Ya son cuatro semanas. Querido Alonso, tienes que decidirte a…

—Tienes toda la razón, amigo —afirmó Bonet con una sonrisa mientras atusaba el cuello mao de la camisa de Héctor—. Decidido. Nos quedamos en el barco. Trabajaremos a jornada completa y sin aparentar. Pagaremos camarote hasta que tengas dos bajas en plantilla.

—¿Y cuando llegue el otoño?

—Pues a Dubái. ¿No va allí el barco?

Mónica se destapó como una gran ayudante de mantenimiento mientras que Bonet solo tuvo que usar una parte de sus conocimientos para desarrollar la labor de miembro de la seguridad del navío. Ese gigantesco cascarón era el lugar. Todo lo que necesitaban, y gratis.

Cada vez qué escuchaba el choque de las toscas botellas naranjas de gas, la mujer de Bernardo el butanero se asomaba a la ventana con ilusión y esperanza. Jamás volvió su marido a subir ninguna bombona, ya no hubo clienta que gozase de sus servicios. Ella, viuda de tumba vacía, se marchitaba en el alfeizar viendo como la energía fluía sin pasar por las manos de su adorado marido.

Como era previsible, y tras comprobar las etiquetas adheridas, ningún miembro de los diferentes Cuerpos de Seguridad del Estado que pasaron por allí se aventuró a destapar los barriles que se encontraron en el búnker de El Pringoso. Descansan junto a otros compañeros de material metálico en un cementerio nuclear.

A pesar de ser un hombre con una buena posición económica y cierto poder, Carlos Del Río se alarmó tras la llamada del inminente ex director de Tresmozos I comunicándole la identidad del único preso que había conseguido escapar por el hueco de la gigantesca reliquia olímpica: Santinson. Su nombre real era Félix Cadenas, viejo conocido de los dos en sus días de policías, Sanz como comisario y él como inspector.

No podía descartar que ese malnacido en fuga quisiese cobrarse alguna factura pendiente, incluso con su ex mujer, Amanda Bernal, también policía en aquellos momentos y quién le rompiese el tabique nasal durante su detención. Sonrió al recordar el golpe y a su contundente y preciosa mujer. Ex mujer, se recordó a sí mismo. Por otro lado, le tranquiló el hecho de que Cadenas no querría volver a la cárcel, no era tonto, desaparecería del mapa. Fue directo hacia el mueble donde guardaba su vieja agenda. Si a alguien querría hacer daño Cadenas era a una pareja, de la que esperaba estuviesen a salvo. Hacía años que no hablaba con David Herrero, el hombre que hizo

caer a Cadenas y su imperio de mafioso fluvial. No había vuelto a escuchar ninguna noticia sobre dedos cortados, así que supuso que David había dejado sus actividades de forma definitiva. Aún así intentaría localizarle, para prevenirle.[2]

Luis Sanz lo vio claro. Con su hija terminando la carrera y próxima a volar del nido, debía concentrar sus fuerzas en convencer a su esposa para comprar una casita en La Maya y trasladar el barco desde el Lago de Sanabria hasta el Pantano con nombre de abeja. «El futuro es rural», se dijo. Utilizaría ese lema para la campaña de persuasión a su mujer.

Al abandonar la prisión en su propio vehículo, pensó en que invitaría a navegar y, por supuesto a merendar, a Del Río, Estela, el profesor Giner y, si no quedaba más remedio, a Lorenzo Santos. Había que celebrarlo, se acababa de jubilar.

Los ancianos embajadores del Rainbow Warrior pusieron rumbo a una nueva causa. Su furgoneta, gripada, quedo aparcada en la entrada de Tresmozos I. Caminaban por el arcén de la nacional con sus mochilas y bastones de encina cuando reconocieron el coche de Sanz. Habían sido muchos días de acampada en la entrada de la prisión, con momentos tensos y otros de júbilo al ver progresar una magnífica obra. Saludaron al ya ex director con sus palos en alto. Sanz detuvo el vehículo, comprobó por los retrovisores que no viniese nadie tras él y bajó la ventanilla. Su mano cerrada escondía cinco mil euros.

—Por la furgoneta —dijo cuando el hombre estrecho su mano y sintió el fajo.

Al alejarse, Sanz escuchó unos agudos silbidos de alegría que fueron correspondidos con unos rítmicos y alegres sonidos de claxon que acompañó con las palabras «hasta nunca».

Pasados unos meses, Giner tuvo que presenciar, asqueado, como las piezas de su adorada furgoneta Ebro se vendían por internet compitiendo en prestigio con las de la Mercedes Vito del CNI. Por nombre y valor criminológico ganaban las últimas, pero como pieza fetichista para lectores de un escritor maldito, las de su vehículo estaban muy cotizadas.

La Asociación Por y Para la Defensa de Gatos/as Abandonados/as y/o Asesinados/as siguió adelante hasta consolidarse socialmente. Fue incluso reclamo de algún partido político en las siguientes elecciones generales en las que se prometía ni más ni menos que un Ministerio de Mascotas. También es cierto que en el dominguero mitin en el que se lanzó la idea, quedó todo muy en el aire.

El director del Centro de formación Añoveros se repetía la misma frase cada noche, al ponerse el gorro de su pijama frente el espejo de la

puerta del armario: «Todo pérdidas».

CAPÍTULO 41. Música celestial.

87

El trofeo era de metal, con un alegórico baño dorado. Descansaba sobre una peana cúbica de madera con las aristas fresadas imitando formas clásicas. En la cara principal del cubo, grabado en una discreta placa plateada, podía leerse:

LORENZO SANTOS
Ganador del I Certamen Literario Relatos Líquidos.
Salamanca.

La escultura, de unos veinte centímetros de alto, representaba un niño regordete de pelo de rizado. Sostenía un libro en una mano y sujetaba con la otra su pequeño pene, del que salía un hilo de cristal simulando un chorrito de orina. Esa imitación del líquido era lo menos logrado del trofeo. En contra del pronóstico de todo el que lo había visto, el fino arco transparente no se había roto desde el día en que Loren ganó el concurso de microrrelatos.

Estela y Loren lo observaban con satisfacción, sentados a la mesa de la cocina. Él por el trabajo que le costó ganarlo, ella, orgullosa de tener un novio formal campeón de algo. Lucía imponente sobre la chimenea de la casa del pueblo de Estela, junto a un candelabro con dos velas desiguales, una muñeca con uniforme de la Legión y un carro de madera a escala que llevaba pirograbado «Agrícola La Encina», regalo de los padres de la subdirectora.

Giner, tras mirarlo de cerca y «sin tocarlo», como exigió Loren, no encontró interés artístico en la figura, aunque alabó la hazaña literaria de su ayudante.

—Deberías ponerle unas gotas de pegamento fuerte en los extremos del chorro de cristal, por precaución —advirtió el profesor mientras movía su café y antes de introducirse una pequeña perrunilla en la boca.

—Ya veremos.

—Coja más pastas, son muy buenas —ofreció Estela a Giner, que asintió con la boca llena.

—Mire que perderse el concurso… —Se lamentó Loren. Giner tragó

lo más rápido que pudo.

—Mira que perderte tú todos los interrogatorios y el ingente papeleo por lo de la fuga…

—Bueno, bueno —sosegó los ánimos Estela—. Tenga, otra copita de anís.

—No sé yo… —Acercó la copa Giner—. Ya me has enseñado el vídeo del certamen, me hago una idea muy completa.

—Pero el que ha visto usted es el oficial el de la web. —Miró Loren a Estela, que ladeó la cabeza, se acercó al mueble de la televisión y extrajo un DVD de una funda—. Ese es el bueno. Ponlo, ponlo.

—No es necesario, a ver si no nos da tiempo a llegar a la función de esta tarde.

—Nos da tiempo, solo dura cuarenta minutos. Ya verá.

—No se preocupe, usted es un invitado. Tenemos sitios reservados, hombre, estamos en mi pueblo y actúo yo. No van a comenzar sin mí.

Estela pulsó el botón de apertura del aparato reproductor, colocado de forma vertical, encajado entre el lateral de un mueble de estilo castellano y el primer tomo de una enciclopedia de lomos granate. La bandeja se abrió.

—¿Y si llegan los demás? —Giner hizo un último intento, había visto el vídeo de Loren varias veces.

—Pues que esperen en la plaza. —Loren se llevó el índice a los labios marcando silencio. El SONY comenzó a zumbar y aparecieron las primeras imágenes: dos pares de pies caminando por una acera. Giner se concentró en la copa de Anís Castellana.

Tras un giro imposible de cámara, que fue desde el pavimento hasta la cara de Loren, un corte sin fundido dio paso a un plano general de la pequeña plaza de toros, abarrotada en una de sus mitades. Desde el fondo de la pantalla, muy despacio, emergió el título sobreimpresionado: «I Certamen de Relatos Líquidos». Escrito con tipografía biselada, un hiriente color dorado y sombreada en un ángulo antinatural, como expuesto a varios soles a la vez. Loren besó a Estela en la mejilla. Giner ya sabía quien había editado el vídeo.

Tras un corto discurso, apenas era audible, «El de la editorial y el concejal están presentando… bla bla bla», resumió Loren esa escena, en seguida salió a la arena el primer participante. Saludó con timidez, se dirigió a la zona de la plaza que tenía las barreras pintadas de blanco y dos voluntarios se colocaron tras él con una con una lona preparada por uno de los patrocinadores que le protegía de objetivos indiscretos: «Chorro de letras Ediciones». El muchacho se movía con destreza, escribía a buen ritmo hasta que pareció estancarse en un momento dado y, desilusionado subió su pantalón corto y salió tras la protección de los voluntarios, que se apartaron para que todo el mundo pudiese leer sus palabras: «Zapatero a tus zap…».

—Las z son muy difíciles —disculpó Loren al contrincante.

El segundo salió escena. Un tipo alto con pelo largo y coleta, camiseta sin mangas y el pantalón rojo oficial del concurso. Caminaba con problemas, rápido. Se retorcía de ganas de escribir. Comenzó sin saludar y moviéndose deprisa. Avanzaba muy pegado a la pared, escribiendo a dos manos. Recorrió un gran espacio, sin embargo, a medida que su texto quedaba al descubierto se veía que apenas era legible y los caracteres carecían de homogeneidad. «Cuando llueve y hace sol, coge el caracol», tradujo Loren y avanzó con el mando a distancia. Giner comenzaba a entretenerse.

—Este me lo salto, fue el que se puso a llorar por no sé qué de un impostor.

A cámara rápida, vieron un chico que tras escribir una frase, volvía hacia atrás, se llevaba las manos a la cara y abandonaba el recinto saludando cabizbajo con una mano.

—Pobre muchacho. —Se incorporó Giner y de paso se sirvió otro poco de anís.

—¡Mire este, mire!

Un hombre mayor, de escasa estatura y cuerpo elíptico se dirigió con ligereza y paso militar hasta la zona de escritura. Movió el cuello hacia los lados, dio dos palmadas para motivarse y comenzó a escribir a una mano mientras parecía dirigir una orquesta con la otra. «¡Que buena letra», pensó Giner, ya totalmente metido en la dinámica del concurso. Pasos cortos pero medidos y entrenados. Aplausos del público tras leer el potente mensaje: «Gato escaldado, del agua fría huye».

—Ahí lo vi muy mal para ganar. Con acento en la í y todo, el tío. —Loren señaló la pantalla, emocionado—. Ahora voy yo.

—¡Qué nervios! —se frotó las manos Giner.

Un seguro Loren encaminaba sus pasos hacia la barrera, se giró para lanzar un beso al tendido. La cámara cabeceó, era el saludo de Estela. Sin aspavientos, tras resoplar, comenzó su participación. Una caligrafía impecable, una perfecta dosificación de orina y un estilo, como demostraba el movimiento de sus hombros vistos de espaldas, muy profesional. Avanzaba paralelo, anticipándose a la siguiente letra. La separación de las palabras era limpia, tal que llevase un tabulador en la vejiga. Sabía cuando parar un segundo sin apenas desperdiciar tinta. El punto final fue preciso, justo al pie de la letra. La semejanza con el tipo Arial era incuestionable. Al retirarse los voluntarios con la protección, el público se quedó mudo. Loren saludó y comenzó el camino de vuelta sin mirar atrás. Pronto, tras digerir el mensaje, comenzaron los aplausos del respetable que ya estaba en pie cuando Santos accedía a su puesto en la grada baja. La cámara de Estela realizó un soberbio travelling del microrrelato: «Excava el pozo antes

de que tengas sed». Se escuchaba la voz de una madre explicando el significado del escrito de Loren a los pequeños que la acompañaban.

Giner se quedó con la boca abierta. Loren le miraba altivo, con los brazos cruzados mientras Estela rebobinaba la hasta la entrega de premios. Se les estaba haciendo tarde.

Sonó el teléfono de Giner. Un mensaje.

—Es Del Río, ya están en el pueblo.

Para el primer día de las fiestas del pueblo, Estela, y Loren, que ya vivían juntos, decidieron invitar a Del Río, al ex director de Tresmozos I, Luis Sanz, a dos policías amigos de Loren y por supuesto al Profesor Giner, que había llegado antes para comer con ellos.

Se saludaron con efusivos abrazos o con comedidos apretones de manos, dependiendo del cruce. El tiempo de los reproches había pasado, en realidad todos se sentían unidos, víctimas del engaño, la manipulación y lo precipitado de sus conclusiones en aquellos convulsos días del asesinato del Piteras, secuestros, gatos, obras y fugas. Cuando tenían el cielo al alcance de su mano, se partió la escalera.

A Luis Sanz, cesado como director de Tresmozos I, ahora Nuevo Tresmozos, la obra le dejó exhausto, además de fuera de juego para el desempeño de cualquier cargo público. El panorama no era el idóneo para que le diesen la presidencia de ninguna Caja de Ahorros. Decidió por fin jubilarse. Tras duras negociaciones con su mujer, transportó el barco que antaño le vendió Del Río, desde el lago de Sanabria hasta el pantano de La Maya, más cerca de la Universidad de Salamanca, donde su hija finalizaba la carrera de derecho. «Menos agua menos tempestad», razonó con su mujer, a quién la España vaciada aburría por definición.

Antes de ser invitado a abandonar su despacho de la cárcel, tuvo tiempo de abrir por última vez la caja fuerte de su despacho, esa que pocos sabían que podía abrirse. Allí, además de los objetos de los antiguos directores, quedaban unas migajas del dinero que tanto se esforzó en gestionar, además del que consiguieron por la venta de maquinaria que no necesitaban: poco más de cien mil euros. Respetable suma para cualquiera y de un atractivo considerable, teniendo en cuenta que nadie la echaría en falta. Allí seguía la baraja del Chiringuito el Molino: El maldito Félix Cadenas, Santinson, el rapado de la muleta, el líder del grupo de los esguinces, había escapado. Sanz cogió ese dinero tras hacer cuentas consigo mismo, con la administración, la sociedad, su familia y Del Río: concluyó que lo había ganado, si acaso, aún le debían algo más. Recogió cuatro cosas de sus cajones, las dos fotos de su familia, echó un último vistazo al patio en el que ya trabajaban obreros profesionales de Del Río cerrando el hueco dejado por la colchoneta, miró las letras de su nombre a medio despegar en la puerta y se marchó del despacho sin cerrar.

Carrasco y Marín, en un primer momento tuvieron reparos al ser invitados al pueblo de Estela a través del tío del primero. «Han

insistido mucho, para ellos sois como hermanos. Son muy sentidos», explicó Del Río a su sobrino refiriéndose al buen recuerdo que habían dejado en Giner y Loren. Aunque los dos aceptaron, Marín no pudo acudir por motivos personales.

Los dos permanecieron en el Cuerpo de Policía, señal de que habían hecho algo bien o que no interesaba que se aireasen sus errores. El Ministerio del Interior consiguió que los palos se dirigiesen al lomo del de Defensa. «Descoordinación entre cuerpos por razones de seguridad de Estado», fue el veredicto de quiénes hicieron alguna declaración. Se aceptó una Comisión de Investigación en el Senado por lo que todo el asunto se podía dar por finalizado.

El comisario Salmerón sugestionó a Marín para que pidiese un traslado, no le quedaban muchos años para jubilarse y había una plaza a su medida en Plasencia. Aceptó. Ese fin de semana de agosto se encontraba en plena mudanza por lo que canceló su asistencia a la fiesta del pueblo de Estela. Envió un vídeo por mensajería instantánea en el que se veía a dos personas con un gran sofá encajado en la escalera de una comunidad de vecinos. Carrasco se lo mostró a todos desde su móvil y saludó de su parte.

Giner, presa de la dulce y compacta euforia del anís, abrazaba a Loren con cualquier excusa, presumiendo de ayudante y alabando sus cualidades como autor: «Sabe sacar partido a su naturaleza inestable». La media botella de Castellana provocó que pronto su lengua comenzase a trabarse. Ver las aptitudes de Loren en el concurso de escribir meando había catapultado a Santos a otra dimensión para Giner. Tendrían que escribir un libro a cuatro manos, puede que una antología solidaria. Se lo propondría tras el verano.

Tal vez fue Ramón Giner quien más sufrió tras lo acaecido en el Polígono el Pringoso. Ver como esos energúmenos de la asociación de gatos desguazaban su furgoneta sin piedad y después posaban con las piezas en las redes sociales e incluso las vendían por Ebay y Wallapop, le destrozó. Clavó una foto en el tablón de la Sala de profesores en la que Loren y él posaban orgullosos junto a la furgoneta, a su llegada al Hotel Marea Luxury, en aquel inolvidable viaje que hicieron a La Manga.[3]

Al final, el Director Añoveros le perdonó la cuantía de los productos y materiales tomados de la Academia, era tal su estado de ánimo que se temió que con cualquier detalle Giner podría cogerse una larga baja. A las dos semanas vio una buena oferta en Internet, una furgoneta AVIA en muy buen estado y con posibilidades para restaurar. Soltó la última lágrima por la vieja EBRO y fue directo al concesionario.

Estaba aparcada junto a la Iglesia del pueblo. Aún le faltaba trabajo pero ya apuntaba al estilo Giner.

—¿Qué os parece? —La acarició mostrándola al grupo.

—Buen vehículo. Le sacará partido —aseguró Loren.

—Muy bonita, marrón. Parece de las antiguas de la policía —sonrió Estela.

—Así es —dijo Carrasco—. Tiene… carácter.

—Por cierto ¿Dónde está su tío? —Alzó la cabeza Giner.

—Está hablando por teléfono por ahí atrás, aquí en la plaza hay mucho jaleo.

—Este Del Río… siempre con negocios —rió su gracia como cualquiera en estado en embriaguez.

—Tenemos que entrar, le guardaremos el sitio. Ya sabe dónde es. —Estela se adelantó entre el tumulto abriendo paso al grupo.

El local de la actuación era un viejo negocio restaurado: Salón de Baile «Onde» Germán. Giner se empeñó en invitar a una copita, pero la barra estaba a rebosar, por lo que pasaron a ocupar sus asientos en las filas delanteras. Sillas de madera poblaban la pequeña platea. Delgadas columnas de hierro aguantaban con elegancia unos estrechos palcos corridos en el piso superior. Estaban poblados por animados niños que esperaban ansiosos las actuaciones de sus vecinos. Sus padres, desde abajo, les controlaban temerosos de que acostumbrados a series de dibujos tan espídicas como veían, las canciones regionales que iban a escuchar les defraudasen a los pocos segundos y comenzasen a dar la murga.

En el escenario se fueron sucediendo los bailes y canciones charras; un desfile de trajes típicos de la Sierra de Francia, de los más ricos del planeta, invitados al evento; un joven ataviado con vestimenta del Siglo XVII, así lo dijo élmismo, que leyó un pregón muy gracioso sobre el uso del agua y unos impuestos en forma de sal; un par de jóvenes juglares, que más parecían hippies modernos que otra cosa, un muchacho de barbas y una joven con gafitas redondas que cantaban a través de un megáfono de mala calidad y que Loren creyó conocer de algo.

Llegó el turno de Estela. En ese momento Carrasco recibió una llamada de Del Río.

—¡Qué pena! Tengo que llevar a mi tío. Es muy urgente. Me está esperando en el coche —se disculpó con disgusto sincero.

Al terminar los desiguales aplausos a los juglares Estela subió al escenario acompañada por una mujer vestida muy elegante.

Carrasco se abría paso entre las sillas intentando llegar a la salida y molestar lo menos posible.

Estela portaba una pequeña caja de madera. La colocó sobre un taburete auxiliar. La abrió con mimo y extrajo algo metálico y brillante. Loren sonreía, Giner esperaba con ansiedad.

El agente Carrasco superó la última fila de sillas, los espectadores

que estaban en pie le abrieron paso hasta la puerta de salida.

La compañera de Estela ajustó un micrófono de pie, se acercó a él y probó sonido con dos toques de su dedo índice. El silencio se hizo en el Salón.

Carrasco agarró el tirador y abrió para salir.

Estela Roncero se llevó algo a los labios, dio dos taconazos en la tarima y comenzó a tocar.

El agente de policía Alberto Carrasco levantó la cabeza y se detuvo. Tras él escuchaba los acordes de un arpa de boca: La muerte tenía un precio. Cerró la puerta desde dentro y se giró hacia el escenario.

FIN

[1] Acontecimientos narrados en la novela Conclusiones precipitadas, segunda publicación de la Serie Meseta Negra. Lecturas autoconclusivas.

[2] Acontecimientos narrados en la novela Facturas pendientes, primera publicación de la Serie Meseta Negra.

[3] Hace referencia a la novela Bajo control, tercera publicación de la Serie Meseta Negra.